

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año VI - N° 12 - Marzo de 2018

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

Archivos está abierta a aportes científico-académicos de autores de distintas disciplinas sociales, tanto desde una perspectiva marxista como desde otros enfoques que contribuyan a dicho propósito.

Es una publicación semestral, con doble referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión del Comité Editor.

Los resúmenes de los artículos, en castellano y en inglés, se encuentran al final de cada texto.

Archivos es una publicación del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI).

La revista se encuentra indexada en el Catálogo de **Latindex** (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) y en **Clase** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, de la UNAM). También es miembro de **Latinoamericana** (Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales), de **Relatt** (Red Latinoamericana del Trabajo y los Trabajadores), de **LatinREV** (Red Latinoamericana de Revistas Académicas en Ciencias Sociales y Humanidades de FLACSO Argentina) y de **MIAR** (Matriz de Información para el Análisis de Revistas) de la Universitat de Barcelona.

Correo postal: Rodríguez Peña 336, 6° 65 (C1020ADH) CABA - Argentina

En Internet: www.archivosrevista.com.ar

Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com

Facebook: RevistaArchivos • Twitter: [@ArchivosRevista](https://twitter.com/ArchivosRevista)

Facebook CEHTI: Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas

Impreso en Gráfica San Martín - Buenos Aires, Argentina

Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

Secretarios de Redacción

Diego Ceruso (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

Hernán Díaz (Universidad de Buenos Aires)

Comité Editor

Cristian Aquino

Universidad de Buenos Aires

Alejandro Belkin

Universidad de Buenos Aires

Juan Sebastián Califa

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Hernán Camarero

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Laura Caruso

Universidad Nacional de San Martín - Conicet

Natalia Casola

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Diego Ceruso

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Hernán Díaz

Universidad de Buenos Aires

Mercedes López Cantera

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Martín Mangiantini

ISP Joaquín V. González - Conicet

Ezequiel Murmis

Universidad de Buenos Aires

Antonio Oliva

Universidad Nacional de Rosario

Leandro Molinaro

Universidad de Buenos Aires

Lucas Poy

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Alicia Rojo

Universidad de Buenos Aires

Gabriela Scodeller

Universidad Nacional de Cuyo - Conicet

Silvana Staltari

Universidad Nacional de Tres de Febrero -

Universidad de Buenos Aires

Paula Varela

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Consejo Asesor

- **Marcel van der Linden** (IISH, Amsterdam) • **Bernhard H. Bayerlein** (Ruhr-University Bochum. *The International Newsletter of Communist Studies*, Alemania)
- **Ricardo Melgar Bao** (INAH, México) • **Daniel James** (Indiana University, Estados Unidos) • **Carlos Herrera** (Université de Cergy-Pontoise, Francia) • **Claudio H.M. Batalha** (Centro de História Social da Cultura, Unicamp, Brasil) • **Reiner Tosstorff** (Johannes Gutenberg. Universität Mainz, Alemania) • **David Mayer** (IISH, Amsterdam) • **Rossana Barragán** (IISH, Amsterdam) • **Massimo Modonesi** (Universidad Nacional Autónoma de México) • **Sebastian Budgen** (*Historical Materialism*, Inglaterra) • **Rodolfo Porrini** (Universidad de la República, Uruguay) • **Sergio Grez Toso** (Universidad de Chile) • **Victor Jelifets** (Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia) • **Immanuel Ness** (City University of New York, EE.UU.) • **Gilles Candar** (Société d'Études Jaurésiennes, Francia) • **Nicolás Iñigo Carrera** (UBA-Conicet. PIMSA) • **Cristina Viano** (UNR) • **Eduardo Grüner** (UBA) • **Omar Acha** (UBA-Conicet) • **Alejandro Schneider** (UBA, UN La Plata) • **Agustín Santella** (UBA-Conicet) • **Silvia Simonassi** (UNR)

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda
Buenos Aires - Año VI - n° 12 - Marzo de 2018

Índice

Presentación 5

Dossier:
**“Tras las huellas de la Reforma Universitaria:
historias del movimiento estudiantil”**

Presentación del dossier
por *Juan Sebastián Califa y Mariano Millán* 9

El movimiento estudiantil argentino: aportes para una visión
global de su evolución en el siglo XX
por *Pablo Buchbinder* 11

Del repudio a los malos profesores a la emancipación social.
Los reclamos de los estudiantes porteños (1872-1930)
por *Natalia Bustelo* 33

Frondizismo, comunismo y “guerra fría” reformista: politización y
fragmentación ideológica en la Universidad de La Plata
por *Nayla Pis Diez* 53

¿Ha muerto la Reforma? La acción del movimiento estudiantil
porteño durante la larga década de 1966 a 1976
por *Pablo Bonavena, Juan S. Califa y Mariano Millán* 73

La izquierda estudiantil de la Universidad de Buenos Aires
en la transición democrática (1982-1985)
por *Yann Cristal y Guadalupe A. Seia* 97

Artículos

Izquierda y clasismo en los 70. Debates frente al Movimiento de Recuperación Sindical - Lista Marrón del SMATA Córdoba
por Rodolfo Laufer 121

Auge y crisis del Partido Socialista pampeano y su rol en la organización del movimiento agrario (1913-1921)
por Federico Martocci 143

Crítica de libros

El trotskismo boliviano. Revolución permanente en el Altiplano (de Steven Sándor John),
por Juan Luis Hernández 165

La otra estrategia. La voluntad revolucionaria (1930-1935) (de Nicolás Iñigo Carrera), *por Diego Ceruso* 168

Tucumán en llamas. El cierre de ingenios y la lucha obrera contra la dictadura (1966-1973) (de Silvia Nassif),
por Martín Mangiantini 171

Tiempo de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (de Martín Ribadero),
por Fernando Pita 175

Itinerarios revolucionarios: de la Resistencia al Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos (de Gabriel Rot),
por Carlos Ignacio Custer 178

Cultura política, militantes y movilización. Neuquén durante los años 90 (de Fernando Aiziczon), *por Rodolfo Elbert* 181

Romper el consenso: la izquierda radical en la transición española (1975-1982) (de Gonzalo Wilhelmi),
por Juan García 184

Voluntarios judeo-argentinos en la Guerra Civil Española (de Jerónimo E. Boragina y Ernesto R. Sommaro),
por Nerina Visacovsky 187

Instrucciones para los autores 190

Presentación

No podía faltar en las páginas de *Archivos*, en este año en que se conmemora un siglo de la Reforma Universitaria, un abordaje acerca de la experiencia del movimiento estudiantil. En buena medida porque la acción de aquel sujeto histórico se enhebra de múltiples modos con la trayectoria de las izquierdas y del propio campo de los trabajadores, lo cual amerita una reconstrucción en los terrenos de la historia social, política, intelectual y cultural. Por ello, decidimos dedicar al tema el dossier de este número. Se ofrece un coherente y a la vez diverso abanico de cinco trabajos escritos por algunos de los más destacados especialistas y de jóvenes investigadores que vienen incursionando en la materia: Pablo Buchbinder, Pablo Bonavena, Juan Sebastián Califa, Mariano Millán, Natalia Bustelo, Nayla Pis Diez, Yann Cristal y Guadalupe Seia. Los articulados dossiers, que ya han recorrido una gran cantidad de problemas históricos y teóricos, siempre desde una perspectiva crítica, son una marca de distinción de nuestra revista desde su primera entrega. Junto a una nutrida sección de Crítica de libros, se publican, asimismo, otros dos artículos libros, que complementan y extienden los intereses de este número hacia otras cuestiones temporales y espaciales: Rodolfo Laufer explora los vínculos entre el clasismo y la izquierda en el SMATA Córdoba en los años 1970, mientras que Federico Martocci examina la relación entre el socialismo y el movimiento agrario en La Pampa durante la década de 1910.

En 2018 desde *Archivos* y el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI), que la edita, continuamos con la intensa labor desplegada desde hace más de un lustro y que nos acerca a una creciente comunidad de lectores. En el último año y medio, a la treintena de actividades públicas (exposiciones de investigadores, mesas-debate y presentaciones de libros y revistas), se sumó la realización de cursos, talleres y grupos de estudio y discusión, junto a la constitución de una Biblioteca y Hemeroteca de consulta pública.

En las páginas web de la revista y el Centro, en los Boletines, listas de correo electrónico y Facebook venimos dando amplia difusión a este intenso trabajo.

Como parte de estas tareas, a comienzos de octubre de este año desarrollaremos en la Universidad de Buenos Aires las “II Jornadas de historia del movimiento obrero y la izquierda”. En junio de 2015 organizamos las primeras, en el Centro Cultural Paco Urondo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Lo hicimos con el objetivo de potenciar la elaboración y el intercambio sobre la historia de la clase trabajadora y las izquierdas en la Argentina y en el mundo. El encuentro, que contó con la asistencia de más de 250 inscriptos, pudo congregarse a una significativa representación de los investigadores especialistas en las temáticas en cuestión, bajo el diseño de invitaciones a exposiciones, como un taller cerrado, en base a una estructura de paneles fijos. Sin rehuir a la crítica y al debate, en un clima abierto y plural, se aportaron valiosas contribuciones sobre las dimensiones empíricas, teóricas, metodológicas y políticas de nuestro campo de estudio. El desafío inicial sigue vigente, ahora enriquecido por esta experiencia del anterior evento. Pero también sobre un pilar aún más sólido: la consolidación del CEHTI, constituido en julio de 2016.

Ahora apelamos a una convocatoria pública para la presentación de ponencias, con una serie de ejes temáticos que pretenden priorizar y ordenar la discusión: • Las izquierdas: culturas políticas, partidos y programas; • Izquierda y clase obrera: experiencias de lucha y organización; • Proceso de trabajo, estructuras sindicales y conflictividad laboral; • Teoría e historia del marxismo; • Historia intelectual de las izquierdas: redes y trayectorias; • Estudios de género, clase trabajadora e izquierdas; • Experiencias artísticas y culturales; • Juventudes y movimiento estudiantil; • Clase trabajadora, migraciones y etnicidad; • Derechas, mundo católico y movimiento obrero; • Violencia política y lucha armada; • Formas de trabajo y conflictos sociales y políticos (siglos XVIII y XIX); • Sociabilidad y vida cotidiana; • Estado y clase trabajadora: iniciativas reformistas y políticas represivas; • Cuestiones historiográficas y metodológicas.

Aspiramos a recibir trabajos que se extiendan a los múltiples aportes de la historia social, política, intelectual, cultural y de género, desde enfoques interdisciplinarios, abiertos tanto al escenario nacional como internacional. Invitamos a nuestros lectores a participar de esta convocatoria.

DOSSIER:

**Tras las huellas de la
Reforma Universitaria:
historias del movimiento
estudiantil**

Presentación del dossier

Este año se cumple el centenario de la Reforma Universitaria de 1918, acontecimiento fundacional para el movimiento estudiantil argentino y latinoamericano, y de influencia cardinal sobre las izquierdas del continente y de nuestro país. Transitamos igualmente el cincuentenario de 1968, año del Mayo francés y la Primavera de Praga, íconos de la rebelión juvenil-estudiantil de los 60 y eventos centrales para las transformaciones de la izquierda, pero también el año de la masacre de Tlatelolco en México, de la “Paseata dos Cem Mil” brasileña y de la revuelta estudiantil montevideana. Por ello el presente dossier constituye una invitación a un abordaje fundamentado de la historia del movimiento estudiantil argentino, protagonista de varios procesos de transformación social, en el siglo que nos separa de la gesta cordobesa.

Como podrá advertirse, los trabajos presentados se inscriben en un campo de investigación renovado hace una década. Tras el gran interés por el tema en los 60 y 70, años de gran protagonismo estudiantil a escala global, el estudiantado perdió terreno entre las inquietudes de las ciencias sociales. En la Argentina esta situación comenzó a revertirse parcialmente a mediados de los 90, coincidiendo con un nuevo ascenso del estudiantado y de las corrientes de izquierda en su seno. Iniciado el actual milenio, esta tendencia se robusteció. Las Jornadas de Estudio y Reflexión sobre el Movimiento Estudiantil Argentino y Latinoamericano, que se realizan bianualmente en distintas universidades desde 2006, han impulsado esta creciente indagación. No es casual, pues, que los autores que escriben en este dossier se hayan encontrado en tal ámbito de debate.

En primer término, Pablo Buchbinder, uno de los mayores especialistas en historia universitaria argentina, presenta una visión sintética de las grandes transformaciones del movimiento estudiantil durante casi un siglo, entre el último tercio del siglo XIX y los años 60 de la siguiente centuria. El ensayo señala la Reforma y el primer peronismo como pro-

cesos fundamentales, aunque de diferente signo, para la conformación de las identidades gremiales y políticas estudiantiles, sus orientaciones ideológicas, sus reclamos y sus aliados.

El siguiente artículo, de Natalia Bustelo, propone una rigurosa síntesis de la metamorfosis del movimiento estudiantil entre la consolidación del Estado nación y la Reforma Universitaria. Su comparación con el trabajo de Buchbinder arroja diferentes balances de tal experiencia y su impacto en la UBA, conclusiones fundadas en matices teóricos y metodológicos.

A continuación se publica un artículo de Nayla Pis Diez que muestra la conformación, en el escenario platense de fines de los 50 y principios del siguiente decenio, de numerosos elementos clave de las identidades políticas universitarias de los años más álgidos de confrontación: la consolidación de la izquierda como actor central en el reformismo, la presencia de grupos nacionalistas de derecha ejerciendo la violencia, el problema universitario en estrecha relación con la cuestión política y la búsqueda, por parte de una fracción importante del movimiento estudiantil, de una alianza con el movimiento obrero.

Posteriormente se encuentra el trabajo de Pablo Bonavena, otro nombre que constituye una referencia ineludible en el tema, escrito junto a Juan Sebastián Califa y Mariano Millán. Se trata de un texto construido sobre la codificación de más de 2.500 hechos de lucha protagonizados por estudiantes de la UBA, analizados en base a 10 variables y 96 categorías, donde se describen tendencias que afirman el protagonismo de los centros y federaciones, así como de las agrupaciones reformistas y de izquierda, en la resistencia contra la dictadura, contradiciendo la hipótesis de uso común que señala la “peronización” estudiantil como un elemento clave de la radicalización universitaria.

Finalmente podrá encontrarse, de Yann Cristal y Guadalupe Seia, un escrito de novedad empírica, pues la investigación sobre la última dictadura argentina y los primeros años 80 en relación al movimiento estudiantil no registraba antes de su trabajo desarrollos significativos. El artículo brinda una reconstrucción de las posiciones de los colectivos estudiantiles y permite comprender, con nuevos elementos, la hegemonía de la agrupación radical Franja Morada en un escenario otrora poco fértil para sus planteos.

Entendemos que este conjunto de investigaciones contribuyen a un conocimiento más preciso del movimiento estudiantil argentino, de las herencias de la Reforma de 1918, y nutren así a quienes pretendan ser herederos de tales tradiciones combativas.

Juan Sebastián Califa y Mariano Millán

El movimiento estudiantil argentino: aportes para una visión global de su evolución en el siglo XX

Pablo Buchbinder

UBA - Conicet
pbuchbin@retina.ar

Introducción

Si bien el movimiento estudiantil ha sido desde principios del siglo XX un actor relevante de la vida política argentina, aún es difícil encontrar un trabajo de síntesis que indague en las variables centrales que orientaron sus estrategias y acciones en el largo plazo. En los últimos años se han incrementado de manera significativa los estudios específicos sobre su papel en distintos períodos. Artículos en revistas especializadas, libros colectivos e individuales, tesis de licenciatura, maestría y doctorado e incluso jornadas específicas como las que se realizan periódicamente desde hace casi dos décadas muestran la existencia de una rica y heterogénea producción sobre el tema. Sin embargo, más allá de los trabajos que publicaran hace ya varios años Rubén Levenberg y Daniel Merolla (1988), Gustavo Hurtado (1990), Ricardo Romero (1998) o las síntesis más acotadas y pretéritas de Richard Walter (1968), Bernardo Kleiner (1964) o Luisa Brignardello (1972), entre otras, aún se hace notar la ausencia de una aproximación a las tendencias de largo plazo que han signado la evolución de las organizaciones que agruparon y expresaron gremialmente a los jóvenes universitarios. Este breve texto tiene el propósito de esbozar algunas vías de análisis y plantear algunos problemas. Intentamos proponer puntos de referencia y clivajes para pensar las tendencias de evolución del movimiento estudiantil en un período extenso que va desde sus orígenes en la primera década del siglo XX hasta entrados los años 60. Un análisis de estas características presenta sin duda problemas y dificultades de saldar en un breve ensayo. Sólo tenemos la intención de proponer algunos ejes conceptuales que intentan ir más allá del estudio del discurso y la acción de las principales organizaciones.

Los inicios

La presencia de los estudiantes como actores diferenciados y con una fisonomía definida se advierte, tanto en Buenos Aires como en Córdoba, a lo largo del siglo XIX. Aún cuando constituían una parte muy minoritaria de la población de cada una de las ciudades, se distinguieron, tempranamente, por su presencia en el espacio público y, en más de una oportunidad, formando parte de movimientos que incidieron, significativamente, en la escena política. En 1865 al iniciarse la Guerra del Paraguay, los universitarios se organizaron y en bloque exigieron integrar un batallón que fue bautizado con el nombre de Manuel Belgrano. Una fuerte controversia sobre la reestructuración de la deuda pública los encontró en 1902 movilizándose en conjunto contra la propuesta elaborada por el ex presidente Carlos Pellegrini. El episodio marcó la ruptura del bloque conservador que gobernaba la Argentina desde 1880 y abrió la puerta a las transformaciones que culminaron con la sanción de la Ley Sáenz Peña. En estos años su presencia como grupo específico no pasaba desapercibida para quienes observaban la vida política, en especial en Buenos Aires.

En forma simultánea a su participación, a veces secundaria, como actores de la vida política en ambas ciudades, los estudiantes interactuaron de manera permanente tanto con las autoridades académicas como con los integrantes de los gobiernos provincial y nacional y, dentro de estos últimos, especialmente con los responsables del estado de situación de las casas de altos estudios. Un conjunto de motivos de controversia y conflicto entre estudiantes y miembros del gobierno universitario se fue delimitando con claridad desde las primeras décadas del siglo XIX.

Podría señalarse, con cierta arbitrariedad, que los reclamos se concentraban en cuestiones relativas al régimen disciplinario, a los sistemas y modalidades de examen y promoción, a los pagos de derechos de matrícula, pero también a las características de la enseñanza y a las acciones y conductas de miembros del cuerpo de profesores. Los estudiantes se organizaban informalmente para canalizar sus protestas sobre estos tópicos y si bien a menudo se encontraban con la indiferencia o la cerrada negativa frente a sus peticiones, también debe señalarse que hubo casos resonantes en los que estos fueron aceptados a veces por las mismas autoridades universitarias y, en algunos casos, también por los gobernantes que obligaron a aquellas últimas a aceptar los reclamos estudiantiles.

Dos ejemplos son, al respecto, particularmente ilustrativos. El primero es el acaecido a raíz del suicidio, en 1871, de un estudiante de Derecho de origen sanjuanino, Roberto Sánchez, a causa de la deshonra provocada por haber reprobado un examen. El otro, dos años después,

involucró a José María Ramos Mejía, entonces un joven estudiante de Medicina de Buenos Aires que cuestionó en la prensa a las autoridades de la Facultad por aspectos relativos a la enseñanza. Estas le negaron la posibilidad de matricularse en el año posterior, lo que generó un movimiento de protesta estudiantil que, con el auxilio del gobierno, logró revertir la medida. En ambos casos los estudiantes se organizaron reclamando transformaciones sustantivas en el régimen de estudios, en los programas y en los procesos de selección de los profesores. En el segundo fue central, además, la exigencia de un cambio en el sistema de exámenes.

Hacia 1890 los pedidos estudiantiles en Buenos Aires, hasta entonces formulados de manera aislada, comenzaron a ser canalizados a través de una organización que cumplía, en principio, funciones relativas a la organización de la sociabilidad, pero que también articuló y expresó progresivamente cuestiones gremiales. Se trataba de la Unión Universitaria que agrupó a los estudiantes de las distintas facultades de la UBA. Una organización de carácter similar surgió luego en Córdoba. La aparición de los Centros de Estudiantes a partir de 1900 marca sin duda un nuevo punto de inflexión en la historia del movimiento estudiantil, aún cuando pueda observarse cierta continuidad en lo que respecta al tipo de reivindicaciones y reclamos.

La aparición de los centros se vincula con el incremento progresivo del número de estudiantes, con la necesidad de definir mejor las demandas, pero también con el propósito de dar un perfil más definido a las organizaciones y de precisar sus reclamos. Los centros establecieron, además, estrechas relaciones con las organizaciones que representaban a los profesionales. El caso del *Círculo Médico Argentino* y del *Centro de Estudiantes de Medicina* es ilustrativo al respecto. En 1908, finalmente, los estudiantes porteños fundaron la *Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA)*.

Los estudiantes

Un análisis de los derroteros del movimiento estudiantil exige alguna aproximación a las características de la población universitaria, de su composición, orígenes sociales, familiares, expectativas reunidas en relación con los estudios universitarios, culturas o mentalidades. Es aún mucho lo que ignoramos al respecto, si bien los trabajos de Luciana Carreño (2017: 79-106) publicados en los últimos años han realizado aportes sustantivos.

Podemos avanzar en este sentido, entonces, sólo a partir del conocimiento de algunas variables. En primer término: el número. Los universitarios constituían una parte extremadamente pequeña y privilegiada

de la población. En 1918, en tiempos de la Reforma, sumaban entre 8 mil y 9 mil personas sobre cerca de 8 millones de habitantes. Los datos estadísticos que brindan las memorias elaboradas por los respectivos rectorados, sobre todo en Córdoba y Buenos Aires, muestran también que, aún cuando la Argentina era un país de inmigración y contaba con un elevado porcentaje de población extranjera, los estudiantes universitarios eran predominantemente argentinos. Por otra parte, la mayoría se concentraba en las Facultades de Derecho y Medicina.

¿Qué buscaban los jóvenes que acudían a estudiar en la Universidad? Responder esta pregunta nos lleva, en alguna medida, hasta las raíces coloniales de las instituciones universitarias. El papel que estas desempeñaron en el proceso de creación y consagración de las élites locales fue fundamental desde muy temprano. La corona española incentivó la fundación de universidades a lo largo de todo su período de dominación. El acceso a la burocracia civil o eclesiástica y la posesión de los cargos en las audiencias o en los cabildos catedralicios estaban a menudo supeditados a la ostentación de alguno de los títulos, ya fuese de bachiller, licenciado o doctor, que otorgaban las más de treinta universidades que fueron fundadas en Hispanoamérica durante la dominación española. De esta forma una verdadera élite “titulada” –especialmente desde mediados del siglo XVIII, cuando la venta de cargos fue progresivamente limitada– se superpuso con notables ventajas a otra signada por la riqueza material o por otro tipo de méritos, como los militares. El acceso a la carrera burocrática ofrecía prestigio, poder, e ingresos seguros en un mundo signado por la imprevisibilidad. La aspiración a obtener un título universitario era sobre todo visible en los sectores de la llamada “gente decente” pero sin recursos. Los casos de Juan Bautista Alberdi, miembro de la élite tucumana favorecido con una beca para estudiar en Buenos Aires, y de Domingo F. Sarmiento, oriundo de San Juan a quien ese mismo favor le fue negado constituyendo una marca que arrastraría de por vida, son ejemplos contundentes.

La construcción de una verdadera élite distinguida y privilegiada específicamente por sus títulos fue promovida y amparada por los estados sudamericanos luego de los procesos revolucionarios y las guerra civiles, y sobre todo a partir de la consolidación nacional en la década de 1880. Se les otorgó a las universidades el monopolio en la concesión de los títulos, sobre todo de aquellas profesiones esenciales para la reproducción social, como las de médico y abogado. También se les cedió el derecho de conceder las reválidas de los títulos emitidos en el exterior. Además, desde el Estado se vigiló celosamente el ejercicio ilegal de estas profesiones. De este modo se construyó un lazo estrecho entre los mismos Estados, las universidades y las profesiones. Ese mismo monopolio y la condición elitista de la formación superior otorgaron no

solamente un grado de prestigio notable a los profesionales universitarios, sino también ingresos muy elevados. Esto provocó que el acceso a los títulos universitarios cumpliera un papel central en los procesos de movilidad de la dinámica sociedad argentina de principios de siglo.

Es muy posible que los inmigrantes y sus hijos incorporasen estas nociones provenientes, en gran medida, del mundo hispánico. Pero aún estando la Argentina dominada por una oligarquía universitaria, como señalaría el publicista Emilio Becher (1906) en *La Nación*, el acceso a los altos estudios no estuvo totalmente cerrado por motivos étnicos o de origen, sobre todo en el caso de Buenos Aires. La experiencia de Enrique Dickmann (1930), narrada en sus *Recuerdos de un militante socialista*, muestra que las posibilidades de realizar una carrera exitosa en estas instituciones estaban abiertas también para los inmigrantes recientes y sin recursos que contaban, de todos modos, con una base adquirida a partir, muy probablemente, de la práctica religiosa.

No es extraño entonces que el tema del acceso a los títulos constituyese el trasfondo de gran parte de las luchas gremiales de los primeros centros de estudiantes. Sus movilizaciones se construyeron a partir de una serie de protestas dirigidas contra las medidas que los consejos que gobernaban las universidades, y sobre todo las facultades, oponían en el camino que los llevaba al ansiado título profesional. Regímenes de asistencia a exámenes, correlatividades, derechos de matrícula, constituyeron campos en torno a los cuales se configuraron las primeras reivindicaciones. Las mismas elites que gobernaban la universidad y el país buscaban de algún modo regular el acceso a aquellos mecanismos que, a su vez, eran centrales en la integración de las mismas clases dirigentes. En 1903 y 1905 se produjeron una serie de agudos conflictos en las Facultades de Derecho y Medicina de la Universidad de Buenos Aires (UBA) que tuvieron un notable impacto a nivel nacional. En el primer caso el conflicto se originó a raíz de una serie de medidas relativas a la implementación de turnos de examen y sistemas de clasificaciones. En el segundo estuvo vinculado con la conformación de la terna para la designación de un profesor titular. Las protestas estudiantiles, que encontraron una férrea oposición en la dirigencia universitaria, tuvieron en cambio una recepción positiva en el Congreso, en la prensa y entre los integrantes del mismo Poder Ejecutivo. Como resultado de estas movilizaciones, la UBA reformó su estatuto en 1906, suprimiendo los cargos vitalicios en los consejos que gobernaban las facultades y estableciendo ahora su elección –indirecta– por el cuerpo de profesores.

En este contexto se impone también otra pregunta fundamental, que es la de la relación del movimiento estudiantil con la política nacional y local. Si bien como señalamos, los estudiantes se involucraron como cuerpo ya desde el siglo XIX en distintos eventos políticos, en líneas

generales parecen compartir cierta actitud de indiferencia hacia los problemas de la vida cívica. Los estudiantes, aún cuando las universidades constituían el principal lugar de socialización y reclutamiento de las elites políticas, preferían, en su gran mayoría, permanecer ajenos a los problemas centrales de la vida pública. La elección de temas de tesis en la Facultad de Derecho de la UBA muestra, por ejemplo, el interés de los futuros abogados por problemas relacionados, fundamentalmente, con temáticas del Derecho Civil y Comercial y escasa predilección por las cuestiones vinculadas con el Derecho Político, Constitucional o Administrativo. La limitada atención que los estudiantes prestaban a las variables de la política nacional no pasaba inadvertida incluso a algunos de sus dirigentes. Una nota en la *Revista del Centro de Estudiantes de Derecho* en 1914 señaló que los universitarios porteños “no nos hemos distinguido, por lo menos en estos últimos años, por nuestros entusiasmos políticos”. Se sostenía además que “especialmente entre los alumnos y recién egresados de nuestra Facultad era notable esa indiferencia”. Por eso se celebraba la convocatoria a un encuentro por parte de un recién egresado, alumno brillante, distinguido además por su participación en la vida institucional del Centro, a quienes simpatizaran con los ideales de la Unión Cívica Radical.

La Reforma

El período que se abrió en 1914, como en otras muchas dimensiones de la vida política y social argentina, modificó de manera intensa la situación estudiantil y sus relaciones con las autoridades universitarias y gubernamentales. Los problemas de muchos estudiantes para sostenerse económicamente se agravaron a raíz de la crisis producida por la guerra. Documentación conservada en el archivo de la UBA muestra un incremento sustantivo de los pedidos de exención de derechos de matrícula durante estos mismos años, sobre todo provenientes de estudiantes del interior. A la vez, la sanción de la ley Sáenz Peña y el ascenso de la UCR al gobierno conllevaron cambios sustantivos en el clima político a nivel nacional que contrastaban en alguna medida con la situación no sólo en diversos ámbitos provinciales, sino también en instituciones universitarias como la de Córdoba, donde los miembros de los cuerpos directivos tenían carácter vitalicio y conservaban la atribución de designar a los nuevos miembros ante casos de renuncia o fallecimiento. El uso sistemático que el gobierno de Yrigoyen hizo de la intervención federal abría nuevos caminos no sólo para la modificación de situaciones provinciales, sino también en el ámbito universitario.

Además, los estudiantes se encontraron inmersos en un clima de conflictividad social creciente en el que la confluencia con otros sectores

afectados por la crisis, en particular los obreros industriales, se hizo evidente. La Revolución Rusa, el fin de la Primera Guerra Mundial y los procesos revolucionarios que conmovieron al mundo hasta principios de los años 20 tuvieron, además, un impacto significativo en el mundo político argentino y entre los estudiantes, aun cuando sus efectos fueran diluyéndose a lo largo de esa década.

1918 fue el año de la Reforma Universitaria, resultado esencialmente de la movilización y presión estudiantil. Ningún análisis de este acontecimiento fundacional en la historia universitaria argentina puede obviar el examen contemporáneo de la situación política, social y universitaria del país, como también la de la misma provincia de Córdoba, signada históricamente por el enfrentamiento entre liberales y clericales (Moyano, 2010: 107-155). Las condiciones que llevaron al desencadenamiento de la rebelión estudiantil en Córdoba han sido extensamente tratadas. Es significativo, de todas formas, tener presente que en Córdoba regían en 1918 prácticamente los mismos estatutos sancionados en la década de 1880. A diferencia de Buenos Aires, donde la presión estudiantil había logrado a principios de siglo la transformación de los estatutos, eliminando el gobierno vitalicio de los académicos y otorgando mayor peso al cuerpo de profesores, en la provincia mediterránea todos los ensayos similares habían fracasado. La pregunta que se impone aquí está relacionada con los factores que impidieron transformaciones graduales de la estructura universitaria. Las respuestas son diversas. Algunos la han atribuido a la fuerza de los grupos clericales instalados tanto en el gobierno provincial como en la universidad. Interpretaciones de fines de los años 60, como las de Juan Carlos Agulla (1968) han destacado sobre todo el peso de la universidad en la construcción de las elites políticas cordobesas. Estas se definían esencialmente por su condición doctoral, razón por la que cualquier transformación de la estructura política de Córdoba debía ser previamente una reforma universitaria. El Comité Pro-Reforma de los estudiantes cordobeses se constituyó solicitando al gobierno de Yrigoyen la intervención a la universidad. Proclamó inicialmente su neutralidad en términos políticos y religiosos, y luego de un fuerte debate interno señaló las incongruencias de la estructura de gobierno de la universidad, caracterizada por el predominio de consejeros vitalicios que se autorreclutaban, con los cambios políticos que el país había experimentado desde 1916.

También es fundamental tener en cuenta que la Reforma impulsó la organización gremial estudiantil en una nueva escala. A la creación de la Federación Universitaria de Córdoba, se sumó tiempo más tarde la de la Federación Universitaria Argentina (FUA). Esta inauguró su Primer Congreso entre los días 20 y 31 de julio de 1918. Cabe detenerse brevemente entonces en su análisis. En principio es posible subrayar

que el tono de los debates y de las propuestas fue considerablemente más moderado del que, como podremos ver mas adelante, se expresó en publicaciones estudiantiles contemporáneas. Fue presidido por Osvaldo Loudet, electo luego presidente de la organización, quien, en su discurso inaugural, sostuvo de manera enfática que “todo” era “ajeno a él menos las cuestiones de pedagogía superior y que todas ellas iban a ser resueltas con espíritu científico”, poniendo así coto a los intentos de politizar los debates y discusiones. Al referirse a la Reforma la conceptualizó como un movimiento de renovación de valores “intelectuales y morales”. En líneas generales, el tono de los discursos y las propuestas fueron consistentes con la impronta que marcó Loudet desde el inicio. Los representantes de las cinco universidades (a las tres nacionales se sumaron los de Santa Fe y Tucumán, entonces provinciales) se ocuparon particularmente de cuestionar las orientaciones generales de la vida universitaria argentina, denunciaron el atraso de las instituciones y manifestaron la necesidad de su renovación, en un tono que recuperaba la impronta americanista que caracterizó los discursos de los líderes cordobeses. Probablemente, los pronunciamientos más contundentes fueron los relativos al gobierno universitario. En el proyecto de ley debatido inicialmente, la autonomía de las casas de estudios fue asumida como un presupuesto, pero se insistió sobre todo en el principio de la participación estudiantil en el gobierno. La base de estos juicios estaba vinculada con la idea de que la universidad debía ser una república democrática regida por un gobierno compuesto por un número similar de representantes diplomados, estudiantes y profesores. Sin embargo, la idea de la participación igualitaria de los tres claustros fue sustituida en las resoluciones oficiales por otra que dejaba la cuestión de la proporción librada a lo que se resolviese en cada casa de estudios. Tampoco propuso innovaciones significativas en lo referente a la elección de los profesores, que seguía en manos del Poder Ejecutivo que decidía en base a ternas elevadas por las universidades. Se pronunciaron por la docencia libre y por la asistencia libre a clase, denunciando la generalizada mediocridad del cuerpo de profesores. Criticaron la orientación profesionalista de la educación superior y postularon la necesidad de la creación de la casa del estudiante, el intercambio de profesores y alumnos a escala nacional e internacional. Finalmente, propusieron estimular las actividades de extensión, comprometiendo a los estudiantes en campañas colectivas contra el analfabetismo.

Si bien rechazaron las críticas de aquellos que se preocupaban por el aumento, en este caso, del número de estudiantes, y consecuentemente del de profesionales, no postularon la supresión de los exámenes de ingreso. El proyecto quizás más disruptivo que se presentó fue el que pretendió asegurar la gratuidad de la enseñanza universitaria sobre la

base de imponer cargas adicionales a los propietarios ausentistas. Fue presentado por Gabriel del Mazo y Dante Ardigó, pero fue rechazado por 21 votos contra 19. La FUA inició entonces su camino sobre la base de una contundente crítica al estado de situación de las casas de altos estudios y con un fuerte pronunciamiento a favor de la participación de los estudiantes en el gobierno universitario. Pero su tono fue claramente moderado y su relación con los partidos políticos distante, no pronunciándose sobre aspectos de la situación general del país.

Sin embargo, el Congreso no expresó necesariamente las orientaciones del movimiento estudiantil en su conjunto. El reformismo fue la cuna de expresiones políticas y culturales heterogéneas. Los derroteros e itinerarios de los reformistas y sus discípulos fueron muy diversos. En parte es posible seguir examinándolos en la amplia serie de publicaciones, y sobre todo de revistas, que sectores surgidos del movimiento del 18 editaron en esa década tan prolífica del 20. Natalia Bustelo (2015) ha llevado a cabo un recorrido exhaustivo por las publicaciones surgidas del movimiento reformista que muestra la diversidad –aun dentro del heterogéneo campo de las izquierdas– en términos de proyección intelectual y política que siguieron un conjunto de expresiones surgidas de los sucesos del 18. De todas formas, creemos que un breve repaso de dos publicaciones especialmente significativas surgidas en este contexto permite una primera aproximación a esta cuestión.

Veamos entonces, en primer término, *La Gaceta Universitaria*. Editada por los estudiantes rebeldes de Córdoba, posibilita cierta visión del mundo de referencias ideológicas de quienes iniciaron el movimiento del 18. Aquí se publicó por primera vez el “Manifiesto liminar”, documento fundacional de la Reforma. La revista pasó al menos por dos etapas claramente diferentes. La inicial abarca los doce primeros números, publicados durante el año 1918. El tono tiende más a subrayar los aspectos corporativos y específicamente universitarios. En sus primeros números reclamaba para sí misma la condición de una publicación que, como el movimiento que la inspiraba, era más bien neutral en los aspectos políticos y religiosos. Esta orientación se fue modificando, en particular después de los episodios de junio de 1918, cuando el movimiento se radicalizó a raíz del fracaso en erigir a su candidato, Enrique Martínez Paz, como rector de la universidad. A partir de entonces, la confrontación con el profesorado y una parte significativa de la clase dirigente cordobesa le dio una tonalidad distinta.

Durante 1919, en que se publicaron los últimos números, la revista tomó un tono diferente. Allí el pronunciamiento sobre las cuestiones de la política nacional e internacional fue más claro. En este sentido es también fundamental prestar atención al contexto específico. La sociedad argentina de principios de siglo era, como han destacado diversos

autores, una comunidad dotada de alto grado de dinamismo y movilidad y en la que primaba un imaginario estrechamente vinculado con la posibilidad real y concreta del ascenso social. Sin embargo, estos principios estaban en crisis desde el inicio de la guerra y en particular durante este año. El descontento social, en particular el obrero y popular que se expresó entre otros episodios en la llamada “Semana Trágica” de 1919, muestra claramente ese clima. La conformación de una organización que actuó como fuerza de choque de los sectores más conservadores, como fue La Liga Patriótica, y la revitalización de las leyes represivas y xenófobas sancionadas a principios de siglo, como las de Residencia y Defensa Social, marcaron esos años más allá del también significativo impacto de la situación internacional. Los estudiantes se pronunciaron, a través de *La Gaceta*, en forma explícita contra aquella organización y por la derogación de las leyes mencionadas. Cuestionaron con dureza, además, la xenofobia y el antisemitismo.

Pero aún así cabe señalar que las referencias ideológicas y políticas que son posibles advertir en la revista –aún dentro del campo ideológico de la izquierda– son variadas. Una de ellas es la del economista norteamericano Henry George. La difusión que el pensador de origen español pero radicado en la Argentina, Cándido Villalobos Domínguez (1919), hizo de esta obra fue registrada particularmente. Villalobos señalaba la necesidad de diferenciar entre el capital productivo y el rentístico, proponiendo avanzar gradualmente en la eliminación de este último. Las implicancias en términos de políticas impositivas y de avance sobre las estructuras latifundistas ejercieron un gran atractivo entre los estudiantes cordobeses.

La otra referencia fundamental para los estudiantes cordobeses era el ideólogo y líder del sindicalismo revolucionario, Georges Sorel. La revista se pronunció en estos años de manera contundente contra el reformismo socialista, pero la opción ante éste no era el bolchevismo, sino justamente Sorel.

Por otro lado, los estudiantes fueron muy claros en sus pronunciamientos frente a la situación internacional. Condenaron la guerra contra Rusia, a la que consideraron parte de una operación criminal, pero también se pronunciaron contra la paz de Versalles. Advirtieron sobre el recrudecimiento del conflicto social y la lucha de clases a nivel nacional e internacional, pero sus referencias políticas e ideológicas siguieron siendo eclécticas. Priorizaban la defensa de la lucha por la paz en un arco que unía cierta tímida y contradictoria defensa de la figura de Jean Jaurès con la de Rosa Luxemburgo. En las críticas a la desigualdad y a la explotación de los trabajadores tomaban como fuentes de referencia a la figura de Marx, pero también a la de León XIII, el papa autor de la encíclica *Rerum novarum*.

Una publicación posterior como *Inicial* también puede ser examinada en este contexto. Se publicó entre octubre de 1923 y febrero de 1927. Fue editada por un núcleo de antiguos estudiantes que ejercieron su militancia en los centros de las facultades de Filosofía y Letras y Derecho de la UBA, aunque dos de sus editores venían de Córdoba. Los trabajos publicados aquí muestran una complejidad mayor de la que es posible observar en *La Gaceta*. Se cruzan la reflexión estética y la crítica literaria con el análisis político. Fueron críticos de la experiencia soviética, subrayando sobre todo el costo social de la estabilización, la conformación de un aparato político-burocrático y el ejercicio de la violencia hacia la población. En este contexto, los redactores de *Inicial* opusieron a Lenin con los anarquistas. El primero había convertido a la revolución en una oleada brutal signada por crímenes inicuos. Nuevamente aparece con fuerza un aspecto que ya estaba contenido en la publicación analizada anteriormente: la contraposición entre la tradición revolucionaria rusa y la que encarnaba el sindicalismo revolucionario inspirado en Sorel. Se trata de un contexto signado por una fuerte crítica al legado de Marx y a la construcción de lo que se denomina “El Vaticano ruso”. También aquí aparece un motivo habitual en la revista que es la celebración por la crisis, por la decadencia y destrucción de los ideales políticos y democráticos burgueses que contrasta con la más débil preocupación por la crisis del sistema capitalista.

Mas allá de matices y diferencias internas que dieron lugar a un conjunto diverso de agrupaciones, ya a finales de los años 20 el reformismo fue consolidando su identidad en base a la defensa del laicismo, el americanismo, el protagonismo de la juventud, las críticas a la universidad “doctoral” y profesionalista y la solidaridad con las luchas y reivindicaciones de la clase obrera.

Los estudiantes en los organismos de gobierno universitarios

Pero el análisis de las publicaciones estudiantiles o las revistas requiere ser complementado con otro tipo de fuentes, a los efectos de una reconstrucción adecuada de las tendencias y orientaciones del movimiento. En este sentido, no es posible prescindir de un estudio en profundidad de las acciones llevadas a cabo por los representantes de los estudiantes, a menudo profesionales o graduados recientes, en los Consejos Directivos y en el Consejo Superior de las casas de altos estudios. Cualquier análisis de los derroteros del movimiento estudiantil debe ser complementado con un examen en profundidad de los reclamos elevados colectivamente por los Centros de Estudiantes o por los mismos Consejeros, que pueden rastrearse en los mismos archivos o

en las actas. En este sentido, cabe destacar que durante los 20, incluso luego de los cambios estatutarios promovidos desde el gobierno de Alvear en 1923, predomina un tono claramente corporativo y una clara continuidad con el tipo de reclamos que las mismas organizaciones gremiales estudiantiles venían efectuando desde la segunda mitad del siglo XIX. Pero la diferencia es que esos reclamos eran atendidos ahora con una mayor deferencia, producto, sin duda, del peso que los nuevos estatutos otorgaron a los estudiantes en el gobierno de las casas de estudios. Exigencias de separación o recusación de profesores en mesas de examen, pedidos de postergación de exámenes o establecimiento de nuevos turnos, solicitudes de exención o postergación de pago de matrículas, o la oposición a medidas limitacionistas en el ingreso a algunas facultades, signaron los ejes de la acción estudiantil.

Los representantes estudiantiles –graduados o profesores universitarios– en acuerdo, a menudo, con miembros de las corporaciones profesionales lograron incidir en los procesos de formación de las ternas a partir de las que el Poder Ejecutivo elegía a los profesores titulares, y también en la designación de los suplentes. Además lograron modificaciones sustantivas en aspectos tales como regímenes de examen o de asistencia a clase. Mas allá de algunas modificaciones menores en los estatutos que limitaron su representación, sobre todo desde 1923, conservaron una importante y a menudo también decisiva capacidad de incidencia en los organismos de gobierno universitarios, concentrándose en aspectos vinculados específicamente con la vida académica. Pero esta tendencia a privilegiar lo gremial y corporativo generó también tensiones y fuertes polémicas. Los años 20 vieron así al movimiento estudiantil fragmentarse. La Reforma fue objeto de debate y controversias en parte por haber perdido gradualmente su ímpetu inicial que, en algunos casos, fue explicado, sobre todo desde principios de los años 30, por no haber logrado una proyección adecuada en la arena política y social y constreñirse excesivamente al campo universitario.

Agrupaciones críticas de las orientaciones dominantes del reformismo surgieron durante estos años y también a lo largo de la década del 30. Grupos de estudiantes cercanos al Partido Comunista crearon la organización Insurrexit, que tuvo una primera expresión a principios de los años 20, disolviéndose rápidamente, y luego otra al comenzar la década siguiente. Sobre todo la segunda, liderada por Héctor Agosti y conformada en el marco de la estrategia de clase contra clase de la Tercera Internacional, fue muy crítica con la pasividad del reformismo y su incapacidad para articular proyectos con impacto y alcance en la política nacional. Pero ese mismo tipo de críticas las formularían algunos antiguos líderes del 18, como el mismo Deodoro Roca (2008), quien al observar a principios de los 30 el fracaso de las transforma-

ciones en el mundo universitario, aún signado por la mediocridad y el peso de las orientaciones profesionalistas, afirmaría que el problema fundamental estaba en las limitaciones de la Reforma para proyectarse como Reforma Social.

Otra variable que debe observarse aquí es que los intentos de construir un partido político derivado de la experiencia del movimiento estudiantil, como fue el APRA en Perú, fracasaron en la Argentina. A mediados de los 20 se conformó en la Facultad de Derecho de la UBA el Partido Reformista Centro Izquierda liderado, entre otros, por Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte. Se opusieron –infructuosamente– al intento de la mayoría de los profesores de la Facultad de Derecho de consagrar como decano al dirigente conservador (más tarde Presidente de la Nación), Ramón Castillo. Lo hicieron impugnando sobre todo su pensamiento en términos universitarios, en particular su negativa a admitir el principio de la autonomía universitaria y fundamentalmente por concebir a la Facultad de Derecho como una institución profesionalista, dedicada a estudiar y enseñar sólo aspectos vinculados con la práctica de la abogacía y no como un instituto abocado además, y prioritariamente, a la alta cultura y los estudios desinteresados.

El fracaso en el proceso de constitución de un Partido de la Reforma merece una explicación un tanto más compleja. Quizás la primera de ellas deba atender sobre todo a su mismo éxito. Amparada por el gobierno de Hipólito Yrigoyen, sus principales reivindicaciones fueron parcialmente satisfechas. Aún con los retrocesos que se vivieron desde el año 23 –calificados por algunos como parte de una verdadera contrarreforma– y desde los 30, la influencia estudiantil en el gobierno universitario se mantuvo –con matices– hasta mediados de la década siguiente. Fue la consistencia con el orden político vigente la que hizo posible el éxito y la supervivencia de la Reforma en el medio universitario y, al mismo tiempo, la diferenció de expresiones similares en otros países, en particular en Cuba o Perú, donde el movimiento estudiantil se proyectó como tal en la escena política, radicalizándose rápidamente. El movimiento de la Reforma y sus expresiones estudiantiles –a pesar de los claros posicionamientos de izquierda de algunos de sus integrantes– no fueron percibidos por sectores de la elite dominante como una amenaza sustantiva y estructural al orden social y político. Tal vez la experiencia uruguaya, donde los estudiantes tenían representación en el gobierno universitario desde 1908, haya incidido al respecto.

La “década infame”

Los años 30 marcaron el inicio de ciertos cambios en la orientación del movimiento estudiantil y su relación con la política, aunque estos no

fueron estructurales. La FUA se pronunció luego del golpe de manera contundente contra la dictadura, aun cuando algunos de sus integrantes habían exigido días antes la renuncia de Yrigoyen e incluso formaron parte de la caravana de los sublevados. La persecución del gobierno militar y de los gobiernos de la llamada “década infame” se centró sobre todo en los militantes comunistas. En 1936, el diputado Matías Sánchez Sorondo presentó un proyecto de ley de defensa contra el comunismo en el que señaló a la FUA como una institución bolchevique. Esta última había entrado a fines de los 20 en una crisis interna, pero los efectos del golpe militar en la universidad impulsaron su reconstrucción poco después. Si bien siguieron manteniendo una perspectiva crítica de la experiencia radical, cuestionaron duramente a la dictadura uriburista primero y luego a las orientaciones conservadoras de los gobiernos subsiguientes. La defensa de la participación estudiantil en el gobierno universitario –amenazado por los estatutos reaccionarios de la década del 30– y luego del principio de la autonomía fueron elementos que galvanizaron la acción de las organizaciones. La resistencia y las protestas por la persecución por razones políticas a estudiantes y docentes, sobre todo en facultades como la de Derecho de la UBA, en esos mismos años conformaron también ejes de las movilizaciones y protestas.

El peso de los sectores afines a la izquierda, tanto la relacionada con el Partido Comunista como con el Socialista, fue muy claro en el congreso de la FUA celebrado en 1932, como lo sería también en el realizado diez años más tarde. Las resoluciones tomadas en el primero de los mencionados partían del reconocimiento de la crisis de la sociedad capitalista señalando que la guerra, el imperialismo y la opresión de los pueblos eran el resultado de la organización social vigente y que sólo desaparecerían con el “advenimiento de una sociedad ordenada por la economía colectiva y el derecho social”. En convenciones y encuentros previos al congreso se había propuesto ya la asociación con las organizaciones obreras, y el repudio al militarismo y al imperialismo, pero también hubo aquí otros pronunciamientos sobre aspectos universitarios como el que, ya positivamente, exigía la gratuidad de la enseñanza. Durante la segunda mitad de los 30, en el marco del clima de persecución organizado desde el gobierno y el Estado y centrado fundamentalmente en los militantes comunistas, fue cobrando peso la consigna de la defensa de las libertades democráticas. En el congreso de 1942 fue claro e inequívoco el pronunciamiento contra el avance del fascismo.

Pero, nuevamente, la pregunta que se impone aquí es si estas tendencias visibles en los pronunciamientos de las FUA se traducen en cambios sustantivos en las estrategias de los representantes estudiantiles en los ámbitos del gobierno universitario. Parecería en principio que sólo muy parcialmente, lo que llevaría a críticas como las ya mencionadas

de Deodoro Roca. La escisión de las perspectivas gremiales y políticas continuó. La universidad en este contexto se desarrolló, como hemos señalado, con un relativo grado de autonomía. El tono moderado que adquirió el movimiento estudiantil en algunas facultades de la UBA, luego conocidas por la presencia de grupos de estudiantes radicalizados, como sucedió en Filosofía y Letras, fue señalado por el militante del Partido Comunista Héctor Agosti (1965), quien en los años sesenta recordaba el carácter extremadamente “sosegado” del reformismo.

El proceso de burocratización e incluso de corrupción de la dirigencia estudiantil en los años 30 y los 40 fue evidente y provocó algunos escándalos de amplia repercusión pública como el que, justamente, inició el ex presidente de la FUA, Osvaldo Loudet, siendo ahora vicedecano de la Facultad de Medicina durante 1943. Loudet acusó a los representantes estudiantiles en los consejos de establecer acuerdos con sectores del claustro de profesores a través de diversos mecanismos con el propósito de favorecer a determinados candidatos a cargos de profesor. Dejaba entender también que las negociaciones incluían favores para distribuir en los dos términos de la relación. Las acusaciones promovieron una investigación ordenada por el Consejo Superior y una fuerte réplica de uno de los representantes estudiantiles reivindicando los principios de la Reforma y la capacidad de los representantes estudiantiles para intervenir en decisiones como estas. De todas formas, este episodio incidió en la erosión de la imagen pública de la universidad y del movimiento estudiantil que quedó fuertemente desprestigiado.

El peronismo

La experiencia del peronismo y los efectos de su política universitaria provocaron cambios sustantivos y ahora sí estructurales en los modos de acción del movimiento estudiantil. Modificaron sus estrategias y alteraron sustancialmente los modos en que se desarrollaban las relaciones entre universidad y vida política. Las intervenciones universitarias en la Universidad del Litoral, primero, a cargo de Jordán Bruno Genta y luego las que, masivamente, se realizaron en todas las instituciones desde noviembre de 1943, la supresión de la autonomía y los intentos de confesionalizar la enseñanza universitaria fueron colocando al movimiento estudiantil en la oposición frontal al gobierno militar, actitud que se trasladó luego a la candidatura presidencial de su heredero forzoso, Juan Domingo Perón. Como han destacado Levenberg y Merolla, los reformistas asumieron gran parte de la organización de la Unión Democrática. Daniel James (1987), por su parte, ha señalado la hostilidad que manifestaron quienes se movilizaron por la libertad de Perón el 17 de Octubre frente a las instituciones de enseñanza superior. Su victoria

electoral llevó a una nueva intervención luego de un breve período de normalización y a la construcción de un nuevo régimen universitario a través de leyes específicas que desconocieron el principio de la autonomía y limitaron, en este marco, la participación estudiantil en el gobierno universitario.

Las organizaciones estudiantiles surgidas desde principios de siglo, las federaciones y los centros, ámbitos en los que confluían desde liberales hasta comunistas, debieron actuar durante estos años en una situación de semiclandestinidad y se unieron en la oposición más allá de diferencias específicas consolidando su identidad reformista. Pero también debemos señalar que, tiempo más tarde, el reformismo comenzó a ser de algún modo cuestionado, a partir de la aparición de una nueva agrupación: el humanismo. Este congregó a grupos católicos que se diferenciaron desde un inicio de los sectores nacionalistas de derecha que avanzaron en el control de las instituciones educativas a partir del golpe del 43 y que mantuvieron cuotas relevantes de poder en el ámbito universitario durante el peronismo. Los humanistas concitaron la adhesión de sectores importantes del estudiantado. Si bien se diferenciaron del Reformismo, mantuvieron una perspectiva crítica del peronismo. A esta primera división se sumaron otras menores y coyunturales, como las que separaron a los comunistas del resto del espectro reformista en el momento en que aquellos, temporalmente, decidieron unirse a la Confederación General Universitaria (CGU), la organización estudiantil amparada por el gobierno de Perón.

La experiencia de la CGU muestra las limitaciones que el peronismo encontró a la hora de construir una organización sólida que lo representase entre el estudiantado universitario, lo que de algún modo revela la fuerza que todavía conservaba la identidad reformista. Finalmente, se constriñó a congregarse a un número reducido de estudiantes que, en muchos casos, eran también miembros del claustro no docente.

El impacto del ascenso del peronismo sobre el movimiento estudiantil fue sustantivo y debe observarse en diversos planos. En principio situó al problema de la defensa de la autonomía universitaria en un lugar central. El tema no había estado ausente en la agenda del movimiento estudiantil en el período anterior, pero nunca había ocupado un lugar fundamental entre sus preocupaciones porque desde la constitución del sistema académico moderno en la década de 1880 hasta mediados de 1940, con excepciones marcadas obviamente en los períodos de gobierno militar e intervenciones, la universidad había conservado cuotas relativamente considerables de autonomía. El peronismo quebró de manera radical con esta situación, colocando el tema en un lugar central de la agenda.

Durante el peronismo el sistema universitario experimentó además

transformaciones significativas cuyos efectos se hicieron sentir en el mediano plazo. Un aspecto fue el aumento sustantivo de la matrícula, que prácticamente se triplicó. Este fue el periodo que asistió al inicio de la conformación del sistema universitario de masas en la Argentina. Desde entonces el crecimiento del número de estudiantes fue constante hasta que lo clausuró –temporalmente– la política de ingreso de la dictadura instaurada en 1976. Estos cambios, que se insertan en un tendencia global, fueron resultados de transformaciones en las condiciones generales de vida que acompañaron los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Pero sin duda, esta tendencia fue fortalecida con la decisión de asegurar la gratuidad de los estudios superiores, dispuesta por el gobierno de Perón en 1949, y el levantamiento durante algunos años de las restricciones al ingreso. Esto provocaría que, en los años subsiguientes, la agenda de los problemas universitarios se volviese más compleja y pasase a incluir, en un lugar central, nuevas demandas como el tema presupuestario, que pasó a ocupar aquí un papel fundamental.

La Revolución Libertadora y los años 60

El protagonismo que adquirieron los estudiantes en la lucha contra el gobierno peronista les otorgó una percepción particular sobre su papel central en la constitución de un futuro orden universitario. Este papel le fue reconocido a las organizaciones estudiantiles por las autoridades del gobierno de facto que derrocó a Perón en 1955, que permitió que el nuevo rector de la UBA fuese designado a partir de una terna de candidatos sugeridos por los mismos estudiantes. José Luis Romero, historiador y reconocido militante socialista, y además el preferido por aquellos, fue el elegido. El nuevo orden universitario, derivado de los presupuestos contenidos en el decreto-ley 6.403 del gobierno militar reconoció la autonomía universitaria en un grado mucho más amplio que el previsto en las normativas de fines del siglo XIX, que fue también el que rigió en tiempo de la Reforma. Fue fundamental, en ese sentido, el hecho de que las nuevas normas permitieran que las universidades pudiesen seleccionar a sus docentes a través de concursos, a diferencia de lo que establecía la ley Avellaneda que otorgaba esa potestad al Poder Ejecutivo. Además, obviamente, aseguró la representación estudiantil junto a la de los graduados y profesores en el gobierno universitario.

El reformismo adquirió y reforzó su identidad, en principio, a partir de entonces sobre la base de la defensa de la autonomía y el cogobierno. Pero también en base a la capacidad de movilización que adquirió en ese período y reforzó posteriormente. Como muy convincentemente señaló en su libro Juan Sebastián Califa (2014), el debate sobre las universidades “libres”, la defensa del monopolio estatal en la concesión de los títulos

habilitantes puesta en cuestión por el artículo 28 del mismo decreto 6.403, el hecho de que, aún reconociendo la participación estudiantil, el nuevo ordenamiento universitario estableciese la hegemonía profesoral en lugar del gobierno tripartito igualitario y, finalmente, la política antipopular de la “Libertadora”, provocaron progresivamente la ruptura de los estudiantes reformistas con las autoridades. Posteriormente, los episodios del conflicto de la llamada “Laica o Libre”, relacionada con la autorización concreta para el funcionamiento de las universidades privadas, la crisis del desarrollismo y sobre todo la Revolución Cubana acentuaron los procesos de radicalización hacia la izquierda de las organizaciones gremiales.

En todo este proceso hubo un rasgo de las acciones y estrategias estudiantiles que inauguró también estructuralmente el peronismo. Se trató de la articulación, íntima y estrecha, entre las reivindicaciones y exigencias corporativas con los posicionamientos en relación con la política nacional. Ya no hubo margen para escindirlas y asumirlas en forma independiente, como había sucedido en los 20 y en alguna medida también en los 30. Las actas de los consejos de gobierno universitario muestran el activo y profundo compromiso de representantes estudiantiles y dirigentes gremiales con las luchas de sectores obreros e intelectuales a nivel nacional e internacional. A menudo el tratamiento de estos temas en los consejos era obturado por la presión estudiantil para involucrar a las instituciones en reivindicaciones y luchas más amplias, relacionadas con la política nacional e internacional.

El peronismo entonces y luego los efectos de la Guerra Fría inauguraron una nueva etapa en la relación entre movimiento estudiantil y acción política. El primero vio en las universidades esencialmente un foco opositor e intentó asegurar su neutralidad en el campo político. A su vez, el régimen universitario que concibió la “Revolución Libertadora” procuró avanzar en la construcción de una universidad autónoma, recuperando y fortaleciendo prácticas e instituciones que, en parte, reconocían sus orígenes en el movimiento de 1918. Pero era imposible asegurar la autonomía en un país signado por la inestabilidad política provocada, entre otros factores, por la exclusión del escenario institucional de la fuerza política mayoritaria. La irrupción de la Guerra Fría y la percepción de la universidad como un foco revolucionario limitó todavía más la posibilidad de la autonomía.

En este escenario de radicalización y polarización creciente, hay por supuesto otros elementos. En principio, que estos procesos tuvieron lugar en un escenario caracterizado por el crecimiento sustantivo del número de estudiantes y por los cambios subsiguientes en su composición social. Los procesos de masificación además provocaron que los títulos perdieran progresivamente el valor que detentaban desde principio de

siglo y que ya no estuviesen en condiciones de asegurar, en los mismos términos, los procesos de movilidad social (Portantiero, 1978). La extensión y masificación del sistema universitario también provocó cambios en sus vertientes políticas e ideológicas. Aún cuando las versiones que insisten en una peronización progresiva del movimiento estudiantil desde mediados de los 60 merecen ser puestas en cuestión (Millán, 2016: 49-64), las opciones políticas e ideológicas del estudiantado se volvieron durante estos años más complejas y diversas, profundizando un proceso que venía desde tiempos del primer peronismo. En parte esto se explica por la aparición y el crecimiento de nuevos núcleos estudiantiles. La extensión del sistema universitario y creación de nuevas universidades, privadas primero, provinciales en algunos casos y nacionales sobre todo desde fines de los años 60, explica en parte este nuevo escenario. El reformismo, aún hegemónico en gran parte del movimiento estudiantil, pasó a ser contrarrestado por otras expresiones. Al humanismo que a principios de los 60 llegó a imponer dos rectores en la UBA, se sumó, sobre todo por su peso en el interior y el Litoral, el integralismo que congregó a grupos católicos que compartieron los procesos de radicalización de vastos sectores religiosos de los años 60. Pero el reformismo mismo se dividió en diversas expresiones, en parte como resultado de la aparición de nuevas vertientes de izquierda. El surgimiento del FAUDI, brazo universitario del Partido Comunista Revolucionario, una escisión del PC que poco después se orientó hacia el maoísmo, puede leerse en este sentido. Pero también pueden incluirse aquí el crecimiento de las agrupaciones relacionadas con las distintas vertientes del socialismo, el de las diversas líneas internas del radicalismo, el de la llamada izquierda nacional o incluso el de sectores que adoptarían más tarde la lucha armada. La diversificación y “pluralización” de la izquierda universitaria constituye entonces un fenómeno fundamental para el análisis de la trayectoria del movimiento estudiantil durante estos años.

Reflexiones finales

La percepción de los universitarios y del movimiento estudiantil como una amenaza sustantiva al orden social y político en el marco de la creciente influencia de la Doctrina de la Seguridad Nacional se impuso progresivamente en los años 60. Estas ideas explican la intervención a las universidades y, por supuesto también, la política represiva de la dictadura del 76. La universidad pasó a ser percibida como un núcleo subversivo y como un auténtico “nido de comunistas”. El creciente compromiso de las organizaciones oficiales estudiantiles con los procesos de transformación revolucionaria alimentó estas creencias. El VIII Congreso de la FUA, celebrado en diciembre de 1967, en el momento

más sólido del régimen de la “Revolución Argentina”, se pronunció a favor de la lucha por la autonomía y el cogobierno. Pero sus consideraciones estuvieron ligadas estructuralmente a un diagnóstico y a una propuesta sobre la situación política nacional e internacional cuyos ejes estaban situados en la nacionalización de las ramas de la industria y los servicios en manos de monopolios extranjeros, en la ruptura con los organismos financieros internacionales, en la reforma agraria y en la destrucción del aparato represivo.

La trayectoria del movimiento estudiantil desde finales del siglo XIX hasta los años 60 revela el peso decisivo que la experiencia del peronismo tuvo en el involucramiento activo y estructural del movimiento estudiantil en la vida política argentina. Aquel dejó de ser parcial, episódico o limitado a algunas vertientes específicas. A la vez, galvanizó la constitución de la identidad reformista, aun cuando esta se expresase a través de diversas agrupaciones y se fragmentase en distintas expresiones gremiales y políticas. El reformismo se consolidó así como un factor central de la identidad estudiantil, aun cuando estuviese cuestionado por diversas vertientes políticas. Constituyó, como en los 20, un gran marco que abarcaba a sectores con orientaciones políticas distintas en la arena nacional pero que, en los aspectos universitarios, se identificaron con los principios de autonomía, cogobierno y laicismo y luego también con la defensa de la gratuidad, el aumento del presupuesto universitario y la solidaridad con la clase obrera.

Los años que siguieron al peronismo y sobre todo los 60 fueron también los de la ruptura del consenso liberal que había signado a la Argentina de las primeras décadas del siglo. En el marco de la Guerra Fría y bajo el impacto de los movimientos estudiantiles, que tuvieron expresión contundente en la participación en el Cordobazo, los sectores dominantes vieron a los estudiantes como vectores fundamentales de la alteración revolucionaria de ese orden social. El fin trágico de muchos de los militantes estudiantiles, tanto universitarios como secundarios, desde 1974, y sobre todo desde marzo de 1976, expresa claramente el nuevo estado de situación.

Bibliografía

- Agosti, Héctor (1965), “Los recuerdos actuales”, en Héctor Agosti, *Para una política de la cultura*, Buenos Aires: Procyon, pp. 95-105.
- Agulla, Juan Carlos (1968), *Eclipse de una aristocracia*, Buenos Aires: Libera.
- Almaraz, Roberto, Manuel Corchon y Rómulo Zemborain (2001), *Aquí FUBA*, Buenos Aires: Planeta.
- Becher, Emilio (1906), “La oligarquía universitaria”, reproducido en Emilio

- Becher, *Diálogo de las sombras y otras páginas*, Buenos Aires: Instituto de Literatura Argentina, Facultad de Filosofía y Letras, 1938, pp. 167-172.
- Brignardello, Luisa (1972), *El movimiento estudiantil argentino*, Buenos Aires: Macchi.
- Bustelo, Natalia (2015), *La reforma universitaria desde sus grupos y revistas: Una reconstrucción de los proyectos y las disputas del movimiento estudiantil porteño de las primeras décadas del siglo XX (1914-1928)*, tesis de doctorado, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1307/te.1307.pdf>. Consultada el 23 de febrero de 2017.
- Califa, Juan (2014), *Reforma y revolución. La radicalización política del movimiento estudiantil en la UBA, 1943-1966*, Buenos Aires: Eudeba.
- Carreño, Luciana (2017), "Pobrecitos jovencitos sin sexo y sin seso. Formas y modelos de vida estudiantil bajo la crítica de los reformistas de izquierda en la Universidad de Buenos Aires (1917-1921)", en *Izquierdas*, n° 32, pp. 79-106.
- Dickmann, Enrique (1930), *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires: La Vanguardia.
- Hurtado, Gustavo (1990), *Estudiantes: Reforma y revolución*, Buenos Aires: Cartago.
- James, Daniel (1987), "17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina", *Desarrollo Económico*, n° 107, Buenos Aires, pp. 445-461.
- Kleiner, Bernardo (1964), *20 años de movimiento estudiantil reformista*, Buenos Aires: Platina.
- Levenberg, Rubén y Daniel Merolla (1988), *Un solo grito: crónica del movimiento estudiantil universitario, 1918-1988*, Buenos Aires: FUA.
- Millán, Mariano (2016), "La Juventud Universitaria Peronista en las memorias de la militancia estudiantil reformista y marxista de la UBA, 1973-1976", en *Historia, Voces y Memoria*, n° 10, pp. 49-63.
- Moyano, Julio (2010), "El clivaje entre clericales y liberales en la política cordobesa entre 1890 y 1930. Sus alcances y límites como causa de alianzas y conflictos entre la dirigencia", en César Tcach (coord), *Córdoba bicentenario. Claves de su historia contemporánea*, Córdoba: Centro de Estudios Avanzados, pp. 107-155.
- Portantiero, Juan Carlos (1978), *Estudiantes y política en América Latina. 1918-1938: el proceso de la Reforma universitaria*, México: Siglo XXI.
- Roca, Deodoro (2008), "La Reforma no será posible sin una «Reforma Social», Entrevista del Diario *Córdoba* del 15 de junio de 1936" [1936], en Deodoro Roca, *Obra reunida. I: Cuestiones universitarias*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 121-122.
- Romero, Ricardo (1998), *La lucha continúa. El movimiento estudiantil argentino en el siglo XX*, Buenos Aires: Eudeba.

Villalobos Domínguez, Cándido (1919), *Evitemos la guerra social*, Buenos Aires: Tor.

Walter, Richard (1968), *Student Politics in Argentina*, Nueva York-Londres: Basic Book.

* * *

Título: The Argentine student movement: contributions for a global vision of its evolution in the 20th century

Resumen: El objetivo de este artículo es presentar una síntesis de la evolución del movimiento estudiantil desde principios del siglo XX hasta los años 60. Se pone énfasis especialmente en el estudio de la Reforma, en el impacto del peronismo y los vínculos entre acción gremial y política.

Palabras Clave: universidad – estudiantes – reforma – peronismo

Abstract: The aim of this article is to present a synthesis of the evolution of the student movement from the beginning of the 20th century up to the 1960s. Special emphasis is placed on the study of the Reform movement, the impact of Peronismo and the links between union and political action.

Keywords: university – students – reform – peronismo

Recepción: 20 de febrero de 2018. **Aprobación:** 5 de marzo de 2018.

Del repudio a los malos profesores a la emancipación social. Los reclamos de los estudiantes porteños (1872-1930)

Natalia Bustelo

Cedinci - Unsam
nataliabustelo@yahoo.com.ar

Reclamos estudiantiles

Como una forma de conmemorar el centenario del estallido de la Reforma Universitaria, las páginas que siguen vuelven una vez más sobre los primeros conflictos estudiantiles registrados en la Universidad de Buenos Aires, pero su propósito es revisar una cuestión que permanece poco atendida: la vinculación que tramaron los distintos conflictos con el orden político. El artículo se divide en cuatro apartados. Cada uno de ellos analiza la dimensión gremial y la política de una iniciativa estudiantil identificada con la “reforma universitaria”. La sucesión de iniciativas permite identificar la configuración de una agenda de reclamos gremiales, pero también sugiere que si 1918 marca una ruptura en la sociabilidad estudiantil es porque una minoría de estudiantes consiguió fundar un movimiento que alejaba a esa agenda gremial de una república oligárquica para sumarla, desde distintas posiciones, a la lucha emancipatoria librada por las izquierdas.

Reforma universitaria para perfeccionar a la elite oligárquica

Hacia 1860 el territorio argentino superaba las prolongadas guerras civiles y avanzaba en la consolidación de una República oligárquica. La elite político-económica que gobernaría la Argentina entre 1860 y 1916 mostraba su capacidad para superar la profunda crisis económica y política de 1890. Desde entonces debería hacer frente a una creciente conflictividad social y política, pero ello no le impedía proseguir la construcción de un orden social laico que en el plano político negaba la ampliación democrática mientras que lograba una importante mo-

dernización económica. Esta se estructuraba en nuevas formas de desigualdad y opresión capitalistas. Los pilares de la economía comenzaban a ser la masiva llegada de trabajadores europeos, la agricultura latifundista –que desplazaba a las comunidades originarias y al campesinado al tiempo que profundizaba la desigualdad entre las regiones–, la inversión neocolonial y la inserción del mercado local en el sistema capitalista mundial.¹

Ese desarrollo requería, entre otras cosas, la regulación de tres actividades: la medicina, la ingeniería y la abogacía. La Universidad de Buenos Aires y la Universidad de Córdoba, sobre todo sus facultades de derecho, funcionaban desde hacía varias décadas como los ámbitos de sociabilidad de la elite política, que luego de formarse en la nueva república partía al “viaje de iniciación” europeo (Viñas, 1964: 46-51). Las universidades además eran las únicas habilitadas para expedir matrículas profesionales. Como subraya Pablo Buchbinder (2005: 60-61), entonces se iniciaba la prolongada discusión –que continúa en el presente– sobre el perfil de las universidades: una parte importante de la elite gobernante bregaba por su consolidación como formadoras de los profesionales liberales mientras que una fracción minoritaria apostaba a universidades orientadas a la investigación científica.

Antes de que el parlamento sancionara las distintas leyes relativas al sistema educativo argentino, los estudiantes impugnaban a las autoridades de la Universidad de Buenos Aires y se hacían visibles en las calles. El 13 de diciembre de 1871 el joven Roberto Sánchez se suicidaba luego de ser reprobado injustamente en un examen de la Facultad porteña de Derecho. Al entierro asistieron más de dos mil personas. Al año siguiente doscientos jóvenes se reunieron en asamblea para fundar la Asociación 13 de Diciembre, crear una Junta Revolucionaria pro Reforma Universitaria y comenzar a editar los periódicos mensuales *13 de Diciembre* y *El Estudiante*. Las doce páginas de cada entrega les permitieron a los estudiantes difundir noticias universitarias así como denuncias y pronunciamientos relativos a la Universidad de Buenos Aires, pero los costos del financiamiento y la distribución pronto truncaron ambos proyectos.

El primer manifiesto de la Asociación colocaba en el centro de su denuncia la parcialidad con que los profesores examinaban a los estudiantes. Se lee allí:

1. Para caracterizar los regímenes políticos argentinos, retomamos a lo largo del artículo las expresiones “República oligárquica” y “República democrática” utilizadas, entre otros, por Botana y Gallo (1997). Pero a ellas agregamos el énfasis sobre las formas de desigualdad y opresión capitalista estructuradas por ambas repúblicas así como el carácter liberal y restringido de la dimensión democrática (Adamovsky, 2009).

La mayor parte de los catedráticos dan lecciones particulares en sus casas habitaciones, lecciones a precio de oro, a las que asisten los discípulos de la Universidad que quieren propiciarse la buena voluntad del catedrático para el examen próximo. (Citado en Ortiz y Scotti, s/d: 14)

Durante 1872 la Asociación elevó distintos petitorios a las autoridades universitarias para reformar los estatutos y el régimen de exámenes. Sus reclamos consiguieron, además de la renuncia de varios profesores cuestionados por su escasa formación, que el entonces gobernador de Buenos Aires, Emilio Castro, le explicara al rector universitario, Juan María Gutiérrez, algo que debería ser obvio en todo sistema de enseñanza. En carta pública Castro sostenía que los catedráticos estaban inhabilitados para “dar lecciones o repasos a los alumnos matriculados en la Universidad, sea en otros colegios o en sus propias casas, recibiendo por ello un estipendio o compensación”. Las páginas de *El Estudiante* aclaraban que los asociados no se ocupaban de política, sino de las “aspiraciones tendientes al perfeccionamiento de la enseñanza, a la introducción de los buenos sistemas, a la vulgarización de las verdades científicas y al progreso de la literatura”. Dios, patria, familia y bello sexo eran señalados como sus valores.²

Si bien las autoridades universitarias anunciaron que los estudiantes que cometieran actos de indisciplina serían sancionados con la inhabilitación para inscribirse en las materias –o incluso con la expulsión de la universidad–, las protestas no cuestionaban el lugar de las universidades en la República oligárquica. Se trataba de una juventud –compuesta, en su mayoría, por hijos de familias patricias– que con esos reclamos asumía tempranamente la condición de elite conductora de la República y sus instituciones. La prueba más clara de ello es que poco después Estanislao Zeballos y otros líderes de la Asociación se erigían en destacados miembros de esa generación del 80 que gobernó el país hasta 1916.

Para que los pocos estudiantes porteños de ingeniería expresaran conjuntamente sus reclamos deberían pasar algunos años. A la incipiente organización de derecho siguió la de los estudiantes de la Facultad de Medicina, quienes en 1875 fundaron el Círculo Médico Argentino, una iniciativa que, al igual que la Asociación 13 de Diciembre, fue liderada por un futuro miembro de la generación del 80, el joven José María Ramos Mejía. En sus inicios el Círculo congregó a la mitad de los estudiantes, emprendió campañas en la prensa contra algunos cursos y otras cuestiones gremiales y fundó una biblioteca (Halperín Donghi,

2. “Nuestros propósitos”, *El Estudiante*, n° 1, 4 de marzo de 1872, p. 1.

1962: 82-84). En 1877 sumó la edición de los *Anales del Círculo Médico Argentino* y poco después, cuando sus fundadores habían dejado la condición de estudiantes, el Círculo comenzó a expresar los reclamos corporativos de los médicos. Entrado el siglo XX, las asociaciones estudiantiles encargadas de los reclamos gremiales se convertirían en Centros de Estudiantes con personería jurídica.

Además de tramarse esa sociabilidad estudiantil, en las últimas décadas del siglo XIX ingresaban las primeras mujeres a las carreras de la Facultad de Medicina. Ese ingreso debía sortear las resistencias del Consejo Académico y de muchos estudiantes. Varias mujeres fundaron asociaciones feministas que, ligadas al socialismo, el anarquismo o el librepensamiento, reclamaron la admisión universitaria y, en general, la igualdad de derechos. Entre esas asociaciones se destacan el Consejo Nacional de Mujeres, creado en 1901, y Universitarias Argentinas, asociación organizadora en 1910 de un masivo congreso femenino internacional (Barrancos, 2007: 132-134). A pesar de esa trama, serían muy pocas las mujeres que participarían de los Centros de Estudiantes y de los reclamos por las diversas reformas universitarias. Y ello al punto que, en su despliegue nacional, el movimiento de 1918 no registró entre sus reclamos el derecho de las mujeres a recibir formación universitaria ni contó con una líder mujer.

En definitiva, con la Joven Argentina o generación del 37, que tuvo en Echeverría, Alberdi y Sarmiento a sus más destacados representantes, se había iniciado en Argentina un extendido asociacionismo juvenil de carácter político. A lo largo del siglo XIX este se manifestó en las ramas juveniles de los clubes políticos y en el siguiente en las juventudes de los partidos políticos. Con la Asociación 13 de Diciembre se inauguraba, en cambio, un juvenilismo que se pronunciaba sobre las cuestiones gremiales de los estudiantes y que, a pesar de su declarada apoliticidad, enlazaba la reforma universitaria a una mejor formación de una elite oligárquica, sobre la que no se dudaba que estaba destinada a dirigir el país. Y veremos en el tercer apartado que ese juvenilismo gremial y oligárquico alcanzó una escala latinoamericana a través de la Liga de Estudiantes Americanos.

Reforma universitaria para erradicar la falta de autoridad moral

Los reclamos gremiales de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires volverían a tener un fuerte impulso a fines de 1903, año en que las huelgas, movilizaciones y tumultos estudiantiles obligaban por primera vez a suspender las clases. Entonces la universidad porteña había sumado la Facultad de Filosofía y Letras y nuevas carreras. Su

matrícula alcanzaba los dos mil estudiantes y con ello cuadruplicaba la matrícula de la universidad cordobesa.³

El crecimiento del estudiantado tenía una relación directa con la recuperación económica lograda por la República oligárquica. Una parte de los nuevos sectores medios podía financiar los estudios de algunos de sus hijos. Las aulas universitarias dejaban de ser un espacio exclusivo de la *high society* para comenzar a estar recorridas por jóvenes varones que buscaban un título de médico –o, en menor medida, de abogado– que les asegurara un ascenso social y económico. Varios de esos jóvenes serían partícipes de la “malquerida bohemia” que, liderada por los poetas Rubén Darío y Leopoldo Lugones, construyó el movimiento literario modernista junto a espacios de sociabilidad distantes de la élite oligárquica. Además serían entusiastas difusores del anarquismo o del socialismo y tendrían un rol clave en la campaña porteña de desprestigio de los profesores integrantes del Consejo Académico de Derecho y del de Medicina.

Las documentadas investigaciones de Juan Suriano (2004) y de Horacio Tarcus (2007b) no dejan dudas de que, a comienzos del siglo XX, las ideas y prácticas anarquistas y socialistas habían alcanzado una amplia circulación en el Río de la Plata. Desde 1896 Buenos Aires contaba con el primer Partido Socialista de América Latina y una imprenta que editaba el periódico *La Vanguardia* y diversas colecciones de folletos socialistas. Además el movimiento obrero se había organizado en una federación que adoptaba el comunismo anárquico: la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), y el anarquismo también se difundía desde el diario *La Protesta* y una nutrida folletería.

Para mejorar las duras condiciones de trabajo de los obreros urbanos, en noviembre de 1902 la FORA y los sindicatos de tendencia socialista protagonizaban la primera huelga general argentina. Pero el socialismo y el anarquismo interesaban no solo a los obreros, sino también a algunos estudiantes y unos pocos profesores. Los estudiantes identificados con los valores patrióticos de la República oligárquica continuarían siendo mayoría en las asambleas estudiantiles, pero en ellas surgían los primeros líderes distantes de esos valores.⁴ En efecto, el levantamiento que lideró Hipólito Yrigoyen en 1905 contó con el apoyo de varios estudiantes (Rock, 2006: 291-295). Pero ya en 1895 un joven

3. Seguimos en este apartado las reconstrucciones de Halperín Donghi (1962) y Buchbinder (2005).

4. Sobre las manifestaciones callejeras que, en los primeros años del siglo XX, protagonizaron los estudiantes promotores de un patriotismo oligárquico y belicista, véase Rojkind (2012) y Rock (2006: 265-273). Para un análisis de las diferentes modulaciones del nacionalismo de la primera mitad del siglo XX, véase Devoto (2002).

José Ingenieros fundaba en la Facultad porteña de Medicina un Centro Socialista Universitario (Tarcus, 2007b: 234-238). A ello agreguemos que en sus memorias Manuel Gálvez (2003: 79-157) ofrece una detallada descripción de la bohemia anarquista de la que participó en su época de estudiante y que lo convenció de codirigir entre 1903 y 1905 la revista cultural filoanarquista *Ideas*. Nuevas precisiones son ofrecidas por Alfredo Bianchi, quien, además de preparar unas breves memorias sobre la bohemia porteña (1935), confiesa en un artículo en el que polemiza con un compañero de esas aventuras juveniles que “en aquellos años de rebelión de 1904 y 1905 [...] íbamos a la Facultad de Letras con el folleto de Malatesta sobre *La anarquía* en el bolsillo y *La Protesta* en la mano”.⁵ Y esas diversas referencias sugieren que el anarquismo se entrelazó con la huelga que iniciaron los estudiantes un año después de la primera huelga obrera general.

En septiembre de 1902 el Consejo Académico de la Facultad de Derecho firmó una resolución a través de la cual los exámenes de marzo dejaban de ser una instancia para aprobar las materias cursadas y se incrementaba el arancel que debían pagar los estudiantes. Estos iniciaban la huelga en diciembre de 1903 y lograban que el Consejo anulara su resolución. Pero al año siguiente el Consejo se negaba a correr la fecha de los exámenes en función de los días perdidos por las protestas y ello motivó reclamos más abarcativos y contundentes. Los estudiantes comenzaron a denunciar la poca actualización de los profesores y con boycotts y otras acciones directas reclamaron la renuncia de varios de esos docentes y la renovación de los contenidos. Recuerda el abogado y diplomático Adolfo Bioy (padre del escritor Adolfo Bioy Casares) que cuando se acercó en febrero de 1904 a la Facultad de Derecho encontró un cartel con la frase “cerrado por falta de autoridad moral” y que pronto se sumó a la huelga y los cabildeos para planear una “acción que debía de ser violenta”. Refiere Bioy: “Decidimos penetrar subrepticamente en casas vecinas de la Facultad y, bien armados, acantonarnos en las azoteas contiguas y, en el momento oportuno, hacer fuego contra las autoridades y contra la policía. Sabíamos que habíase dispuesto asegurar la toma de exámenes con una custodia policial en la casa y eso nos había producido indignación. ¡La casa de estudios ocupada por la policía!” (Bioy, 1963: 88).

Entre 1905 y 1906 los reclamos se extendieron entre los estudiantes y profesores de la Facultad de Medicina. Pero si la impugnación anarquista a la autoridad estuvo presente en las protestas estudiantiles de 1903, las de 1905 tendrían entre sus líderes a los referentes del socialismo argentino. El conflicto se renovaba porque el Consejo Académico de

5. Alfredo Bianchi, “Renegados”, *Claridad*, n° 2, 5 de febrero de 1920.

Medicina, por un lado, excluyó a un destacado profesor, Julio Méndez, de la terna para cubrir la cátedra de Clínica Médica y, por el otro, fijó el número máximo de estudiantes que cada mesa de exámenes podía aprobar. La huelga estudiantil finalizó en marzo de 1906 cuando el Consejo eliminó la ordenanza sobre los exámenes. En los meses siguientes se iniciaba un encendido debate universitario. A partir de este, los líderes estudiantiles entregaron a las autoridades universitarias un proyecto de reforma mientras que los profesores y líderes socialistas Juan B. Justo y Nicolás Repetto junto a los profesores Federico Texo y Samuel de Madrid presentaron en el Congreso otro petitorio de reformas. Entre los reclamos se encontraba la docencia libre, el examen de estado, la separación de la gestión administrativa y científica, la renovación periódica de los cuerpos dirigentes, la elección de la mayoría de las autoridades más importantes de la Universidad y la concesión de derechos electorales a los estudiantes.

Los cuatro profesores no tenían cargos titulares y poco después fueron removidos de las cátedras (Partido Socialista, 1945). Pero el insistente malestar universitario convenció al poder ejecutivo de firmar en agosto de 1906 un decreto que modificaba la llamada Ley Avellaneda, que regía los estatutos universitarios. Desde entonces las facultades de la Universidad de Buenos Aires dejaban de estar gobernadas por un consejo formado por miembros vitalicios que no pertenecían al cuerpo de profesores, para comenzar a dirigirse por un consejo de profesores titulares que asumían un cargo periódico y renovable. Ello buscaba limitar la formación de camarillas que pudieran gobernar desde criterios poco académicos, pero se trataba de una modificación que no solo estaba lejos de introducir la democracia universitaria sino que además no simpatizaba con una Argentina democrática. En efecto, el decreto respondía a la preocupación de la fracción “reformista” de la elite gobernante, esto es a las figuras notables que, bajo el protagonismo de Joaquín V. González, asumían que para continuar liderando el proceso modernizador debían iniciar una apertura política controlada (Zimmerman, 1994). Una clara evidencia de la distancia que mantenía esa fracción de la elite con la democracia es que su reforma más audaz, la reforma electoral a través de la llamada Ley Sáenz Peña, continuaba prescribiendo un ciudadano ideal que legitimaba tanto la jerarquía de la “gente decente” frente a la “plebe” como la “desigualdad social racializada” (Adamovsky, 2009: 58-63). Pero la apertura política traería novedades inesperadas para las distintas fracciones de la elite. Las primeras elecciones presidenciales operaban una transición a una República democrática. A pesar de que el golpe de Estado de 1930 exponía los límites de esa transición y la dejaba trunca, la experiencia abierta en 1916 conseguía reconfigurar las jerarquías sociales (Ansaldi, 2000; Adamovsky, 2009: 93-110, 121-

134). En cuanto a las universidades, necesaria del movimiento de la Reforma para desplazar a la elite oligárquica de los gobiernos universitarios. Antes de detenernos en ese proceso, revisemos la sociabilidad estudiantil de los años previos.

Reforma universitaria para consolidar una elite oligárquica americana

Durante el ciclo de protestas estudiantiles porteñas de 1903-1906, los jóvenes comenzaron a gestionar la personería jurídica de sus centros estudiantiles. El reconocimiento legal de una asociación de carácter gremial en cada facultad otorgaba mayor audibilidad a los reclamos relativos a los aranceles y exámenes presentados a las autoridades. Antes de iniciada la década del 10, todas las facultades de las universidades de Buenos Aires, Córdoba y La Plata contaban con un Centro de Estudiantes reconocido jurídicamente al tiempo que algunos colegios nacionales también tenían ese tipo de centros.⁶

Una vez implementadas las reformas universitarias de 1906, los centros porteños se orientaron más fuertemente a la construcción de instancias recreativas y a medidas dirigidas expresamente a la juventud estudiantil. Además de representar a los estudiantes ante las autoridades universitarias, garantizaron el acceso a los materiales de estudio. Para ello fundaron bibliotecas, promovieron la traducción de textos y editaron folletos y boletines. Cada centro publicó una revista, muchas veces financiada por la facultad, en la que publicitaba sus actividades sociales, como los banquetes en honor a los egresados, y reproducía los textos con los que los estudiantes debían preparar los exámenes (Carreño, 2018).

En varias oportunidades los estudiantes proyectaron la construcción de una instancia articuladora de los distintos centros. En junio de 1908 fundaron la Junta Universitaria Provisoria, convertida tres meses después en la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) –vigente en la actualidad–. En esta fundación era decisivo el viaje a Montevideo que había realizado en enero de ese año la treintena de estudiantes argentinos que asistió al Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos.

El congreso se desarrolló en Montevideo bajo la organización de la Asociación de los Estudiantes de Montevideo. Esta había sido fundada

6. Bajo el impulso de González, en 1905 se había nacionalizado la universidad platenense. Esta crecería en los siguientes años desplegando un perfil profesionalista y uno –más debil– científico. Su propósito fue formar tanto a la elite política como a los técnicos ligados al desarrollo económico regional (Biagini, 2001; Graciano, 2008).

en 1893 por un grupo de estudiantes de la Universidad de la República –y fue renombrada en 1909 como Federación de los Estudiantes del Uruguay–. Hacia 1905 registró un nuevo impulso, cuando encabezó una serie de protestas contra la asistencia obligatoria y los criterios de aprobación de los exámenes y fundó el periódico mensual *Evolución* (Oddone y Paris de Oddone, 2010). El primer director de *Evolución* fue Baltasar Brum, un estudiante de derecho que sería presidente del Uruguay en los años en que se expandía la Reforma por el continente, 1919-1923, y que no recogería las demandas democratizadoras del nuevo movimiento estudiantil.

A mediados de 1907, la Asociación difundió tanto entre las agrupaciones estudiantiles de América Latina como entre las de Estados Unidos una convocatoria para participar del Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos. Los montevidEOS consiguieron que en enero del año siguiente llegaran jóvenes que representaban a centros estudiantiles de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Cuba, Paraguay y Perú. De Estados Unidos solo obtuvieron la adhesión de algunas universidades. La mayoría de los países estuvieron representados por entre 2 y 5 delegados. Uruguay presentó 34 mientras que Brasil llevó 24 y Argentina alcanzó los 38 y fue la encargada de organizar el siguiente Congreso.⁷

Entre los 113 estudiantes americanos que se reunieron en 1908 en Montevideo se encontraba una mujer, la uruguaya Clotilde Luisi. Doctorada en derecho en 1911, la primera abogada del continente se encargó de presentar las bases para la creación de la Liga de Estudiantes Americanos. Esta reunió a las asociaciones estudiantiles del continente entre 1908 y 1914 y logró organizar otros dos encuentros, el de Buenos Aires en 1910 y el de Lima en 1912. El temario de los tres congresos y las actividades que los acompañaron no dejan dudas de que la Liga tramaba una sociabilidad que, si bien se preocupaba por cuestiones educativas y gremiales, se inscribía decididamente en las Repúblicas oligárquicas. Ello fue tan evidente entre los contemporáneos que en 1914 Juan B. Justo se opuso, desde su condición de diputado socialista, a que el Estado argentino gastara el “dinero del pueblo” en la financiación de los estudiantes que asistirían al frustrado Cuarto Congreso, que se había previsto en Santiago de Chile (García, 2000; Biagini, 2012: 69-76).

La aceptación de una mujer en el primer encuentro implicaba una apertura social y política, pero los otros dos encuentros no contaron con mujeres, a pesar de que cada vez eran más las que realizaban estudios universitarios. Por otra parte, ninguno de ellos cuestionó las

7. Esa gran cantidad de delegados seguramente respondió al financiamiento otorgado por el gobierno y a la cercanía geográfica, pues no asistió ningún estudiante de la distante Universidad Provincial de Tucumán ni de la Universidad Nacional de Córdoba.

restricciones oligárquicas impuestas por las elites que gobernaban el continente. Es más, en el Primer Congreso la delegación estudiantil brasileña buscó –sin éxito– que la Liga diera su pésame al asesinato del Rey de Portugal. Al igual que en los siguientes, en ese primer encuentro las delegaciones estudiantiles fueron recibidas por el gobierno uruguayo como embajadoras intelectuales de sus respectivas repúblicas oligárquicas, e incluso la municipalidad les organizó un *garden party* con el presidente del Uruguay, Claudio Williman. Para confirmar esa condición de representantes de las repúblicas oligárquicas, los estudiantes aprobaron en la primera sesión del Congreso el nombramiento como “Presidentes Honorarios” del presidente del Uruguay, del Ministro de Relaciones Exteriores y de todos los presidentes de las Repúblicas que habían enviado una delegación o una adhesión. Asimismo, les encargaron al rector de la Universidad de la República, Francisco Soca, y a algunos decanos los discursos de cierre del Congreso.

Pero el posicionamiento político realizado por esta naciente sociabilidad estudiantil se advertía no solo en las amplias simpatías hacia las repúblicas oligárquicas, sino también en la decisión de englobar a latinos y estadounidenses en el colectivo “americano”, pues esta acarreaba la decisión de construir una identidad estudiantil que, a diferencia de la surgida en 1918, no se preocupaba por la denuncia del imperialismo estadounidense. Desde la participación de Estados Unidos en la guerra de la independencia cubana en 1898, nadie podía dudar de su presión política, militar y económica sobre los países latinoamericanos. A las noticias de la prensa continental y las denuncias del poeta y político cubano José Martí se sumaba en 1900 el *Ariel* del escritor y político uruguayo José Enrique Rodó. Ese ensayo sistematizó los tópicos de un “antiimperialismo cultural” que tuvo una intensa circulación entre los jóvenes latinoamericanos (Terán, 2008), pero que no fue retomado por la Liga Americana.

Entre 1909 y 1910 varios estudiantes porteños volverían a manifestarse en las calles en defensa de un patriotismo oligárquico y belicista, que reaccionaba contra los inmigrantes anarquistas y socialistas que reclamaban mejoras en las condiciones de trabajo. Este patriotismo se concilió con el americanismo de la Liga. En efecto, el Segundo Congreso se realizó en una Buenos Aires que festejaba su Centenario de la Revolución de Mayo e intentaba estar en la vidriera del mundo como una de las más modernas capitales, pero para ello debía apelar al estado de sitio ya que las huelgas obreras y la “propaganda por los hechos” de los anarquistas desdecían la armonía de esa modernidad. Esa conflictividad social obligó al congreso estudiantil a pronunciarse sobre la existencia de una “cuestión obrera” y los estudiantes decidieron que los reclamos, en general, eran válidos, pero la huelga –a la que otros estudiantes de

Buenos Aires y Montevideo habían apelado en años anteriores– no era un legítimo método de reclamo.

Otra novedad que se introdujo en el Congreso de 1910 fue la discusión sobre la “extensión universitaria”, esto es, sobre instancias en las que las universidades difundieran conocimientos a los obreros que no tenían tiempo ni dinero para una instrucción sistemática. El cordobés Saúl Taborda (entonces un estudiante de abogacía de La Plata y en los años siguientes un destacado líder reformista, ensayista y pedagogo) fue el delegado que en el Segundo Congreso impulsó de modo más entusiasta la extensión. En 1908 el presidente de la Universidad de La Plata, Joaquín V. González, promovió la llegada de Rafael Altamira para impartir lecciones sobre metodología de la historia y replicar el proyecto de extensión de la Universidad de Oviedo. Entonces se fundó una Universidad Obrera, y esa iniciativa fue continuada al año siguiente por su colega Adolfo Posadas (Vallejo, 2007: 287-292). Taborda buscó que la Liga emprendiera un proyecto similar pero no logró la aprobación de los delegados. Y en 1918 volvía a defender el proyecto, en este caso a través del estudiante de ficción, Víctor Ferro. En su novela *Julián Vargas*, Ferro inicia una universidad popular y para justificarla propone una argumentación que troca el desprecio al pueblo que tenía la “gente decente” –entre la que se inscribían los estudiantes– por una denuncia, de resonancias anarquistas, contra el Estado y sus hipócritas intelectuales:

Fijese usted que en las fábricas y en los talleres numerosos obreros desean, ansían aprender alguna cosa, emplear sus ocios en estudiar algo que les ilumine la inteligencia. Han esperado hasta hoy que las universidades del Estado les llamen y les abran sus puertas, pero eso no ocurrirá. Los intelectuales del país entero solo se acuerdan del pueblo en épocas de elecciones. Pasado ese momento le olvidan y le escarnecen. Es una injusticia, señor Vargas; el pueblo tiene alma; crea, trabaja, produce, pero también tiene sueños, quimeras y una sed infinita de ideal. (Taborda, 1918: 240-241)

Para que este tipo de concepciones sean embanderadas por un número importante de estudiantes latinoamericanos habrá que esperar al estallido de la Reforma en Córdoba y a su expansión por las distintas ciudades universitarias del continente. En efecto, mientras que en 1912 varias de las discusiones del Tercer Congreso se preocuparon por la capa y el himno distintivos de los estudiantes, desde el estallido de la Reforma surgía una minoría estudiantil que buscaba que los reclamos gremiales estudiantiles se entrelazaran con los reclamos de los obreros y con ello iniciaban una sociabilidad inscripta decididamente en las izquierdas.

La Liga debía juntarse en 1914 en Santiago de Chile pero el Cuarto Congreso se suspendió y la Liga se disolvió. Su última actividad fue la presencia, a través de una delegación de estudiantes brasileños y argentinos, en 1913 en el Congreso de la Federación Internacional de Estudiantes “Corda Frates”, desarrollado en Ithaca, Nueva York.⁸ Allí la Liga consiguió ser incorporada a la Federación y las tapas de las revistas de los distintos Centros de Estudiantes expusieron desde entonces y por algunos años la guarda que identificaba la adhesión a la Federación.

Los estudiantes latinoamericanos recién volverían a reunirse en un congreso internacional en 1921, cuando la Revolución Mexicana los convocaba a discutir cuestiones gremiales y políticas en un continente que ya contaba con varias repúblicas democráticas, con movimientos obreros que participaban de la “hora emancipatoria excepcional” que habría abierto la Revolución Rusa y con diversos grupos estudiantiles disputando una identidad nacionalista o una izquierdista de la Reforma Universitaria.

Reforma universitaria para participar del movimiento mundial emancipatorio

El 15 de junio de 1918 un grupo de estudiantes y graduados irrumpía en la elección del rector de la Universidad Nacional de Córdoba e iniciaba una toma que sería identificada como el inicio simbólico de la Reforma universitaria. Los jóvenes reaccionaban tanto contra un gobierno universitario de carácter vitalicio y corporativo como contra una enseñanza impartida por profesores poco calificados y adscriptos al clericalismo conservador. Si bien esos estudiantes recogían las demandas gremiales que venían formulándose desde hacía décadas, participaban de un álgido ciclo de agitación liberal local (Agüero, 2016). Y poco después iniciaban una solidaridad obrera que marcaría una significativa ruptura con la sociabilidad estudiantil previa.

Seis días después de la toma, la Federación Universitaria de Córdoba (FUC) lanzaba un nuevo número de *La Gaceta Universitaria*. Este ponía a circular el célebre “Manifiesto liminar”, reclamaba una nueva intervención y convocaba a un acto, a realizarse el 23 de junio, que

8. Esta federación fue fundada en 1898 en Turín por una delegación de estudiantes de diversas universidades europeas. Su objetivo fue la promoción de la fraternidad estudiantil, pero no logró una organización periódica y, tras una primera vinculación con el fascismo italiano, se disolvió a fines de la década del 20. Su nombre coincide casualmente con la agrupación de profesores católicos y antirreformistas cordobeses actuante en 1918. Sobre la participación de la Liga en el encuentro de Ithaca, contamos con la crónica de Arturo Capdevila, quien asistió como estudiante y publicó el relato cuando ya se había convertido en un reconocido escritor (Capdevila, 1933).

contaría entre sus oradores con Alfredo Palacios, el socialista que portaba la aureola de haber sido el primer diputado de América Latina. El diario clerical conservador de Córdoba, *Los Principios*, caracterizaba al masivo acto como “un mitin socialista anticlerical” y seguramente no exageraba, pues la crónica informaba que los jóvenes federados cantaron *La Marsellesa*, el himno de la Revolución Francesa, y el *Himno de los trabajadores*, que solían entonar los obreros socialistas.⁹

El Manifiesto había sido redactado por uno de los líderes de la Asociación Córdoba Libre, el joven abogado Deodoro Roca, pero llevaba la firma de la Junta Directiva de la FUC.¹⁰ En una prosa sumamente estetizada que recordaba al ensayo *Ariel* de Rodó, los jóvenes se dirigían “a los hombres libres de Sudamérica” para narrarles los acontecimientos que llevaron a la toma de la Universidad y convocarlos a “recoger la lección” y “colaborar en la obra de libertad que se inicia”. La toma habría roto “la última cadena que en pleno siglo XX nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica” y sería la primera batalla ganada en un combate a favor de una universidad laica y democrática, combate que pronto se ligaría a la exigencia de una sociedad más igualitaria.

La FUC reprodujo en centenas el “Manifiesto liminar” y a través de sus representantes consiguió que a los pocos días llegara a los universitarios y estudiantes secundarios de las distintas ciudades argentinas así como a los jóvenes de Montevideo, Santiago de Chile y Lima. Los cordobeses sabían que el éxito de su programa renovador dependía de la red de apoyo que lograran tramar y los periódicos estudiantiles junto a las llamadas, telegramas y cartas se convirtieron en vías decisivas para construir una sociabilidad estudiantil masiva que adquiría escala latinoamericana y por primera vez se enfrentaba a las elites oligárquicas (Bergel y Martínez Mazzola, 2010).

Las diferencias entre la impronta clerical-conservadora que tenían muchos cursos cordobeses y la enseñanza moderna y laica que recibían los estudiantes porteños y platenses no impidieron que la estudiantina trazara lazos de solidaridad a través de la fundación de la primera agrupación nacional, la Federación Universitaria Argentina (FUA). Esta se fundó en abril, el mismo día en que el presidente nacional Yrigoyen decretaba la intervención de la Universidad de Córdoba. La toma del rectorado en junio marcaba el fracaso de la intervención. Al mes siguiente se reunían por primera vez los delegados de las cinco universidades nacionales para discutir problemas gremiales y sociales en el Primer Congreso

9. “La manifestación de la Federación Universitaria resulta un mitin socialista anticlerical”, *Los Principios*, 26 de junio de 1918.

10. Sobre la importancia de esta Asociación en las multitudinarias manifestaciones reformistas que se realizaron en Córdoba durante 1918, véase Agüero (2016).

Nacional de Estudiantes. La minoría simpatizante de las izquierdas no lograba que las federaciones gremiales realizaran un pronunciamiento explícito vinculado a la profundización de una República democrática. El Congreso formó una comisión que en los meses siguientes reclamó con éxito la nacionalización de la Universidad Provincial de Santa Fe, que se convertiría en la Universidad del Litoral, y de la Universidad de Tucumán. Pero las resoluciones fueron decepcionantes para los delegados que buscaban ligar la identidad estudiantil tanto a la República democrática como a un régimen político orientado por la justicia social y la igualdad económica. En efecto, el proyecto de enseñanza gratuita presentado por el estudiante de ingeniería Gabriel de Mazo –quien presidiría la FUA en 1920– así como los proyectos que –orientados por la prédica de Roca, Taborda e Ingenieros– vinculaban los cambios educativos y los lazos latinoamericanos al horizonte emancipatorio abierto por la Revolución Rusa no lograron la aprobación.¹¹ Ello no disuadía a esa minoría de construir una nueva identidad en la que la reforma gremial se unía a la reforma social e inauguraba la “Reforma Universitaria”, sino que la obligaba a recorrer otros caminos, al punto que el Segundo Congreso Nacional de Estudiantes recién se realizaría en 1932.

Cuando estalla la Reforma, hacía un año que la “revolución social” preocupaba al mundo y que el vocabulario político había incorporado los términos “bolchevique”, “maximalismo” y “soviet”. Pocos lograron permanecer indiferentes a esa revolución que, bajo el liderazgo de Lenin y Trotsky, prometía las reivindicaciones obreras “máximas” y anunciaba la expansión mundial de una era de igualdad social y emancipación proletaria. El éxito revolucionario y la sucesión de insurrecciones europeas renovaban, a escala mundial, las polémicas e iniciativas tanto de las derechas como de las izquierdas. Entre las primeras cundió el temor ante lo que entendían como el contagio social de un peligroso desorden místico. Entre las segundas, en cambio, se registró un fuerte debate sobre la vía revolucionaria y el centralismo estatal, que terminaría saldándose con la incorporación de dos nuevos miembros a la conflictiva familia de las izquierdas: a distancia del anarquismo y del socialismo se sumaban el anarcobolchevismo y el comunismo bolchevique.

En una escala menor que en Alemania, España, Hungría e Italia, se abría en Argentina un trienio rojo marcado por el creciente conflicto social –cuya expresión más violenta sería la represión a los obreros huelguistas y a los judíos protagonizada por policías y civiles en enero de 1919– y el entusiasmo revolucionario de socialistas y anarquistas

11. Todos los proyectos discutidos pueden consultarse en Del Mazo (1927, t. II). Sobre el apoliticismo y el moderatismo predominantes en los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, véase Buchbinder (2008).

que se reconocían bolcheviques (Doeswijk, 2013; Camarero, 2017). Y una minoría de reformistas buscaría que también la “juventud culta” participara de la ola maximalista. Para ello a mediados de 1919 el grupo estudiantil más numeroso de Buenos Aires, el Ateneo de Estudiantes Universitarios (1914-1920), abandonó su “pacto pluralista” y se declaró “del lado de los oprimidos” y su lucha emancipatoria. Entonces dejaba de editar la revista cultural *Ideas* (1914-1919) para poner a circular el periódico filobolchevique *Clarín* (1919-1920). La misma definición estudiantil era propuesta por la revista socialista *Bases*, que fundó en mayo de 1919 el joven Juan Antonio Solari. Y pronto esta “tribuna de la juventud” fue identificada como la hermana mayor de una serie de revistas filobolcheviques que se propusieron inscribir a la Reforma en el movimiento emancipatorio mundial: en Córdoba, Roca, Taborda, Emilio Biagosch y otros líderes reformistas editaron *Mente* (1920), en Rosario los jóvenes del Centro Evolución crearon *Verbo Libre* (1920) y luego estudiantes secundarios vinculados al Centro fundaron *La Antorcha* (1921-1922) y *Germinal* (1922-1923), La Plata también tuvo su *Germinal* estudiantil (1919-1921) y en Buenos Aires le sucedió a *Bases* la mítica *Insurrexit* (1920-1921) (Bustelo y Domínguez Rubio, 2017; Tarcus, 2004).

Los estudiantes que editaban esas revistas invitaron a los obreros sindicalizados a sus charlas y conferencias –en convocatorias que por primera vez tendían a desjerarquizar el vínculo– al tiempo que se solidarizaron con las protestas y huelgas obreras y buscaron la adhesión de los sindicatos obreros a sus reclamos. En 1920 intentaron consolidar la nueva identidad estudiantil a través de una breve Federación de Estudiantes Revolucionarios, fundada en Rosario. Otro intento de inscribir la Reforma en la Revolución fue encabezado por la FUC, que desde mediados de 1918 había expresado su solidaridad obrera a partir de su vinculación a la Federación Obrera Local, de tendencia socialista bolchevique, y por la dirección de la FUA, que entre 1919 y 1922 intentó que esa solidaridad se extendiera al movimiento estudiantil nacional. Ninguna de esas iniciativas radicalizadas logró consolidar una plataforma política prolongada, pero ello no impidió que en 1918 la gran prensa difundiera pruebas –que poco después se revelaron falsas– sobre un “complot maximalista” tramado entre la FUC y la federación obrera ni que dos años después un comisario platense realizara la misma acusación, en este caso a los dirigentes de la FUA y de la FORA anarquista.¹²

La FUA sesionaba en Buenos Aires, se componía de dos delegados por cada una de las federaciones regionales y preveía que las univer-

12. “Encuesta de *Vida Nuestra* sobre la situación de los judíos en la Argentina. Respuesta de Enrique Barros”, *Vida Nuestra*, n° 9, marzo de 1919, pp. 197-198; “Aquel complot maximalista”, *La Voz del Interior*, 24 de abril de 1920, p. 3.

sidades distantes de Buenos Aires estuvieran representadas a través de estudiantes porteños. Esta cláusula les permitió a los izquierdistas porteños erigirse en delegados regionales e imprimirle a la Federación y a su publicación, el *Boletín de la FUA* (1920-1923), un sesgo obrerista que confluyó con la FUC pero que entró en fuerte rivalidad con la FUBA. En efecto, esta rechazó la solidaridad obrera y llamó a circunscribir la acción estudiantil a las cuestiones gremiales, e incluso en 1919 hizo público su malestar con la FUA porque esta no sancionaba las “actividades no universitarias” de la federación cordobesa y al año siguiente decidió su separación de la FUA (Del Mazo, 1976: 101).

Hacia 1923 el horizonte revolucionario se alejaba. Las insurrecciones europeas habían sido derrotadas y la economía argentina se recuperaba junto al descenso del conflicto social. El movimiento reformista argentino proponía otras identidades políticas pero continuaba enfrentado a un orden oligárquico. Los líderes estudiantiles Horacio Valdés en Córdoba y Julio V. González en Buenos Aires encabezaban un breve intento de inscribir la Reforma en una clase media que, guiada por el Partido Demócrata Progresista, debía evitar la confrontación entre trabajadores y empresarios, mientras que Alejandro Korn orientaba al grupo platense que se vinculaba con un “socialismo ético” y, bajo el magisterio de Ingenieros y Palacios y el despliegue de la Unión Latino Americana, se delineaba una identidad latinoamericana y antiimperialista que estrechaba vínculos continentales y se volvería característica de la Reforma Universitaria.

La prolongación del conflicto estudiantil cordobés en un movimiento político-cultural latinoamericano ya había construido una sociabilidad estudiantil marcada por una nueva figura de estudiante. Frente al “niño bien” al que la universidad le permitía confirmar –o alcanzar– su pertenencia a la “gente decente”, comenzaba a aparecer un estudiante que, a distancia de los partidos políticos, se inscribía en una cultura de izquierdas. Asimismo, en rivalidad con el intento de ceñir la Reforma a las cuestiones gremiales o de inscribirla en un orden oligárquico, aquel estudiante se comprometía con la emancipación del género humano, sea a través de una ciencia que remediara las injusticias sociales, de proyectos de extensión universitaria o de lazos de solidaridad obrero-estudiantil. Y, como precisa Portantiero, la Reforma pronto se expandía en las diversas ciudades de América Latina y en varias de ellas no solo conformaba una “escuela ideológica para los sectores avanzados de la pequeña burguesía” (Portantiero, 1978: 14), sino también lograba fundar estructuras políticas que incidían de modo directo en el orden social.

Para concluir subrayemos que, a distancia de la sociabilidad estudiantil construida entre 1872 y 1914, la que se inició en 1918 cuestionaba la condición de las universidades como espacios de formación de

las élites oligárquicas y, si retoma los reclamos de democratización de las universidades de las décadas anteriores, lo hace para vincularlos a la democratización de toda la sociedad y a un latinoamericanismo que denunciaba el imperialismo estadounidense.

En países latinoamericanos –como Perú y Cuba– en los que aún no se había realizado una transición a una república democrática ni existía un sistema de partidos políticos desarrollado, la Reforma convertía a los estudiantes en organizadores de movimientos políticos masivos: el estudiante Víctor Raúl Haya de la Torre junto a otros estudiantes fundarían el partido que a lo largo del siglo XX aglutinó a los sectores medios peruanos, el APRA, mientras que el estudiante Julio Antonio Mella lideraría la creación del Partido Comunista Cubano, que sería una referencia central de las luchas políticas de las décadas siguientes. En Argentina, en cambio, la contraelite reformista se incorporaba a distintos partidos ya existentes, sobre todo a partir de la interrupción de la República democrática que produjo el golpe de Estado de 1930, y era una de las constructoras del movimiento antifascista, desde el que a partir de 1945 se enfrentaría al peronismo. Más allá de ello la incorporación de los reformistas a los partidos políticos iniciaba la disputa –que llega hasta nuestros días– sobre la auténtica filiación del movimiento reformista en la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista o el Comunista.

Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel (2009), *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires: Planeta.
- Agüero, Ana Clarisa (2016), “Córdoba. 1918, más acá de la reforma”, en Adrián Gorelik y Fernanda Arêas Peixoto (eds.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 96-115.
- Ansaldi, Waldo (2000), “La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático”, en Ricardo Falcón (ed.), *Nueva historia argentina*, t. VI: *Democracia, conflicto social y renovación de ideas*, Buenos Aires: Sudamericana, pp. 15-57.
- Barrancos, Dora (2007), *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Bergel, Martín y Ricardo Martínez Mazzola (2010), “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas”, en Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. II, Buenos Aires: Katz, pp. 119-145.
- Biagini, Hugo (2012), *La contracultura juvenil. De la emancipación a los indignados*, Buenos Aires: Capital Cultural.
- (comp.) (2001), *La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil. Desde sus orígenes hasta 1930*, La Plata: Edulp.

- Bianchi, Alfredo (1932), *Veinticinco años de vida intelectual argentina*, Buenos Aires: Nosotros.
- Bioy, Adolfo (1963), *Años de mocedad*, Buenos Aires: Nuevo Cabildo.
- Botana, Natalio y Ezequiel Gallo (1997), *De la República posible a la República verdadera*, Buenos Aires: Ariel.
- Buchbinder, Pablo (2005), *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (2008), *¿Revolución en los claustros? La Reforma universitaria de 1918*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Bustelo, Natalia y Lucas Domínguez Rubio (2017), “Radicalizar la Reforma universitaria. La fracción revolucionaria del movimiento estudiantil argentino (1918-1922)”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 44, n° 2, Bogotá. Disponible en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/achsc>.
- Camarero, Hernán (2017), *Tiempos rojos. El impacto de la Revolución rusa en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Capdevila, Arturo (1933), *Una estudiantina de hacha y tiza*, Buenos Aires: en *Selección. Cuadernos mensuales de cultura*.
- Carreño, Luciana (2018), “Los caminos de la Reforma Universitaria. Sociabilidad y vida estudiantil en los centros de estudiantes de la Universidad de Buenos Aires (1900-1918)”, en *Quinto Sol*, vol. 22, n° 1.
- Del Mazo, Gabriel (1976), *Vida de un político argentino. Convocatoria de recuerdos*, Buenos Aires: Plus Ultra.
- (ed.) (1927), *La Reforma universitaria*, 6 vols., Buenos Aires: Circulo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de Medicina, FUBA.
- Devoto, Fernando (2002), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Doeswijk, Andreas (2013), *Los anarco-bolcheviques rioplatenses*, Buenos Aires: Cedinci.
- Gálvez, Manuel (2003), *Recuerdos de la vida literaria*, vol. 1: *Amigos y maestros de mi juventud en el mundo de los seres ficticios*, Buenos Aires: Taurus.
- García, Susana V. (2000). “Embajadores intelectuales. El apoyo del Estado a los congresos de estudiantes americanos a principios del siglo XX”, *Estudios Sociales*, n° 19, Santa Fe, pp. 65-84.
- Graciano, Osvaldo (2008), *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de la izquierda argentina, 1918-1955*, Bernal: Editorial UNQ.
- Halperín Donghi, Tulio (1962), *La Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires: Eudeba.
- Lazarte, Juan (1935), *Líneas y trayectorias de la Reforma Universitaria*, Córdoba: Librería Ruiz.
- Oddone, Juan y M. Blanca Paris de Oddone (2010), *Historia de la Universidad de la República*, tomo II: *La Universidad, del militarismo a la crisis*, Montevideo: Ediciones Universitarias.
- Ortiz, Tulio y Luciana Scotti (s/d), “Las Reformas antes de la Reforma. Pri-

- meros movimientos estudiantiles en la Universidad de Buenos Aires”, en <http://www.uba.ar/reforma/download/reformas.pdf>.
- Partido Socialista (1945), *La Reforma Universitaria y el Partido Socialista*, Buenos Aires: Partido Socialista.
- Portantiero, Juan Carlos (1978), *Estudiantes y política en América Latina (1918-1938)*, *El proceso de la Reforma Universitaria*, México: Siglo XXI.
- Rock, David (2006), *La construcción del Estado y los movimientos políticos en la Argentina, 1860-1916*, Buenos Aires: Prometeo.
- Rojkind, Inés (2012), “El gobierno de la calle. Diarios, movilizaciones y política en el Buenos Aires del novecientos”, en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, n° 84, México, pp. 97-123. Disponible en <http://www.redalyc.org/pdf/3191/319128360005.pdf>.
- Suriano, Juan (2004), *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires: Manantial.
- Taborda, Saúl (1918), *Julián Vargas*, Córdoba: Elzeviriana.
- Tarcus, Horacio (2004), “Revistas, intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la Argentina de los veinte”, *Revista Iberoamericana*, n° 208-209, Madrid, pp. 749-772.
- (dir.) (2007a), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Buenos Aires: Emecé.
- (2007b), *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Terán, Oscar (2008), *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vallejo, Gustavo (2007), *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y universidad (1882-1955)*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Viñas, David (1964), *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Zimmerman, Eduardo (1994), *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*, Buenos Aires: Sudamericana.

* * *

Título: From the repudiation of bad teachers to social emancipation. The claims of Buenosairean students (1872-1930)

Resumen: El artículo recorre los primeros reclamos de los estudiantes de la ciudad de Buenos Aires por una “reforma universitaria”, desde la fundación en 1872 de la Asociación 13 de diciembre hasta la articulación en 1918 del movimiento político-cultural de la Reforma Universitaria, pasando por el ciclo de huelgas estudiantiles de 1903-1906 y el desarrollo de la Liga de Estudiantes Americanos entre 1908 y 1914. El recorrido se propone mostrar que si bien puede reconocerse cierta continuidad en los reclamos gremiales asociados a una “reforma universitaria”, el movimiento estudiantil que comenzó a estructurarse

en 1918 realizó una decisiva ruptura política: dejó de legitimar un orden social oligárquico para acercarse a las izquierdas y su lucha emancipatoria.

Palabras clave: Reforma Universitaria – estudiantes argentinos – República oligárquica – izquierdas

Abstract: The paper looks over the first student protests in Buenos Aires for a “university reform”, since the foundation of the Asociación 13 de diciembre in 1873 until the articulation of the political-cultural movement of the Reforma Universitaria in 1918, through the cycle of student strikes in 1903-1906 and the development of the Liga de Estudiantes Americanos between 1908 and 1914. The purpose is to show that although it can recognize any continuity in the gremial demands associated to a “university reform”, the student movement that begins in 1918 makes a crucial political breakup: it separates to an oligarchic Republic to closer to the lefts and its struggle for the emancipation.

Keywords: University Reform – Argentinian students – oligarchic republic – lefts

Recepción: 6 de febrero de 2018. **Aprobación:** 5 de marzo de 2018.

Fronquizismo, comunismo y “guerra fría” reformista: politización y fragmentación ideológica en la Universidad de La Plata¹

Nayla Pis Diez

Conicet - IdIHCS-CISH - Universidad Nacional de La Plata
nayla.pdiez@gmail.com

1. Introducción

El objeto central de este artículo son las rupturas y los procesos tempranos de renovación en el movimiento estudiantil reformista de la ciudad de La Plata. En particular, se reconstruyen los años que van entre 1956 y 1962, en los cuales ubicamos el “ciclo del reformismo de izquierdas”, es decir, el ascenso y el repliegue de una corriente identificada con los postulados de la Reforma Universitaria pero disidente respecto del contenido que esta asumió en 1955 y la década anterior. Asimismo, la inicial identificación de este espacio con la propuesta política de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), e incluso la pertenencia a la rama universitaria y juvenil del Partido Comunista (PC) de muchos de los referentes y grupos de dicha corriente, nos muestran procesos tempranos de disidencias y politización que vale la pena abordar desde un caso poco trabajado como ha sido el platense

La Universidad Nacional de La Plata (UNLP) constituye una de las tres universidades más grandes del país, ubicada en la ciudad capital de la provincia de Buenos Aires y con una historia que comienza mediando el año 1897. Para las primeras décadas del siglo XX la institución se consolidó, logrando ser una referencia nacional, incluso en el marco de los conflictos y transformaciones que siguieron a 1918 (Barba, 2005; Biagini, 1999). Para el periodo aquí atendido, la cantidad de estudiantes que habitaban La Plata era proporcionalmente importante. Cabe entonces una digresión: en una ciudad de alrededor de 400.000 habitantes,

1. El presente artículo presenta una suerte de síntesis de buena parte del trabajo de investigación volcado hoy en mi tesis de doctorado. Agradezco la invitación de Juan Califa y Mariano Millán así como las sugerencias de las evaluaciones. También la lectura de María Cristina Tortti, mi directora.

los universitarios inscriptos, es decir que alguna vez habían pasado por las aulas o realizaban sus estudios de manera discontinua, llegaban entre 1962 y 1963 a los 50.000, mientras que siete años atrás, en 1956, se contabilizaron 31.000. Los regulares, es decir quienes cumplían los requisitos mínimos año a año, pasaron de ser poco más de 20.000 en 1958 a alrededor de 30.000 para fines de 1962. Entre tanta referencia cuantitativa, merecen una mención los estudiantes provenientes de los vecinos Perú, Bolivia y Paraguay, que llegaban a ser poco más de 3.000.²

El núcleo de este artículo radica en la idea de que entre 1955 y 1966 el reformismo platense vivió procesos de politización, revisión y crítica de sus postulados tradicionales. Desde aquí se polemiza con la idea común que encuentra el origen de dichas transformaciones entre los últimos años 60 y primeros 70 y considera que el golpe de Estado de 1966 y el Cordobazo habrían operado como catalizadores. Un punto de partida para definir nuestra perspectiva está dado por lo que Cristina Tortti (2009) ha denominado como “doble recorte” y que nos remite a tiempos, procesos y actores que han quedado por fuera de los “grandes” relatos construidos en torno a nuestra historia reciente. La atención concentrada en el tramo final de estos años ha sido abono para lecturas comunes tanto para el campo militante como el académico que describen, en nuestro período, a un estudiantado apolítico y ajeno a las problemáticas de su país, imbuido en una supuesta “isla democrática” que solo pudo ser cuestionada luego de 1966. En este marco, estudios clásicos como los de Beatriz Sarlo (2007) y Silvia Sigal (1991) encuentran también cierta “unidad reformista” ligada a un predominio de la “cuestión universitaria” en los debates y las posiciones estudiantiles que perduró hasta 1966, cuando empiezan los años de la “politización” universitaria. Este trabajo se propone aportar elementos para matizar aquellas lecturas, pues entendemos que la politización del estudiantado no solo es anterior al período que suele señalarse, sino que es un dato constante en la historia del movimiento universitario argentino. Esto no quiere decir que los debates universitarios no hayan importado sino que, al contrario, la delimitación tajante entre “lo político” y “lo universitario” debe repensarse a la luz de las coyunturas históricas. Incluso, un caso como el aquí estudiado, nos permite observar la existencia de debates intrarreformistas muy fuertes; y también, la presencia de militancia estudiantil política y partidaria que en sus lecturas y posiciones no siempre jerarquizaba “lo universitario”. En síntesis, la forma como

2. La información la hemos obtenido del documento *Universidad Nacional de La Plata* (Fondo DIPBA-CPM), Leg. 20; y diario *El Día* (26 de junio de 1964). Luego, en Prego y Vallejos (2010: 227-228) encontramos una parte de la evolución de los estudiantes regulares, que coincide además con los números obtenidos en el informe policial.

aquel actor logró articular la lucha gremial (corporativa o estudiantil), la identidad reformista y las posiciones políticas y adscripciones partidarias es el problema central de nuestro análisis.

A lo largo de este trabajo vamos a reconstruir el ciclo de ascenso, crisis y repliegue del reformismo de izquierdas, en el cual identificamos tres momentos. En primer lugar, a fines de 1956 se ubica el surgimiento del “frondizismo universitario”, la configuración de la corriente reformista de izquierdas a partir de la alianza con el comunismo. Un segundo momento estuvo dado por su protagonismo en importantes luchas del año 1958 que tuvieron consecuencias pírricas el año siguiente con la fragmentación del espacio. Dada esta crisis, el comunismo pasó a liderar aquella corriente, en conjunto con fuerzas trotskistas y de la “nueva izquierda”.³ El tercer apartado de este artículo está dedicado a reconstruir este último momento, con un comunismo universitario tan fuerte como el anticomunismo de otros actores estudiantiles. En cada momento intentaremos delinear, por un lado, el vínculo entre el “adentro” universitario y la realidad del país, es decir, qué acontecimientos y procesos políticos fueron clave para explicar aquellos desplazamientos. Por otro lado, cuáles fueron las consecuencias en el movimiento estudiantil de dichos cambios. Esto último lo analizamos considerando dos planos de observación: uno ideológico o identitario que propone dar cuenta de los cuestionamientos a la identidad reformista y/o las resignificaciones de la misma; otro más bien organizativo, que busca identificar las fracturas en el seno de agrupaciones y corrientes y visualizar la articulación entre la militancia universitaria y las organizaciones políticas nacionales.

2. Un primer movimiento: el ascenso del frondizismo universitario y la fragmentación del reformismo

En las universidades nacionales argentinas, los últimos meses del año 1955 estuvieron marcados por una efervescente actividad política y estudiantil. En La Plata, su casa de estudios fue ocupada por los universitarios reformistas que desde hacía años mantenían una decidida

3. Aquí, el concepto de “nueva izquierda” remite a un fenómeno no circunscripto exclusivamente a las organizaciones armadas; es decir, que la novedad no se definía por la adopción de “nuevas” vías. Denominamos con él un conglomerado de fuerzas que, bajo la influencia de la Revolución Cubana, presentó novedosas posiciones en torno a tres cuestiones: la estrategia revolucionaria (con fuertes críticas hacia el “etapismo” comunista), la vía armada y el peronismo; todo ello contribuyó para constituir una suerte de trama política común, el campo “del pueblo y la revolución” (Torti, 2009). Por caso, cabe decir sucintamente que no incluimos en esta denominación a la organización trotskista Palabra Obrera, no solo debido a su larga trayectoria sino también a su posicionamiento y su táctica respecto del peronismo, Cuba y la lucha armada.

oposición al peronismo gobernante así como también a la autoridades y los grupos estudiantiles oficialistas. Como se sabe, el golpe de Estado de 1955 tuvo un significado especial para aquellos jóvenes, al representar el retorno y la posibilidad de refundar las universidades sobre la base de la autonomía y el cogobierno. En este marco, su actuación contaría con una fuerte legitimidad otorgada por los “años de resistencia y lucha” contra el gobierno peronista. Tal como ha señalado Juan Califa (2014) para la Universidad de Buenos Aires, encontramos que en la casa de estudios platense el protagonismo del estudiantado es insoslayable, presentándose como un actor clave en el proceso de desperonización institucional y académica. Por entonces, encontramos allí un mapa dominado por una alianza entre militantes y núcleos cercanos a la UCR, al Partido Socialista (PS) y anarquistas, unidos tanto por su ferviente antiperonismo como por el propósito de hacer frente a los grupos comunistas, generalmente minoritarios. La hegemonía de esta alianza se expresó a través de su fuerza en facultades clave como fueron Derecho, Ingeniería y Medicina, y tanto en la Federación Universitaria de La Plata (FULP) como en la delegación platense a la Federación Universitaria de Argentina (FUA) encabezada por Norberto Rajneri, su presidente hasta mayo de 1956.

Este escenario inicial se rompe al calor de las disonancias que generó la sanción del Decreto-Ley n° 6.043/55, en particular por su carácter de “inconsulta” y su artículo n° 28 que permitía a las universidades privadas emitir títulos habilitantes para el ejercicio profesional. Durante mayo de 1956, en lo que fue una suerte de primer episodio del conflicto “Laica o Libre”, las universidades del país y un buen número de colegios secundarios protagonizaron un movimiento de protesta contra la normativa. En La Plata, los estudiantes ocuparon seis colegios secundarios, el Rectorado, ocho facultades y fue establecida en la UNLP una Junta de Gobierno estudiantil. El conflicto, que tuvo como desenlace la no aprobación del artículo y la renuncia del ministro de Educación que lo promovió, dejó una serie de saldos que cabe observar.⁴ Por un lado, las expectativas respecto de la situación política comenzaron a agrietarse, al punto de que voces críticas hacia el gobierno militar comenzaron a ganar lugar en el mapa reformista nacional. Por otro lado, una fuerte crisis marcó al movimiento universitario platense, pues las protestas contra la normativa acabaron enfrentando a reformistas entre sí, provocando renuncias y una intervención de la FUA por sobre la FULP de 60 días. En este marco, la FULP atravesó un proceso eleccionario en todos sus

4. Sobre este conflicto que aquí no podemos detallar, ver las reconstrucciones de Califa (2014) para Buenos Aires, Pis Diez (2016) para La Plata y Ferrero (2009) para Córdoba.

Centros de Estudiantes, dando así inicio a un proceso de renovación y relegitimación de sus dirigencias que más bien fue la expresión pública de una suerte de crisis política y recambio interno en aquel mapa inicial.

Como producto de aquel proceso, hacia fines de 1956, las iniciativas de la nueva gestión de la FULP comenzaron a delimitar una nueva línea de acción. Cerrado lo que aquí denominamos como escenario inicial, este momento se caracterizó por la emergencia de posturas críticas al gobierno de la Revolución Libertadora y un moderado acercamiento al movimiento obrero opositor al gobierno militar. Al mismo tiempo, ese conjunto de elementos va a marcar una divergencia cada vez más clara en el seno del reformismo entre quienes, revisando sus posiciones iniciales, van a distanciarse de las políticas oficialistas y quienes no realizarán revisión de ningún tipo, calificados como reformismo "tradicional" o "auténtico" pues no cuestionaba la continuidad de los elementos asumidos en 1955. Pero este proceso intrarreformista hace de traducción de otro más bien político-partidario, y por ende nacional, como fue el surgimiento de la UCRI bajo el liderazgo de Arturo Frondizi y el alineamiento de grupos reformistas con dicha propuesta.⁵ Avanzada Reformista de Derecho y Agrupación Reformista de Estudiantes de Ingeniería (AREI) fueron, en las facultades con mayor población, las agrupaciones que iniciaron aquel desplazamiento, cuya composición fue una mayoritariamente alineada con aquella opción partidaria. También fueron importantes A-18 de Arquitectura, Agrupación Reformista Independiente de Ciencias Económicas (ARICE) y el grupo Estudiantes Reformistas (ER) de Humanidades. En diciembre de 1956 es elegido Mario Marcovich de AREI como presidente de la FULP y Alfredo Baiviene de Avanzada como su vice. Ya el año 1957 es el de la consolidación de dicho espacio (con el triunfo en las elecciones de aquellos grupos) y el momento en que la orientación crítica adquiere toda su fuerza. No fueron pocas las acciones de la FULP que, durante todo 1957, se colocaron en solidaridad con el movimiento obrero, denunciando además a un gobierno que se entendía "peor que el anterior" en materia de respeto de los derechos y la democracia.⁶

5. En noviembre de 1956 la UCR se dividió en dos fracciones. Las siglas UCR del Pueblo (UCRP) y UCR Intransigente (UCRI) bautizaron respectivamente a quienes mantuvieron una férrea postura tan antiperonista como "optimista" respecto de la Revolución Libertadora; y al grupo liderado por Arturo Frondizi, con un antiperonismo cada vez más "tolerante" hacia el espacio derrocado y crítico hacia la "Revolución Libertadora", tal como señaló María Estela Spinelli (2005: 207 ss.).

6. En enero de 1957, en un acto realizado en Ensenada por estudiantes y obreros se afirmaba que "el actual gobierno es peor que el anterior" pues el actual "no solo utiliza los métodos del otro, sino que los ha superado en cuanto a materia de persecución refiere". En este marco, el presidente del Centro de Estudiantes de Ingeniería,

La llegada a la presidencia de Arturo Frondizi es otro acontecimiento clave para nuestra historia. Como han afirmado importantes estudios, su campaña electoral, primero, y luego su victoria en febrero de 1958, generaron hondas expectativas en intelectuales, profesionales y estudiantes cercanos al mundo de la izquierda pero atravesados por una suerte de crisis política e ideológica.⁷ Según los trabajos de Sigal (1991) y Carlos Altamirano (2001) dicha crisis encontró expresión en una suerte de fractura generacional en los mayores partidos de izquierda, que incluyó una “situación revisionista” respecto del fenómeno peronista, caracterizada tanto por un proceso de “autoculparización” como también por grietas en las posturas antiperonistas de los jóvenes universitarios, intelectuales y militantes de izquierda. El frondizismo, expuesto como frente “nacional y popular”, y su propuesta de “integración” hacia el movimiento obrero peronista, colaboraron con la resolución política de dicha crisis. En este marco, indica la bibliografía especializada (Tortti, 1999: 224; Camarero, 2014: 39) que el PC optó también por el apoyo al programa presidencial de Arturo Frondizi pues no eran pocas las coincidencias respecto de las medidas necesarias para la transformación del país (entre otras, reforma agraria, defensa de las riquezas nacionales como el petróleo, plena libertad de acción para el movimiento obrero).

Considerando este marco, se explica mejor el ascenso del espacio frondizista en el reformismo universitario de la UNLP entre 1956 y 1957. Las posiciones críticas hacia el régimen militar inaugurado en 1955 se tradujeron en una serie de elementos que cabe reordenar. Por un lado, las críticas se centraban en la pérdida de derechos sociales y en la política represiva aplicada sobre el movimiento obrero. De tales críticas se desprende además un abandono de las posiciones antiperonistas que, de acuerdo con la propuesta de la UCRI, priorizaba el acercamiento a las

de AREI, afirmó que “La llamada democracia propiciada por el actual gobierno era un mito, como asimismo la libertad. Prueba evidente de ello son [...] los inocentes encarcelados, trabajadores asesinados y el hambre y la miseria que amenaza cernirse sobre los hogares de los trabajadores”. En documento *Movimiento de Solidaridad obrero estudiantil*, Comisión Provincial por la Memoria, Fondo DIPBA (CPM-Fondo DIPBA), Leg. 22. En 1957, al igual que ocurría en un plano nacional, el mundo sindical platense se encontraba dividido en dos grupos: los sindicatos “libres” y los cohesionados en la Comisión Intersindical (independientes, comunistas y peronistas). Dentro de este heterogéneo grupo, los gremios comunistas e independientes fueron los más dispuestos a la coordinación con el movimiento estudiantil. Sobre este punto ver los clásicos de James (2010) y Schneider (2005).

7. Sin embargo, cabe decir que buena parte del triunfo se debió al apoyo peronista, obtenido tras haber “pactado” con Perón el levantamiento de la proscripción, el restablecimiento de la legislación laboral suspendida y la “devolución” de la Confederación General del Trabajo (CGT) intervenida desde 1955. Una buena reconstrucción del plan desarrollista y sus consecuencias en Belini y Korol (2012: 162-170).

bases obreras peronistas en pie de lucha contra el régimen gobernante. Por otro lado, el latinoamericanismo, un principio clásico del reformismo que, abandonado durante la década anterior frente a posicionamientos internacionales de corte antifascista y de defensa de la democracia liberal, comenzó a adquirir un contenido concreto antiimperialista y, más concreto aún, crítico hacia la política estadounidense en la región. Por último, este sector reformista va a iniciar una suerte de abandono de las posturas más anticomunistas, también heredadas de la década pasada. Lo que denominamos “frondizismo universitario”, se mantuvo y creció en coalición con la militancia universitaria comunista, fuerte en facultades como Humanidades y Derecho, y núcleos independientes, conformando así una corriente reformista de izquierdas. Además de las agrupaciones mencionadas, algunos de sus referentes más importantes fueron Alejandro Dabat y Ramón Torres Molina de Avanzada, Mario Marcovich y Carlos Schiavello de AREI de Ingeniería, Adolfo Sturzenegger de ARICE de Económicas, Julio Godio de ER de Humanidades.

3. “La traición” y después: fragmentación frondizista y nuevos actores en el reformismo de izquierdas

En los comienzos del año 1959 se ubica el segundo momento clave en esta reconstrucción que es, justamente, la ruptura del frondizismo. Rupturas que son consecuencia de los conflictos suscitados en torno al artículo n° 28, a la llamada “batalla del petróleo” y al conjunto de medidas que acabaron siendo conocidas como parte de la “traición Frondizi”. Tanto en La Plata como en el país, la oposición a la realización de acuerdos con capitales extranjeros para la explotación del petróleo o la posibilidad de que las universidades privadas lograran la potestad de emitir títulos habilitantes crearon un clima de movilización y oposición que marcó los meses que van de junio a octubre de 1958. Dadas las cosas, los temas del estudiantado comenzaron a articularse a partir de una lectura que ubicaba temas propios del campo universitario (el “limitacionismo”, el elitismo o la creación de universidades privadas) en un contexto más general de oposición a lo que se entendía como la “entrega del país” y el “avance de fuerzas reaccionarias”, el clero, la oligarquía y el imperia-lismo. En septiembre de 1958, en el transcurso de la “Laica o Libre” y mientras los enfrentamientos estudiantiles con la policía eran moneda corriente en La Plata, una delegación de la FULP asistió al plenario de la CGT regional para solicitar apoyo obrero consiguiendo que la entidad, neutral en un inicio, tomara una postura favorable a su lucha. El 1 de octubre, la dirigencia de la FULP, en particular Carlos Schiavello, realizó a los obreros de la CGT un ofrecimiento controversial: como el acto de apertura del plenario regional de la entidad había sido prohibido

por las fuerzas policiales, una asamblea de la FULP decidió ofrecer los jardines de la UNLP para realizar dicha actividad. El acto finalmente no se realizó aunque el osado gesto obtuvo el repudio de otros reformistas, estudiantes y graduados.⁸ A los pocos días, la FULP expresó su adhesión a un paro general convocado por la CGT afirmando:

El estudiantado no puede menos que solidarizarse con quienes luchan por mantener sus conquistas y obtener un nivel de vida acorde a sus necesidades. La clase obrera encontrará siempre a su lado a la masa estudiantil que, ahora más que nunca, es consciente de que solo esa unidad podrá encontrar la solución a los graves problemas que afligen al país. (*El Argentino*, 9 de octubre de 1958)

Encontramos aquí una serie de elementos que nos ilustran respecto del intento de mayor acercamiento entre ambos actores propiciado por los universitarios, para la oposición común a las medidas del gobierno frondizista. Tal acercamiento no se comprende sin colocar el ya mencionado alejamiento de la FULP respecto de posiciones antiperonistas, que se tradujo también en una autocrítica y reconsideración respecto del peronismo como proceso histórico. El conflicto “Laica o Libre” continuó durante 1959, centrado en el repudio a la reglamentación de la Ley meses atrás aprobada. Los conflictos obreros se agudizaron, las huelgas bancarias y ferroviarias dieron el tono a un año que había comenzado con la emblemática toma del frigorífico “Lisandro de la Torre” contra su privatización. El año 1959 fue también aquel en el cual las consecuencias de 1958 se expresaron con claridad, dando inicio a un segundo momento de desplazamientos y fracturas en el seno del movi-

8. Sobre este suceso encontramos en diversas fuentes escritas que, efectivamente, el 1 de octubre de 1958 el acto de apertura del plenario de delegaciones regionales de Buenos Aires de la CGT (que pretendía realizarse en 7 y 49) fue prohibido. Según los informes de la DIPBA, en los jardines del Rectorado de la UNLP, en medio de una asamblea estudiantil de 400 personas, la dirigencia de la FULP mocionó a favor de que el acto obrero se realizase en los jardines universitarios. El acto se realizó en otro lado pero la cuestión conllevó un fuerte debate y, según el informe policial, acabó en “desórdenes” entre los reformistas. En documento *Confederación General del Trabajo*, CGT (CPM-Fondo DIPBA), Leg. 137. A los pocos días, el Centro de Graduados de Derecho repudió la resolución de la FULP “invitando a los llamados 62 gremios, representados por la delegación de la CGT, para que esa rama del peronismo haga uso de la tribuna reformista, en la sede de nuestra propia casa de estudios”, calificándola de antirreformista, pues según ellos, los sectores obreros “solo ven en el planteo suscitado en torno al artículo 28 un medio más de su táctica política para retrotraer al país a todo un pasado regresivo y oscuro” (*El Argentino*, 5 de octubre de 1958).

miento estudiantil platense. Esto es, al desconcierto de 1958 le siguió la desarticulación del espacio mayoritario.

De acuerdo a los testimonios de los entonces militantes comunistas Bernardo Kleiner (1964: 227-228) y Julio Godio (Toer, 1988: 101), la derrota de 1958 derivó en una etapa de decepción y desorientación para el frondizismo. En coincidencia, observamos que las agrupaciones frondizistas de la UNLP entraron en una suerte de crisis política y electoral, que se materializó en experiencias (individuales y grupales) de radicalización hacia la izquierda de sus referentes así como de fragmentaciones y rupturas varias que tuvieron como correlato un fuerte descenso de su caudal electoral. Ni Avanzada Reformista de Derecho, ni AREI de Ingeniería o ARICE de Económicas se salvarán de ello. Una de las consecuencias directas de esto fue el crecimiento de las agrupaciones del comunismo, opción política que pasó a ocupar el espacio de izquierda vacante, creciendo en número y referencia. Su fuerza en Humanidades, en Medicina, en Química y Farmacia se complementó con una estrategia de ingreso a las agrupaciones frondizistas en crisis arriba mencionadas. Pero al mismo tiempo crecieron nuevas opciones, pues las trayectorias de los “decepcionados” se inclinaron por dos caminos: el trotskista y más ligado al mundo obrero, que tuvo un derrotero no universitario; y el más bien novedoso dado por el surgimiento de núcleos ligados al MIR-Praxis, organización liderada por Silvio Frondizi, hermano del presidente.

En febrero de 1959 una docena de jóvenes de la UCRI decidió renunciar a su orgánica e ingresar al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)-Praxis.⁹ En la declaración aparecida en los principales diarios platenses, el grupo anunciaba como una de las principales razones de la ruptura la “traición” al programa de la UCRI y la acción de un gobierno que, se entendía, acabó constituido en el “más eficiente servidor del imperialismo” con una orientación antiobrera y profundamente represiva. Por otro lado, aparece la conclusión política que posibilita el desplazamiento: el fracaso de la experiencia de la UCRI gobernante demuestra, para el grupo disidente, “la imposibilidad de realizar una transformación en la estructura del país” con un programa de tipo desarrollista. Además, el grupo señaló la incapacidad de la Reforma Universitaria para expresar las protestas estudiantiles. En particular, fue la interpretación más bien liberal de la reforma la que se entendía que debía actualizarse y asumir contenidos revolucionarios.¹⁰ El núcleo

9. Una reconstrucción detallada de este proceso ver en Pis Diez (2018). Buena parte de este apartado y el anterior están basados en dicho trabajo.

10. Declaración “Ingresan a Praxis varios afiliados a Intransigencia” en Documento *MIR-Praxis* (CPM-Fondo DIPBA), Leg. 49.

dinámico de MIR-Praxis estuvo radicado en la facultad de Derecho, a la cual pertenecían más de la mitad de los y las firmantes de aquella solicitada, entre ellos, Ramón Torres Molina, Horacio Fariña y Miguel Zabala Rodríguez, todos ellos integrantes de agrupaciones reformistas. En 1958, además, Silvio Frondizi había ganado el concurso de la cátedra de Derecho Político de dicha facultad convirtiéndose esta en una suerte de tribuna para el intelectual-militante. Luego, mediando el año, el mismo grupo que abandonó la UCRI se alejó de la agrupación Avanzada Reformista y se dispuso a crear nuevos espacios estudiantiles, como fue el caso de Izquierda Estudiantil Revolucionaria (IER), “brazo” estudiantil del MIR-Praxis de Derecho que contó con una veintena de integrantes.

Por otro lado, en abril de 1959, se anunció la creación del Centro de Estudios Sociales “Primero de Mayo”, integrado por casi una decena de dirigentes del reformismo universitario atravesados, según sus palabras, por la desesperanza y el desconcierto.¹¹ Frente a tal situación de incertezas, los ex frondizistas encontraron que el reformismo como marco ideológico y político ya no servía así como tampoco las “tradicionales interpretaciones liberales”, caracterizadas como insuficientes para ofrecer un “programa de lucha antiimperialista y de liberación nacional”. Hacia mayo de 1959, ese mismo núcleo acabó ingresando a la organización trotskista Palabra Obrera, con trayectoria de larga data en La Plata, Berisso y Ensenada. Pero la orientación del partido para este grupo fue la “proletarización”, es decir, el pasaje al trabajo en las fábricas y la militancia en las células obreras. La mayor parte de los universitarios trasladó su militancia a Berisso y Ensenada, fundamentalmente en los frigoríficos de la primera y en el local de la calle Nueva York. Hacia 1960 la orientación partidaria fue revertida y la militancia de PO volvió a la universidad aunque con organizaciones moleculares, como el Frente de Estudiantes de Derecho o el de Ingeniería, y una presencia mínima en Humanidades y Arquitectura que, no obstante, le permitió participar en amplios frentes y listas de la izquierda reformista durante el período.

Durante 1959 y 1960, los principales referentes del reformismo de izquierdas pasaron de ser universitarios identificados con el radicalismo intransigente a serlo con el PC, con organizaciones de la “nueva izquierda” (estas, de reciente aparición y menores que el histórico partido) como

11. La mayoría de ellos había integrado Avanzada Reformista-Derecho y ARICE-Económicas, y tenía importantes lugares en las mesas directivas de FULP y FUA. Los nombres de Alejandro Dabat y Carlos Schiavello son los que más sobresalen. Algunos de los otros integrantes eran: Heriberto Zardini (de ARICE-Económicas), Arturo Gómez (de Avanzada Reformista-Derecho), Rafael Lombardi, Eduardo Urretavizcaya (secretario de FUA por la FULP en 1958), Raúl Reig de Ingeniería, Hugo Santilli de Medicina, Fernando Maturano, Ernesto Gorilis. Todos los datos en *El Argentino*, 28 de abril de 1959.

MIR-Praxis y el Partido Socialista Argentino (PSA) y en menor medida con el trotskismo de Palabra Obrera.¹² El año 1959 representa entonces dos movimientos: por un lado, es un segundo episodio de desplazamientos dentro del reformismo, en este caso, de rupturas con el frondizismo y radicalización de posturas hacia la izquierda que desembocaron en el trotskismo, en la “nueva izquierda” y en el comunismo; pero por otro lado, abre un período plagado de alternancias e inestabilidad política en la conducción del reformismo platense. Los acuerdos entre esas tres corrientes no eran cosa fácil pero, al calor de Cuba y del derrotero del gobierno de Arturo Frondizi, el reformismo de izquierdas pudo mantenerse en la presidencia de la FULP entre 1960 y fines de 1961.

3. Cuba, el comunismo y una “guerra fría” propia: radicalización y repliegue del reformismo de izquierdas

1959 fue el año de una crisis que tuvo su expresión no solo en la fragmentación frondizista, sino también en la inestabilidad del reformismo de izquierdas. Mediando 1960 esto cambia pues se abre la última etapa del ciclo de aquella corriente marcada por el predominio de los grupos identificados con el comunismo, en alianza con el trotskismo, el PSA y MIR-Praxis. Las diferencias entre estos espacios no eran pocas; sin embargo, el debate en torno a la recepción de fondos norteamericanos en las universidades así como el impacto de la Revolución Cubana colaboraron para constituir marcos de acuerdo (y diferencia respecto del “otro” reformista) generales. A su vez, ambas cuestiones nos hablan del contenido específico de la politización estudiantil, es decir, de posiciones y debates que marcaron aguas y definieron identidades, y que no se circunscribieron al ámbito universitario. Como anunciamos, un tema clave fue el debate en torno a la aceptación de fondos norteamericanos para las universidades, administrados por la Comisión Nacional de Administración del Fondo de Apoyo al Desarrollo Económico (CAFADÉ). En mayo de 1960, el Consejo Superior de la UNLP debatió la cuestión,

12. Entre 1958 y 1959, los movimientos en el campo de las organizaciones de izquierda y peronistas no fueron pocos. No solo la UCRI se desmembró. Por razones que remiten a la década anterior, el socialismo atravesó un proceso similar que estalló en julio de 1958 y dio lugar al Partido Socialista Democrático (PSD), espacio donde permanecieron los más antiperonistas conducidos por Américo Ghioldi, y al Partido Socialista Argentino (PSA), conformado por los jóvenes críticos de la línea anterior y referentes como Alfredo Palacios y Alicia Moreau. El PSA se definió como un nuevo partido para la juventud y el proletariado, identificado con Cuba y “profundamente clasista, izquierdista y antiimperialista” (Tortti, 2009: 98). Con el correr de 1958, el PSA delineó un perfil opositor al gobierno, participando activamente de la “Laica o Libre” y de la oposición a los contratos petroleros.

ya constituida en una divisora de aguas dentro del reformismo, no solo entre autoridades y estudiantes, sino también al interior del bloque de consejeros estudiantes reformistas. Humberto Maxwell, de Unión Universitaria-Derecho, encabezó la defensa de la recepción de fondos; mientras Jorge Giacobbe, de ER-Humanidades, defendió la opción que se posicionó en contra. El debate central estuvo dado por la funcionalidad de los fondos que administraba CAFADE, donde una primera postura entendía que la recepción de dichos fondos estaba justificada por las consecuencias progresivas que irían a tener para el país; para el otro bloque, aceptar los fondos significaba colocar a la universidad en un lugar funcional a la estrategia norteamericana en América Latina. La votación final resultó favorable para la primera con 14 votos a favor y 13 en contra.¹³ El momento inmediatamente posterior a la votación estuvo marcado por la reacción estudiantil. Luego de que se anunciara que la FULP mantendría su lucha contra CAFADE, la “barra” estudiantil comenzó a arrojar monedas hacia los consejeros. Particular repudio recibió Maxwell, a quien se acusó de “traidor” y “vendepatria” y se lo abordó a golpes cuando quiso abandonar la sala del Consejo. A los pocos días, renunció a su cargo de consejero.

Iniciado el año 1960, Cuba va a constituirse en el segundo tema “partaguas” en el escenario platense. El consenso inicial entre estudiantes, profesores y autoridades se disolvió casi al mismo tiempo que la isla radicalizaba sus posturas hacia el modelo socialista. Asimismo, para nuestros reformistas de izquierda, Cuba va a constituirse en el espejo a través del cual los sucesos nacionales serán analizados. Mediando julio de 1960, un acto de solidaridad con Cuba organizado por el Centro de Estudiantes de Ingeniería fue reprimido por la policía, quedando detenidos tres asistentes. También en julio, la FULP logró organizar una Mesa Redonda sobre “libertades públicas y represión” convocando diversas organizaciones de la ciudad como el PC, las dos ramas del Socialismo y la CGT. A comienzos de septiembre, conflictos en Medicina dejaron como saldo un acto prohibido, tres detenidos y una posición pública de la FULP determinante hacia un gobierno caracterizado como “al servicio de la más de la reaccionarias de las posiciones” (*El Argentino*, 6 de septiembre de 1960).

En los últimos meses de 1960 el reformismo de izquierdas alcanzó la conducción de la FULP con Rafael Tancredi (de ARICE y el PSA) como presidente. Este cambio en la correlación de fuerzas debemos entenderlo como producto de dos procesos. Uno, la cohesión de las izquierdas estu-

13. La reconstrucción de este debate, aquí resumida, se realizó en base a las Actas Taquigráficas del Honorable Consejo Superior de la UNLP, Acta n° 746, 5 de mayo de 1960, La Plata, pp. 10-55.

diantiles en torno a la caracterización del proceso cubano, del gobierno estadounidense y del argentino, cuestiones ya planteadas. En segundo lugar, también a mediados de 1960, un conflicto protagonizado por los trabajadores de la UNLP tuvo como epicentro el comedor universitario, paralizado por dos semanas durante el mes de noviembre. Frente a tal problema, la FULP organizó una “Comisión de comensales” encargada de encontrar soluciones, con abrumadora presencia comunista, socialista o de izquierdas en general y con Jorge Rocha de Derecho a la cabeza. La misma logró con mucho éxito poner al comedor en funcionamiento dando así visibilidad a la FULP.

Al analizar el impacto de la Revolución Cubana en la juventud militante suele caracterizarse el año 1961 como el “más cubanista de sus vidas”, aquel en que la “mística cubanista” marcó a las izquierdas de todo el continente (Califa, 2014: 211). Como sabemos, los jóvenes reformistas de La Plata no escaparon a esta caracterización pues como en otras universidades, el proceso caribeño vino a fortalecer posiciones de izquierdas ya existentes. La modificación del clima político y la instalación del “peligro comunista” en la universidad lograron no obstante que en 1961 tal postura perdiera masividad. Para fines de abril, la FULP convocó a un acto en defensa de la Revolución Cubana, que no había tenido permiso para realizarse dentro de la UNLP. El acto finalmente se realizó, precedido y finalizado por fuertes enfrentamientos con palos y cascotes, bombas de gas lacrimógeno, importantes destrozos, cuatro heridos y 51 detenidos.¹⁴ A los pocos días, un nuevo intento de acto estudiantil fue interrumpido por la policía mientras el estudiante de Derecho, Jaime Lipovetzky, fue detenido con prensa y documentación interna del PC. Las declaraciones y denuncias hacia la “infiltración marxista” en la universidad eran, además, casi cotidianas. No es difícil observar en la crónica de sucesos la escalada de violencia que marcó la primera mitad de 1961. Más allá de los hechos, varias cosas podemos decir al respecto. La primera es que, sin dudas, Cuba fortaleció y radicalizó al sector reformista de izquierdas, pero también logró tal efecto con las fuerzas policiales, los sectores de derecha, nacionalistas y anticomunistas de la ciudad. Visualizamos entonces dos procesos conjuntos sobre los que cabe profundizar.

Por un lado, el impacto de Cuba en el mapa reformista platense. Esta se convirtió en la bandera que vino, al mismo tiempo, a cohesionar al sector reformista de izquierdas que agrupaba a socialistas, comunistas, trotskistas y ex frondizistas. Contrariamente, las agrupaciones del reformismo tradicional, con Unión Universitaria (de Derecho) e Impulso (de Humanidades) a la cabeza, comenzaron a colocar sus críticas de

14. La crónica la encontramos en *El Argentino*, 22, 23 y 24 de abril de 1961.

forma cada vez más fuerte y articulada representando así una suerte de anticomunismo renovado. En este marco, la ofensiva represiva desatada sobre el movimiento universitario es la segunda cuestión a resaltar. La ola de discriminación, denuncias y detenciones sobre los jóvenes de izquierda; la represión policial, o diversos atentados perpetrados por organizaciones anticomunistas hacia los Centros de Estudiantes reformistas, nos indican un proceso de ataque hacia el reformismo de izquierdas que transcurrió por lo menos durante todo 1961. En abril de ese año un comunicado de la FULP intenta ilustrar la situación vivida por la militancia estudiantil:

La FULP denuncia una vez más otro atropello y la ola represiva desatada contra el movimiento estudiantil [...] Decenas de compañeros presos, dirigentes estudiantiles con captura recomendada. Cualquier pretexto es bueno. Detenidos en sus casas, detenidos en las calles, detenidos en los jardines de la Universidad, detenidos y corridos en el edificio mismo de la Facultad de Ingeniería.¹⁵

En las lecturas de los estudiantes de izquierdas, las denuncias hacia la política represiva de Frondizi empalmaron muy fácilmente con las críticas a las posiciones exteriores de nuestro país, contra los ataques a la Revolución Cubana y la nueva ofensiva norteamericana sobre América Latina.¹⁶ No escapó a esas lecturas que una parte de la cruzada en defensa del “mundo occidental y cristiano” fue encarada también por actores universitarios, fundamentalmente organizaciones estudiantiles ubicadas en el campo del antirreformismo como la cristiana Federación Universitaria de Estudiantes Libres (FUEL) o la nacionalista Tacuara.¹⁷

15. “La FULP denuncia y advierte”, abril de 1961, en Documento *Federación Universitaria de La Plata*, Leg. 1 (Fondo DIPBA-CPM), p. 203.

16. Continúa el comunicado: “Quienes la atacan [a la universidad] son los mismos que denuestan y denigran al heroico pueblo cubano [...] La FULP no dará tregua a los capataces de los intereses imperialistas. Nos encontrarán en el terreno que elijan. Defendemos a la Patria defendiendo a Cuba revolucionaria [...] defenderemos a toda costa nuestras libertades, que son las libertades del pueblo argentino”, *idem*. Aunque las coincidencias no eran totales, no fueron pocos los casos en que la FULP intentó buscar aliados en la CGT.

17. En un plano más general, debe decirse que, si bien las prácticas de persecución al comunismo no eran una novedad en la política latinoamericana, la Revolución Cubana marcó un cambio. Esta introdujo una nueva noción de la seguridad dada por fronteras ideológicas y no nacionales, que tenía como enemigo a la “amenaza comunista” (Morgenfeld, 2012). Los estudios especializados entienden que la característica distintiva de esta nueva etapa está dada por la heterogeneidad de actores, en diversos sentidos (Barbero y Godoy, 2003; Bohoslavsky y Vicente, 2014; Bozza, 2016). Por un

Para mediados del año 1960, el crecimiento de los sectores antirreformistas era un dato difícil de ignorar. Las organizaciones ubicadas en ese campo habían aumentado en número y expresiones, en cantidad de votantes o adherentes y en dinamismo político. Como apunta Juan Carnagui (2016), luego de 1958 fue la cristiana y nacionalista FUEL la que logró acumular en referencia y crecimiento, tal como sucedía con el Integralismo en Córdoba o las fuerzas humanistas en Buenos Aires.¹⁸ Tanto la FUEL como el Comando Tacuara de La Plata (aparecido en noviembre de 1959) coincidían en que la educación y la universidad atravesaban una “crisis moral” cuya causa radicaba en el avance de grupos liberales y marxistas y el “desvanecimiento de la comunidad jerárquica” (*El Argentino*, 24 de julio de 1960). Estos discursos poco se entienden sin considerar que otra de las claves explicativas de su proliferación se encuentra en el impacto de la Revolución Cubana y la radicalización del reformismo en su apoyo. El antirreformismo y anticomunismo, que dadas las cosas eran considerados sinónimos, se tradujo en una sucesión de atentados a facultades y Centros de Estudiantes, enfrentamientos y denuncias públicas.

Ahora bien, si las organizaciones nacionalistas y cristianas expresaban el anticomunismo más duro, no tenían la exclusividad en ello pues también en el seno del reformismo la oposición a la militancia de izquierdas y comunista tenía su peso específico. Los últimos meses de 1961 este sector del reformismo, autodenominado “auténtico” o “democrático”, logró triunfos electorales en facultades importantes que le permitieron desplazar al sector encabezado por Tancredi de la dirección de la FULP. La represión hacia la militancia universitaria de izquierdas, así como también el vaticinio y la gestación de un clima de “crisis” en las universidades colaboraron en buena medida para ello. También aquí

lado, la oposición al “peligro rojo” ya no quedaría exclusivamente bajo la órbita de las Fuerzas Armadas, ahora iba a ser asumida por múltiples actores, estatales, paraestatales y no estatales. Por otra parte, el mismo sujeto comunista sería también uno más laxo, multisectorial y no circunscripto a la esfera partidaria. En nuestro país, la presidencia de Frondizi estuvo marcada por la intensificación del anticomunismo, sobre todo a partir de los “decretos Conintes”, donde el par peronismo/antiperonismo se correspondía con el comunismo-anticomunismo (Pontoriero, 2015).

18. Si bien data de octubre de 1955, a partir de 1958 (y el conflicto “Laica o Libre”), la FUEL se había constituido en la organización cristiana más importante de La Plata. Pero entre 1960 y 1961 mostró un proceso de abandono de las posturas más apolíticas y gremialistas para pasar a expresar una posición, primero anticomunista y nacionalista, luego ya justicialista. A comienzos de 1961 surge una nueva organización, el Frente Nacional de la Juventud, en cuyas filas encontramos importantes dirigentes de FUEL. El FNJ aparece como un espacio nacionalista justicialista que permitió a una corriente fuelista ser más activa en política. Por estas divergencias, en 1964 la FUEL desaparece.

un tema central para comprender la radicalización de posturas fue la Revolución Cubana, con la salvedad de que, para estos actores, tuvo el efecto contrario a partir del rechazo al desarrollo de los acontecimientos en la isla; de la misma manera, se criticaba la forma como los reformistas comunistas y socialistas lo colocaban en el centro de sus acciones y posiciones universitarias. Esto, no obstante, no significaba declarar un apoyo hacia los sectores anticomunistas de la FUEL. En palabras de uno de sus referentes, Sergio Karakachoff (de Unión Universitaria-Derecho y de la Juventud de la UCRP), este espacio se colocaba en una suerte de espacio intermedio, entre los comunistas, “servidores incondicional de un imperialismo tanto o más barato que el que pretenden combatir”, y quienes aparecen como defensores de una supuesta “pureza de la Universidad”, haciendo de voceros de “una reacción que se siente herida porque en los claustros se critica a las botas y al clero” (*El Argentino*, 15 de abril de 1961). Manifestando su repudio a ambos términos de la disputa, Karakachoff finaliza colocándose en favor de la libertad de expresión y en la lucha contra quienes verían en la Reforma un instrumento al servicio de una causa mayor y extrauniversitaria.

Como se indicó arriba, 1961 fue un año marcado por el cubanismo, por las movilizaciones y la violencia desplegada en diversas formas para ubicarse en el par comunismo-anticomunismo. Fue también el año del predominio del reformismo de izquierdas, de la mano de Rafael Tancredi en la FULP y la “Comisión de comensales” dirigida por Jorge Rocha. Para diciembre del mismo año la correlación de fuerzas se había modificado en algunos Centros de Estudiantes clave para desarrollar la política estudiantil en la UNLP, como Ingeniería y Económicas, donde resultaron triunfantes las listas del reformismo “auténtico”. A partir de aquí, se abre un nuevo período en el mapa estudiantil platense, dado por la preeminencia de dicha corriente. Los Centros de Estudiantes de Humanidades, Bellas Artes y Ciencias Naturales y Museo permanecieron como bastiones de la corriente de izquierda, dominada por el comunismo. Esta cuestión, además de la unidad alrededor de algunos temas clave de la situación política y de la crítica hacia el otro sector reformista, le permitió no perder fuerza ni capacidad de intervención.

5. Palabras Finales

Este trabajo busca aportar al campo de estudios sobre la historia reciente argentina desde el abordaje del movimiento estudiantil identificado con el movimiento de la Reforma Universitaria. Nuestro esfuerzo ha estado colocado en reconstruir la articulación y las mediaciones entre la “cuestión universitaria” y la político-partidaria en la vida interna del movimiento estudiantil; actor que no permaneció ajeno al proceso

de renovación de las ideas, politización de las prácticas y movilización social que marcó al país en dicho período. Concentrándonos en los años 1955 y 1962, hemos dado con el “ciclo del reformismo de izquierdas”, es decir, con el ascenso, la crisis y el repliegue de una corriente heterogénea pero unificada en sus intentos por distanciarse de las banderas de la década anterior (el antiperonismo y el anticomunismo). Los tres momentos aquí desarrollados tuvieron el doble objetivo de analizar las rupturas respecto del “otro” reformista y las novedades (ideológicas y organizativas) que dicha corriente trajo; al tiempo que se buscó observar esto en su contexto, es decir, colocar los procesos y acontecimientos clave para explicar tales desplazamientos.

Podemos decir que elementos como el acercamiento hacia el movimiento obrero para hacer frente a la represión, las frustraciones políticas y procesos de radicalización hacia la izquierda, nos han obligado a ponderar los tiempos y matices en la historia del estudiantado reformista y su forma de actuar. Ni en este período “lo político” estaba por fuera del “adentro” universitario ni el movimiento estudiantil reformista actuaba en función exclusivamente de su identidad reformista y estudiantil. La relación con el campo de la política y los partidos políticos ha sido, como vimos, compleja y bastante más próxima de lo que suele decirse, aunque estos no hayan determinado la orientación de las agrupaciones de una forma clásica, es decir, “partidizada”. Es importante agregar que buena parte de las divisiones reformistas nos han remitido a razones políticas y al impacto de los movimientos de los partidos políticos comunista, socialista y radical. No obstante, esto no nos habla de un campo, el universitario, que pierde completamente su especificidad, sino más bien de fronteras entre aquel y su “exterior” que siempre son porosas y que en determinadas coyunturas (1956, 1958, 1961), sobre todo aquellos marcados por el ascenso del conflicto social, se vuelven directamente débiles.

6. Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2001), *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires: Temas Grupo Editorial.
- Barba, Enrique (dir.) (2005), *La Universidad de La Plata en el centenario de su nacionalización. Imágenes y voces del centenario*, La Plata: Editorial de la UNLP.
- Barbero, Héctor y Guadalupe Godoy (2003), *La configuración del enemigo interno como parte del esquema represivo argentino. Décadas de 1950-1960*, Buenos Aires: Cuadernos del CCC.
- Belini, Claudio y Juan Carlos Korol (2012), *Historia económica de la Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires: Siglo XXI.

- Biagini, Hugo (comp.) (1999), *La universidad de La Plata y el movimiento estudiantil, desde sus orígenes hasta 1930*, La Plata: Editorial de la UNLP.
- Bohoslavsky, Enrique y Martín Vicente (2014), “«Sino el espanto». Temas, prácticas y alianzas de los anticomunismos de derecha en Argentina entre 1955 y 1966”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 14, La Plata.
- Bozza, Alberto (2016), “A la sombra de la Revolución Cubana. Anticomunismo y nueva izquierda en la Argentina de los sesenta”, ponencia presentada en las *IX Jornadas de Sociología de la UNLP*.
- Buchbinder, Pablo (2005), *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Califa, Juan Sebastián (2014), *Reforma y revolución. La radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA, 1943-1966*, Buenos Aires: Eudeba.
- Camarero, Hernán (2014), “Tras las huellas de una ilusión: el Partido Comunista argentino y sus planteos del Frente Democrático Nacional (1955-1963)”, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 5, Buenos Aires, pp. 31-50.
- Carnagui, Juan (2016), *Nacionalistas, católicos y peronistas. Auge, afianzamiento y reconfiguración de la Concentración Nacional Universitaria (CNU), La Plata, 1955-1974*, tesis de posgrado. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1255/te.1255.pdf>.
- Ferrero, Roberto (2009), *Historia crítica del movimiento estudiantil de Córdoba*, tomo III (1955-1973), Córdoba: Alción.
- James, Daniel (2010), *Resistencia e integración*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kleiner, Bernardo (1964), *Veinte años de movimiento estudiantil reformista (1943-1963)*, Buenos Aires: Platina.
- Mignone, Emilio (1998), *Política y universidad. El estado legislador*, Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Morgenfeld, Leandro (2012), “Desarrollismo, Alianza para el Progreso y Revolución Cubana. Frondizi, Kennedy y el Che en Punta del Este (1961-1962)”, *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, 40, Buenos Aires.
- Pis Diez, Nayla (2016), “El movimiento estudiantil de la UNLP ante la «Revolución Libertadora»: actores, transformaciones y conflictos entre septiembre de 1955 y mayo de 1956”, *Sociohistórica*, 37, La Plata. Disponible en: <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SH2016n37a04>.
- (2018) “1958 y después: la radicalización temprana del movimiento estudiantil reformista. Una reconstrucción para la ciudad de La Plata, Argentina”, *Izquierdas*, 38, Santiago de Chile. Disponible en: <http://izquierdas.cl/images/html/n38/index38.html>.
- Pontoriero, Esteban (2015), “Estado de excepción y contrainsurgencia: el plan Conintes y la militarización de la seguridad interna en la Argentina (1958-1962)”, *Contenciosa*, 4, Buenos Aires.
- Prego, Carlos y Oscar Vallejos (eds.) (2010), *La construcción de la ciencia académica: actores, instituciones y procesos en la universidad argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Biblos.

- Sarlo, Beatriz (2007), *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires: Ariel.
- Schneider, Alejandro (2005), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo (1955-1973)*, Imago Mundi: Buenos Aires.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Puntosur.
- Spinelli, María Estela (2005), *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”*, Buenos Aires: Biblos.
- Toer, Mario (1988), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Tortti, María Cristina (1999), “Izquierda y «nueva izquierda» en la Argentina. El caso del Partido Comunista”, *Sociohistórica*, 6, La Plata, pp. 221-232.
- (2009), *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*, Buenos Aires: Prometeo.

* * *

Título: Frondizism, communism and reformist “cold war”: politicization and ideological fragmentation at the University of La Plata

Resumen: El objeto de este artículo son las rupturas y los procesos tempranos de renovación en el movimiento estudiantil reformista de la ciudad de La Plata. En particular, se reconstruyen los años que van entre 1956 y 1962, en los cuales ubicamos el “ciclo del reformismo de izquierdas”, el ascenso, la crisis y el repliegue de una corriente identificada con los postulados de la Reforma Universitaria pero disidente respecto del contenido que esta asumió en 1955. Para su análisis se propone, delinear, por un lado, el vínculo entre el “adentro” universitario y la realidad del país, es decir, acontecimientos y procesos clave para explicar tales desplazamientos; por otro lado, las consecuencias en el mapa estudiantil de dichos cambios, considerando tanto el plano ideológico como el organizativo.

Palabras clave: movimiento estudiantil – Argentina – comunismo – politización

Abstract: The object of this article are the ruptures and the early processes of renewal in the reformist student movement of the La Plata city. In particular, are reconstructed, the years between 1956 and 1962, in which we place the “cycle of the left reformism”, in other words, the emergence, the rise and the withdrawal of a current identified with the principles of the Reforma Universitaria but dissenting opinion in respect of his content in 1955. For your analysis is proposed, to outline, on the one hand, the link between the “inside” university and the reality of the country, that is to say, events and key processes to explain such displacement; on the other hand, the consequences on the map student of such changes, considering both levels, the ideological and organizational.

Keywords: student movement – Argentina – communism – politicization

Recepción: 22 de diciembre de 2017. **Aprobación:** 2 de marzo de 2018.

Colección Archivos



Lucas Poy

Los orígenes de la clase obrera argentina

Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896

Natalia Casola

El PC argentino y la dictadura militar

Militancia, estrategia política y represión estatal



Paula Varela

La disputa por la dignidad obrera

Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense, 2003-2014

¿Ha muerto la Reforma? La acción del movimiento estudiantil porteño durante la larga década de 1966 a 1976

Pablo Bonavena, Juan S. Califa y Mariano Millán

UBA - UNLP; UBA - Conicet; UBA - Conicet
bonavenapablo@yahoo.com.ar; jscalifa@hotmail.com; marianomillan82@gmail.com

1. Introducción

En nuestro país, entre el golpe de Estado de 1966, comandado por el general Juan Carlos Onganía, y la última dictadura iniciada en 1976 con la presidencia de Jorge Rafael Videla, se produjo un ascenso de masas. El movimiento estudiantil jugó allí un papel gravitante, ya sea por la cantidad y calidad de sus acciones, como por su capacidad para componer alianzas con el movimiento obrero en condiciones de enfrentamiento, especialmente en las acciones donde el sector sindical actuaba con autonomía de las tutelas burguesas.

Las hipótesis de uso común en la literatura académica sobre la radicalización estudiantil del período fueron construidas a partir del análisis del discurso de ciertas agrupaciones y referentes intelectuales, sin realizar una observación metódica de los actores, los escenarios y las acciones desarrolladas. Por esas y otras razones, desde distintos ángulos se ha afirmado que entre los años 60 y los 70 el reformismo universitario surgido en 1918, como ideario político y organizativo, entró en decadencia hasta prácticamente desaparecer frente al ascenso de la “nueva izquierda” y un nuevo “peronismo”, en ocasiones considerados en estrecha relación (Gillespie, 1987: 96; Sigal, 1991: 71; Romero, 1994: 247 y ss.; James, 1999: 314 y ss.; De Riz, 2000: 95 y ss.; Tortti, 2000: 149; Barletta, 2001; Sarlo, 2001: 85 y ss.; Suasnábar, 2004: 82 y ss.). Tales argumentos, por cierto, no resultan exclusivos del mundo académico posterior a los acontecimientos, pues varios agrupamientos estudiantiles de la época sostenían explicaciones similares.

Estos presupuestos condujeron a afirmar que durante 1973, junto a la recuperación democrática, se produjo un ascenso universitario peronista resultante de una larga acumulación bajo la “Revolución Argentina” (Friedemann, 2015: 133 y ss.; Ghilini y Dipp, 2015). En tal

sentido, se considera que el escenario político abierto durante la “primavera camporista” potenció la movilización precedente.

El presente escrito se ubica en una línea interpretativa opuesta por el vértice, en buena medida porque partimos de otra estrategia teórico-metodológica, que otorga centralidad a los enfrentamientos en la explicación de los procesos sociales, incluyendo la dimensión discursiva. Por ello, presentamos aquí una detallada contabilidad de las acciones protagonizadas por los alumnos de la UBA, quienes realizaron al menos 2.549 acciones de lucha que van desde comunicados hasta enfrentamientos con la policía, pasando por asambleas, actos, huelgas y demás. Nuestro objetivo principal consiste en presentar un examen sintético de la trayectoria del movimiento estudiantil, tomando como unidad de análisis los enfrentamientos sociales encarados por estudiantes que actuaron a partir de diversas identidades y grados de agregación. Para ello trabajamos con una base de datos construida con más de veinte diarios de circulación nacional y local (en el caso de Buenos Aires, *La Nación*, *Clarín*, *La Opinión*, *La Prensa*, *Noticias*, *El Mundo*, *Mayoría*, *Crónica*, edición matutina y vespertina, *El Cronista Comercial* y *La Razón*).¹ A partir de la misma, clasificamos los hechos en diez variables de intervalo, seis con sistemas de categorías excluyentes (lugar, fecha, tipo de acción, escenario de la acción, cantidad de participantes y facultad donde ocurrió el hecho); y cuatro con categorías no excluyentes (protagonista/s, reclamo/s, aliado/s y enemigo/s).

Observaremos la evolución de las modalidades de lucha, de las organizaciones que las promovieron, de los reclamos expuestos, los escenarios donde se desarrollaron y de los aliados ganados, así como la co-variación, “principal herramienta analítica de las investigaciones en ciencia social” (Galtung, 1966: 474), de estas variables, las cuales cobrarán inteligibilidad en relación con los hallazgos de las investigaciones preexistentes sobre procesos de lucha concretos y organizaciones estudiantiles.

El texto se encuentra dividido en dos secciones. En primer lugar, nos adentraremos en la identidad de los protagonistas, las tácticas empleadas y los ámbitos donde se gestaron. Luego analizaremos sus demandas y distinguiremos aliados y enemigos. Con estos elementos propondremos a lo largo del trabajo una periodización del movimiento estudiantil

1. Pablo Bonavena (1990-1992), *Las luchas estudiantiles en Argentina 1966-1976*, Informe de Beca de Perfeccionamiento, Secretaría de Ciencia y Técnica, Universidad de Buenos Aires. [De aquí en más BDB]. Entre 2006 y 2018 sucesivas indagaciones de control en las hemerotecas de la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso de la Nación y la Biblioteca de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires comprobaron la fiabilidad y representatividad de esta fuente. La base puede consultarse en el área de Conflicto Social del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA.

durante aquella década, donde serán señaladas las interrupciones en los procesos de lucha. Finalmente, en las conclusiones ofreceremos una caracterización general de las tendencias analizadas, el modo en que consideramos más adecuado interpretarlas y las explicaciones e hipótesis plausibles de desplegar.

2. Protagonistas, tipos de acción y facultades

La autodenominada “Revolución Argentina” instaurada en 1966 se definió desde sus inicios como una dictadura anticomunista. Cerró el Congreso Nacional, proscribió la actividad de los partidos políticos y, alegando motivos de seguridad nacional, intervino las universidades, anulando el cogobierno y la autonomía. Esta medida despertó honda resistencia entre los estudiantes y profesores reformistas de la UBA. La tristemente célebre “Noche de los Bastones Largos” del 29 de julio fue uno de los más intensos episodios de un acalorado segundo semestre.

Varias aproximaciones generales a la evolución del movimiento estudiantil en aquel período, en su preocupación por explicar la adhesión universitaria al peronismo durante 1973, señalaron la intervención de 1966 como un hito fundante. A partir de la proscripción política en la universidad, ciertos autores imputaron una creciente solidez en el vínculo de los estudiantes con el “pueblo peronista proscribido”, sin problematizar el aval justicialista a la flamante dictadura y la designación de algunos de sus cuadros en puestos gubernamentales o del funcionariado universitario. Según su parecer, entre los alumnos comenzó un largo proceso de adscripción al peronismo (“peronización”), que constituyó una de las vías más importantes para la radicalización estudiantil de los 60 y 70. En esta misma postura puede sumarse a Barletta y Tortti (2002). En paralelo, también se insistió en la crisis del reformismo universitario, cuyas ideas y prácticas no eran acordes con una etapa de gran agitación política y social (Sigal, 1991: 71). Este proceso resultaba evidente en la pérdida de protagonismo de los centros y federaciones estudiantiles a manos de las agrupaciones peronistas y de la nueva izquierda en general, de mayor activismo y radicalidad (Altamirano, 2007: 123).

Estudios recientes cuestionaron el vínculo entre radicalización y peronización para los casos de Córdoba, Corrientes y Resistencia, Rosario, Tucumán y La Plata en tiempos de la “Revolución Argentina”, es decir en regiones clave donde ocurrieron numerosos alzamientos de masas con participación rutilante del movimiento estudiantil (Millán, 2013a, 2013b, 2017a, 2017b; Nava, 2013).

En el caso de Buenos Aires, sin dudas el epicentro de la experiencia de la izquierda peronista universitaria de 1973, la idea de una conexión entre resistencia a la intervención universitaria y peronización se

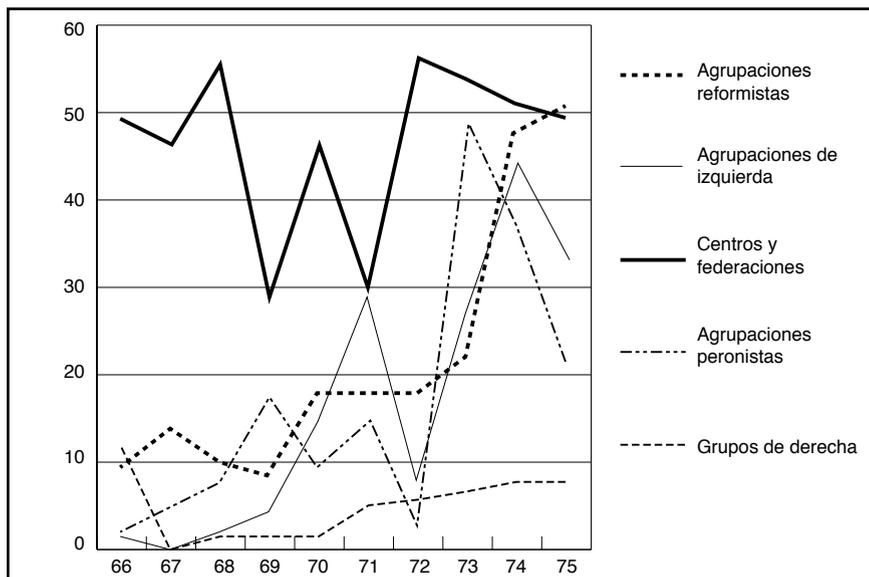
enfrenta con un obstáculo insalvable: las poco relevantes agrupaciones peronistas de la UBA apoyaron el golpe de Estado y la intervención de 1966 (Bonavena, 2000; Califa, 2015). Una excepción resultó el recién conformado Frente de Estudiantes Nacionales (FEN), aunque por entonces su incorporación al peronismo era embrionaria, conservando los lazos con el reformismo y la izquierda de donde provenía su militancia (Califa, 2017).

De todos modos, entre 1966 y 1973 los grupos estudiantiles experimentaron numerosas transformaciones, por lo tanto debería observarse la trayectoria de estos colectivos y su protagonismo en la resistencia contra la dictadura. En tal variable, el código de la investigación reconoce 27 categorías no excluyentes, puesto que una acción puede haber sido protagonizada por más de un grupo estudiantil. Las categorías de la codificación comprendieron los centros y federaciones, las agrupaciones estudiantiles de izquierda a derecha, los cuerpos de delegados y los casos donde, en los diarios relevados, no se consignan más detalles sobre los protagonistas que “estudiantes”. En nuestra exposición, a los fines de simplificar la lectura, hemos construido cinco categorías: “Centros y Federaciones”, “Agrupaciones Reformistas” (MOR-PC; Franja Morada, MNR, AUN y otras reformistas), “Agrupaciones de Izquierda (FAUDI, TUPAC, TAREA-JSA, TERS, y otras marxistas o anarquistas); “Agrupaciones Peronistas” (FEN, JUP, JUP Lealtad y agrupaciones cristianas como el Humanismo, el Ateneo u otras), “Grupos de Derecha” (Sindicato Universitario de Derecho, CNU, ALN, CEOUP y otros). En el gráfico n° 1 puede observarse una evolución de los porcentajes de protagonismo de los distintos conglomerados políticos en el conjunto de las acciones del movimiento estudiantil:²

Una observación sistemática del desempeño estudiantil arroja un contraste diáfano respecto de las explicaciones ofrecidas en los textos referidos, muchos de ellos considerados como referencias en la temática. Los centros y federaciones estudiantiles reformistas, donde no participaban los peronistas ni los católicos, con excepción del humanismo herido de muerte desde el inicio de la dictadura en 1966, fueron las palancas de las acciones de lucha del movimiento estudiantil de la UBA bajo la “Revolución Argentina”. En esta etapa, estas entidades participaron de aproximadamente el 45% de las acciones, superando el 50% en 1968, 1972 y 1973. En paralelo, las agrupaciones reformistas, superpuestas

2. En la BDB aparecen acciones estudiantiles con varios protagonistas. Hemos consignado a todos los protagonistas mencionados. El cálculo realizado fue la cantidad de acciones protagonizadas por cada conglomerado en un año, número que contiene casos compartidos, sobre la cantidad total de acciones del movimiento estudiantil en el mismo periodo y luego multiplicado por cien. No son porcentajes de protagonismo, sino una medición de quiénes estaban en las acciones de lucha del movimiento estudiantil.

Gráfico n° 1
Evolución anual del protagonismo en las acciones de lucha estudiantil en la UBA, julio de 1966 a diciembre de 1975



con las anteriores entidades que dirigían, rozaron por sí mismas el 15%, superándolo siempre desde 1970. Los católicos y los peronistas, un grupo bastante heterogéneo y fragmentado, promediaron poco menos del 14%, entre los cuales se cuentan alineamientos a favor del gobierno de Onganía y la intervención universitaria de 1966. La izquierda marxista fuera del PC promedió un 12%, llegando a un pico del 30% en 1971, el año de mayor cantidad de acciones. En esos 12 meses los cuerpos de delegados erigidos en los combates por el ingreso irrestricto a la UBA, que no aparecen en el gráfico dada su escasa importancia estadística global, estuvieron presentes en casi un tercio de las acciones. Por su parte, los grupos de derecha consumaron una media superior al 4%, ampliando su participación desde 1968 hasta tocar su techo durante el trienio peronista 1973-1976.

Es importante, asimismo, notar que desde 1973 se vislumbra un crecimiento de magnitud en la activación de las agrupaciones peronistas, quienes participaron de casi el 50% de las acciones, disminuyendo luego al 37% en 1974 y al 22% en 1975. El salto inicial con respecto al período anterior y el declive abrupto de 1974 y 1975, años de la represión encabezada por la misión Ivanissevich y del desplazamiento definitivo en la UBA de los funcionarios afines de la *Tendencia* nombrados

en 1973 (Bonavena, 2007; Gillespie, 1987: 168 y ss.; Izaguirre, 2011), cuestionan seriamente la idea de una “acumulación de largo plazo” y colocan en primer plano el ejercicio del poder estatal y gubernamental para explicar la peronización estudiantil.

Resulta también importante reconocer la evolución anual en la cantidad de actividades. Su cruce con el protagonismo y la información sobre la conducción de los centros y federaciones nos permitirá comprender no sólo las orientaciones ideológicas, sino la praxis de las principales corrientes. En ese plano, en el gráfico n° 2 podrá observarse la progresión del total de acciones, de las cuales se restaron las declaraciones y aquellas acciones realizadas en apoyo a las autoridades y/o al gobierno.

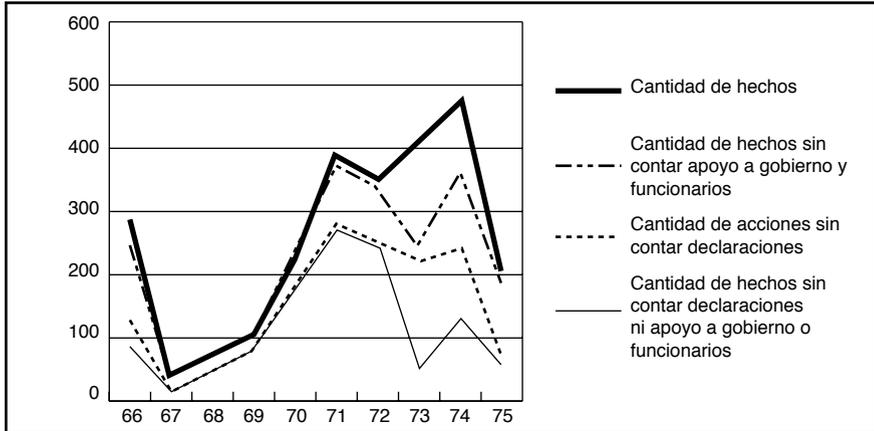
La operación de sustracción, realizada tras una ponderación que hizo matemáticamente comparables los valores obtenidos, nos permite observar curvas sumamente diferentes en el trienio peronista.³ La evolución de las acciones totales tiene un pico muy alto en 1966 tras el golpe, desciende bruscamente en 1967 una vez consolidada la intervención, registra un ascenso continuo entre 1968 y 1971, años signados por las revueltas estudiantiles en el mundo y por los “azos” argentinos donde los alumnos participaron activamente, un retraimiento en 1972 con el llamado a elecciones en marcha, un nuevo ascenso entre 1973 y 1974 en medio de las expectativas abiertas tras el retorno democrático y una caída abrupta en 1975, cuando esas ilusiones se frustraron definitivamente con el éxito de la contra-insurgencia en la universidad. Como puede notarse, el ascenso comenzado en 1968 tiene una pendiente notoriamente más inclinada en 1970 y 1971.

Si en esa contabilidad excluimos las declaraciones y comunicados, formas de acción que comprometen un pequeño movimiento de recursos en comparación con la acción de masas, la evolución de la cantidad de acciones del estudiantado de la UBA resulta sustancialmente diferente, puesto que 1972 y 1973 son años de descenso, con un tenue recupero en 1974, que no compensa la merma anterior, y una baja pronunciada en 1975.

Asimismo, para observar la disposición a la confrontación, hemos aislado las peticiones de “apoyo al gobierno y/o a funcionarios”. Las acciones orientadas hacia el resguardo del oficialismo suponen un cos-

3. Dado que en una misma acción pueden presentarse varias formas y reclamos, al tiempo que cada categoría de la exposición contiene varias de la codificación, la suma algebraica de los reclamos o de las formas de acción supera el total de hechos. Sin ponderación alguna, en 1973 la cantidad de hechos sin contar las declaraciones y/o los apoyos al gobierno y/o funcionarios es un número menor a cero. Por ello se equipararon los valores de las tres variables en un 100% hipotético, cuya base fue la cantidad de hechos, y luego se recortaron los excedentes absolutos de 36% de la cantidad de reclamos y 9,5% de los tipos de acción.

Gráfico n° 2
Evolución anual de la cantidad de hechos de lucha estudiantil en la UBA,
julio de 1966 a diciembre de 1975



to de movilización mucho menor que un enfrentamiento directo, pues refieren a pugnas mediadas por otros actores, como el Poder Ejecutivo. En ese punto vemos que el retraimiento interanual de 1973 es el más pronunciado de nuestras líneas de evolución. Con posterioridad, se registra un notorio salto interanual en 1974, sobre todo a causa del auge de la violencia contrainsurgente bajo la misión Ivanissevich (Rodríguez, 2016), sin que por ello se alcancen los niveles de activismo de 1970-1972.

Por otro lado, no sólo interesa observar la evolución cuantitativa de acciones con estos elementos aislados, sino mensurar su distancia con un análisis que no atienda a estos aspectos. En tal sentido, la observación de todos estos factores no muestra una relación entre “peronización” e incremento en el compromiso y la radicalidad del movimiento estudiantil. La retraída leve de 1972 se volvió, en contraste con ideas muy corrientes, en una pendiente pronunciada con el peronismo en el poder, sin recuperarse los guarismos de los años siguientes al Cordobazo.

Una exploración más detallada por las formas de acción contribuye a reparar con detenimiento en aspectos relativos al compromiso, la disposición al enfrentamiento, la relación con las instituciones y la violencia. En la variable formas de acción se clasificaron los hechos en 17 categorías, las cuales fueron reagrupadas en cuatro categorías complejas: “Declaraciones y/o comunicados”; “Acción institucionalizada” (conferencia de prensa, acto, asamblea, huelga de hambre, huelga universitaria de escala nacional, local o por unidad académica); “Acción directa sin violencia” (marcha, movilización, concentración, toma sin control del

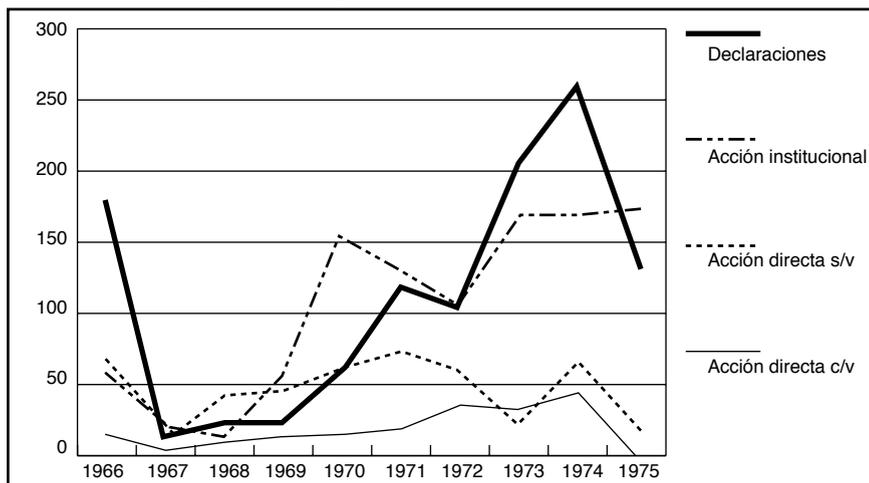
edificio);⁴ “Acción directa con violencia” (acto relámpago, enfrentamientos con la policía, barricada, toma con control del edificio, detonación de explosivos, ataque armado). Debe tenerse en cuenta que se han producido al menos 240 casos donde una acción se convirtió en otra, por ejemplo un acto que trocó en asamblea, una asamblea transformada en una marcha o una movilización que derivó en enfrentamientos con la policía. En el gráfico n° 3 puede observarse la evolución de las distintas formas de acción desplegadas por el movimiento estudiantil de la UBA.

En una lectura de este gráfico advertimos que, con la excepción de la enorme cantidad de declaraciones contra la intervención de 1966, hasta 1969 las formas de acción están relativamente empatadas. Sin embargo, desde ese momento empezó a cobrar más importancia la acción dentro de los marcos institucionales. Esta tendencia puede sorprender si no se tiene en cuenta, como veremos en el próximo apartado, que después del Cordobazo los requerimientos universitarios y antirrepresivos ocuparon el centro de la agenda del movimiento estudiantil de la UBA y de otras regiones del país (Millán, 2013a, 2013b, 2017a, 2017b; Nava, 2013). Dentro suyo, el reclamo por el ingreso irrestricto devino uno de los más importantes, logrando su conquista parcial y, por ende, el retroceso de una iniciativa fundamental de la política universitaria de la dictadura (Califa y Seia, 2017).

La segunda cuestión sobresaliente es el peso de las declaraciones entre las formas de acción estudiantil durante el trienio peronista, especialmente en 1973 y 1974. La tensión de Montoneros entre la negociación, la participación, la movilización y el enfrentamiento (Gillespie, 1987: 161 y ss.) impregnó al movimiento estudiantil conducido por su agrupación afin, la JUP, tanto antes como después de la ruptura del grupo Lealtad, en el verano de 1974. De esa manera, las declaraciones eran formas de acción que no implicaban, usualmente, una práctica colectiva que fracturase ciertos acuerdos intraperonistas, pero que permitían fijar posición sobre problemas de la cotidianidad universitaria. Asimismo, las declaraciones y comunicados eran el vehículo de expresión para intenciones de transformación universitaria, textos que

4. Entre las categorías “acción institucionalizada” (AI) y “acción directa sin violencia” (AD s/v) hay tipos de hechos que no pueden clasificarse sin controversias. Puesto que privilegiamos diferenciar las acciones directas en función del ejercicio de la violencia, hemos colocado las huelgas de hambre y la huelgas estudiantiles, no equiparable al instituto de la huelga de los asalariados, dentro de AI. En todo el periodo la AI suma 1.046 casos y la AD s/v 201; registrando 13 huelgas de hambre y 65 huelgas estudiantiles. Aunque un cambio de categoría de estos hechos reduciría la actual asimetría en favor de la AI de 5,20 a 3,46 veces las AD s/v, la evolución de las distribuciones anuales no experimenta cambios de tendencia.

Gráfico n° 3
Cantidad anual de acciones de lucha estudiantil en la UBA por año según formas, julio de 1966 a diciembre de 1975



difícilmente podrían considerarse un proyecto de universidad, puesto que sus enunciantes no contaban con semejante capacidad de acción.

En muchas de esas declaraciones también se vertían críticas al reformismo y a la izquierda universitaria, a pesar de que estos conglomerados acompañaban a la JUP en sus enfrentamientos con la ortodoxia partidaria, produciendo dificultades para la unidad estudiantil. Si excluimos los hechos realizados por grupos de derecha, las menciones a otros grupos combativos como enemigos por parte de los estudiantes reconocen una enorme alza durante el trienio peronista, cuando concentró 73 de los 80 casos, teniendo su pico entre 1973 y 1974.

La tercera observación, que se desprende de las dos primeras, es que la acción directa perdió importancia durante la fase final de la “Revolución Argentina” y, más aun, durante la etapa peronista. Al respecto vale una aclaración: tanto la acción directa sin violencia como aquella que la involucró, presentan una curva de ascenso muy tenue pero sostenido desde 1968.

En el caso de la que implica el uso de la violencia existe un declive en 1972 y una fuerte retracción en 1973. El repunte de 1974 se debe a la violencia de los grupos de derecha, en pleno ascenso. La inclinación a la baja de 1975 se explica por cierta retracción en las actividades paramilitares en la UBA, tras su auge y éxito en la conformación de un clima de terror durante el rectorado de Alberto Ottalagano (Califa y Mi-

lán, 2016a, 2016b; Izaguirre, 2011). Esto quiere decir que hasta 1971 el crecimiento del ejercicio de la violencia está en estrecha relación con la radicalización estudiantil, y a partir de 1974 con la represión paraestatal.

En cuanto al balance de la acción directa no violenta, el crecimiento tenue en la cantidad de este tipo de prácticas prosiguió hasta 1972, tuvo una pequeña mengua en 1973, un repunte notorio en 1974 y un fuerte repliegue en 1975. Como se ha afirmado anteriormente, el proceso de institucionalización de la acción colectiva estudiantil durante el tercer peronismo tuvo como efecto el achicamiento en la cantidad y el peso de la acción directa. El desplome de 1975 se explica en buena medida por la represión precedente, así como por el reposicionamiento del radicalismo y la recuperación de las posiciones del MOR en una etapa signada por la búsqueda comunista de la convergencia cívico-militar (Casola, 2015).

En este análisis de la trayectoria del movimiento estudiantil de la UBA también resulta importante desagregar los enfrentamientos por facultad y año, ejercicio que precisa los actores. En la tabla n° 1 se observan las frecuencias obtenidas.

El primer dato relevante, que no concita asombro, es que Filosofía y Letras fue la facultad de más apariciones en la base de datos y, dada su distancia con las demás, resultó la unidad académica de la UBA

Tabla n° 1
Cantidad de acciones estudiantiles por Facultad de la Universidad de Buenos Aires, julio de 1966 - diciembre de 1975*

Año	D	E	M	AU	I	F	AV	EN	O
1966	11	27	11	20	30	25	7	20	11
1967	1	4	2	1	0	8	0	10	0
1968	3	1	3	0	0	3	0	1	1
1969	12	7	6	5	4	11	1	6	2
1970	21	14	14	20	11	52	10	33	5
1971	58	39	16	54	24	113	6	14	0
1972	39	32	80	29	13	55	40	23	12
1973	45	29	47	17	15	33	32	30	28
1974	61	43	46	36	38	55	33	38	57
1975	13	14	14	7	11	23	4	6	12
Total	264	210	239	189	146	378	133	181	128

* Cuando consideramos las facultades, hemos clasificado como (D) Derecho y Ciencias Sociales, (E) Ciencias Económicas, (M) Medicina, (AU) Arquitectura y Urbanismo, (I) Ingeniería, (F) Filosofía y Letras, luego también Psicología y Sociología, (AV) Agronomía y luego también Veterinaria, (EN) Ciencias Exactas y Naturales y (O) otros: Odontología, Farmacia y Bioquímica, Colegio Nacional Buenos Aires y Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini, Rectorado y otras dependencias administrativas.

con mayor activismo. Con “un cuerpo de distancia” le siguen Derecho y Medicina, un poco más atrás Ciencias Económicas y luego, casi en el mismo nivel, Arquitectura y Urbanismo y Ciencias Exactas y Naturales. Cierran la lista Ingeniería y Agronomía-Veterinaria, muy cerca de la cifra de “otros”. No obstante, debe ponderarse la cantidad de cursantes, lo cual conlleva a redimensionar la militancia de las últimas facultades mencionadas.

Con todo, Filosofía y Letras resultó la más activa entre 1970 y 1971, los años de mayor movilización. En efecto, propició uno de los escenarios donde tuvieron amplio desarrollo los cuerpos de delegados, llegando a producirse el fenómeno del “doble poder” (Bonavena, 1997). Asimismo, esta unidad académica ha sido un terreno fértil para casi todo tipo de experiencias políticas: convivían incómodamente los docentes peronistas de las “cátedras nacionales”, ingresados o ascendidos con el golpe de Estado y la intervención de la que luego algunos tomaron distancia, con la dirección del centro estudiantil de los “izquierdistas” de FAUDI, quienes todavía no se habían reconocido como maoístas pero ya integraban las filas de novel PCR. Existía, incluso, un activo grupo de docentes marxistas, algunos de ellos nucleados en la Agrupación 29 de Mayo, integrada por independientes de izquierda junto al PCR y Vanguardia Comunista (Bonavena, 1997: 167). Resulta fundamental recordar que las “cátedras nacionales” no integraban el movimiento estudiantil, y su relación con los cuerpos de delegados tuvo idas y vueltas, siendo lejana en su año de auge.⁵

Por otra parte, entre 1971 y 1972 el MOR conquistó casi todos los centros de estudiantes de la UBA. Tras la ruptura de 1967, de donde había emergido el FAUDI-PCR, aquellas victorias significaban una rauda recuperación de la influencia del PC en la universidad y dentro del movimiento estudiantil (Califa, 2016b). La apuesta por el gremialismo universitario en el período posterior al Cordobazo le granjeó grandes adhesiones entre los alumnos porque motorizaba, como veremos, los principales reclamos del movimiento estudiantil.

Asimismo, si volvemos al gráfico n° 1 donde se detalla la participación de los distintos conglomerados estudiantiles en las acciones de lucha, observamos que las agrupaciones de izquierda (excluido el MOR-PC) y los centros y federaciones compartieron el liderazgo en 1971, pero al año siguiente el segundo de estos bloques despegó muy por encima de todos los demás. Hay facultades donde bajo la nueva dirección comunista decrecieron tenuemente la cantidad de hechos de lucha, como Filosofía y Letras, Arquitectura y Urbanismo, Derecho y Ciencias Eco-

5. Véase “De base y con Perón. Un documento autocrítico de las ex Cátedras Nacionales”, en *Antropología del Tercer Mundo*, n° 10, junio de 1972, pp. 27-34.

nómicas. En otras, como Medicina y Ciencias Exactas y Naturales, se registró una pronunciada tendencia alcista. Si volvemos la mirada al gráfico n° 2 notaremos que el resultado global de 1972, donde también intervenía el horizonte de una salida electoral inminente, ha sido el de una reducción de la acción estudiantil y, dentro de esta tendencia, un llamativo achicamiento de la primacía de la acción institucional sobre la acción directa.

Por otra parte, en 1973 resulta notoria la continuidad del decaimiento en las acciones, que un año después repuntaron en todas las facultades (excepto Agronomía y Veterinaria), en gran medida a raíz de la creciente represión y del desplazamiento de los funcionarios ligados a la *Tendencia*. Las dos terceras partes de las acciones de lucha estudiantil de 1974 se concentraron en el segundo semestre, después de fallecido Perón, siendo las jornadas más intensas, con una media semanal de 14,88 acciones, las comprendidas entre el 1 de julio y el discurso del Ministro de Educación Oscar Ivanissevich en el Teatro Colón, el 10 de septiembre. Allí lanzó la “Misión Ivanissevich”, con una nueva intervención universitaria fundamentada en la presencia de una presunta “subversión contra los poderes de la Nación”, figura contemplada en el artículo n° 5 de la Ley Universitaria 20.654 (conocida como “Ley Taiana”), de febrero de 1974, en plena escalada represiva bajo la tercera presidencia de Perón (Buchbinder, 2014: 195 y ss.).

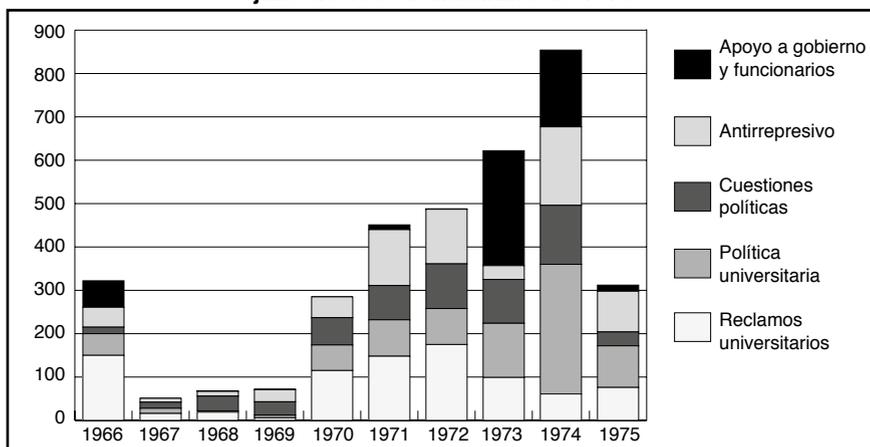
En este marco, los tres reclamos principales fueron el rechazo a la nueva política universitaria, el cese de la represión que la acompañó y el apoyo a las autoridades desplazadas. Para profundizar en estos aspectos del movimiento estudiantil de la UBA será necesario continuar su análisis en un apartado que relacione los reclamos, los escenarios y los aliados de este heterogéneo y disputado sujeto colectivo.

3. Reclamos, escenarios y aliados del movimiento estudiantil

El análisis de un movimiento de lucha durante un período tan prolongado y cambiante, como el que nos toca escrutar, requiere precisar los reclamos impulsados. En tal variable identificamos 13 categorías, que a su vez fueron reagrupadas en cinco: “Reclamos académico-universitarios” (autonomía y cogobierno, cuestiones académicas, bienestar estudiantil, ingreso irrestricto); “Política universitaria” (cuestionamiento contra funcionarios y/o profesores, crítica de la política universitaria gubernamental); “Cuestiones políticas” (contra medidas y acciones políticas en el escenario nacional y/o internacional, solidaridad con otras luchas, memoria-homenaje a mártires), “Antirrepresivo”, “Apoyo a gobierno y/o funcionario” (apoyo a funcionario, apoyo a la política

educativa del gobierno o al gobierno en general). En el gráfico n° 4 puede apreciarse su evolución anual.

Gráfico n° 4
Reclamos del movimiento estudiantil de la UBA,
julio de 1966 a diciembre de 1975



Sobre esta variable existen nociones previas de amplia adhesión en el campo académico y en las memorias militantes. Por ejemplo, Beatriz Sarlo ha considerado que la radicalización de los universitarios en los 60 y 70 condujo a “posiciones cada vez más políticas en términos generales y menos específicas en lo que refiera a la universidad” (2001: 102). La distribución de los valores encontrados para cada categoría de reclamos, al igual que los estudios previos sobre otras regiones durante la “Revolución Argentina” (Millán, 2013a, 2013b, 2017a, 2017b; Califa y Seia, 2017; Nava, 2013), demuestran que estas ideas deben reconsiderarse.

En contraste con las mismas, en el conjunto de la década 1966-1975 los reclamos universitarios son los que registran más menciones por el movimiento estudiantil de la UBA (865), seguidos de los cuestionamientos a los aspectos parciales o del conjunto de la política universitaria gubernamental (817). Juntos representan un 44,05% del total.

Estas cifras, junto al declive de la disposición estudiantil al enfrentamiento durante el trienio peronista observada en el apartado anterior, también pueden conducirnos a cuestionar las influyentes tesis de Juan Carlos Portantiero, quien sostenía que las movilizaciones estudiantiles de los 60 y 70 se debían a la incapacidad estructural del capitalismo dependiente para otorgar buenos empleos y ascenso social a los universi-

tarios (1978: 14 y ss.). De ser cierto, ¿por qué los estudiantes centraban sus reclamos en las cuestiones universitarias y no en las políticas? A su vez, ¿por qué no hubo mayores enfrentamientos estudiantiles cuando las dificultades económicas fueron mayores, como en 1974 y 1975?

Entrando en detalle sobre los reclamos, visualizamos que desde 1966 hasta 1972, con la excepción de 1969, los reclamos universitarios y contra la política universitaria oficial fueron el centro de las preocupaciones del movimiento estudiantil, algo que volvió a repetirse en 1974 y 1975. Frente a la intervención universitaria, la defensa de la autonomía y el cogobierno fueron las reivindicaciones más extendidas, abarcando el 36,69% de las menciones. Luego, en el agitado ciclo comprendido entre 1970 y 1972, se vivió un auge de las demandas académicas, los cuales abarcaron anualmente un 17,58%, 20,81% y 26,33%.

Estos mismos años registran un crecimiento de las protestas contra actitudes de docentes adictos a la dictadura y/o el pedido de renuncia, extensible a funcionarios universitarios y del Ministerio de Educación, así como pronunciamientos contra la política universitaria. Mientras que la “Política universitaria” concitó un 8,21% de menciones en 1969, en 1970 se elevó a un 20,34%, para tener caídas en los dos años siguientes y retomar vuelo durante el trienio peronista con 18,76%, 31,37% y 27,98%. La peculiaridad, que puede llamar a sorpresa, es que en los dos últimos años estos motivos sumaron más menciones que las cuestiones antirrepresivas, sin dudas un reclamo urgente en vista de la magnitud de la represión contra el movimiento estudiantil.

En cuanto a este eje reivindicativo, el tercero en importancia para esta dilatada década del movimiento estudiantil de la UBA, su evolución se precipitó en 1971, cayó abruptamente dos años más tarde, alcanzó un récord en 1974 y se redujo a la mitad al año siguiente, en una proporción sensiblemente menor que la registrada para el descenso en la cantidad de acciones estudiantiles y quedando prácticamente igualado con las críticas contra la política universitaria. Para el final de la “Revolución Argentina”, otros estudios registran una evolución similar de esta demanda (Millán, 2013a, 2013b, 2017a, 2017b). Una de las variables con mayor poder explicativo refiere al comienzo durante 1971, en tiempos del Gran Acuerdo Nacional, de las acciones parapoliciales y/o paraestatales contra el movimiento estudiantil; una práctica que no cesó con el advenimiento de un gobierno formalmente constitucional en 1973, y que se disparó entre 1974 y 1975 (Califa y Millán, 2016a, 2016b; Franco, 2012: 59-128; Bonavena *et al.*, 1998: 132-136).

Por otra parte, frente a una de las ideas más difundidas: que la “politización” abarcó y/o inundó todos los rincones de la práctica del movimiento estudiantil, aquí ofrecemos elementos para pensar la cuestión con más matices. Las menciones y/o fundamentaciones de la acción de

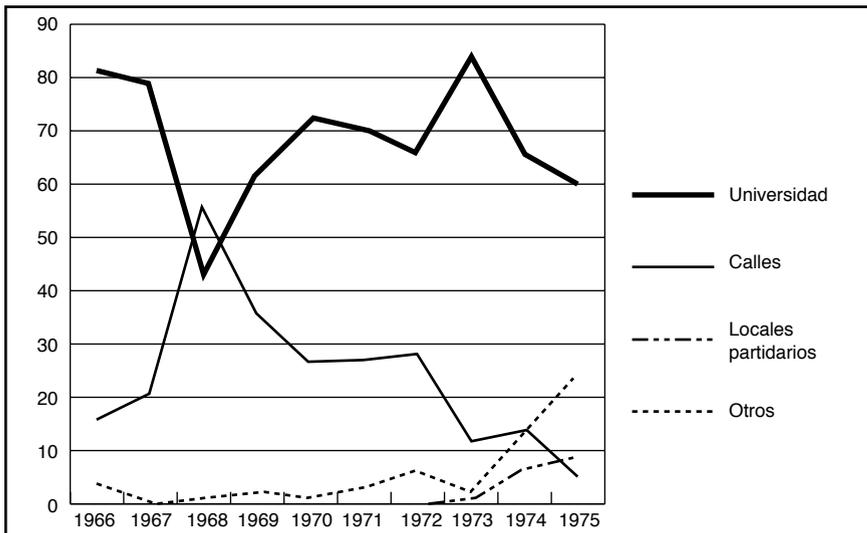
los alumnos basadas en temas de la política nacional (extrauniversitaria) e internacional, en solidaridad con otros colectivos como el movimiento obrero y las actividades de memoria y/o homenaje, abarcaron apenas en promedio el 15,92% durante todo el período. Los años de mayor gravitación fueron los comprendidos hasta el Cordobazo, cuando representaron 27,45%, 49,27% y 42,46% de los reclamos en 1967, 1968 y 1969. Posteriormente se produjo una involución cuantitativa de estas motivaciones ubicándolas en un rango de entre un 15% y un 20% de las menciones, cayendo al 9,32% en 1975. Estos números pueden cuestionar también las acreditadas consideraciones de Alain Touraine, quien afirmaba que la radicalización estudiantil era una variable dependiente del dirigismo estatal y la rigidez institucional (1971: 125 y ss.). De ser así ¿por qué el movimiento estudiantil ingresó en una fase de moderación durante la misión Ivanissevich? Las proposiciones del sociólogo francés constituyen, entonces, una generalización empírica temprana, tan sugerente como cuestionable.

Retornando a las cifras de los reclamos políticos del movimiento estudiantil de la UBA, debe recordarse que en los primeros dos años del trienio peronista las acciones en apoyo a las autoridades representaron un 39,78% en 1973 y un 18,57% de las fundamentaciones del accionar estudiantil. En 1973 y 1974 el movimiento estudiantil mantuvo la tasa de reclamos “políticos”, pero el peso de las declaraciones aumentó enormemente dentro de las formas de acción y sus preocupaciones estuvieron centradas en el apoyo a funcionarios y/o al gobierno, una motivación opuesta por el vértice a la ocurrida en los últimos tramos de la autoproclamada “Revolución Argentina”. Asumimos, en esta dirección, que durante el trienio peronista el movimiento estudiantil resignó buena parte de su disposición al enfrentamiento y su autonomía.

En cuanto a los escenarios donde ocurrieron las acciones, originalmente fueron clasificados ocho ítems, pero luego, en función de la distribución de los casos, resultaron simplificados a la mitad: “Universidad”, “Calles y/o espacio público”, “Locales de partidos políticos” y “Otros” (locales sindicales, locales y/o domicilios privados, teatros, cines, edificios de entidades deportivas, religiosas, profesionales u otras actividades civiles).

Como se desprende del gráfico n° 5, sólo durante 1968 las calles fueron el escenario preponderante de la acción estudiantil. Se trató, como se sostuvo, del año en que comenzó a recuperarse la oposición estudiantil a la dictadura. Desde entonces la acción callejera cayó hasta 1970 para crecer durante dos años, cuando a mediados de 1972 inició su desbarranco. Por su parte, las acciones en la universidad, muy por encima, registraron una dinámica inversa y sólo empalmaron con la anterior en 1974, cuando se afianzó la represión universitaria. En ese

Gráfico n° 5
Evolución del porcentaje de los escenarios de la acción estudiantil



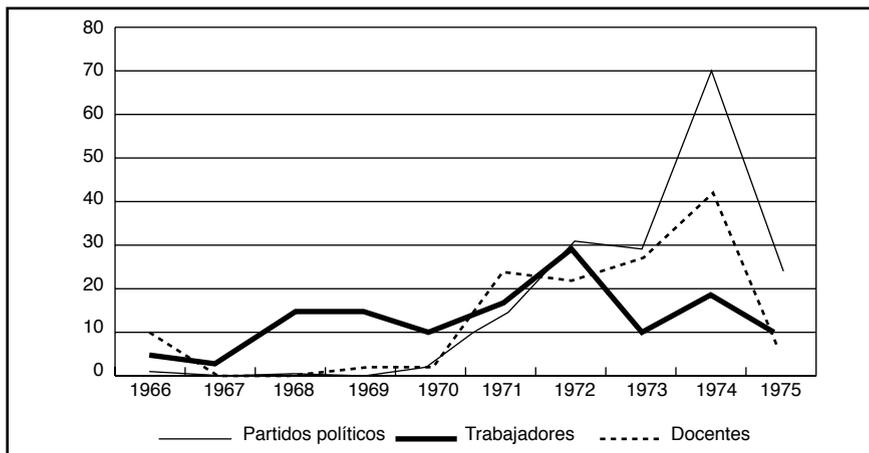
marco, los locales partidarios, hasta aquí un escenario marginal de la lucha estudiantil, así como el resto de los espacios contemplados bajo la categoría “otros”, adquirieron relieves trascendentes como asiento de las acciones de lucha, centralmente charlas y conferencias.

No creemos que sea propicio entender sin más un escenario como antítesis del otro, las calles frente a las aulas, sino como complementarios. Sin embargo, la caída de la acción callejera, por más que se mantenga o aumente la acción en las aulas, es indicativa de una pérdida de protagonismo público de la acción más disruptiva. En ese sentido, se confirman las tendencias que venimos observando: mientras que el inmediato post Cordobazo fue un período de ascenso de la radicalización, con una creciente importancia de la acción callejera, la “primavera camporista” confinó al movimiento estudiantil a su lugar de pertenencia “natural”: las facultades.

Tales escenarios de la acción se correlacionan, finalmente, con los aliados ganados. La clasificación inicial de nueve categorías aquí es presentada, en el horizonte de abreviar y haciendo caso de la distribución de los valores, en “Docentes”, “Trabajadores” y “Partidos Políticos”, por lejos las más conspicuas (gráfico n° 6).

Nuevamente, 1968 es el año donde se produce un quiebre, sobresaliendo la unidad con los trabajadores. La Confederación General de

Gráfico n° 6
Acciones del movimiento estudiantil de la UBA con aliados,
julio de 1966 a diciembre de 1975



Trabajadores Argentinos (CGTA) propició acciones conjuntas con los estudiantes, a los que buscó tanto como fue requerida por éstos (Gordillo, 2007: 345; Califa, 2016a: 146 y ss.). Sin embargo, en Buenos Aires esta central sindical rápidamente se vino a pique, dejando a los estudiantes porteños sin una referencia institucional tan relevante en el mundo obrero. Pese a ello, el declive registrado en las acciones posterior al traspíe de la CGTA mostró un repunte en la nueva década, que alcanzó su pico durante 1972. En esos años el aliado obrero fue en gran medida el clasismo, una corriente beligerante en pleno auge. Sin tener la preminencia que alcanzó en otras regiones argentinas, esta alianza también se tejió en la UBA.

Desde la llegada del peronismo al poder, sin embargo, se contrajo la alianza obrero-estudiantil. Este hecho, a la luz de la retórica exuberante que presenta al peronismo como una puerta de acceso al pueblo real y sus luchas, resulta una evidencia en sentido contrario. Podemos destacar al respecto los alineamientos en torno al llamado “Pacto Social”, que tuvo la anuencia de la *Tendencia* durante un importante lapso de tiempo (Gillespie, 1987: 178-180). Ni siquiera la recuperación de 1974, en buena medida fruto de los grupos de izquierda disidentes que apoyaron las luchas obreras en ascenso y de la expansión de la Juventud Trabajadora Peronista, revirtió la caída.

Pareciera contradictorio con lo anterior que la alianza gestada con los docentes de la UBA, en pleno ascenso desde 1970 llegase a su cús-

pide a partir del retorno constitucional. Sin embargo, este dato leído a la luz del contexto universitario no es tan llamativo: tras el entusiasta apoyo que concitó entre estudiantes y docentes la llegada de Cámpora a la presidencia y de Rodolfo Puiggrós al rectorado de la UBA, durante el año siguiente el gobierno peronista cesó a muchos de estos docentes. En ese sentido, 1974 reflejó una alianza que, con escaso éxito en la defensa de los expulsados, se derrumbó en 1975 cuando la universidad fue prácticamente vaciada de opositores en ese claustro.

Finalmente, la curva de ascenso que grafica la creciente importancia de los partidos políticos responde a un criterio similar. Cuando arreció la represión y se hizo imposible el activismo en los edificios universitarios, los locales partidarios, sobre todo de la UCR, se convirtieron en los refugios, verdaderamente condicionantes, de la acción estudiantil. El precipicio de 1975 está en sintonía con una desorganización general de la izquierda estudiantil considerada con amplitud, la que, sin ser total, resultó irreversible. Se clausuró así un período central de la historia del movimiento estudiantil de la UBA.

Conclusiones

En este trabajo recorrimos concisa y sistemáticamente una extensa, cambiante e intensa década de luchas del movimiento estudiantil de la UBA. Al igual que en el conjunto del país, en la universidad los años que mediaron entre los golpes de Estado de 1966 y 1976 fueron un período de álgidas confrontaciones.

A diferencia de los análisis construidos sobre lo discursivo y lo simbólico, nuestra perspectiva epistemológica sostiene que los procesos sociales y la subjetividad se comprenden más acabadamente otorgando centralidad no a “lo que los hombres dicen, piensan, o imaginan” (Marx y Engels, 2004: 18), sino a lo que hacen. No se trata de borrar la dimensión discursiva, más estrecha que la subjetiva, sino de asignarle un peso explicativo más acorde a su importancia en las confrontaciones histórico-concretas.

Por ello construimos un registro, con numerosas fuentes del período, de los enfrentamientos llevados adelante por los distintos actores que constituyeron el movimiento estudiantil. Se trató de 2.549 hechos, dentro de los cuales distinguimos numerosas variables con el objetivo de comprender las formas de acción y sus protagonistas, mensurar los ciclos de movilización y ofrecer tanto una descripción como una explicación del proceso de radicalización.

La matriz teórico-metodológica empleada para elaborar y analizar los datos nos permite arribar a conclusiones que indudablemente chocan con otras aproximaciones sobre el movimiento estudiantil y la política

universitaria en los 60 y 70. Con una estrategia metodológica cuantitativa, este artículo condensa muchos hallazgos de investigaciones sobre procesos más acotados, donde fue señalado que el grueso del catolicismo y del peronismo apoyaron el golpe de Estado de 1966 y la intervención universitaria, que su pasaje a la oposición fue contradictorio y tardío (algunos en 1968, otros en 1969), que para 1972 estaba integrado por grupos que se avenían con la salida electoral pregonada con el Gran Acuerdo Nacional. Las pobres cifras de la cantidad de acciones de resistencia estudiantil católica y/o peronista contra la “Revolución Argentina” se explican en el marco de sus alineamientos políticos y de sus flaquezas organizativas. En tal sentido, resulta ilustrativo el armado oportunista del Frejuli en 1973 (advertido por numerosos contemporáneos), minado por choques sangrientos desde la campaña electoral y destruido por sus integrantes durante los primeros días del gobierno de Cámpora en acontecimientos como el Devotazo y la Masacre de Ezeiza. Por tales razones invitamos a pensar críticamente ideas tan difundidas como la “crisis del reformismo”, la “peronización estudiantil”, el “auge de la nueva izquierda” y el “declive de la izquierda tradicional entre los alumnos”.

Nuestra aproximación al problema convoca a cimentar, por el contrario, una periodización alternativa del proceso de radicalización estudiantil, observando no solamente los términos ideológicos presentes en declaraciones, sino más bien la capacidad de participar e incidir en la dinámica de la contienda política desde la acción colectiva. De acuerdo con nuestra perspectiva, el ciclo de auge de las luchas estudiantiles se caracteriza por un protagonismo central del reformismo y la izquierda universitaria. Las corrientes de estas orientaciones, así como los centros y federaciones, contaban con la mayor tradición y continuidad organizativa entre las opciones estudiantiles. Usualmente presentaban una nítida identidad laica frente a una dictadura católica, contra la cual ostentaban una actitud consecuente de enfrentamiento desde el primer momento. Asimismo, en su mayoría buscaron vías para conciliar la lucha reivindicativa con los grandes temas de la política en general. Dentro del reformismo se destacaron las agrupaciones del PC, que concentraron 302 de las 635 acciones del reformismo en el período (sin contar las realizadas por los centros estudiantiles que dirigían). Se trataba de la única fuerza estudiantil que contaba con el respaldo de un verdadero partido político adiestrado en el trabajo clandestino, legal e ilegal, que volcó cuadros de su dirección para la reconstrucción de su corriente universitaria tras la ruptura de 1967, con más de una década de intenso trabajo universitario, intelectual y cultural en ese ámbito. Como se comprende, nada de esto se podía decir para el radicalismo, y

mucho menos el peronismo, profundamente dividido y con numerosos funcionarios en el régimen.

Posteriormente, el trienio peronista 1973-1976 fue un período de retraimiento en la disposición al enfrentamiento del movimiento estudiantil y no de potenciación, como suele afirmarse. Más allá del fragor de las declaraciones y actos de apoyo al gobierno, las acciones de lucha decayeron en comparación de los años anteriores. El consenso que generó el oficialismo en las filas estudiantiles, no sólo peronistas, puso freno al ascenso estudiantil de los años previos, factor que se combinó con errores de análisis de situación y falencias en la fundamentación de las prácticas políticas. En tal sentido, resulta difícil sostener la idea de la radicalización estudiantil a causa del influjo del peronismo y, en menor medida, de la nueva izquierda. Este proceso de declive se revirtió parcialmente en 1974, pero ya en un contexto donde la represión estatal y paraestatal se consolidó y resultó inviable plasmar el programa acuñado durante años de luchas. Entonces, los sueños revolucionarios de la izquierda estudiantil resultaron carcomidos por otra realidad: las tinieblas de la contrarrevolución acompañada por gran cantidad de complicidades que aún hoy es menester denunciar.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2007), *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires: Emecé.
- Barletta, Ana (2001), “Peronización de los universitarios (1966-1973). Elementos para rastrear la constitución de una política universitaria peronista”, *Pensamiento Universitario*, n° 9, Buenos Aires, pp. 82-89.
- Barletta, Ana y María Tortti (2002), “Desperonización y peronización en la universidad en los comienzos de la partidización de la vida universitaria”, en Pedro Krotch (org.), *La universidad cautiva: legados, marcas y horizontes*, La Plata: Al Margen.
- Bonavena, Pablo (1997), “El cuerpo de delegados como forma organizativa del movimiento estudiantil. El «doble poder» de Filosofía y Letras-UBA”, *Lucha de Clases*, n° 1, Buenos Aires, pp. 161-194.
- (2000), “Apuntes sobre las organizaciones políticas y estudiantiles universitarias que apoyaron a la Revolución Argentina”, ponencia presentada en las *IV Jornadas de Sociología: Reconstrucción de la Voluntad Sociológica*, Buenos Aires: FSOC-UBA.
- (2007), “El rector que no fue. La lucha de los estudiantes de la UBA contra la designación del odontólogo Alberto Banfi en octubre de 1973”, en Pablo Bonavena, Juan Califa y Mariano Millán (comps.), *El movimiento estudiantil argentino. Historias con presente*, Buenos Aires: Cooperativas. Carrera de Sociología, pp. 229-244.

- Bonavena, Pablo, *et al.* (1998), *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en Argentina (1966-1976)*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Buchbinder, Pablo (2014), “La Universidad y el tercer peronismo. Notas sobre el debate parlamentario en torno a la Ley Taiana”, en Mariano Millán (comp.), *Universidad, política y movimiento estudiantil en Argentina (entre la «Revolución Libertadora» y la democracia del 83)*, Buenos Aires: Final Abierto, pp. 183-201.
- Califa, Juan (2015), “A los golpes con el golpe. El movimiento estudiantil frente a la intervención de la Universidad de Buenos Aires, 1966”, *Conflicto Social*, n° 13, Buenos Aires, pp. 89-115.
- (2016a), “Obreros y estudiantes, ¿unidos y adelante? Los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires frente al movimiento obrero bajo la «Revolución Argentina», 1966-1973”, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, n° 8, Buenos Aires, pp. 141-160.
- (2016b), “A la universidad con banderas reformistas. Los comunistas y la reconquista de la Universidad de Buenos Aires, 1968-1972”, *e-latina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, n° 56, vol. 14, Buenos Aires, pp. 1-17.
- (2017), “El Frente Estudiantil Nacional. Izquierda, reformismo y peronismo en debate, 1966-1973”, *Folia Histórica del Nordeste*, n° 29, Resistencia, pp. 61-80.
- Califa, Juan y Mariano Millán (2016a), “El movimiento estudiantil como objeto de la represión. Un estudio sobre el caso de la UBA entre 1966 y 1976”, *PolHis. Revista Bibliográfica del Programa Interuniversitario de Historia Política*, n° 16, Mar del Plata, pp. 259-295.
- (2016b), “La represión a las universidades y al movimiento estudiantil argentino entre los golpes de Estado de 1966 y 1976”, *Hib*, n° 9, vol. 2, Madrid, pp. 10-38.
- Califa, Juan y Guadalupe Seia (2017), “La ampliación del sistema universitario argentino durante la «Revolución Argentina». Un estudio de sus causas a través del caso de la Universidad de Buenos Aires (1969-1973)”, *A Contracorriente*, n° 1, vol. 15, North Carolina, pp. 36-59.
- Casola, Natalia (2015), “De la Alianza Popular Revolucionaria a la «convergencia cívico militar». El PC argentino entre 1973 y 1976”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, en línea. Consultado el 22 de febrero de 2018: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/67949>. DOI: 10.4000/nuevomundo.67949.
- De Riz, Liliana (2000), *La política en suspenso, 1966-1976*, Buenos Aires: Paidós.
- Franco, Marina (2012), *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y «subversión», 1973-1976*, Buenos Aires: FCE.
- Friedemann, Sergio (2015), “La Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires (1973-1974). Una reforma universitaria inconclusa”, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Buenos Aires: FSOC-UBA.

- Galtung, Johan (1966), *Teoría y método de la investigación social*, Buenos Aires: Eudeba.
- Ghilini, Anabela y Nicolás Dip (2015), “Experiencias de «peronización» en la Universidad de Buenos Aires entre la dictadura de Onganía y el gobierno de Cámpora (1966-1973)”, *Izquierdas*, n° 25, Santiago de Chile, pp. 196-209.
- Gillespie, Richard (1987), *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires: Grijalbo.
- Gordillo, Mónica (2007), “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1976”, en Daniel James (dir.), *Nueva historia argentina*, tomo IX: *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires: Sudamericana, pp. 329-380.
- Izaguirre, Inés (2011), “La Universidad y el Estado terrorista”, *Conflicto Social*, n° 5, Buenos Aires, pp. 287-302.
- James, Daniel (1999), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (2004), *La ideología alemana*, Buenos Aires: Nuestra América.
- Millán, Mariano (2013a), *Entre la universidad y la política. Los movimientos estudiantiles de Corrientes y Resistencia, Rosario, Córdoba y Tucumán durante la “Revolución Argentina” (1966-1973)*, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Buenos Aires: FSOC-UBA.
- (2013b), “De la lucha de calles a la lucha en los claustros: el movimiento estudiantil de Córdoba entre el Cordobazo y la «primavera camporista» (junio de 1969-mayo de 1973)”, *Conflicto Social*, n° 9, Buenos Aires, pp. 121-155.
- (2015), “Conflicto universitario y estudiantil en la UBA durante el rectorado de Rodolfo Puiggrós (junio-octubre de 1973)”, *Conflicto Social*, n° 14, Buenos Aires, pp. 64-92.
- (2017a), “Las luchas del movimiento estudiantil rosarino del Rosarizao a la «primavera camporista» (1969-1973)”, *Archivos del Movimiento Obrero y la Izquierda*, n° 10, Buenos Aires, pp. 141-161.
- (2017b), “El movimiento estudiantil del nordeste argentino frente a la institucionalización universitaria y el GAN (junio de 1969-mayo de 1973)”, *Perfiles Educativos*, n° 158, vol. XXXIX, México, pp. 130-147.
- Nava, Agustín (2013), “Radicalización y politización del movimiento estudiantil: el caso platense durante la «Revolución Argentina», 1966-1972”, *Conflicto Social*, n° 9, Buenos Aires, pp. 93-120.
- O'Donnell, Guillermo (2009), *El Estado burocrático autoritario*, Buenos Aires: Prometeo.
- Portantiero, Juan (1978), *Estudiantes y política en América Latina*, México: Siglo XXI.
- Rodríguez, Laura (2016), *Universidad, peronismo y dictadura, 1973-1983*, Buenos Aires: Prometeo.

- Romero, Luis A. (1994). *Breve historia contemporánea de la Argentina. 1916-1999*, Buenos Aires: FCE.
- Sarlo, Beatriz (2001), *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires: Emecé.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Puntosur.
- Suasnábar, Claudio (2004), *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)*, Buenos Aires: FLACSO-Manantial.
- Tortti, María Cristina (2000), “Protesta social y «nueva izquierda» en la Argentina del «Gran Acuerdo Nacional»”, en Hernán Camarero, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider (comps.), *De la revolución libertadora al menemismo*, Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 135-160.
- Touraine, Alain (1971), *La sociedad post-industrial*, Barcelona: Ariel.

* * *

Título: Has the “Reforma” died? The action of the Buenos Aires student movement during the long decade from 1966 to 1976

Resumen: En este artículo analizamos las transformaciones del movimiento estudiantil de la Universidad de Buenos Aires entre los golpes de Estado de 1966 y 1976 en base a una periodización de los enfrentamientos sociales que protagonizó, detallando sus reivindicaciones, las tácticas, los escenarios y los actores implicados. Ofrecemos así una síntesis de su accionar, desde la cual evaluamos críticamente ideas muy usuales sobre su trayectoria.

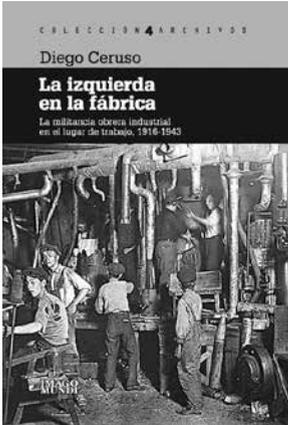
Palabras claves: movimiento estudiantil – estadísticas – radicalización – Universidad de Buenos Aires

Abstract: In this article are analyzed the transformations of the student movement of the University of Buenos Aires between the coup d'état of 1966 and 1976 in base to a periodization of the social confrontations that it carried out, detailing its demands, the tactics, the scenarios and the actors involved. We offer a synthesis of his actions, from which we critically evaluate very usual ideas about his career.

Keywords: student movement – stats – radicalization – University of Buenos Aires

Recepción: 6 de febrero de 2018. **Aprobación:** 2 de marzo de 2018.

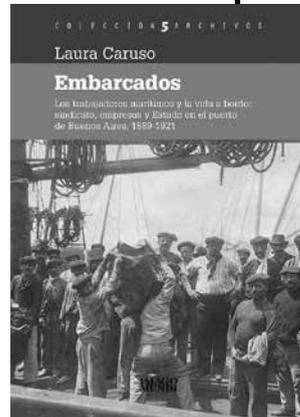
Colección Archivos



Diego Ceruso

La izquierda en la fábrica

La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943



Laura Caruso

Embarcados

Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921



Carlos M. Herrera

¿Adiós al proletariado?

El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)

La izquierda estudiantil de la Universidad de Buenos Aires en la transición democrática (1982-1985)

Yann Cristal y Guadalupe A. Seia

UBA – Conicet-UBA
ycristal@yahoo.com; guadalupeseia@gmail.com

Introducción

Este trabajo busca contribuir a la investigación de un período singular y poco examinado de la historia del movimiento estudiantil argentino, como es el de la década de 1980. En particular, indagamos aquí el desarrollo de las agrupaciones estudiantiles de izquierda de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en la llamada transición democrática.¹ Por un lado, analizamos su papel en la reorganización de los centros de estudiantes y en las movilizaciones universitarias de esos años. Por otro, consideramos las dificultades que enfrentaron en el complejo escenario de los 80, caracterizado por fuertes cambios políticos, entre los que se destacan la nueva hegemonía de Franja Morada sobre el movimiento estudiantil porteño y la relativa pérdida de influencia de la izquierda.

Nos concentramos en el lapso que va desde mediados de 1982 a finales de 1985. Este período aborda el ciclo de auge de la movilización juvenil y estudiantil que se abrió con la crisis de la dictadura tras la Guerra de Malvinas, en medio de una renovada conflictividad social y el inicio de la apertura política que desembocaría en la elección de Raúl Alfonsín como presidente. Son los años de la “primavera democrática”, marcados por el optimismo de la mayor parte de los estudiantes con la democracia, al tiempo que nuevas tensiones fueron emergiendo a partir de las políticas del gobierno radical. En este sentido, el lapso estudiado contiene dos momentos diferenciados: por un lado, los últimos dos años de la dictadura y, por otro, el primer bienio del gobierno de Alfonsín, con elementos que continúan y otros que mutan. Situamos el cierre de nuestro trabajo a fines de 1985, momento que coincide en la UBA con la clausura del proceso de normalización.

1. Para una problematización del concepto de “transición democrática” ver Cecilia Lesgart (2002: 163-185).

Dentro del movimiento estudiantil de los años 80, en este artículo nos concentramos en las agrupaciones estudiantiles de izquierda, que han sido poco investigadas en comparación con los trabajos existentes sobre Franja Morada (FM en adelante), brazo universitario del radicalismo (Altamirano, 1987; Polak y Gorbier, 1994; Muiño, 2011; Beltrán, 2013). Diversos escritos recientes han buscado reponer una mirada más abarcativa sobre el conjunto de la militancia universitaria y juvenil del período (Seia, 2015, 2016; Luciani, 2017; Cristal, 2015, 2017; Blanco y Vommaro, 2017; Manzano, 2017), pero aún resta investigar el conjunto de las experiencias políticas estudiantiles de la etapa. En este sentido, entendemos que las agrupaciones de izquierda jugaron un papel relevante en el proceso de reconstrucción de los centros de estudiantes y de rearticulación de la movilización del estudiantado, a pesar de no lograr un apoyo mayoritario en las primeras elecciones de centros. Más aún, analizar este contraste entre su sostenida militancia y su magro resultado electoral, así como el avance de fuerzas de izquierda “nuevas” como el Partido Intransigente (PI) o las llamadas agrupaciones independientes, podría contribuir a una caracterización más compleja sobre el movimiento estudiantil a la salida de la última dictadura.

Es preciso aclarar que consideraremos en un sentido amplio a la izquierda estudiantil universitaria. De este modo, incluimos a las agrupaciones de tendencia trotskista (Partido Socialista de los Trabajadores/ Movimiento al Socialismo, PST/MAS; Partido Obrero, PO), maoísta (Partido Comunista Revolucionario, PCR), comunista (Partido Comunista, PC), y también a las denominadas agrupaciones “independientes de izquierda” de la UBA y a la Juventud Universitaria Intransigente (JUI), alineada dentro del PI. Asimismo, excluimos del foco de análisis a los agrupamientos identificados con los partidos políticos nacionales mayoritarios (Unión Cívica Radical y Partido Justicialista). Se trata de una elección metodológica, en la medida en que dentro del radicalismo y el peronismo existieron en los 80 corrientes autodenominadas de izquierda. Sin embargo, consideramos interesante indagar aquí el recorrido de los partidos y agrupaciones antes mencionados, que nos permite acercarnos a los distintos significados y posicionamientos que adoptó la izquierda estudiantil durante los años investigados.²

2. Tampoco abordamos en este artículo al MNR y otras expresiones estudiantiles vinculadas al socialismo, que podrían caracterizarse como de “centroizquierda”, en virtud de su relación más cercana con FM y su proyección acotada dentro del período estudiado. Excluimos también a fuerzas de izquierda con un alcance menor como las de la Izquierda Nacional - FIP, o Praxis de Filosofía y Letras y Sociología. Por otra parte, al no concentrarnos en el radicalismo y el peronismo tampoco ahondaremos en sus líneas internas durante el período. Cabe no obstante mencionarlas. Dentro de FM existieron en los 80 dos sectores principales: el de la Junta Coordinadora Nacional

Por último, este artículo pretende aportar en tres campos de estudio. En primer lugar, la historia del movimiento estudiantil argentino contemporáneo, cuyos trabajos se concentran mayormente en el lapso que va de la Reforma del 18 a las grandes movilizaciones estudiantiles de los 60 y 70. Considerando que en los 80 se abrió un período ininterrumpido de funcionamiento legal de los centros de estudiantes que se prolonga hasta la actualidad, el estudio sobre el movimiento estudiantil de la posdictadura podría colaborar en la comprensión del desarrollo de las organizaciones estudiantiles hasta el presente. En segundo lugar, buscamos contribuir a la historia de las izquierdas en la Argentina, investigando un período significativo y poco indagado. En tercer lugar, este trabajo intenta aportar elementos para la comprensión más general de la historia reciente de nuestro país, en particular los procesos y conflictos políticos y sociales que marcaron la salida de la dictadura y los inicios de la actual democracia en la Argentina.

I. Un movimiento estudiantil que se pone de pie (1982-1983)

El movimiento estudiantil universitario, y en particular las agrupaciones de izquierda, fueron víctimas de la prohibición de sus actividades, la ilegalización de sus estructuras y la represión a sus militantes, en diversos grados y con diferencias regionales. A través del decreto 6 de la Junta de Gobierno se suspendió la actividad política y los partidos políticos con jurisdicción nacional, provincial, municipal, y se ilegalizó a numerosos partidos como Política Obrera, Partido Socialista de los Trabajadores, Partido Comunista Revolucionario y Vanguardia Comunista (Casola, 2015). En junio de 1976 la ley 21.322 disolvía o declaraba ilegales a un importante número de agrupaciones políticas, sindicales y estudiantiles, marxistas y peronistas.³

En paralelo, la ley 21.276 estableció la vigencia de la prohibición en

(JCN), mayoritario en casi todas las facultades y alineado dentro del alfonsinismo, y el de la Corriente Nacional y Popular (CNP), más crítico de Alfonsín. Por su parte, dentro de la JUP se fueron delineando dos alas: la “JUP Capital”, vinculada al peronismo renovador de Antonio Cafiero, y la “JUP Regional”, ligada a ex dirigentes de Montoneros y a la corriente Intransigencia y Movilización.

3. Entre ellas, la Federación Juvenil Comunista (FJC-PC), el Movimiento de Orientación Reformista (MOR-PC), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES-JP), Corriente Universitaria por la Revolución Socialista (CURS), Tendencia Estudiantil Revolucionaria por el Socialismo (TERS-PO), Juventud Guevarista (JG), Juventud Universitaria Peronista (JUP), Juventudes Políticas Argentinas, Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI), Juventud Universitaria Socialista de Avanzada (JUSA), Agrupación Universitaria Nacional (AUN), Frente Estudiantil Nacional (FEN).

las universidades nacionales de “toda actividad que asuma formas de adoctrinamiento, propaganda, proselitismo o agitación de carácter político o gremial, docente, estudiantil o no docente” que constaba en la ley universitaria aprobada en marzo de 1974 bajo el gobierno constitucional de Perón (Buchbinder, 2014; Friedemann, 2016). Para hacer cumplir dicha normativa se instalaron de forma permanente en los claustros agentes de la Policía Federal.

La militancia estudiantil fue objeto de la política represiva del autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”: cientos de estudiantes, no docentes y docentes fueron secuestrados, desaparecidos y/o asesinados. Asimismo, se impuso una política de achicamiento de la matrícula estudiantil y el reordenamiento de la estructura universitaria constituyendo una institución jerárquica en su interior y subordinada respecto del Poder Ejecutivo Nacional (PEN), opuesta a la tradición reformista (Seia, 2017).

A pesar de la represión generalizada, algunos grupos de estudiantes politizados continuaron en contacto, sosteniendo reuniones periódicas y clandestinas (Pedrosa, 2002; Perel *et al.*, 2006). Dos fenómenos tempranos, que aparecen entre 1978 y 1979, merecen ser resaltados debido a su importancia posterior para la rearticulación de la militancia. Por un lado, las revistas estudiantiles, impulsadas principalmente por militantes pertenecientes a la FJC que generaron espacios de socialización y discusión estudiantil ajenos al control de las autoridades. Por otro, las comisiones para la reconstrucción de los centros de estudiantes impulsadas por diferentes tendencias estudiantiles según la facultad, donde se destacaron las corrientes de izquierda trotskistas y comunistas (Seia, 2016).⁴

Las primeras movilizaciones

En el contexto de relativa apertura política a partir de la presidencia de facto de Roberto Viola (Canelo, 2009), las agrupaciones estudiantiles realizaron sus primeras acciones públicas en las facultades y una movilización callejera. El 22 de octubre de 1981, la clandestina Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) convocó una marcha hacia el Palacio Pizzurno, sede del Ministerio de Cultura y Educación, con la finalidad de entregar a las autoridades un petitorio contra el arancelamiento de los estudios de grado, que había sido autorizado por la reciente ley universitaria 22.207 y puesto en marcha ese año en

Vale aclarar que el PCA fue suspendido al igual que los partidos peronista, radical, socialista, etc., no ilegalizado.

4. Según las fuentes analizadas, existieron esas comisiones en las facultades de Derecho, Filosofía y Letras, Psicología, Agronomía, Ingeniería, Ciencias Económicas.

la UBA. Asistieron algunos cientos de personas y el evento finalizó con una fuerte represión.⁵

La organización del movimiento estudiantil dio un salto a partir de la Guerra de Malvinas de 1982. El estado general de conmoción social posibilitó la localización de mesas por parte de los diferentes agrupamientos estudiantiles en los pasillos y bares de las facultades, aunque en principio no se identificaron como tales, sino como estudiantes en apoyo a los combatientes. Con el final del enfrentamiento bélico y la agudización de la crisis de la dictadura, las agrupaciones ya no se retiraron de la actividad pública en las sedes de la UBA a pesar de la permanencia policial.

A fines de 1982 se organizaron las primeras asambleas en las facultades y a inicios de 1983 se produjo un estallido estudiantil contra los cupos al ingreso y el examen eliminatorio, con masivas movilizaciones, que expresaban en simultáneo un repudio más general a la dictadura militar y a su política universitaria en particular.⁶ Junto a las restricciones al ingreso, los estudiantes cuestionaban el arancelamiento a los estudios de grado, como se manifestó en la quema en la vía pública de las chequeras con las que debía abonarse el arancel, la normalización en base a la ley 22.207 y la realización de concursos docentes fraudulentos, denunciados como “maniobra continuista” (Seia, 2017).

En relación a las leyes universitarias, existía acuerdo entre las agrupaciones estudiantiles sobre la anulación de la ley 22.207. En cambio, se planteó un intenso debate respecto de la normativa que debía aplicarse en su lugar. Los jóvenes comunistas e intransigentes, junto con peronistas y radicales, sostenían que debía entrar en vigencia la última normativa universitaria sancionada bajo un gobierno democrático: la ley 20.654 de 1974. En cambio, los sectores trotskistas (UJS, MAS) y maoístas (FAUDI) se oponían a ese posicionamiento argumentando que la ley 20.654 posibilitaba la intervención en las universidades nacionales por el PEN, prohibía la actividad política en las facultades, restringía la participación estudiantil en el co-gobierno, disponía la designación de las autoridades por el PEN e implantaba exámenes de ingreso.

5. *La Nación*, “Grave incidente en un acto estudiantil”, 23 de octubre de 1981, y “La Policía informó sobre la agresión a un fotógrafo”, 24 de octubre de 1981; *Revista Interacción*, año III, n° 7, 1981. Cf. Seia (2016).

6. *Clarín*, “La FUBA convoca a los aspirantes”, 6 de marzo de 1983; “Masiva solicitud de los aspirantes al ingreso”, 11 de marzo de 1983; “Marcha de protesta estudiantil”, 23 de marzo de 1983; *La Voz*, “El ingreso irrestricto es el reclamo del estudiantado”, 6 de marzo de 1983; *La Nación*, “Aspirantes al ingreso en la UBA realizaron una marcha”, 11 de marzo de 1983; *Tiempo Argentino*, “Se cumplió la marcha de protesta estudiantil”, 11 de marzo de 1983; “Crece la agitación en la universidad”, 23 de marzo de 1983.

En simultáneo, en las movilizaciones de 1982 y 1983 los universitarios confluyeron con organizaciones como las Madres de Plaza de Mayo y exigieron la aparición con vida de los estudiantes detenidos-desaparecidos y la legalización de la actividad política estudiantil. Una nueva agenda de reclamos por los Derechos Humanos se expresó en los primeros murales y banderas con los nombres de los desaparecidos en varias facultades.

En todas estas manifestaciones, el espectro de agrupaciones participantes era amplio, incluyendo radicales, socialistas, peronistas, comunistas, trotskistas, maoístas, intransigentes, e independientes. Las diversas fuerzas de izquierda participaron activamente e incluso formaron parte de las delegaciones que ingresaron al Ministerio para presentar los reclamos formalmente ante las autoridades.⁷

Indudablemente, la izquierda había sufrido fuertemente las consecuencias de la represión con fuerzas enteras aniquiladas como el PRT o Vanguardia Comunista y otras con gran cantidad de asesinados y desaparecidos. No obstante, en el marco de la apertura política y en el camino que llevaría a las elecciones presidenciales de 1983 se produjo un auge de la militancia en partidos políticos y agrupaciones universitarias, con miles de estudiantes participando e incluso afiliándose. Aunque la Juventud Radical fue quizá la organización juvenil partidaria que más creció durante la campaña electoral del 83, todas las agrupaciones experimentaron un crecimiento. La FJC, que había mantenido un status semilegal durante la dictadura, era una de las fuerzas más numerosas de la UBA, con decenas de militantes en facultades como Ciencias Exactas y Naturales, donde contaba con 13 círculos.⁸ Por su parte, el MAS tenía agrupaciones importantes en varias facultades y carreras (Psicología, Filosofía y Letras, entre otras), mientras que el PI crecía en las facultades humanísticas. El PO y el PCR, con un alcance

7. En las movilizaciones de marzo de 1983 ingresaron al ministerio dirigentes de FM, MAS, MOR, JUP, JUI e independientes de izquierda (ver notas periodísticas antes citadas).

8. FJC, *Cuadernos Universitarios*, abril de 1983; Comité Central del Partido Comunista, *Desbaratar la maniobra del continuismo reaccionario en la universidad*, 9 de septiembre de 1982. Gilbert (2009: 671-674) destaca el crecimiento numérico de afiliados y activistas en las filas de la *Fede* hacia el final de la dictadura. Sostiene que en las movilizaciones callejeras luego de la guerra de Malvinas, las columnas más voluminosas eran la de la juventud radical y la comunista. Argumenta esta situación con la "actitud más persistente" de la FJC en la lucha por reivindicaciones y en el mantenimiento de vínculos con las mesas juveniles. Vale interrogarse, siguiendo a Casola (2015), si dicho crecimiento de las organizaciones del PCA durante la dictadura no se debió también a que ofrecían un espacio donde militar bajo un esquema que garantizaba a los jóvenes alguna "protección y/o seguridad" frente al aparato represivo dada la situación legal del partido.

algo menor, también tenían presencia en varias facultades. Finalmente, entre las agrupaciones independientes de izquierda, el MTU de Filosofía y Letras realizaba plenarios de no menos de 30 personas en 1983.⁹

La fuerza militante de los distintos espacios de la izquierda, sumada a su presencia en las movilizaciones y comisiones reorganizadoras y al clima de unidad antidictatorial, expresaban una aparente paridad entre las distintas fuerzas políticas. Es decir, no era tan clara aún una ventaja relativa para el radicalismo dentro de las facultades. No obstante, las elecciones de centros de estudiantes de 1982 y 1983 manifestaron una correlación de fuerzas bastante diferente.

La reorganización de los centros

Desde mediados de 1982, las comisiones pro-centro y las agrupaciones comenzaron a convocar asambleas por facultad para discutir los pasos a seguir para la conformación de los centros y la convocatoria a comicios estudiantiles. Las asambleas contaron con una notable participación de cientos de estudiantes.¹⁰ Además de definir el calendario electoral, las asambleas exigían la devolución de los bienes de los centros y la liberalización de la actividad política.

A fines de 1982, se realizaron los primeros comicios en Exactas, Psicología e Ingeniería.¹¹ FM triunfó en las tres facultades (Tabla 1). El resultado fue sorprendente en cada caso, pero los comunistas destacaron la decepcionante derrota de la lista presentada por su agrupación en Exactas¹² ya que en dicha facultad habían sido la última conducción electa antes del golpe de estado de 1976,¹³ habían mantenido una importante actividad, impulsaban las revistas estudiantiles en las carreras de Física, Matemática, Biología y Química y poseían una trayectoria de militancia histórica en esa casa de estudios. En cambio, los radicales sólo contaban con dos militantes activos en dicha facultad.¹⁴

9. Entrevista a Vivian Scheinsohn (MTU), realizada por el autor, 2017.

10. Para una contabilidad detallada de asambleas estudiantiles entre 1982 y 1983, ver Cristal (2017).

11. Diferencias entre las agrupaciones, e incluso entre las distintas líneas internas de FM, generaron que en 1982 se realizaran sólo estas tres elecciones y recién en 1983 las del resto de las facultades.

12. FM logró 855 votos. En segundo lugar quedó la lista independiente de izquierda AEI (604 votos) y luego la Lista Unidad impulsada por el MOR-PC (507 votos). Los trotskistas obtuvieron 99 votos entre las dos listas (*La Voz*, 21 de noviembre de 1982).

13. En 1975, en una elección clandestina con una urna “flotante”, el MOR-FJC obtuvo 597 votos, la JUP 439 y la alianza TERS-JSA 290.

14. FJC, *Cuadernos Universitarios*, abril de 1983. Gilbert (2009: 679). Pablo Mauas

Tabla 1: Conducciones de centros de estudiantes de la UBA, elecciones 1982-1983¹⁵

Centro	1982	1983
Agronomía	–	LAI (Ind. der.)
Arquitectura	–	FM
Ciencias Económicas	–	FM
Ciencias Exactas y Naturales	FM	FM
Derecho	–	FM
Farmacia y Bioquímica	–	Lista Ind. (der.)
Filosofía y Letras	–	FM
Ingeniería	FM	FM
Medicina	–	FM
Odontología	–	EIFO (Ind.)
Psicología	FM	JUI
Sociología	–	JUI
Veterinaria	–	FM

Durante 1983, los resultados confirmaron la tendencia del año anterior: FM ratificó su dominio sobre el movimiento estudiantil de la UBA. Por detrás de FM se ubicaron los “independientes de derecha” que lograron la conducción de tres centros y la JUI que ganó dos (Tabla 1). También realizaron una buena elección los “independientes de izquierda” nucleados en el BUIT (Bloque Universitario Independiente para la Transformación).

Los testimonios de quienes militaron en esa época expresaron la sorpresa que les causó el triunfo de FM incluso en facultades donde dicha agrupación había tenido una escasa militancia en comparación con otras organizaciones, como ocurrió en Filosofía y Letras.¹⁶ En esa facultad, el frente JUP-JUI era candidato al triunfo y se pensaba que algunas fuerzas de izquierda (MOR-FJC, PST-MAS, UJS-PO), que habían sostenido cierto nivel de actividad durante toda la etapa y habían militado

recuerda que Juan Pablo Paz (candidato a presidente por la Lista Unidad) había concurrido al escrutinio con sus padres porque esperaban una victoria segura (entrevista por la autora, 2015).

15. Las tablas del presente artículo son elaboración propia de los autores a partir de datos recolectados en diversas fuentes periodísticas (diarios *Clarín*, *La Nación* y *La Voz*). La Tabla 2 incluye información de la Base de Datos de Pablo Bonavena sobre el movimiento estudiantil de los 60 y 70. Los datos completos de las elecciones de 1982 y 1983 pueden consultarse en Cristal (2015).

16. Entrevistas realizadas a Daniel Sierra, Patricio Geli, Lucas Luchilo, Pablo Albarces, entre otros, por la autora, 2015.

desde el principio las comisiones pro-centro, tendrían un desempeño electoral superior al de FM.¹⁷ En este sentido, en algunas facultades se manifestaba una contradicción entre el arrasador caudal de votos del radicalismo y una cantidad de militantes escasa en comparación con las distintas fuerzas de izquierda, aun cuando durante 1983 la afiliación a la Juventud Radical había sido muy significativa a nivel general.

Varios medios de prensa destacaron el cambio político que expresaban los resultados electorales en relación a las agrupaciones estudiantiles que habían hegemonizado el movimiento estudiantil en las décadas precedentes.¹⁸ Efectivamente, una comparación con las elecciones de centros realizadas en 1973 da cuenta de una duplicación de los votos radicales, una caída apabullante del peronismo y una fuerte pérdida de influencia del PC y el FAUDI (Tabla 2). También cayó el trotskismo, más aún si se considera que había crecido hacia 1975.¹⁹

Los planteos con los que FM ganó las elecciones de 1983 iban en sintonía con los ejes planteados por Alfonsín en su campaña electoral (Aboy Carlés, 2001). Tenían como núcleo la crítica a la “violencia del pasado” (término que incluía tanto al terrorismo de Estado como a la izquierda revolucionaria, en el marco de la “teoría de los dos demonios”)

17. Entrevistado pocas semanas antes por *Clarín* (9 de mayo de 1983), Eduardo Martínez, dirigente de la UJS, planteaba en relación a dicha elección: “Tenemos posibilidades verdaderas de ganar”. No obstante, la lista unitaria del MAS y la UJS terminó en quinto lugar, detrás de FM, FUNAP (JUI-JUP), MTU (independiente de izquierda) y MAPU (FJC e independientes). En el caso de la FJC debería incorporarse como variable para explicar su magro desempeño electoral en la UBA el desprestigio que generó el apoyo del PC a Videla desde 1976 y su propuesta de “convergencia cívico-militar” durante los años más duros de la dictadura (Casola, 2015).

18. Por ejemplo, *La Nación* (10 de noviembre de 1982) señaló que “el resultado de esos comicios indica una crisis de los grupos de ultraizquierda (maoístas y trotskistas)”, mientras que *Clarín* (19 de junio de 1983) se preguntaba “¿Ha nacido una nueva forma de hacer política en la Universidad?”, y sostenía lisa y llanamente: “Los estudiantes afirman que ha terminado el tiempo de la virulencia partidista y que ahora pueden militar en un clima serio y adulto”.

19. Las últimas elecciones de centros de la UBA antes del golpe se realizaron en 1975, pero de forma clandestina, sólo en algunas de las facultades y con una participación estudiantil menor. Por ese motivo comparamos los comicios de 1983 con las últimas votaciones masivas y legales realizadas en 1973. Cabe aclarar que los guarismos que logró el peronismo en 1973 son relativamente excepcionales en comparación con los años previos donde agrupaciones como el MOR o el FAUDI habían tenido una incidencia mayor. A la vez, a partir de 1974, en el marco de la llamada “misión Ivanissevich” y de la fuerte persecución al movimiento estudiantil, ya comenzaron a manifestarse cambios en la correlación de fuerzas de los centros de estudiantes. Franja Morada logró entonces un crecimiento de su influencia (Millán, 2015).

Tabla 2: Total de votos en elecciones de centros UBA, años 1973 y 1983

Agrupación	1973	1983
FM-UCR*	20,9%	40,3%
JUP-PJ	40,8%	6,6%
MOR/FJC-PC	17,5%	5,7%
FAUDI-PCR	7,8%**	0,3%
TERS/UJS-PO	3,1%	1,0%
PST-MAS	1,9%	2,0%

* Incluye las distintas ramas de Franja. En 1973 tenía más peso la Juventud Radical Revolucionaria (JRR) y en 1983, la Junta Coordinadora Nacional (JCN).

** Frente FAUDI-TUPAC (agrupación ligada a Vanguardia Comunista)

y un nuevo ideal, la *democracia*, como camino y como meta.²⁰ Es indudable que dentro de las ideas predominantes entre los estudiantes universitarios del 83, la consolidación de la democracia fue un eje estructurante de nuevos valores y sentidos, lo que constituye un cambio significativo con respecto a las décadas de los 60 y 70.

A la vez, podrían pensarse ciertas continuidades. De algún modo, el ascenso del peronismo en la UBA en 1973 ya había representado un momento difícil para la izquierda estudiantil no peronista. Tanto el 73 como el 83 encontraron a muchas fuerzas de izquierda intentando ir más allá del consenso mayoritario que en cada caso expresó uno de los dos partidos políticos hegemónicos. Por otra parte, como analizó Marina Franco (2015: 45), la “teoría de los dos demonios” tenía fuerte raigambre en una matriz que se remonta al período 1973-1976 en cuanto al componente binario, la equiparación de responsabilidades y el origen de la violencia, luego resignificada y potenciada por el alfonsinismo. Finalmente, encontramos en las agrupaciones estudiantiles de los 80 consignas antiimperialistas que parecen asociadas a las décadas previas. Incluso FM planteaba en 1983 la lucha por la “liberación nacional y

20. Oscar Riva, dirigente de FM de Ciencias Económicas, sostenía: “Hasta el año 74, los grupos de ultraizquierda que habían entrado en la facultad como centro de reclutamiento ideológico desvirtuaron las verdaderas funciones de los centros de estudiantes [...] luego se inició una reacción que llevó al otro extremo, [...] ahora es necesaria una organización seria y responsable, una conducción que represente al estudiante medio” (*Clarín*, 28 de noviembre de 1982).

social”,²¹ aunque aclarando que tal objetivo se conseguiría por el camino de la consolidación de la democracia.

En el marco de esta complejidad y combinación de elementos, una parte de las fuerzas de izquierda de los 80 tomó distancia del movimiento estudiantil de los 60 y 70. Por ejemplo, un referente del PI reivindicaba “una serie de nuevos valores que habían ido naciendo a lo largo de los años de la dictadura, y que tenían que ver con un respeto mucho mayor por las relaciones democráticas”,²² mientras un dirigente del MOR afirmaba que “el lado positivo es la mayor madurez que ganamos tan dolorosamente [...] nos dimos cuenta de que no queremos repetir las manifestaciones violentas del movimiento estudiantil”.²³ Estas fuerzas fueron parte de las impulsoras del MOJUPO (Movimiento de las Juventudes Políticas), brazo juvenil de la Multipartidaria, que reunía entre otras a las juventudes de la UCR, el PJ, el PI y el PC. A nivel estudiantil, la confluencia se plasmó en el primer congreso de la FUBA en 1983 con la conformación de la “Lista de Unidad Nacional” entre FM, JUP, JUI, MOR, MNR y hasta UPAU,²⁴ que ungió a Andrés Delich (FM) como presidente.²⁵ Expresando el clima de unidad y la absorción de ciertas consignas antiimperialistas dentro del nuevo clima de ideas imperantes, el cántico emblema de ese Congreso fue: “Radicales de Yrigoyen / peronistas de Perón / comunistas, intransigentes / para la liberación”.²⁶ De este modo, la “lucha por la liberación” se integraba con “el repudio a todo tipo de violencia como método de acción política”, como señalaba el documento fundacional del MOJUPO.²⁷

Aquí encontramos entonces una de las dificultades para la izquierda de los 80. Tras años de dictadura, no sólo se expresaba una correlación de fuerzas desfavorable en las elecciones estudiantiles, sino que las ideas de FM se imponían a partir del contraste con el movimiento estu-

21. Por ejemplo, en el primer congreso de la FUBA, Andrés Delich de FM declaró: “El enemigo aún acecha, pero los estudiantes de todos modos vamos a estar junto al pueblo para conquistar la liberación nacional y social de nuestra patria” (*La Voz*, 6 de noviembre de 1983).

22. Julián Gadano, dirigente del PI, citado en Toer (1988: 222).

23. *Buenos Aires Herald*, 17 de junio de 1983. En inglés en la publicación original, traducción de los autores del artículo.

24. Unión para la Apertura Universitaria, agrupación liberal vinculada a la Ucedé.

25. Quedaron afuera del frente, criticándolo, las agrupaciones independientes, el trotskismo y el maoísmo, en clara minoría.

26. *La Prensa*, “La federación universitaria local eligió sus autoridades”, 7 de noviembre de 1983; *La Voz*, “Quedó normalizada la FUBA”, 6 de noviembre de 1983.

27. “Un documento de todos y para todos”, *Aquí y ahora la juventud*, n° 17, 2 de junio de 1983, p. 8. Citado por Manzano (2017).

diantil de los años 60 y 70, asociado a la izquierda revolucionaria. Lo paradójico es que una parte de la propia izquierda de los 80 contribuyó al afianzamiento de esas ideas.

II. La “primavera” y las nuevas tensiones políticas (1984-1985)

Con la asunción de Raúl Alfonsín, el movimiento estudiantil cobró una centralidad pública novedosa y su presencia en los medios de prensa fue constante. El gobierno ubicaba a la juventud universitaria como un actor importante para la flamante democracia y, como vimos, buena parte de las agrupaciones estudiantiles también se autopercebían de esa manera. Por otra parte, la campaña radical se había apoyado en los sectores juveniles de la Coordinadora y la FM, que a la vez avanzaban en la universidad basados en el amplio optimismo que generaba la figura de Alfonsín (Altamirano, 1987). En efecto, el sector de FM que se había consolidado en la UBA estaba directamente vinculado con el alfonsinismo dentro de la UCR.

No obstante, con la asunción del gobierno radical aparecieron nuevas tensiones dentro de la Universidad, una de cuyas bases fue la fuerte ampliación de la matrícula (Buchbinder y Marquina, 2008). Seis días después de asumir, Alfonsín dispuso la normalización de la UBA con Francisco Delich como rector normalizador. El movimiento estudiantil esperaba una resolución favorable a sus reclamos en el marco de la restauración constitucional y uno de los temas más conflictivos fue sin dudas el problema del ingreso. Si bien Delich eliminó de entrada los aranceles y los cupos, en 1984 mantuvo el examen de ingreso. Según el propio Delich (2014: 38): “El Ministerio de Educación decidió, atinadamente, mantener el ingreso con exámenes restrictivos [...]. Nos daría tiempo para implementar un sistema que conciliara calidad con cantidad”.

Esta continuidad de aspectos de la política universitaria precedente generó la reacción inmediata de diversos sectores del movimiento estudiantil desatando manifestaciones por el ingreso irrestricto en Filosofía y Letras, Psicología, Sociología y Medicina, con asambleas masivas y organización de cuerpos de delegados de aspirantes. En ese contexto, “FM era presionada doblemente. Por sus propias bases y las agrupaciones estudiantiles que la corrían por izquierda y le recordaban sus consignas de campaña y por los funcionarios de gobierno” (Beltrán, 2013: 213). Como había ocurrido en 1982-1983, la izquierda fue parte de quienes impulsaron las manifestaciones, con la diferencia de que ahora el radicalismo estaba en el gobierno. En Filosofía y Letras, por ejemplo, la izquierda desbordó a la conducción de FM.

Otro caso interesante es el de Medicina donde las autoridades sostuvieron el 7 como nota mínima para aprobar el examen de ingreso, dejando a miles de aspirantes afuera. El conflicto se prolongó durante meses, con concentraciones de 1000 aspirantes y un petitorio con 2500 firmas. En junio, una asamblea de 350 no ingresantes resolvió radicalizar el conflicto dando comienzo a una huelga de hambre en el hall de la facultad, que tuvo cierta repercusión mediática.²⁸ Entonces, FM y Sinapsis (independientes de derecha) impulsaron y aprobaron en la comisión directiva del CEM el levantamiento de la huelga, aunque 22 estudiantes sostuvieron la medida con apoyo de varias fuerzas de izquierda. FM justificó su voto considerando que la huelga era “una medida extrema no acorde con el tiempo político de unidad nacional que vive el país”, y agregando que “dicha medida contiene un profundo carácter sectario y desmovilizante que lleva la reivindicación de muchos a la responsabilidad de unos pocos”.²⁹ Es relevante registrar la apelación al clima de “unidad nacional” como argumento para intervenir en un conflicto gremial universitario, junto a la crítica a la izquierda y a los estudiantes huelguistas como “sectarios”. FADEP (peronistas) y JUI criticaron a FM pero aceptaron la decisión del CEM, “reafirmando nuestra vocación unitaria”,³⁰ mientras el FAUDI acusaba a FM de “pasar a ser vocero de las autoridades de la Facultad”.³¹

En el resto de las facultades, las movilizaciones conquistaron recuperatorios y la reducción de la nota mínima para aprobar, llevando a una gran ampliación del número de ingresantes. Un volante de la Comisión de No Ingresantes de Medicina se quejaba de que “se nos otorgó un solo recuperatorio a diferencia de las facultades que tuvieron hasta recuperatorio de dicho recuperatorio (sic)”.³² Es decir, en la mayoría de las facultades los estudiantes impusieron una buena cantidad de medidas ad hoc que desbordaron los márgenes del examen de ingreso. Como resultado, 43.572 alumnos ingresaron a la UBA, cuya matrícula creció un 40% en sólo un año.³³

Buscando contener esta masividad, las autoridades de la UBA instauraron en 1985 el Ciclo Básico Común (CBC), que generó otros

28. *Clarín*, 25 de junio de 1984.

29. Volante de Franja Morada de la Facultad de Medicina, “¿Qué propone Franja Morada para un ingreso más justo?”, junio de 1984.

30. Volante firmado por FADEP, JUI y AEPU, “Sobre el ingreso en Medicina”, junio de 1984.

31. Volante de FAUDI, “¿Para ser estudiante se necesita una huelga de hambre?”, junio de 1984.

32. Volante firmado por la Comisión de No Ingresantes a Medicina 1984, julio de 1984.

33. *La Nación*, 8 de mayo de 1984.

problemas.³⁴ Para casi 60.000 inscriptos se dispusieron sólo tres sedes, que contaban en total con escasas 65 aulas.³⁵ El desborde evidente de las sedes forzó a la incorporación de nuevas, con condiciones más precarias aún. En el segundo cuatrimestre los alumnos de la nueva sede Avellaneda se quejaban porque el edificio ¡no tenía baños!³⁶ La falta de presupuesto e infraestructura era innegable y un 40% de los ingresantes no logró superar el ciclo en su primer año.

No tardaron entonces en aparecer los reclamos: se constituyó un cuerpo de delegados intersedes del CBC y se realizaron sentadas y marchas, donde aparecían nuevamente las fuerzas de izquierda. El MAS participó en los cuerpos de delegados, mientras en Medicina el PCR impulsó la Lista Recuperación junto a estudiantes independientes del CBC. La desorganización del CBC también generó críticas “por derecha” como las de UPAU, que proponía volver al examen de ingreso. De este modo, el CBC se impuso como forma de ingreso a la UBA en medio de fuertes polémicas.

Durante la normalización emergieron también otros conflictos en los que se manifestaron las tensiones entre la conducción radical de la UBA y las posiciones estudiantiles. Uno de ellos fue el tratamiento hacia los concursos aprobados por la dictadura, donde predominó la idea de las autoridades de “analizar caso por caso” frente al planteo estudiantil de anulación de todos los concursos. Otra discusión tuvo que ver con la composición de los cogobiernos universitarios, donde se impuso la distribución aún vigente en la que el claustro de profesores cuenta con el 50% de los representantes en los Consejos Directivos. En definitiva, la normalización de la UBA aparece como un período más conflictivo que el que describen las memorias del entonces rector Delich (2014).

Al mismo tiempo, los debates universitarios se daban en paralelo y en interrelación con los de la realidad nacional. Uno de los ejes principales de polémica giró en torno a la situación económica. En 1984, el tibio forcejeo del gobierno radical frente al FMI sirvió de base para una marcha unitaria del MOJUPO contra las presiones de ese organismo.

34. La idea de un ciclo básico estaba contemplada desde el inicio de la normalización (Delich, 2014), pero se preveía un ciclo de 2 años. Los conflictos del año 1984 aceleraron su implementación y terminaron de delinear la forma que adoptó.

35. *Clarín*, 20 de marzo de 1985. Las sedes eran el subsuelo de Ciudad Universitaria (sede Ciudad), una ex fábrica en Villa Urquiza (sede Drago) y un edificio abandonado de la Municipalidad porteña (sede Paseo Colón). La inscripción también resultó caótica: se convocó a 18.000 ingresantes por día durante una semana de febrero en Ciudad Universitaria, que debieron realizar filas de tres horas para anotarse (*Clarín*, 19 de febrero de 1985).

36. “La falta de sanitarios los obliga a recurrir forzosamente a un bar cercano o a una estación de servicio próxima” (*Clarín*, 18 de julio de 1985).

La “Marcha contra la dependencia”, que reunió a 70.000 personas, defendía “una Argentina en democracia para la liberación contra la dependencia”,³⁷ frase que sintetiza con precisión la pretensión de una parte de las fuerzas juveniles de los 80 de combinar los discursos de la liberación y los de la democracia. Sin formar parte de la convocatoria, asistieron también las juventudes del MAS, el PO y el PCR.

No obstante, cuando en 1985 Alfonsín reemplazó al Ministro de Economía Bernardo Grinspun por Juan Vital Sourrouille y lanzó el paquete de medidas de ajuste conocido como Plan Austral, las tensiones dentro del MOJUPO comenzaron a hacerse más evidentes y la unidad entre sectores de la izquierda y FM cada vez más difíciles (Larrondo y Cozackow, 2017). A la vez, crecieron las movilizaciones de la CGT encabezada por Ubaldini, frente a las que la FUBA tuvo una posición ambivalente, participando de algunas convocatorias y de otras no. En ningún caso se registró una confluencia obrero-estudiantil masiva.

Las medidas de ajuste también repercutieron dentro de las universidades, dando lugar a paros de los no docentes y los docentes universitarios. De este modo, se fue delineando un nuevo eje de reivindicación, específico del período abierto en 1983: el reclamo por aumento de presupuesto, apoyado en el hecho de que “el costo del crecimiento de la matrícula [...] fue compensado, principalmente, por los docentes y empleados administrativos, cuyos salarios disminuyeron de manera constante” (Buchbinder, 2005: 218).

También en relación a la cuestión de los DDHH, emergieron nuevas contradicciones en la medida en que los organismos profundizaron sus reclamos al gobierno, acompañados entre otros por las agrupaciones independientes de izquierda de la UBA, que establecieron un vínculo cercano con ellos. Hacia 1985, los pocos temas en los que se mantuvo la unidad de varias fuerzas de izquierda, el peronismo y el radicalismo fueron los de la situación internacional. El apoyo al sandinismo en Nicaragua, la denuncia de la dictadura de Pinochet en Chile y la solidaridad con Cuba fueron una constante de estos años.

Las primeras elecciones de centros con Alfonsín en el gobierno

En el marco de todas las tensiones planteadas anteriormente, en las elecciones de centros de estudiantes de 1984, FM mantuvo la hegemonía pero sufrió un retroceso: perdió algunos centros y cayó del 40% al 32% de los votos totales. La agrupación que logró canalizar un descontento relativo con Franja fue la JUI, que se alzó con la conducción de cuatro centros y más del 20% de los votos totales (Tablas 3 y 4).

37. *Clarín*, 23 de junio de 1984.

Tabla 3. Conducciones de centros de estudiantes de la UBA (1984-1985).

Centro	1984	1985
Agronomía	LAI (ind. der.)	LAI (ind. der.)
Arquitectura	FM	FM
Ciencias Económicas	FM	FM
Ciencias Exactas y Naturales	JUI	AEI (ind. izq.)
Derecho	FM	FM
Farmacia y Bioquímica	FM	FM
Filosofía y Letras	JUI	JUI + JUP-C
Ingeniería	Quantum (ind. der.)	FM
Medicina	FM	FM
Odontología	FM	FM
Psicología	JUI	JUI
Sociología	JUI	PC + MAS + JUP-R
Veterinaria	Gestar (ind. izq.)	Gestar + PC + JUP-R

De un lado, esta elección señalaba un relativo “giro a la izquierda” de una parte del estudiantado porteño, en el marco de los conflictos detallados más arriba. Pero a la vez, esos votos se encauzaban hacia una forma muy particular de la izquierda de los 80. La JUI combinaba un discurso latinoamericanista y de liberación con la imagen de una fuerza “nueva” e inscripta dentro de los valores democráticos.³⁸ De este modo, su avance podría interpretarse como un voto crítico que pretendía apuntalar por izquierda a la UCR, tratando de impulsar políticas más avanzadas sin romper necesariamente con el partido de gobierno.³⁹

Posteriormente, en las elecciones de 1985, FM mantuvo su dirección y el PI sostuvo valores cercanos al 20%. Pero ese año la JUI perdió dos centros: Ciencias Exactas y Naturales, frente a los independientes de izquierda de AEI, y Sociología frente a la alianza del PC, el MAS y un sector del peronismo. El avance de AEI en Ciencias Exactas y Naturales expresaba cierto cuestionamiento a la lógica de partidos imperante en

38. Los jóvenes del PI eran retratados por varios cronistas de la época como “psico-bolches”, figura con la que satirizaban a una parte de los militantes de izquierda de los 80 como “meros consumidores de una estética revolucionaria” (Manzano, 2017).

39. En 1984, la JUI volvió a constituir un frente con FM en el Congreso de la FUBA, obteniendo la Secretaría General. No obstante, podría pensarse en un acuerdo técnico en la medida en que ambas fuerzas no presentaron ninguna lista conjunta en las facultades.

Tabla 4. Total de votos UBA, elecciones centros de estudiantes 1983-1985.

Agrupación	1983	1984	1985
JUI-PI	9,1%	21,0%	20,2%
BUIT	7,6%	5,5%	3,9%
MOR-FJC-PC	5,7%	6,1%	7,9%*
MAS	2,0%	1,9%	
UJS-PO	1,0%	0,5%	0,4%
FAUDI-PCR	0,3%	0,2%	0,6%
FM	40,3%	32,5%	31,7%
UPAU	1,0%	6,8%	15,3%

* En 1985 constituyeron el frente FELNA junto a la JUP-Regional

la militancia de los 80.⁴⁰ Por su parte, la FJC había virado de una lógica de mayores acuerdos con FM a la unidad con el MAS y un sector del peronismo.⁴¹ En ese contexto, la JUI también tomó mayor distancia de FM, reforzando su alianza con el peronismo renovador. Finalmente, en facultades como Derecho o Ingeniería, crecía la influencia de la derecha con UPAU (Tablas 3 y 4).

En este marco, a inicios de 1986, la elección de Oscar Shuberoff como Rector consolidó las posiciones de FM en las estructuras de gobierno universitario pero también su aislamiento. El Congreso de la FUBA no se pudo realizar ya que Franja no logró que otras fuerzas dieran quórum. La unidad que se había producido en 1983 ahora se desvanecía, con críticas de gran parte del resto de las agrupaciones a la política económica del alfonsinismo.

40. Un graffiti en Ciudad Universitaria parodiaba la fórmula de las agrupaciones universitarias partidarias: "AEI es la expresión universitaria de sus integrantes" (*Clarín*, 21 de octubre de 1985).

41. El "giro" del PC fue una de las expresiones de la profunda crisis interna que vivió ese partido en la posdictadura (Casola, 2014). Una parte creciente de los militantes criticaba el apoyo que había brindado el PC a Videla, así como el retiro de las candidaturas propias en las elecciones de 1983 para acompañar al PJ. En ese contexto, la dirección del PC impulsó un "viraje revolucionario" que culminó en el XVI Congreso de 1986, alimentado por las ilusiones que generaban procesos como el de Nicaragua a nivel latinoamericano. Aunque, como señala Casola, el "viraje" en realidad fue limitado, una de sus consecuencias fue el cambio en el marco de alianzas del PC hacia fuerzas como el MAS.

A modo de cierre

En los últimos años de la dictadura se vivió un auge de las movilizaciones estudiantiles en contra de la política universitaria vigente y del régimen en general. El ciclo de protestas iniciado en 1982 se extendió durante los primeros dos años del gobierno de Raúl Alfonsín en reclamo del cumplimiento de reivindicaciones como el ingreso irrestricto. En las distintas etapas de este ciclo, las agrupaciones de izquierda de la UBA intervinieron de forma sostenida, tanto en las manifestaciones como en la reorganización de los centros de estudiantes. El despliegue de la militancia juvenil que caracterizó la salida de la dictadura también impactó en el crecimiento de varias de estas fuerzas, muchas de las cuales contaban con un caudal de militantes significativo dentro de las facultades.

Al mismo tiempo, las primeras elecciones de centros de estudiantes dieron cuenta de importantes cambios políticos, con la hegemonía de FM y el retroceso del peronismo, el PC, el trotskismo y el maoísmo. Dentro de la izquierda, lograron avanzar fuerzas nuevas como el PI y los independientes, con escasa o reciente tradición de militancia en las facultades. FM se presentaba como la superación de la “violencia del pasado”, absorbiendo ciertas consignas antiimperialistas y de derechos humanos en un nuevo marco de ideas dominantes que tenían como centro la consolidación de la democracia. Buena parte de las fuerzas de izquierda hizo propios estos nuevos sentidos y valores e incluso estableció marcos de alianza estudiantil con la agrupación radical, como se expresó en la conformación del MOJUPO y en la lista que triunfó en el primer congreso de la FUBA en 1983.

Los primeros años del mandato de Alfonsín definieron un nuevo escenario marcado por la tensión entre las expectativas de gran parte de los estudiantes con el nuevo gobierno y las políticas que el mismo fue llevando, tanto en materia universitaria como a nivel económico. Movilizaciones estudiantiles cuestionaron la continuidad del examen del ingreso en 1984 y las precarias condiciones de cursada del CBC en 1985. Hacia fines de ese año crecieron las críticas hacia el radicalismo por parte de distintos afluentes de la izquierda y se produjeron reacomodamientos en las alianzas estudiantiles.

Mirado de conjunto, el período tiene como una de sus particularidades más notables el surgimiento y consolidación de la *democracia* como nuevo horizonte político ideológico, como supuesto garante y camino para cualquier transformación social. Este eje sirvió también como aglutinador de alianzas entre las juventudes de partidos políticos y las agrupaciones estudiantiles a la salida de la dictadura. Cabe señalar que la democracia, en el sentido que se la entendió en los 80,

no era un valor importante para los militantes de los 60 y 70, que más bien desconfiaban de los alcances de esa consigna. Para las fuerzas de izquierda este cambio supuso una clara dificultad en la medida en que las nuevas ideas se consolidaron por contraste con los proyectos revolucionarios de las décadas anteriores. La reconversión de una parte de la izquierda hacia los nuevos valores hegemónicos no evitó que se la asociara en muchos casos con el pasado que se pretendía superar.

Aun en este difícil contexto, las fuerzas de izquierda mantuvieron su militancia y fueron parte activa de las movilizaciones estudiantiles de la etapa. Se destaca la continuidad de algunas de las demandas de los estudiantes entre el final de la dictadura y el inicio de la democracia, al tiempo que emergieron otras nuevas, como el reclamo por aumento del presupuesto. En este sentido, en la medida en que el radicalismo se consolidó como gobierno universitario, el papel de la izquierda fue importante en el sostenimiento de las reivindicaciones estudiantiles y colaboró en que la asunción del gobierno radical no representara el congelamiento de los reclamos del movimiento estudiantil.

Referencias bibliográficas

- Aboy Carlés, Gerardo (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina*, Rosario: Homo Sapiens.
- Altamirano, Carlos (1987), “La Coordinadora: elementos para una interpretación”, en José Nun y Juan Carlos Portantiero (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Buenos Aires: Puntosur, pp. 295-332.
- Beltrán, Mónica (2013), *La Franja. De la experiencia universitaria al desafío del poder*, Buenos Aires: Aguilar.
- Blanco, Rafael y Pablo Vommaro (2017), “Otros caminos, otros destinos: transformaciones en los espacios y prácticas cotidianas de participación juvenil en los años ochenta”, en Melina Vázquez *et al.* (comps.), *Militancias juveniles en la Argentina democrática*, Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 1-25.
- Buchbinder, Pablo (2005), *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (2014), “La Universidad y el tercer peronismo: notas sobre el debate parlamentario en torno a la Ley Taiana” en Mariano Millán (comp.), *Universidad, política y movimiento estudiantil en Argentina, entre la “Revolución Libertadora” y la democracia del 83*, Buenos Aires: Final Abierto, pp. 183-201.
- Buchbinder, Pablo y Mónica Marquina (2008), *Masividad, heterogeneidad y fragmentación: el sistema universitario argentino, 1983-2008*, Buenos Aires: UNGS-Biblioteca Nacional.

- Canelo, Paula (2009), *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*, Buenos Aires: Prometeo.
- Casola, Natalia (2014), “De la «convergencia cívico-militar» al «viraje revolucionario». La crisis del Partido Comunista durante los años 80”, en *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, n° 5, Buenos Aires, pp. 51-70.
- (2015), *El PC argentino y la dictadura militar. Militancia, estrategia política y represión estatal*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Cristal, Yann (2015), “Las primeras elecciones de los centros de estudiantes de la UBA tras la proscripción de la dictadura (1982-1983)”, en *Cuaderno n° 6*, Programa Historia y Memoria de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Disponible en: <http://www.uba.ar/historia/contenidos.php?id=6&s=57>.
- (2017), “El movimiento estudiantil de la Universidad de Buenos Aires en el final de la última dictadura (1982-1983)”, en *Sociohistórica*, vol. 40, La Plata. Disponible en: <https://doi.org/10.24215/18521606e031>.
- Delich, Francisco (2014), *808 días en la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires: Eudeba.
- Franco, Marina (2015), “La «teoría de los dos demonios» en la primera etapa de la posdictadura”, en Claudia Feld y Marina Franco (dirs.), *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 23-80.
- Friedemann, Sergio (2016), *La Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires (1973-1974). Una reforma universitaria inconclusa*, tesis doctoral, Facultad de Ciencia Sociales, Universidad de Buenos Aires, inédita.
- Gilbert, Isidoro (2009), *La Fede. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista, 1921-2005*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Larrondo, Marina y Alejandro Cozachcow (2017), “Un llamado a la unidad: la experiencia del Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO) en la transición a la democracia”, en Melina Vázquez et al. (comps), *Militancias juveniles en la Argentina democrática*, Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 51-71.
- Lesgart, Cecilia (2002), “Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta”, en *Estudios Sociales*, n° 22-23, pp. 163-185.
- Luciani, Laura (2017), *Juventud en dictadura: representaciones, políticas y experiencias juveniles en Rosario: 1976-1983*, La Plata: UNLP-UNAM-UNGS.
- Manzano, Valeria (2017), “Para entender el psicobolchismo: juventud, cultura y política en la Argentina de la década de 1980”, en XVI Jornadas Interescuelas de Historia, Mar del Plata.
- Millán, Mariano (2015), “Franja Morada en la Universidad de Buenos Aires (1973-1976)”, en VI Congreso Regional de Historia e Historiografía, Santa Fe.
- Muiño, Oscar (2011), *Los días de la Coordinadora: política, ideas, medios y sociedad: 1968-1983*, Buenos Aires: IML-Corregidor.

- Pedrosa, Fernando (2002), "La universidad y los estudiantes frente a la dictadura militar", en Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, México: UNAM.
- Perel, Pablo, Eduardo Raíces y Martín Perel (2006), *Universidad y dictadura. Derecho, entre la liberación y el orden (1973-1983)*, Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- Polak, Laura y Juan Carlos Gorbier (1994), *El movimiento estudiantil argentino (Franja Morada, 1976-1986)*, Buenos Aires: CEAL.
- Seia, Guadalupe (2015), "Reconfiguraciones de la vida estudiantil durante la última dictadura. Apuntes sobre los casos de las Facultades de Filosofía y Letras y Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires (1976-1981)", en *Revista Binacional Brasil-Argentina*, vol. 4, n° 1. Disponible en: <http://periodicos.uesb.br/index.php/rbba/issue/current>.
- (2016), "Militancia, oposición y resistencia estudiantil en la Universidad de Buenos Aires durante la etapa final de la última dictadura (1981-1983)", en *Historia, Voces y Memoria*, n° 10, Buenos Aires. Disponible en: <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/HVM/article/view/3379>.
- (2017), "La búsqueda por la institucionalización y «normalización universitaria» de la última dictadura en Argentina. Ley universitaria, nuevo estatuto y concursos docentes en el caso de la Universidad de Buenos Aires (1980-1983)", en *Debate Universitario*, vol. 6, n° 10, julio, Buenos Aires. Disponible en: <http://portalrevisciencia.uai.edu.ar/ojs/index.php/debate-universitario/article/view/106>.
- Toer, Mario (1988), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín (1946-1986)*, vol. 2, Buenos Aires: CEAL.

* * *

Título: The student left of the University of Buenos Aires in the democratic transition (1982-1985)

Resumen: En este trabajo examinamos el desarrollo de las agrupaciones estudiantiles de izquierda de la Universidad de Buenos Aires (UBA) entre el final de la última dictadura y los inicios del gobierno de Raúl Alfonsín. Por un lado, analizamos su papel en la reorganización de los centros de estudiantes y en las movilizaciones universitarias de esos años. Por otro, consideramos las dificultades que enfrentaron en el complejo escenario de los 80, caracterizado por fuertes cambios políticos, entre los que se destacan la nueva hegemonía de Franja Morada sobre el movimiento estudiantil porteño y la relativa pérdida de influencia de la izquierda. Para su desarrollo hemos triangulado fuentes orales producto de entrevistas en profundidad realizada por los autores, una variedad de fuentes documentales (oficiales, prensa, materiales de agrupaciones estudiantiles, periódicos partidarios, entre otros) y diversos trabajos académicos sobre la etapa.

Palabras clave: movimiento estudiantil – Universidad de Buenos Aires – izquierda – transición democrática

Abstract: In this paper we examine the development of the student groups of the left at the University of Buenos Aires (UBA) between the end of the last dictatorship and the beginning of the government of Raúl Alfonsín. On the one hand, we analyze their role in the reorganization of the student centers and the university mobilizations of those years. On the other hand, we consider the difficulties they faced in the complex scenario of the 1980s, characterized by strong political changes, among which the new hegemony of Franja Morada over the Buenos Aires student movement and the relative loss of left influence. For its development we have triangulated oral sources product of in-depth interviews carried out by the authors, a variety of documentary sources (official, press, materials of student groups, political newspapers, among others) and various academic works.

Key words: student movement – University of Buenos Aires – left – democratic transition

Recepción: 18 de enero de 2018. **Aprobación:** 27 de febrero de 2018.

ARTÍCULOS

Izquierda y clasismo en los 70. Debates frente al Movimiento de Recuperación Sindical - Lista Marrón del SMATA Córdoba

Rodolfo Laufer

Conicet - UBA. Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"
rodolfo.laufer@yahoo.com.ar

En abril de 1972 el Movimiento de Recuperación Sindical (MRS) - Lista Marrón encabezado por René Salamanca ganó las elecciones de la seccional cordobesa del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA). Así, el clasismo llegaba a la conducción de uno de los sindicatos más importantes de Córdoba, cuyos obreros habían protagonizado el Cordobazo de 1969.

El MRS había tenido su punto de inicio hacia mediados de 1970, encabezado por militantes clasistas y agrupando a un amplio abanico de delegados y activistas combativos y opositores a la dirección sindical de Elpidio Torres. Dentro de este, jugaron un rol activo las organizaciones de la izquierda marxista y peronista presentes entre los mecánicos: el Partido Comunista Revolucionario (PCR), el Partido Comunista (PC), el Peronismo de Base (PB), Política Obrera (PO), Vanguardia Comunista (VC), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), El Obrero y Espartaco.

En los últimos años en el ámbito académico se ha producido una revalorización del proceso de radicalización política de los años 60 y 70, lo que se expresó en el crecimiento de las producciones sobre las experiencias del sindicalismo clasista y sobre las distintas organizaciones de la izquierda. En ese marco, una de las cuentas pendientes más señaladas ha sido la necesidad de profundizar en el análisis de los vínculos entre izquierda y clase obrera (Cangiano, 1993; Basualdo y Lorenz, 2012; Rot, 2016), y en particular sobre la política de las distintas organizaciones en el ámbito sindical: los mecanismos utilizados para ganar militantes obreros e influencia, las líneas de intervención en los conflictos y en los distintos niveles de las estructuras sindicales, etc.¹

1. En ese sentido han hecho valiosos aportes trabajos como Pozzi y Schneider (2000), Lorenz (2007), Werner y Aguirre (2009) y Lobbe (2009).

El caso del SMATA Córdoba brinda la posibilidad de avanzar en este camino, observando, en torno a un mismo proceso, las acciones y la línea sindical de una diversidad de fuerzas pocas veces presente en otras experiencias. Si bien los principales estudios sobre el clasismo cordobés que abordaron el caso de los mecánicos (Brennan, 1996; Gordillo, 1996; Mignon, 2014; Ortiz, 2015) repararon en el rol de la izquierda, en general este aspecto no fue estudiado como objeto específico, cuando no directamente subestimado.²

Este artículo, por lo tanto, se ubica como parte de una investigación más general, que hace al estudio de la experiencia de los mecánicos de Córdoba, al desarrollo del clasismo y a las opciones políticas y estratégicas adoptadas por esta importante fracción obrera en el marco de un período políticamente signado por el Cordobazo y por el inicio del camino de retirada de la dictadura de la “Revolución Argentina”.³ En ese sentido, aquí el foco está puesto en el análisis de las distintas organizaciones de la izquierda que tuvieron intervención en el SMATA cordobés, precisando sus orígenes, su influencia y el rol que jugaron en las luchas del período 1969-1972, y en el proceso de conformación del MRS-Lista Marrón, observando los posicionamientos y debates de las distintas fuerzas que lo integraron.

La principal hipótesis que planteamos es que no se puede comprender adecuadamente la experiencia de los mecánicos cordobeses, el desarrollo del clasismo y la construcción de una alternativa de dirección en el SMATA Córdoba sin estudiar en profundidad el rol que jugaron las distintas organizaciones de la izquierda presentes en esta fracción obrera. Y, en cuanto a la Lista Marrón, a diferencia de los autores que la explicaron como una lista “apolítica” o “moderada” con respecto al antecedente de Fiat (Brennan, 1996: 273; Mignon, 2014: 254), sostenemos que la mayor amplitud de su marco de alianzas y definiciones político-sindicales tuvieron que ver con las particularidades del SMATA y con los balances

2. Para un análisis de la obra de James Brennan y un debate con sus tesis sobre el clasismo cordobés, ver Laufer (2017b).

3. Definimos al sindicalismo clasista como una línea para la acción en el seno de las organizaciones sindicales basada en la combinación de la lucha reivindicativa con la lucha por una transformación de raíz de la sociedad capitalista, y, en tal sentido, fundada en la concepción del antagonismo y la lucha de clases. Sobre esta base, dentro del clasismo setentista convivieron y disputaron distintas orientaciones y vertientes político-ideológicas, que compartieron como rasgos comunes la práctica de una profunda democracia sindical, el choque con las dirigencias sindicales burocráticas y conciliadoras, el desarrollo de formas de confrontación altamente radicalizadas, la lucha por el ejercicio del control obrero de la producción y los esfuerzos de unidad y coordinación con otros sectores obreros y populares.

críticos que se produjeron en la izquierda tras la represión y caída del proceso clasista en Sitrac-Sitram.

Antecedentes

A mediados de 1970, cuando se originó el Movimiento de Recuperación Sindical del SMATA Córdoba, la situación de los trabajadores mecánicos era contradictoria. En el año transcurrido desde el Cordobazo se habían producido importantes cambios.

El dirigente sindical peronista Elpidio Torres, cabeza del sindicato desde 1958, estaba en crisis: en septiembre de 1970 debió renunciar a la Secretaría General de la CGT provincial, y seis meses después haría lo mismo con la dirección del SMATA Córdoba. Luego de trece años de construir su hegemonía mediante una política pragmática, sindicalista y burocrática, obteniendo conquistas merced a la combinación de la movilización controlada de las bases y la negociación con el poder, quien fuera apodado “el Vandor cordobés” había entrado en un proceso de declive.

Esto se fue haciendo perceptible desde la instauración de la dictadura de la “Revolución Argentina” en 1966. El Gobierno de Onganía rápidamente fue dejando cada vez menos espacio para la clásica política vandorista de “golpear y negociar”, pero a esto se sumó la crisis de la industria automotriz asentada en Córdoba, que produjo el quiebre de las buenas relaciones que Torres había forjado con la patronal de la norteamericana Industrias Kaiser Argentina (IKA) (Gordillo, 1996: 140; Brennan, 1996: 147). Poco después, esta fue adquirida por el monopolio francés Renault, iniciándose una reestructuración tecnológica que, ante la pasividad sindical, afectó fuertemente las condiciones de trabajo en las plantas. En 1967 la dirección nacional del SMATA a cargo de Dirck Kloosterman intervino la seccional cordobesa (Gordillo, 1996: 174; Campellone y Arriola, 2006: 103), y, si bien la mayoría de los mecánicos rechazaron la intromisión porteña, las denuncias de maniobras fraudulentas, persecución a la oposición y corrupción contribuyeron al deterioro de la imagen de Torres. Ese mismo año surgió la Lista Azul, una lista muy heterogénea que agrupaba a sectores peronistas, radicales, de izquierda e independientes, que en 1968 se alinearía con la CGT de los Argentinos (CGT-A) conducida por Raimundo Ongaro.⁴ El propio surgimiento de la CGT-A fue una complicación más, ya que

4. Entrevistas a Livio Palacios, Rafael Solís y Juan Delgado hechas por el autor, agosto de 2015. Los tres entrevistados fueron miembros de la Lista Azul y luego de la Lista Marrón. Palacios fue el referente en el SMATA Córdoba del Movimiento Obrero Radical y Juan Delgado, del Peronismo de Base.

mientras que la mayoría de los gremios de Córdoba se alinearon allí, Torres mantuvo al SMATA al margen de ambas centrales, aunque inclinado hacia el vandomismo, lo que le valió fuertes críticas plasmadas en el semanario nacional de la CGTA.⁵ A su vez, en Perdriel, la planta de matrices de IKA, se fue gestando un proceso de movilización y participación democrática de los obreros que desembocó en el reemplazo de los delegados de Torres por una nueva dirección, los “activistas de Perdriel” encabezados por Agustín Funes, transformando a la planta en un bastión opositor (Laufer, 2016: 97).⁶

El otro cambio tenía que ver con el desarrollo de una alternativa a la conducción *torrista*. A pesar de que el mismo Torres planteó que él siempre había significado “una muralla para la oposición de izquierda” (Torres, 1999: 147), nunca pudo evitar que hubiera “una oposición de izquierda siempre presente en el sindicato” (Gordillo, 1996: 226). Miembros del PC habían formado parte de la primera conducción del SMATA Córdoba tras el golpe de 1955, con el sindicalismo peronista proscripto (Brennan, 1996: 85; Gordillo, 1996: 64), y luego del triunfo de Torres el activismo comunista y el Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS) que impulsaba mantuvieron siempre una fuerza importante (Bergstein,⁷ 1987: 42; Ferrero, 2009: 122). A esto se sumó a inicios de la década del 60 la aparición de la Fracción Trotskista de Obreros Mecánicos, impulsada por un núcleo de militantes del Partido Obrero Revolucionario (POR), que llegó a conformar la Lista Rosa para las elecciones de 1962, aunque esta finalmente fue proscripta y sus referentes detenidos y despedidos⁸ (Gordillo, 1996: 223; Menéndez, 2009).

Pero fue en la segunda mitad de los 60, al compás de la política de la dictadura de Onganía, del debilitamiento del *torrismo* y de la radicalización general, cuando la izquierda cobró un nuevo impulso entre los mecánicos. Así, las nuevas tendencias de la izquierda revolucionaria empezaron a trabar vínculos con activistas obreros del SMATA y a insertar militantes en las fábricas.

Cuando en 1965 nació el PRT, este ya tenía militantes entre los

5. “SMATA”, *Periódico CGTA*, n° 7, junio de 1968, p. 3.

6. Miguel Salinas [seudónimo de Agustín Funes], “Perdriel, Córdoba: Testimonio de una experiencia del movimiento obrero”, *Teoría y Política*, n° 11, septiembre-octubre de 1973.

7. Jorge Bergstein fue el Secretario General del PC de Córdoba desde 1969 hasta 1975.

8. Entrevista a Héctor Menéndez hecha por el autor, agosto de 2015. Menéndez fue el principal dirigente del POR en el SMATA Córdoba, y quien encabezó la Lista Rosa.

mecánicos⁹ (Bohoslavsky,¹⁰ 2011: 27, 29). Tras la fractura partidaria en 1968, la totalidad de sus miembros en Córdoba se alinearon con el PRT-El Combatiente, manteniendo algunos contactos en el SMATA, pero durante este período aún era escaso el desarrollo de una línea partidaria específica para el ámbito sindical.¹¹ El PCR, surgido como ruptura del PC en 1967, rápidamente se estructuró en la provincia, donde dio impulso a la conformación de las Agrupaciones 1° de Mayo en el movimiento obrero, conformó una célula en IKA-Santa Isabel y, sobre todo, logró vincularse y finalmente incorporar a los principales referentes de los “activistas de Perdriel”¹² (Laufer, 2016: 97-98). Al mismo tiempo, sumó también a varios integrantes de la agrupación Felipe Vallese, que tenía trabajo en estatales y metalúrgicos, entre ellos a René Salamanca (Sánchez, 2008: 84). En el caso de Política Obrera, un grupo de militantes partidarios se instaló en Córdoba en 1967, consiguiendo entrar como obreros en Thompson Ramco y otras fábricas.¹³ A partir de esto, el partido conformó la agrupación Vanguardia Obrera Mecánica (VOM) y logró ganar algunos delegados.¹⁴

En cuanto al Partido Comunista, merced a su posicionamiento opositor a Onganía y la integración del MUCS en la CGT-A, también se fortaleció en este período (Bergstein, 1987: 43). Pero, al mismo tiempo, tuvo que enfrentar la aparición de esta nueva izquierda que lo calificaba de reformista, pacifista y criticaba su subordinación a la URSS. Como veremos, su condena en bloque a todas estas nuevas fuerzas, a las que caracterizaba como “ultraizquierda”, sus reticencias frente a la nueva corriente sindical clasista en conformación y su política oscilante

9. Para este período nos referimos al PRT surgido de la fusión de Palabra Obrera y el Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP). Ya en los primeros números del periódico partidario *La Verdad* se encuentran notas específicas sobre el SMATA Córdoba. Ver por ejemplo “Córdoba”, *La Verdad*, n° 7, 30 de agosto de 1965, p. 8.

10. Bohoslavsky fue militante estudiantil y sindical del PRT-ERP de Córdoba.

11. Pablo Pozzi utiliza justamente dos ejemplos de Córdoba para concluir que, todavía en 1971, “los cuadros del PRT-ERP, la mayoría con escasa experiencia, estaban buscando las formas más adecuadas de combinar la lucha armada con el trabajo sindical y reivindicativo” (2004: 177).

12. “Balance de la zona Córdoba”, Comité Zonal PCR Córdoba, mimeo, circa fines 1971.

13. Entrevista a Christian Rath hecha por el autor, 20 de octubre de 2014. Rath fue la cabeza de este grupo de militantes de PO en el SMATA.

14. Una nota publicada en el periódico partidario en agosto de 1968 ya muestra un conocimiento interno del SMATA Córdoba. “Córdoba. La lucha de los obreros de Kaiser”, *Política Obrera*, n° 34, 5 de agosto de 1968.

en relación al *torrismo*,¹⁵ lo irían dejando en gran medida a la zaga del proceso de radicalización obrera.

El Cordobazo de 1969 marcó un antes y un después en la experiencia de los mecánicos, que fueron quienes el 29 de mayo aportaron el principal contingente obrero en las calles. La represión y el asesinato de Máximo Mena desató el estallido popular generalizado con un alto grado de radicalización, que incluyó el enfrentamiento de las fuerzas policiales, la erección de barricadas, la ocupación de barrios enteros y la destrucción de símbolos del poder económico y político (Balvé *et al.*, 2006: 157-204). Los distintos grupos de la izquierda que militaban en los mecánicos, aún pequeños, participaron activamente de la pueblada (Laufer, 2016: 99-100). Los hechos desbordaron las intenciones de Torres y en general de toda la dirigencia sindical, y el secretario del SMATA fue detenido y mantenido en prisión durante seis meses (Brennan, 1996: 198). La rebelión obrera, estudiantil y popular de Córdoba condensó los reclamos reivindicativos con el rechazo al autoritarismo y la opresión dictatorial, hirió de muerte al proyecto de la “Revolución Argentina” y abrió un período de ascenso de la movilización social y la radicalización política que influyó intensamente en los mecánicos.

Luego del Cordobazo, nuevas organizaciones de izquierda se hicieron presentes en el SMATA. Un sector peronista combativo que integraba la Lista Azul formó parte, junto con obreros de Fiat y sectores de militancia barrial y estudiantil, de la conformación del Peronismo de Base provincial, que reivindicaba el clasismo y se vincularía a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP)¹⁶ (Duhalde y Pérez, 2003: 63). También aparecieron activistas de El Obrero,¹⁷ que había nacido poco antes en Córdoba por iniciativa de un grupo de militantes provenientes del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) (Cormick, 2014). Este editaba un boletín para las fábricas automotrices con un fuerte contenido propagandístico y de educación ideológica, y en 1970 ya tenía algunos activistas y contactos entre los mecánicos.¹⁸ A su vez, si bien en este período no contó con militantes entre los mecánicos, el Partido Revolucionario de los Trabajadores-La Verdad (PRT-LV) inició una activa política de in-

15. Por ejemplo, la CGTA denunció que el MUCS apoyó a la lista Verde y Celeste de Torres en la elección de delegados congresales del SMATA Córdoba de diciembre de 1969. “Córdoba: El MUCS ayuda a Elpidio”, *Periódico CGTA*, n° 55, febrero de 1970, p. 7.

16. Entrevista a Juan Delgado, ya citada.

17. El Obrero fue uno de los núcleos principales que posteriormente dio origen a la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO).

18. Entrevista a Dardo Castro hecha por el autor, mayo de 2015. Castro fue uno de los principales dirigentes de El Obrero.

serción, mandando a la provincia a inicios de 1970 a Orlando Matolini, ex dirigente de Citroën en Buenos Aires¹⁹ (González, 2006: 287-291).

Tras su liberación, en marzo de 1970 Elpidio Torres fue designado Secretario General de la CGT cordobesa, pero ya estaba abierto en la provincia un proceso de “irrupción de las bases sobre los dirigentes” (Brennan y Gordillo, 2008: 111). Ese mismo mes se inició la experiencia clasista en los sindicatos de fábrica de Concord y Materfer de Fiat, Sitrac y Sitram, con la destitución de las direcciones sindicales pro patronales y la imposición de nuevos líderes que encabezaron un proceso de lucha y democracia sindical inédito, con gran repercusión en Córdoba y en todo el país (Brennan 1996: 218; Mignon, 2014: 147-152).

En el SMATA, el primer estallido se produjo en Perdriel. El 12 de mayo, sus trabajadores resolvieron en asamblea la ocupación de la fábrica en contra del traslado, acordado por el *torrismo* y la patronal, de los referentes que se perfilaban como delegados opositores, vinculados a la Agrupación 1° de Mayo y al PCR (Laufer, 2016: 101-111). La planta fue rodeada con tanques de nafta para impedir el desalojo y 38 directivos quedaron como rehenes. A pesar de que Torres planteó su oposición a la medida, con la extensión de la solidaridad entre las bases del SMATA y de todo Córdoba, al tercer día de toma se obtuvo un triunfo contundente, revirtiendo los traslados y logrando la elección de los delegados.

Poco después, ante el primer aniversario del Cordobazo y la discusión de los convenios, el Cuerpo de Delegados del SMATA siguió el ejemplo de Perdriel y resolvió ocupar todos los establecimientos el 2 de junio (Mignon, 2014: 187-199; Laufer, 2017a: 131-137). Fueron tomadas las plantas de Santa Isabel, Perdriel, ILASA, Transax, Thompson Ramco y Grandes Motores Diesel, y al día siguiente se les sumaron Fiat Concord, Fiat Materfer y Perkins. Los directivos retenidos como rehenes llegaron a 700, nuevamente se rodearon las plantas con tanques de combustible, se electrificaron las rejas y se prepararon bombas molotov para resistir. El 4 de junio, Perdriel fue desalojada con una violenta represión, y el resto de las fábricas abandonarían las ocupaciones a propuesta del *torrismo* y algunos de los dirigentes de la Lista Azul. A partir de allí se inició la llamada “huelga larga”, con asambleas y paros que se extendieron durante un mes. El desprestigio de Torres llevó a la conformación de la “Comisión de Acción y Lucha”, integrada por activistas del sector combativo de la Lista Azul, del MUCS y de VOM,²⁰ que jugó un papel fundamental en el

19. Entrevista a Orlando Matolini hecha por el autor, noviembre de 2015. El PRT-LV tenía una importante experiencia entre los obreros automotrices de Buenos Aires, donde había logrado dirigir las comisiones internas de Citroën y Chrysler (Mangiantini, 2014: 46-48).

20. La 1° de Mayo, con sus principales referentes de Perdriel presos, quedó excluida,

sostenimiento de la huelga. Esta finalmente sería quebrada el 6 de julio: violando la resolución de la última asamblea, el *torrismo* organizó un grupo de 500 obreros que en colectivos de la empresa ingresaron a las fábricas, y la Comisión Directiva dio por finalizadas las medidas. En los días siguientes Torres se abocó a negociar los despidos, que totalizaron unos 700, entre ellos la mayoría de los referentes de la Lista Azul, que quedó desarticulada, y los activistas clasistas y opositores como Agustín Funes del PCR y Cristian Rath de PO.

Durante la “huelga larga” también hizo su aparición Vanguardia Comunista. Aún sin militantes en el SMATA, acompañó el conflicto desde sus activistas en la ciudad, y dedicó el primer número del boletín de su agrupación sindical a un largo balance de la lucha mecánica.²¹ Tras el fin del conflicto, entró a la planta de Transax Roberto Nágera, quien fue el principal referente de VC entre los mecánicos.²² También en este momento se organizó en la planta de Fiat Grandes Motores Diesel (GMD), cuyos obreros estaban afiliados al SMATA, el grupo Espartaco, proveniente de otra fracción del MLN (Pacheco, 2013: 182). También en este caso el primer número de su publicación, *Bandera Roja*, analizó extensamente el conflicto de los mecánicos.²³

Así estaba configurada entonces la situación en la segunda mitad de 1970, cuando se origina el MRS. Con los 700 despidos, Torres había logrado descabezar a la oposición y las corrientes clasistas, pero en ello había gastado sus últimas salvas: la derrota de la huelga señaló su derrumbe gremial y político, y en los meses siguientes debería abandonar todos sus cargos. Por otra parte, en el espacio opositor se produciría un acelerado proceso de reorganización para construir una alternativa efectiva a la dirección *torrista* en descomposición.

El MRS y la Lista Marrón: posiciones y debates en la izquierda

A pesar de los despidos y de la ofensiva patronal en las plantas, en el SMATA pronto comenzaron a reagruparse y organizarse de manera clandestina los activistas clasistas y opositores que habían quedado,

y sería muy crítica de rol de esa comisión. Ver “Las luchas cordobesas”, *Nueva Hora*, n° 48, 2a. quincena de julio de 1970, p. 4.

21. *Cordobazo*, Organizadores de Comisiones Obreras de Córdoba, año 1, n° 1, 20 de agosto de 1970.

22. Entrevista a Roberto Nágera hecha por el autor, agosto de 2015.

23. *Bandera Roja*, año 1, n° 1, Córdoba, agosto de 1970.

conformando una Coordinadora.²⁴ Al principio esta no era más que una reunión de unos 15 o 20 obreros, muy pocos de ellos delegados, y participaban miembros de la Agrupación 1° de Mayo, el Peronismo de Base, el MUCS, Vanguardia Obrera Mecánica y El Obrero, junto a activistas sindicales peronistas, radicales e independientes sueltos, provenientes de la ex Lista Azul o que habían roto con el *torrismo*.

La primera tarea que se propusieron fue la reconstrucción del cuerpo de delegados y las comisiones internas, desplazando a los referentes del *torrismo*. Los rápidos éxitos en esta tarea fueron afirmando la idea de que era posible trabajar para la recuperación sindical, lo que se plasmó en el cambio de nombre: nacía así el Movimiento de Recuperación Sindical (MRS). Ya en 1971 este comenzó a plantearse en los hechos como una dirección alternativa, apareciendo algunos de sus integrantes de manera pública e impulsando y encabezando acciones de lucha que desbordaban a la conducción sindical. En enero, el MRS presentó una lista en las elecciones de Comisión Interna de Reclamos de Santa Isabel: el escandaloso fraude al que tuvo que apelar el *torrismo* evidenciaba que esta había pasado a estar en minoría en la fábrica más grande y corazón del SMATA.²⁵

El reemplazo de Torres, Mario Bagué, asumió en marzo intentando mostrarse como un cambio, con un discurso más radicalizado y alineándose con el ala sindical peronista que dirigía Atilio López en la provincia. Pero a poco andar se demostró que no era más que una continuidad devaluada del *torrismo*, directamente subordinada a la dirección nacional del SMATA (Brennan, 1996: 275).

Al calor del proceso de reorganización obrera, y dada la heterogeneidad de perspectivas y fuerzas políticas presentes en el MRS, una serie de debates fueron jalonando su trayectoria, en un momento político teñido por el lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional (GAN) por parte de Lanusse, que intentaba dividir y poner un freno a la radicalización política y el auge revolucionario combinando la represión con la perspectiva de una apertura electoral.

Los primeros debates se dieron en torno a la experiencia clasista en Fiat y sus definiciones sindicales y políticas. Este proceso era seguido con gran atención por el activismo clasista del SMATA, que procuraba sumar a los mecánicos a las distintas luchas e iniciativas impulsadas desde estos sindicatos, como la toma de Concord en enero de 1971 y el “Viborazo” que dos meses después echó por tierra las intenciones del

24. Ricardo Fierro y Pablo Reartes [seudónimo de René Salamanca], “Reflexiones sobre la historia de los mecánicos de Córdoba”, *Teoría y Política*, n° 11, septiembre-octubre de 1973, p. 31, 36.

25. *Ibidem*, p. 38.

nuevo interventor de la provincia, José Camilo Uriburu, de cortar “la venenosa serpiente” anidada en Córdoba (Balvé *et al.*, 2006: 79-125). A su vez, en mayo, los sindicatos de Fiat presentaron en el Plenario Nacional de Gremios Combativos convocado por la CGT cordobesa una propuesta de programa planteada como las “bases programáticas del movimiento obrero clasista”, que convocaba a barrer a “las direcciones sindicales al servicio del régimen y del sistema” y se pronunciaba por la liberación social y nacional y el socialismo.²⁶ Y en agosto realizaron un “Congreso Nacional de sindicatos combativos, agrupaciones clasistas y obreros revolucionarios” que, tras intensas polémicas, finalizó con una declaración en la que se planteaba la tarea de “crear el verdadero sindicalismo clasista y revolucionario” y el objetivo de “la destrucción definitiva del capitalismo, y por ende de su fase superior, el imperialismo, y por la construcción del socialismo”, adoptando la consigna “Ni golpe ni elección, revolución” y pronunciándose contra el GAN, La Hora del Pueblo y el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA).²⁷

El debate en el MRS se desencadenó cuando algunos de sus integrantes, en particular el PCR, VC y El Obrero, propusieron que el Movimiento se definiera en el mismo sentido que Fiat:

Las discusiones en el MRS serán: apoyo o no al programa de FIAT y al Congreso citado por sus sindicatos; denuncia o no del GAN (y sus “apoyaturas” la Hora del Pueblo y el Encuentro de los Argentinos) y definición como clasista o como combativo.²⁸

Todos los grupos de izquierda que tenían presencia en el SMATA (PCR, PB, PRT, PO, VC, El Obrero y Espartaco), salvo el PC, entendían al GAN y la convocatoria a elecciones como una trampa, y terminarían llamando a boicotear, votar en blanco o abstenerse en marzo de 1973.²⁹ A su vez, la cuestión de la definición como “clasista” o “combativo” plan-

26. “Sitrac-Sitram a los trabajadores y al pueblo argentino”, 22 de mayo de 1971, Archivo Sitrac/Carpeta1/Doc17.

27. “Plan de lucha aprobado en el plenario convocado por Sitrac-Sitram”, 28 de agosto de 1971, Archivo Sitrac/CarpetaD/Doc91.

28. Fierro y Reartes, *op. cit.*: 40.

29. Si bien en el Peronismo de Base a nivel nacional predominó la postura de voto crítico al FREJULI, en la regional cordobesa era fuerte la postura votoblanquista, por lo que se dejó en libertad de acción (Duhalde y Pérez, 2003: 90-91). Aunque PO compartía la postura contra el GAN, en ese momento VOM rechazó la necesidad de que el MRS planteara “el repudio a la Hora y al ENA porque ello hubiera imposibilitado un frente cuyo objetivo era derrotar a la burocracia y recuperar la democracia sindical como método para elaborar la definición política de la clase obrera”. “Triunfo histórico en el SMATA cordobés”, *Política Obrera*, n° 108, 3 de mayo de 1972, p. 7.

teaba el alineamiento que tendría el MRS respecto de las corrientes del movimiento obrero cordobés: con los clasistas de Fiat, o con la alianza de Atilio López (sindicalismo peronista legalista) y Agustín Tosco (gremios independientes) que desde abril encabezaba la CGT Córdoba. El triunfo de las posiciones más radicalizadas en la “mesa chica” del Movimiento llevó a que en ese momento los militantes y activistas vinculados al PC se retiraran del MRS.³⁰ El Partido Comunista integraba el ENA, era parte de los gremios independientes de Córdoba, y desde el inicio había recelado de la línea impulsada por los dirigentes de Fiat, a los que etiquetaba como divisionistas, “de signo ultraizquierdista, verbalista, frecuentemente anticomunista”.³¹

La represión y disolución de Sitrac-Sitram en octubre de 1971 (Brennan, 1996: 249-252; Mignon, 2014: 230-233) fue otro momento clave para el MRS. En toda la izquierda se abrió un proceso de análisis y debate en torno a las lecciones de esta experiencia, y, si bien el Movimiento no logró realizar un balance en común, esto tuvo impacto en el proceso de los mecánicos. En líneas generales, entre las fuerzas de izquierda que tenían presencia en el SMATA se configuraron tres posicionamientos sobre Sitrac-Sitram. El PC lo criticó duramente, planteando directamente que había sido una experiencia que “en los hechos perjudicó a los trabajadores del complejo FIAT, al movimiento obrero cordobés y a los intereses de la clase obrera del país”.³² El PRT, VC, el PCR, el PB y PO, con sus matices y diferencias, hicieron un análisis crítico. Partiendo de una reivindicación general de la experiencia, plantearon cuestionamientos, entre otras cosas, a la confusión entre organización sindical y partido revolucionario, a cierta separación de las direcciones respecto de las bases, al aislamiento en relación con el resto del movimiento obrero de Córdoba y a la falta de una respuesta efectiva ante la ofensiva represiva.³³ Por último, los grupos cordobeses

30. “El triunfo del MRS en el SMATA cordobés”, *Nueva Hora*, n° 92, 1era quincena de junio de 1972.

31. *La Mulita. Periódico de los trabajadores comunistas de Fiat*, septiembre de 1971, p. 3.

32. “¿Clasismo o aventurerismo? Sitrac-Sitram. Experiencias y enseñanzas”, Partido Comunista, agosto de 1972.

33. Ver, entre otras fuentes: “Desde Córdoba: Balance del movimiento clasista”, *El Combatiente*, n° 65, 19 de diciembre de 1971; “El Maoísta. Boletín de los militantes de VC de Fiat”, n° 2, enero de 1972; “Comandismo, una línea de derrota”, Comité Central PCR, 30 de noviembre de 1971; “Las enseñanzas del año que pasó”, *Evita, Órgano de difusión Peronismo de Base Regional Córdoba*, n° 10, febrero de 1972; “Defender a Sitrac-Sitram”, *Política Obrera*, n° 98, 10 de noviembre de 1971. También al PRT-LV correspondería incluirlo entre los que realizaron un balance crítico (González, 2006: 523-531).

El Obrero y Espartaco fueron quienes más se embanderaron en una defensa casi irrestricta de la experiencia y la línea de Fiat.³⁴

Las consecuencias prácticas de los distintos balances del proceso de Fiat se verían en la polémica en torno a la conformación de la Lista Marrón en el SMATA. Así, ante la convocatoria a las elecciones del SMATA cordobés para abril de 1972, la mayoría de las fuerzas del MRS procurarán ampliar el marco de alianzas contra el *torrismo* y no forzar definiciones que vayan por delante del proceso de las bases.³⁵

Esto se vio en particular en el PCR y VC, que, como vimos, previamente habían sido dos de las organizaciones que impulsaron las definiciones políticas y programáticas del MRS.³⁶ En la Conferencia Regional del PCR de Córdoba, realizada a fines de 1971, se definió al MRS del SMATA como “un camino original”,

que resuelve correctamente los errores de FIAT y alumbraba una línea para la recuperación de las organizaciones sindicales a través del frente único de las fuerzas avanzadas, particularmente peronistas y comunistas revolucionarios, en cuyo seno la disputa por la hegemonía es una cuestión viva, práctica, y que atiende al desarrollo real de la conciencia de clase, fundamentalmente a la experiencia realizada.³⁷

34. “Acerca de Sitrac-Sitram”, *El Obrero*, 26 de octubre de 1971; “Sitrac-Sitram. Responder al golpe reorganizando las fuerzas clasistas”, *Espartaco*, 16 de noviembre de 1971.

35. Ortiz registra este cambio en las experiencias del clasismo cordobés, formulándolo de la manera siguiente: “Luego de la disolución de los sindicatos de FIAT en Córdoba, los clasistas fueron ampliando las distancias con la idea de «vanguardia obrera» que ligaba al sindicato con la función del partido político revolucionario. A pesar de la heterogeneidad de experiencias clasistas durante el periodo 1972-1974, una de las constantes fue la búsqueda de una política frentista, pensando al sindicato como un espacio de identidad colectiva diversa que cristalizó en numerosos Movimientos de Recuperación Sindical” (Ortiz, 2015: 240).

36. Política Obrera señaló este cambio en la política del PCR del SMATA a partir del balance de Fiat: “Sólo porque este balance existió es que un sector de la ultraizquierda, la 1° de Mayo, pegó un viraje de 180° estructurando un frente con VOM, con el MUCS y con el Peronismo combativo” (“Triunfo histórico en el SMATA cordobés”, *Política Obrera*, n° 108, 3 de mayo de 1972, p. 6).

37. Fierro y Reartes, *op. cit.*, p. 41. Las conclusiones de la experiencia del SMATA cordobés quedarían luego plasmadas en las resoluciones del Segundo Congreso partidario: “El centro de la Agrupación es la lucha por reconquistar el sindicato para el clasismo revolucionario; lucha en la que busca términos de acuerdo con los delegados y activistas que representan a esas masas en lucha por expulsar a los jefes y traidores de los gremios, como es el caso de los Movimientos de Recuperación Sindical. En el desarrollo y construcción de esos acuerdos de frente único, las Agrupaciones clasistas establecen una pugna abierta por la dirección del gremio para el clasismo

En el mismo sentido, VC sostuvo:

los activistas revolucionarios que trabajamos en la Marrón, entre los que nos contamos, sacamos experiencias de los errores cometidos en el pasado. Se dejó de lado la subestimación de las elecciones como una instancia más –no la principal– en el enfrentamiento antiburocrático. Se abandonó el sectarismo programático, que intentaba dividir aguas desde el inicio con las corrientes reformistas, sin tener en cuenta el nivel de conciencia alcanzado por la vanguardia y las masas.³⁸

A diferencia de esto, El Obrero persistió en su política previa, planteando ahora el boicot a las elecciones sindicales. Más tarde, en tono autocrítico, sostendrían:

Planteando una posición superizquierdista frente a las futuras elecciones del gremio [...] planteábamos que había que impulsar el boicot por tramposas y como alternativa concreta una dirección surgida por asamblea.³⁹

El debate se dirimió en diciembre de 1971, cuando el MRS organizó una asamblea-asado en el local del Sindicato de Petroleros Privados en la que participaron 70 obreros, 30 de los cuales eran delegados de sección.⁴⁰ Con un informe a cargo de Salamanca, allí se tomó la decisión de constituir la Lista Marrón.

Fuertemente aislado, El Obrero haría una última intervención en marzo de 1972, abandonando su posición de boicot, pero exigiendo la adscripción del MRS a las resoluciones del Congreso de Sitrac-Sitram.⁴¹

revolucionario”. “Documentos aprobados por el Segundo Congreso del Partido Comunista Revolucionario”, 7, 8 y 9 de abril de 1972, en *Documentos aprobados por el PCR desde su 1° Congreso, diciembre de 1969, hasta su 2° Congreso, abril de 1972*, Publicaciones 35° aniversario del PCR, tomo 2, p. 203.

38. “El triunfo de la Marrón en el SMATA cordobés”, *No Transar*, n° 110, p. 7.

39. “Informe de la célula de Kaiser sobre su participación en el MRS y el proceso eleccionario”, *El Obrero*, 8 de marzo de 1972, p. 2. Sostiene Cormick en relación a la posición de *El Obrero* en el SMATA Córdoba: “Consecuentes con su práctica previa, los militantes de El Obrero subestimaron las posibilidades y potencialidades de la recuperación sindical y se orientaron con fuerza a la disputa ideológica con el reformismo” (2014: 9).

40. Fierro y Reartes, *op. cit.*, p. 41.

41. “Recién en marzo la c. [célula] advierte sus desviaciones; a raíz de charlas con PO se rediscute el boicot y se discute una posición que sitúa las elecciones en su justo lugar –no constituyen en sí mismas un método burocrático, y deben ser instrumen-

Nuevamente derrotado, se retiró definitivamente del MRS y, junto con Espartaco constituyó el “Núcleo de Activistas Clasistas del SMATA”, que llamaría a un “voto crítico” a la Lista Marrón, cuestionando “su actitud oportunista y vacilante”.⁴²

El Peronismo de Base se dividió: un sector se apartó llamando a votar en blanco, y otro decidió participar de la Lista Marrón,⁴³ pero sin poner candidatos para la Comisión Directiva:

Nosotros seguíamos manteniendo el concepto del Peronismo de Base de que vos te burocratizás. Esa fue la equivocación del Sitrac-Sitram, se montan arriba y hacen la discusión entre cuatro paredes y no bajan hacia abajo. Fue el primer gremio clasista, pero para llegar al gremio clasista faltaba mucho, la base se tenía que convencer, tenía que tener conciencia.⁴⁴

tadas, en lo posible, por los revolucionarios– [...]. También vemos la necesidad de romper con el oportunismo de PCR-PO, intentando obligarlos a levantar la declaración del 28 que ellos habían avalado. [...] Nuestra posición fue votada solamente por nuestros militantes”. “Documento interno de un militante de El Obrero de Kaiser”, *El Obrero*, 8 de mayo de 1972, p. 11.

42. “Fuera los agentes del gobierno y la patronal de nuestro gremio: Apoyo crítico al MRS-Lista Marrón”, Núcleo de Activistas Clasistas del SMATA, 18 de abril de 1972. Espartaco en sus volantes se mostró incluso más crítico, planteando directamente que la Lista Marrón “no ha servido más que para ofrecer una alternativa burocrática de izquierda” y que “nadie puede asegurar que de triunfar esta lista sea cualitativamente distinta a la de Bagué”. “Espartaco ante las elecciones del SMATA”, *Espartaco*, 6 de abril de 1972. La caracterización del MRS y la Lista Marrón realizada por Carlos Mignon se basó en gran medida en los materiales producidos en este período por *El Obrero* y *Espartaco* (Mignon, 2014: 246-259). Vale aclarar que ambas corrientes posteriormente se autocriticaron de estas posiciones, definiéndolas como “superizquierdistas”. Espartaco se integró al MRS poco después de su triunfo. “SMATA, La construcción de la dirección clasista”, *Espartaco*, junio de 1972. Y *El Obrero* entró en un proceso de discusión interna que, entre otras cosas, culminó con una “redefinición del clasismo” (Cormick, 2014). Cuando se sumó a la Lista Marrón de 1974 se autocriticó públicamente: “Nuestra organización ha pagado muy caro no tener en claro cómo se practica la unidad. Nosotros hace dos años atrás nos marginábamos de este proceso y posiblemente nos enfrentamos con nuestra posición a los trabajadores mecánicos, esta falta de claridad nos hizo caer en una posición sectaria que hoy autocriticamos”. “SMATA: Vote Lista Marrón”, *Periódico El Obrero*, mayo de 1974.

43. Así lo consignó la revista *Panorama* en una nota sobre las elecciones del SMATA cordobés: “Un sector del peronismo de base –ubicado a la izquierda del peronismo combativo que inspira nacionalmente Julio Guillán y simpatizantes de Raimundo Ongaro– decidió votar en blanco; y otro sector de ese mismo bloque, más radicalizado aún, optó por aliarse con la izquierda”. “Mecánicos: La victoria de la izquierda”, *Panorama*, n° 262, 4 al 10 de mayo de 1972, p. 25.

44. Entrevista a Juan Delgado, op. cit. Marcelo Raimundo afirma que el PB tenía cierto desprecio por los ámbitos sindicales que consideraba “superestructurales”, poniendo

Respecto del PRT-EC, Bohoslavsky refiere que “los activistas del PRT (o simpatizantes) participaron desde el inicio en la formación de la Marrón, pero eran minoritarios y siempre enfrentaron una dura resistencia de Salamanca, pero integraron la nueva directiva en puestos de segunda línea”.⁴⁵ Y el propio Santucho, estando en prisión, escribió un boletín interno tras el triunfo de la Lista Marrón señalando las tareas de los militantes partidarios en el SMATA Córdoba (Mattini, 2003: 139).

Por su parte, los activistas del PC tardaron un tiempo en terminar de definirse. Según PO, fue “el fracaso de un frente con el oficialismo depurado” lo que los terminó volcando a participar en la Marrón.⁴⁶ Efectivamente, para esta fuerza era incómoda la integración en una lista motorizada por fuerzas que caracterizaba como “ultraizquierdistas”, a lo que se sumaba el hecho de que en ese momento a nivel provincial los gremios independientes estaban aliados con el peronismo legalista, que incluía a la conducción del SMATA.⁴⁷

Finalmente, entonces, las organizaciones políticas de la izquierda que participaron de la Lista Marrón fueron el PCR, el PC, el PB, PO, VC y el PRT-EC.⁴⁸ Pero, como constantemente se encargaban de remarcar sus dirigentes, la lista no era simplemente un acuerdo entre tendencias político-sindicales, sino un frente de delegados y activistas, con una gran cantidad de independientes, en el que intervenían las distintas tendencias.⁴⁹

En el marco de la heterogeneidad de fuerzas presentes, dentro de la lista quedaron diferenciados dos grandes bloques. El primero, en-

el centro de su trabajo en la construcción de agrupaciones y la organización de las bases en cada sección y fábrica (2004: 119-121).

45. Comunicación personal con Abel Bohoslavsky, 23 de abril de 2015.

46. “Triunfo histórico en el SMATA cordobés”, *Política Obrera*, n° 108, 3 de mayo de 1972, p. 7.

47. Es ilustrativo que en el periódico del PC no apareciera ninguna nota sobre las elecciones del SMATA Córdoba en los meses previos a estas, y solo se publicara un breve balance posterior. “Estilo clasista y unitario en la victoria de la Lista Marrón”, *Nuestra Palabra*, n° 1141, 16 de mayo 1972, p. 7.

48. También los unificados PRT-LV y Partido Socialista Argentino –Secretaría Coral– dieron su apoyo a la Lista Marrón, caracterizándola como una lista “de izquierda y combativa”. “SMATA Córdoba: Los obreros votan a la izquierda”, *Avanzada Socialista*, n° 12, 17 de mayo de 1972.

49. Así lo señalaba Salamanca: “El MRS no es patrimonio de ninguna agrupación. A su surgimiento contribuyen hombres de diversas tendencias, con la idea de no hacer un organismo partidista ni sectorial, sino echar las bases de un movimiento amplio. [...] En el MRS no existen las tendencias, sino hombres que militan en diversas tendencias, y un grueso de compañeros independientes”. “Córdoba: la recuperación del SMATA”, *La Comuna*, n° 5, junio de 1972, p. 3.

cabezado por Salamanca como candidato a Secretario General, estaba conformado por las agrupaciones clasistas vinculadas a la izquierda revolucionaria marxista (PCR, PO, VC, PRT-EC) junto con activistas peronistas e independientes de izquierda, y, diferenciados pero cercanos, los militantes del Peronismo de Base. El otro, con el candidato a Secretario Gremial Hugo Rivero como principal referente, lo integraban los militantes del PC y el MUCS junto a activistas radicales, peronistas e independientes, muchos provenientes de la ex Lista Azul, y se ligaba al espacio gremial encabezado por Tosco.

Finalmente, la Lista Marrón quedó constituida como la expresión de una masa muy amplia de delegados y obreros combativos, encabezados por los activistas clasistas, que se oponían al *torrismo* desde definiciones antiburocráticas, antipatronales y antidictatoriales. Su programa hizo centro en la democracia sindical y en las reivindicaciones obreras postergadas, y se definió “contra las patronales, la Dictadura, los dirigentes traidores y conciliadores” y “por un sindicato de y para la clase obrera sin injerencia patronal ni estatal”.⁵⁰ Para la campaña apeló a la discusión y participación masiva de las bases mecánicas, con volantes diarios, alquilando un local y realizando asambleas en puerta de fábrica, y durante los días de la elección garantizó fiscales en todas las mesas y movilizó centenares de personas para el escrutinio.

El 28 de abril se conocieron los resultados: con una alta participación electoral, la Lista Marrón se impuso con 3.229 votos, contra 2.875 de la Lista Verde y Celeste del *torrismo*.⁵¹ Para las fuerzas que se referenciaban con el sindicalismo clasista, el triunfo era un gran paso adelante, y abría nuevas condiciones para lo que seguía siendo la tarea central: el desarrollo del clasismo entre las bases mecánicas. En ese sentido se pronunció Salamanca cuando, unos meses después del triunfo, le pidieron una caracterización de la nueva conducción:

Te diría que es clasista y reformista a la vez. Porque hay una alianza entre clasistas y reformistas donde ninguna de las dos corrientes tiene hegemonía. Factores como la práctica de la democracia sindical, la movilización y participación continua de la gente, la lucha interna contra la burocracia, ayudan a que se vaya avanzando a posiciones clasistas. Es claro que lo

50. “Los diez puntos de la Marrón”, MRS-Lista Marrón, en *Política Obrera*, n° 109, 10 de mayo de 1972, p. 5. Además de las consignas, la Lista Marrón publicó materiales fundamentando ampliamente los puntos citados. Ver en *Nuevo Hombre*, n° 29, 1 de mayo 1972, p. 13.

51. “Elecciones: Mecánicos”, *Documentación e Información Laboral*, n° 147, mayo de 1970, p. 112.

fundamental es la afirmación y desarrollo del clasismo en las bases obreras del SMATA; esto definirá el rumbo.⁵²

Consideraciones finales

La izquierda fue un fenómeno siempre presente en el SMATA Córdoba, pero fue hacia fines de los 60, en el marco de la dictadura de Onganía, del debilitamiento del *torrismo*, de la radicalización política general y del surgimiento de las nuevas organizaciones de la izquierda revolucionaria, cuando esta cobró un nuevo impulso, constituyéndose como uno de los elementos clave que posibilitaron la construcción de una alternativa de dirección sindical.

En cuanto a la experiencia del SMATA Córdoba, la indagación pormenorizada sobre las distintas fuerzas presentes entre los mecánicos, sus orígenes, formas de inserción, influencia y posicionamientos era una cuenta pendiente.⁵³ La gran cantidad de organizaciones registradas en este trabajo solo permitió realizar una primera aproximación sobre la actuación y las características específicas de cada una, lo que abre el camino para futuras indagaciones.

Al calor de la ofensiva de la dictadura y las patronales automotrices, de las grandes luchas protagonizadas por los mecánicos, como el Cordobazo y las ocupaciones fabriles de 1970, y de la influencia de Sitrac-Sitram, en esta fracción obrera fue cobrando fuerza una línea de acción sindical clasista. En la medida en que el *torrismo* fue entrando en crisis y descomposición se planteó la necesidad de una alternativa de dirección, y allí las organizaciones de izquierda que se referenciaban en la experiencia clasista de Fiat, junto con otras fuerzas y una gran cantidad de activistas independientes, jugaron un rol protagónico impulsando la constitución del MRS.

El período abordado, marcado por el GAN y la perspectiva de apertura electoral, fue un momento de definiciones, reelaboraciones e incluso de cambios programáticos para muchas de las organizaciones de la izquierda, y esto se plasmó también en cuanto a sus líneas de intervención en el movimiento obrero. En relación con esto, la experiencia de Fiat fue

52. "MRS y clasismo", *La Comuna*, n° 7, diciembre de 1972, p. 5.

53. En este punto, creemos pertinente la observación realizada por Héctor Lobbe: "Hasta el momento, la historiografía ha eludido sistemáticamente sumergirse en la relación entre la izquierda revolucionaria y la movilización obrera a mediados de la década del 70. Sospechamos que tal actitud no responde únicamente a la dificultad en acceder a los documentos producidos por las diferentes organizaciones de izquierda. Por el contrario, pareciera que se intentara deliberadamente ignorar esa presencia y, aún más, el rol de conducción de fracciones avanzadas de la clase obrera" (Lobbe, 2009: 32).

central, tanto porque mostró la posibilidad concreta de una dirección sindical clasista como por las lecciones que dejó su derrota. El balance crítico realizado por la mayoría de las organizaciones de la izquierda revolucionaria fue uno de los factores que llevaron a la consolidación del MRS como un movimiento amplio basado en posicionamientos antiburocráticos, antipatronales y antidictatoriales. Incluso las pocas fuerzas que rechazaron estas definiciones poco después se autocriticarían. Por lo tanto, las características y el programa de la Lista Marrón no encuentran su explicación en un “apoliticismo” o “moderación”, sino que en última instancia fueron expresión tanto de las especificidades del proceso del SMATA, atendiendo al nivel de conciencia alcanzado por las bases y a las fuerzas políticas presentes, como también de las conclusiones sacadas en la izquierda respecto de la experiencia de Sitrac-Sitram.

Sin lugar a dudas, el triunfo de la Lista Marrón en uno de los sindicatos más importantes de la convulsionada provincia de Córdoba significó en su momento un gran salto para el sindicalismo clasista. Lejos de desaparecer tras el golpe sufrido con la derrota de Fiat, como pretendían la dictadura y el conjunto de las clases dominantes, el clasismo rápidamente se levantaba, abriendo nuevas perspectivas para su crecimiento en la clase obrera argentina.

Bibliografía

- Balvé, Beba *et al.* (2006), *Lucha de calles, lucha de clases: elementos para su análisis. Córdoba 1971-1969*, Buenos Aires: Ediciones RyR-CICSO.
- Basualdo, Victoria y Federico Lorenz (2012), “Los trabajadores industriales argentinos en la primera mitad de la década del 70: propuestas para una agenda de investigación a partir del análisis comparativo de casos”, *Páginas. Revista digital de la Escuela de Historia*, UNR, año IV, n° 6, Rosario, pp. 123-157.
- Bergstein, Jorge (1987), *El “Cordobazo”. Memorias, testimonios, reflexiones*, Buenos Aires: Cartago.
- Bohoslavsky, Abel (2011), “Biografías y relatos insurgentes. La historia del PRT en la memoria de Abel Bohoslavsky”, *Sísifo*, año I, n° 1, Buenos Aires.
- Brennan, James P. (1996), *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Brennan, James P. y Mónica Gordillo (2008), *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata: De la Campana.
- Cangiano, María Cecilia (1993), “Pensando a los trabajadores: la historiografía obrera contemporánea argentina entre el dogmatismo y la innovación”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera Serie, n° 8, Buenos Aires, pp. 117-132.
- Campellone, José y Marisabel Arriola (2006), *SMATA Seccional Córdoba. 50 años de vida, 50 años de lucha*, Córdoba: M.E.L. Editor.

- Cormick, Federico (2014), "La Organización Comunista Poder Obrero y su perspectiva en el movimiento obrero. Una apuesta al clasismo: Del Sitrac Sitram a Villa Constitución", en *VIII Jornadas de Sociología de la UNLP*, Buenos Aires.
- Duhalde, Eduardo L. y Eduardo M. Pérez (2003), *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*. Tomo 1: *Las FAP*, Buenos Aires: De la Campana.
- Ferrero, Roberto (2009), *Del mutualismo al Cordobazo. Breve historia del movimiento obrero de Córdoba*, Córdoba: CEPEN.
- González, Ernesto (coord.) (2006), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. Tomo 4: *El PRT La Verdad, ante el Cordobazo y el clasismo*, vol. 1, Buenos Aires: Fundación Pluma.
- Gordillo, Mónica (1996), *Córdoba en los 60. La experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba: REUN.
- Laufer, Rodolfo (2016), "El clasismo en el SMATA Córdoba. Ocupaciones fabriles, democracia sindical e izquierda clasista: la toma de la matrícula Perdiel, mayo de 1970", *Estudios del Trabajo*, n° 49, ASET, Buenos Aires, pp. 91-121.
- (2017a), "Clasismo y violencia obrera en el SMATA Córdoba. Las ocupaciones de Perdiel, 1970", *Cuadernos de Marte*, n° 12, Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA), Buenos Aires, pp. 117-145.
 - (2017b), "Análisis crítico de las tesis de James Brennan sobre el clasismo cordobés", *Conflicto Social*, n° 18, Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA), Buenos Aires, pp. 196-223.
- Lobbe, Héctor (2009), *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Buenos Aires: RyR.
- Lorenz, Federico (2007), *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Mangiantini, Martín (2014), "Clase y partido. Surgimiento, proletarización y militancia fabril del PRT-La Verdad (1968-1972)", *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, año II, n° 4, Buenos Aires, pp. 31-52.
- Mattini, Luis (2003), *Hombres y mujeres del PRT-ERP: la pasión militante*, Buenos Aires: De la Campana.
- Menéndez, Héctor (2009), "El fracaso de la dirección obrera y las causas de la derrota después del Cordobazo", en *Jornadas "A 40 años del Cordobazo"*, Córdoba.
- Mignon, Carlos (2014), *Córdoba obrera. El sindicato en la fábrica 1968-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Ortiz, María Laura (2015), *Violencia y represión. Los trabajadores clasistas en Córdoba, 1969-1976*, tesis de doctorado inédita, FFyL-UBA, Buenos Aires.
- Pacheco, Julieta (2013), "La regional cordobesa del Movimiento de Liberación Nacional (MLN): un caso de radicalización política como producto de la

- agudización de la represión dictatorial (1966-1969)", *Historia, Voces y Memoria. Revista del Programa de Historia Oral*, INDEAL-FFyL-UBA, n° 6, Buenos Aires, pp. 155-183.
- Pozzi, Pablo (2004), *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires: Eudeba.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider (2000), *Los setentistas. Izquierda y clase obrera (1969-1976)*, Buenos Aires: Eudeba.
- Raimundo, Marcelo (2004), "Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: Una experiencia alternativa", *Sociohistórica*, n° 15-16, UNLP, pp. 99-128.
- Rot, Gabriel (2016), "Un balance de los estudios sobre las Organizaciones Político-Militares argentinas", *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, año V, n° 9, Buenos Aires, pp. 33-53.
- Sánchez, Pilar (2008), *El gordo Antonio. Vida, pasión y asesinato del dirigente comunista revolucionario César Gody Álvarez*, Buenos Aires: Ágora.
- Torres, Elpidio (1999), *El Cordobazo. La historia*, Buenos Aires: Catálogos.
- Werner, Ruth y Facundo Aguirre (2009), *Insurgencia obrera en la Argentina, 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires: Ediciones IPS.

* * *

Título: Left and *clasismo* in the '70s. Debates about the Trade Union Recovery Movement - Brown List of SMATA Córdoba

Resumen: El presente artículo indaga sobre los orígenes y el desarrollo de las distintas organizaciones de izquierda presentes entre los trabajadores mecánicos del SMATA Córdoba a inicios de los 70: Partido Comunista Revolucionario, Partido Comunista, Peronismo de Base, Política Obrera, Vanguardia Comunista, Partido Revolucionario de los Trabajadores, El Obrero y Espartaco. En particular, analiza sus posicionamientos y debates en torno a la construcción del Movimiento de Recuperación Sindical - Lista Marrón, que llegó a la conducción sindical en abril de 1972. De esta forma, muestra el importante rol que la izquierda jugó en la construcción de una alternativa a la dirección sindical encabezada por Elpidio Torres, referente del peronismo vandorista, y analiza cómo impactó en este proceso el balance realizado sobre la experiencia clasista de Sitrac-Sitram.

Palabras clave: clasismo – izquierda – SMATA – Córdoba

Abstract: This paper explores the origins and development of the different organizations of the left present among the mechanic workers of SMATA Córdoba in the early 70's: Partido Comunista Revolucionario, Partido Comunista, Peronismo de Base, Política Obrera, Vanguardia Comunista, Partido Revolucionario de los Trabajadores, El Obrero y Espartaco. Specifically, it analyzes its positions and debates around the construction of the Trade Union Recovery Movement - Brown List, which won the union leadership in April 1972. In this way, it shows the key role played by the left in the construction of an alternative to the trade

union leadership led by the *peronista vanguardista* Elpidio Torres, and analyzes how the conclusions drawn on the *clasista* experience of Sitrac-Sitram impacted in this process.

Keywords: *clasismo* – left – SMATA – Córdoba

Recepción: 24 de junio de 2017. **Aprobación:** 12 de diciembre de 2017.

Auge y crisis del Partido Socialista pampeano y su rol en la organización del movimiento agrario (1913-1921)

Federico Martocci

IESH, UNLPam
fedmartocci@hotmail.com

Introducción

En la edición conmemorativa del primero de mayo, el órgano de prensa del Centro Socialista de Santa Rosa (capital del Territorio Nacional de La Pampa), cuyo título era *Germinal*,¹ repasaba en 1920 su desempeño en materia política, cooperativa, cultural y gremial. Sobre este último punto, los socialistas señalaban:

Siendo nuestro Territorio, esencialmente agrícola-ganadero, la acción gremial socialista se ha dirigido con preferencia a la organización de los trabajadores del campo. [...] El gran movimiento agrario de 1912, terminado con la conquista de importantes mejoras para los trabajadores del campo, fué iniciado por socialistas. Entre ellos merece mencionarse al ciudadano Antonio Buira afiliado a nuestro Centro y ex-Secretario General de la Liga Agraria de La Pampa y principal organizador del movimiento. [...] Reorganizada precipitadamente la Liga Agraria en 1919 los chacareros se lanzaron en el mismo año a una nueva huelga. La brutal represión del gobierno radical sofocó el movimiento mandando a la cárcel a los más activos e inteligente[s] chacareros. Entre ellos a nuestros compañeros Antonio Buira y Luis Glerean. [...] Con el fracaso de este movimiento terminado con solo algunas ligeras ventajas obtenidas por algunas colonias, la organización de los agrarios decayó.

1. Este periódico se fundó en 1914 y en 1925 se convirtió en el órgano de prensa de la Federación Socialista Pampeana, creada ese mismo año. Desde 1919 se publicó con una frecuencia semanal y en 1927 pasó a ser diario, editado siempre en la ciudad de Santa Rosa.

Pero no ha muerto. La situación insegura del chacarero, la constante obra de educación ejercida por el socialismo ha hecho revivir en los agrarios la necesidad de unirse para poder subsistir y triunfar.²

De inmediato agregaban que el movimiento gremial carecía de “consistencia” en Santa Rosa, la ciudad más importante del Territorio, razón por la cual habían intentado organizar a los panaderos y tipógrafos aunque sin “mayores resultados”. Por tal motivo, a siete años de la creación de dicho Centro, el primero del Partido Socialista (PS) en la zona, ellos reconocían que en lo referido a la organización de los trabajadores los logros principales hasta entonces se habían alcanzado en el campo y mediante el accionar de los propios “agrarios”, entre ellos Antonio Buira y Luis Glerean. Pero estos eran solo dos de los muchos que integraban las filas socialistas, como demostraremos aquí. Vale plantear entonces un argumento que estructura la pesquisa: para decirlo sintéticamente, la tesis sobre el fracaso del proyecto que el PS esbozó para el agro a comienzos del siglo XX constituye más bien un obstáculo para avanzar en el análisis de la expansión de esa cultura de izquierda en el interior argentino.³ El propósito de este artículo es analizar el despliegue de esa fuerza política en una región rural teniendo en cuenta la gravitación que tuvieron en el PS los habitantes del agro.

Sin desconocer las limitaciones que experimentó el socialismo para llevar su propaganda al medio rural, hecho que daría cuenta de la escasa incidencia de esa fuerza política en el agro (Barandiarán, 2010), aquí procuramos retomar esa discusión, brindar nuevas evidencias y complejizar ciertas interpretaciones. A modo de hipótesis, podemos adelantar que durante su etapa inicial la dirigencia del PS en el Territorio pampeano tuvo un carácter mucho más *plebeyo* que el de la elite parlamentaria nacional del socialismo (a quienes identificaban con sectores universitarios) y que en sus filas existía una nutrida cantidad de agricultores. Si bien algunos leían *La Vanguardia* y participaban de las luchas agrarias antes de la creación del PS en la región, con la expansión del partido en esa zona del interior argentino la relevancia que adquirieron fue más notoria y bregaron por la organización de las masas rurales. La activa militancia gremial de algunos, en particular de Antonio Buira (el referente más importante), los llevó a cuestionar el desempeño partidario en el plano político, a desestimar importantes propuestas de la dirigencia socialista nacional y a abandonar las filas

2. *Germinal*, 29 de abril de 1920, n° 194, Santa Rosa.

3. En relación con dicha tesis, véase Adelman (1989).

del PS junto con otros “terceristas” luego del IV Congreso Extraordinario de 1921, llevado a cabo en Bahía Blanca.

Otros investigadores demostraron la participación de los socialistas en la huelga agraria de 1919 (Asquini, 1999; Valencia, 2008b), así como en diversas instancias de organización de los trabajadores en las ciudades más pobladas (Valencia, 2008a). Sin embargo, ninguno se concentró en la enorme difusión que tuvo el PS en las zonas rurales, ya sea a partir de la presencia de militantes, de la distribución de periódicos y otras publicaciones o de la organización de pequeñas bibliotecas en las que se realizaban diversas actividades de carácter cultural. En trabajos anteriores dimos cuenta de las acciones socialistas en materia cultural (Martocci, 2015), pero aquí focalizaremos en la organización del movimiento agrario en el período que va de 1913 a 1921, es decir, entre la creación del PS en el Territorio pampeano y la desarticulación de la Liga Agraria a raíz de la represión estatal. Como se podrá advertir, no era casual que muchos integrantes de dicha Liga se identificaran con el socialismo y que el PS, como se ve en la cita inicial, se arrogara la organización de los “trabajadores del campo” en la década del diez e hiciera mención de dos agricultores del partido: Buirá y Glerean. Pero estos no eran los únicos: Emilio Ottone integraba con ellos el Centro Socialista santarroseño y había otros desperdigados por las zonas rurales, entre ellos Demetrio Buirá, Emilio Carnicelli, Florentino Ghiribaldi, Blas Nuevas y Eliseo Tarquini. Excepto Demetrio (hermano de Antonio), que era un pequeño propietario, los otros hasta donde sabemos arrendaban tierras en diferentes colonias agrícolas de la región. Por ello, conocían de primera mano la problemática agraria, eje central de los tópicos que el PS colocaba en el debate público nacional.

Aquí veremos que muchos de los líderes agrarios del Territorio abrevaban en el socialismo, que concebían como un logro resonante la organización de la Liga Agraria y, especialmente, que no acataban de manera acrítica el proceder y las posturas de la dirigencia nacional. Por el contrario, en ocasiones analizaron con gran autonomía la realidad partidaria y tomaron como base sus propias experiencias para discutir temas delicados, por ejemplo la conflictiva relación entre el PS y el movimiento obrero, cuestión que ha sido visitada por los historiadores.⁴ La concepción de Juan B. Justo al respecto establecía que la lucha política y la sindical debían fluir por sendas paralelas pero separadas, posición que imprimió a ese vínculo un carácter esquivo. Si bien dicha postura se consolidó en el XIV Congreso Ordinario de 1918 (Camarero, 2005: 188-189; Herrera, 2007: 30-31), ello no obturó la emergencia de

4. Véase Tortti (1989), Camarero y Schneider (1991), Camarero (2005 y 2015), Martínez Mazzola (2011) y Ceruso (2015 y 2017).

críticas contra la estrategia reformista. La creación en 1914 del Comité de Propaganda Gremial (CPG), cuyo principal dirigente era José Penelón, constituía un antecedente porque entre las preocupaciones de sus impulsores estaba la dispersión de los trabajadores del PS (Camarero, 2015: 165-169).

Sin considerar detenidamente las posturas del socialismo local ante la problemática gremial es difícil explicar la ascendencia que alcanzaron estos agricultores en el ámbito rural. Ese desconocimiento llevó a otros autores a exaltar en demasía la presencia anarquista en el agro y desestimar por completo el papel del PS (Doeswijk, 2014: 124-142) o a postular que los socialistas se inclinaban en bloque a la actividad política y dejaban de lado la vinculación con los trabajadores (Folco, 2014: 124). Aquí rebatiremos estas posturas mediante la exploración de libros y folletos publicados por La Vanguardia, cartas y notas de agricultores, el expediente judicial realizado por la detención de socialistas en la huelga agraria de 1919 y la prensa partidaria (especialmente *Germinál*). Reconstruiremos así el rol del PS en la organización del movimiento agrario, las críticas de algunos líderes al accionar socialista en el plano político y las consecuencias que ello tuvo a inicios de la década del 20, a saber, la retracción de la lucha agraria y la pérdida de afiliados experimentada por el PS.

Consideraciones sobre el socialismo pampeano en sus primeros años

En 1913 se creó en el Territorio el PS y su primer Centro fue el de Santa Rosa. Uno de sus impulsores fue Pedro E. Pico, abogado y dramaturgo nacido en Buenos Aires que entre 1912 y 1918 se radicó en Santa Rosa, puso un estudio jurídico y militó a favor de la organización agraria, de reformar los contratos de arrendamiento y del cooperativismo. Pico acompañó en 1913 a los flamantes diputados nacionales del PS Juan B. Justo y Nicolás Repetto en la gira que realizaron por el Territorio. En esa gira los diputados visitaron campos de la región y es probable que conocieran a algunos de los principales referentes de la Liga Agraria. En un alto que hicieron luego de recorrer campos en el norte pampeano, estuvieron en la chacra de Luis Denegri, activo agricultor georgista ya en esa época que, posteriormente, presidió la Liga (Armani, 2006: 151). Quizá también en esa ocasión conocieron a Buira, quien en 1912 fue uno de los artífices de la organización de la Liga Agraria en la colonia Inés y Carlota, entidad de la que fue secretario general.

¿Era casual que Justo y Repetto visitaran la región y recalaran en los campos? A todas luces no lo era, debido, por un lado, a que la cuestión agraria era un tema central para el PS desde los albores del siglo XX

(Graciano, 2006) e incluso el programa para el campo (1901) se inscribía en un proceso de expansión partidaria hacia el interior que contemplaba problemas vitales para una nutrida población rural (Poy, 2016) y, por otro, a que los agricultores pampeanos en muchos casos se identificaban con el socialismo. Un ejemplo es el de Eliseo Tarquini, que ya entre 1908 y 1910 leía y solía escribir notas en *La Vanguardia* (Adelman, 1989: 329-330). Esta evidencia, que amerita un abordaje aparte, da cuenta de que algunos agricultores leían el principal diario socialista antes de la emergencia del PS en esas latitudes. Tarquini fue también un líder agrario y un colaborador de *Germinal*, periódico que desde sus primeros años analizó temas vinculados con el agro. Por ejemplo, criticaban la desunión de los agricultores, y lo hacían a partir de un diálogo titulado “La Crisis y el Labriego”: allí este último le preguntaba a la primera por qué se empeñaba en habitar sus campos, siendo que en las ciudades tenía un próspero ámbito de acción; la Crisis le respondía que no se iría porque los labriegos, pese a ser más fuertes que los hombres “de ciudad”, carecían del valor y la capacidad para utilizar la fuerza con el objetivo de expulsarla.⁵

En 1914 el Territorio contaba con una población de 101.338 habitantes, cifra que hacia 1920 trepó a 122.535. Las ciudades más pobladas eran Santa Rosa y General Pico, que a inicios de los años 20 tenían 5.563 y 6.449 habitantes, respectivamente. En las otras localidades los habitantes no alcanzaban siquiera los 3.000, excepto en Intendente Alvear y General Acha que estaban cerca de ese guarismo (Di Liscia y Lluch, 2014: 104-105). Para 1914, la población total del Territorio se dividía en 47.387 habitantes urbanos y 53.591 rurales, cifra esta última que en 1920 bajó a 49.421 (*Censo General del Territorio Nacional de la Pampa*, 1942: 16). En un espacio con estas características, cuya economía se basaba en la producción primaria y carecía de industrias importantes, la mayoría de las explotaciones dedicadas a la agricultura, la actividad económica más importante, se encontraban bajo arrendamiento (más del 70%). En ese marco, se explica que el PS ejerciera influencia entre los productores y que la conformación partidaria presentara diferencias respecto de la que tenía el socialismo en Buenos Aires u otras ciudades populosas del país. Detengámonos un momento en el carácter *plebeyo* del PS pampeano.

Para 1914 el PS santarroseño tenía unos cincuenta afiliados, de los cuales veinte asistían a las asambleas mensuales. Sin embargo, los buenos resultados electorales entre 1914 y 1915 dieron lugar a la fundación de nuevos centros en General Pico (1916), Eduardo Castex (1918) y Realicó (1919) (Valencia, 2008a: 55-69). Esta expansión para

5. *Germinal*, n° 11, 6 de septiembre de 1915, Santa Rosa.

Germinal representaba “el despertar de conciencia proletaria”.⁶ Ese periódico no solo circulaba en las localidades, sino además en las zonas rurales. En muchos casos sus agentes eran agricultores, como sucedía en Anguil, Alpachiri y Eduardo Castex con Alonso Blanco, Nicolás Lazarte y Juan Bottino, respectivamente.⁷ Emilio Carnicelli era agente en colonia La Gloria y Antonio Tarquini, el hermano de Eliseo, en colonia Inés y Carlota.⁸ Las colonias agrícolas eran espacios donde se leía *Germinal*.

Los agricultores no se limitaban a la lectura de la prensa, ya que además participaban en las actividades del PS. Antonio Buirra fue uno de los oradores en el acto organizado antes de las elecciones de 1914, y lo hizo junto a los candidatos Pedro E. Pico y Amelio Spongia Friderich.⁹ El 1 de mayo de 1916 también fue Buirra el que habló en la plaza capitalina sobre la significación de esa fecha¹⁰ y, además, representó al Centro Socialista de Santa Rosa en el II Congreso Extraordinario del PS, llevado a cabo en Buenos Aires durante julio de 1915. También fue delegado del Centro en el XIII Congreso Ordinario del PS (1916), en el III Congreso Extraordinario del PS (1917) y en el IV Congreso Extraordinario del PS (1921), situación que denota su relevancia en las filas socialistas.

Nacido en 1884 en Marsella, Francia, mientras sus padres viajaban desde España a América, Buirra vivió en las provincias de Santa Fe y Córdoba antes de recalar con su familia en el Territorio. Cuando se incorporó al Centro santarroseño ya era un referente agrario y tenía una nutrida experiencia en el ámbito gremial: por ello, como veremos, reconocía que llegó al PS a partir de su accionar en ese ámbito. Cabe advertir que Buirra tuvo esa significación en un marco particular: la dirigencia del PS estaba integrada por Pico (abogado), Spongia Friderich (agente judicial), Hugo Nale (constructor de obras), Domingo Gentili (autodidacta), Antonio Nale (sastre), Nicolás Pracilio (gomero), Víctor Lordi (mecánico), Lázaro Galdín (peluquero), Juan Pagés (peluquero), Simón Elizondo (librero), Emilio Ottone (agricultor), Demetrio Buirra (agricultor), Luis Glerean (agricultor), Arturo García (comerciante) y Pedro Olivieri (comerciante), entre otros.¹¹ Hugo Nale fue a su vez su secretario general y uno de los directores de *Germinal*. Buirra no era el único agricultor que integró la dirigencia, pero sin duda fue el más

6. *Germinal*, n° 153, 10 de julio de 1919, Santa Rosa.

7. *Germinal*, n° 156, 31 de julio de 1919, y n° 160, 28 de agosto de 1919, Santa Rosa.

8. *Germinal*, n° 166, 9 de octubre de 1919, Santa Rosa.

9. *Germinal*, n° 2, 12 de septiembre de 1914, Santa Rosa.

10. *Germinal*, n° 30, 1 de mayo de 1916, Santa Rosa.

11. En todos los casos, integraron en diferentes épocas la Comisión Administrativa del Centro capitalino.

importante. Al promediar 1916 presidía las reuniones de la Comisión Administrativa y ese mismo año fue candidato junto a Hugo Nale para ocupar una banca en el Concejo Municipal de Santa Rosa, pero no accedió porque perdieron las elecciones.¹² En marzo de 1920 otra vez se postuló, junto a Pico, Nale y Glerean, aunque fueron nuevamente derrotados.¹³ Como puede advertirse, la dirigencia local del PS estaba integrada por hombres con ocupaciones disímiles y que, salvo excepciones, no tenían estudios universitarios, a diferencia de aquellos que monopolizaban la representación parlamentaria socialista.

Un conjunto de agricultores adquirió durante los primeros años del socialismo pampeano una relevancia notoria. Como se verá en el próximo apartado, desde ese lugar procuraron la organización de las masas rurales, especialmente de los arrendatarios, y lideraron una de las más importantes huelgas agrarias de la región. Sin embargo, algunos abandonaron el PS luego de que la represión estatal sofocara esa huelga, en un contexto de serios conflictos hacia el interior del socialismo argentino. Ciertas diferencias, no obstante, se podían ver claramente desde hacía varios años. La postura del PS (en especial de Justo) sobre el lugar y la función de la actividad política y la gremial dio lugar a un permanente debate interno, que se remontaba a la década inicial del siglo XX, cuando el grupo que luego integró el *sindicalismo* planteó por primera vez el tema y se escindió del PS (Camarero, 2015: 162-164).¹⁴

La dirigencia del PS santarroseño no fue ajena a ese debate. En el II Congreso Extraordinario, luego de una intervención del delegado Amadeo Argibay en la que planteó la influencia “completamente nula” del PS en el movimiento obrero,¹⁵ Buira pidió la palabra. Allí afirmó que los socialistas pampeanos, sin descuidar la intervención política, se habían dedicado a “la acción puramente gremial”. Por eso, reclamaba que “se diera preferente atención a la organización gremial de los trabajadores” en el Congreso. Luego de las intervenciones de otros delegados, Buira agregó que la influencia que tenía “en otra época” el PS dentro de la organización gremial había sido reemplazada por “una grandísima actividad política y electoral”. Por ello, lamentaba el “aislamiento” en que vivían muchos socialistas que estaban “encerrados” en los Centros y “descuidando por completo la acción dentro del movimiento gremial”. Y al concluir, señalaba que, si bien no le restaba importancia a la acción política, él había llegado al PS “por medio de la asociación gremial”, razón

12. *Germinal*, n° 42, 1 de noviembre de 1916, Santa Rosa.

13. *Germinal*, n° 189, 18 de marzo de 1920, Santa Rosa.

14. En relación con las críticas del sindicalismo al parlamentarismo, ver Belkin (2013).

15. Partido Socialista, *Versión taquigráfica del II Congreso Extraordinario (XIV Congreso Nacional)*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso y Cía., 2015, p. 172.

por la cual creía que era allí donde se formaba “la verdadera conciencia política de los trabajadores”, palabras que fueron muy aplaudidas.¹⁶

Antonio Buirra escuchó personalmente además las discusiones en el III Congreso Extraordinario del PS, donde el grupo parlamentario del Comité Ejecutivo (de tendencia aliadófila) fue derrotado por la minoría, entre ellos Juan Ferlini, José Penelón y Agustín Muzzio, que se negaba a apoyar la ruptura de relaciones con Alemania y mantenía la posición “internacionalista” (Campione, 2005a: 20; Camarero, 2017: 146-147). Penelón en esa oportunidad planteó que el PS debía ser un “partido revolucionario” antes que el “partido de gobierno”, en una dura réplica a Justo (Tarcus, 2007: 498; Camarero, 2017: 148). En esa coyuntura intrapartidaria se enfrentaron dos grupos diferenciados: por un lado, la elite del PS, integrada por sectores universitarios (médicos y abogados), que provenían en ciertos casos de familias de buena posición económica, y con experiencia parlamentaria; por otro lado, un sector juvenil, situado fuera del ámbito parlamentario y que carecía de formación universitaria (Campione, 2005b: 156). Quizá Buirra, que tuvo escasas intervenciones en el Congreso,¹⁷ maduró en ese contexto las ideas sobre la dirigencia partidaria que a inicios de la década siguiente fueron nodales en su decisión de abandonar el PS e ingresar al Partido Comunista (PC).

Germinal al informar a sus lectores sobre el III Congreso Extraordinario se jactaba, al analizar el triunfo de la minoría, de que en el socialismo no había “caudillos” ni “jefes”, así como también que para ellos la democracia era “algo más que una bella teoría, algo más que una abstracción generosa o una frase capaz de dar substancia al discurso y de señalar una aspiración colectiva”. Para los redactores, incluso era “pueril” hablar “de desgarramientos y de renunciaciones”, como hacían los opositores. El ejemplo que corroboraba sus planteos había tenido lugar el 1 de mayo, cuando “cogidos del brazo marchaban” dos referentes de las “tendencias antagónicas”: de Tomaso y Ferlini. Así desmentían, según ellos, las opiniones de aquellos que “solo conciben la unanimidad y el incondicionalismo y hacen del culto a los hombres la base política de una democracia”.¹⁸ Sin duda, la interpretación que hacían era demasiado optimista, ya que las derivas del conflicto terminaron con una nueva escisión del PS y con la salida de varios militantes del socialismo santarroseño en los años posteriores. Pero aún para eso faltaba tiempo; ahora centremos la atención en el rol que tuvieron los agricultores so-

16. Partido Socialista, *Versión taquigráfica del II Congreso Extraordinario (XIV Congreso Nacional)*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso y Cía., 2015, pp. 160-161 y 173-175.

17. Ver *III Congreso Nacional Extraordinario del PS* (1917: 12).

18. *Germinal*, 1 de mayo de 1917, n° 52, Santa Rosa.

cialistas en la organización del movimiento agrario durante la segunda mitad de las década del 10.

La organización agraria: ¿un logro socialista?

Como adelantamos, algunos agricultores socialistas tuvieron participación activa en el movimiento agrario antes de la constitución formal del PS. Luego del Grito de Alcorta, el 18 de agosto de 1912 Antonio Buirá organizó la Liga Agraria en la colonia Inés y Carlota y al mes siguiente la entidad quedó constituida. Él fue su secretario general y lo secundó Eliseo Tarquini. Si bien durante la Gran Guerra la Liga estuvo prácticamente desarticulada, una vez reorganizada en 1918 Buirá se desempeñó nuevamente como secretario general de la entidad y la presidencia recayó en Luis Denegri, un agricultor vinculado con el Centro Socialista de Santa Rosa. A decir verdad, dicha reorganización fue fruto del accionar en el ámbito rural de los agricultores socialistas, ya sea que formaran parte efectivamente o no del Centro capitalino. Antes veíamos que Buirá en 1915 planteaba en el II Congreso Extraordinario que los socialistas pampeanos se dedicaban con ahínco “a la acción puramente gremial”. Sin duda, se refería a las tareas realizadas para organizar a los colonos. Ese mismo año en *Germinal* podía leerse lo siguiente, luego de la realización de una asamblea en la colonia Espiga de Oro ante la pretensión del propietario de subir los arrendamientos: “La actitud de los colonos merece toda nuestra simpatía y hemos de acompañarlos desde aquí con el mayor entusiasmo. [...] Pero los colonos ya conocen el camino del éxito, y una vez más demostrarán lo que puede la unión y la conciencia de clase”. En la misma edición, señalaban que Buirá fue convocado especialmente a la reunión “a fin de coordinar ideas tendientes a la iniciación de una agitación de resistencia contra dichos contratos” con el objeto de “obtener la rebaja del arriendo y la anulación de varias cláusulas que se conceptúan abusivas”.¹⁹ Según planteó Buirá en dicha asamblea, lo que debían hacer los agricultores era favorecer la organización agraria, con lo cual no solo podrían luchar por la rebaja de los arriendos sino además lograr el acceso a la propiedad de la tierra.²⁰

En 1916 se celebró el cuarto aniversario de la fundación de la Liga Agraria con un festejo que duró tres días y reunió alrededor de mil personas. En esa oportunidad los principales oradores fueron los hermanos Buirá, Florentino Ghiribaldi y Antonio Torres, todos ellos antiguos integrantes de la entidad. En la misma oportunidad que reseñaron el evento, en *Germinal* informaban que se realizarían reuniones de colonos

19. *Germinal*, n° 14, 27 de septiembre de 1915, Santa Rosa.

20. *Germinal*, n° 15, 4 de octubre de 1915, Santa Rosa.

en Mauricio Mayer, Colonia Barón, Metileo y Winifreda, donde harían uso de la palabra los Buirra y Ghiribaldi.²¹ La necesidad de reorganizar la Liga fue una cuestión que ocupó las páginas de *Germinal* al menos desde 1915, motivo por el cual las proclamas y notas de Antonio Buirra tuvieron allí un lugar central. Entre sus impulsores, advertían, “predomina el propósito de someter a cada adherente a una severa fiscalización”, ya que la historia demostraba “el profundo egoísmo de muchos elementos que ingresaron anteriormente sin el espíritu de sacrificio y solidaridad necesarios a una asociación de resistencia”.²² Incluso Buirra solía referirse al respecto en las reuniones agrarias, como cuando afirmó en Winifreda que los colonos debían comprender la importancia de “conservar su gremio”.²³

El secretario general interpelaba a los agricultores y, a través de manifiestos de la Liga Agraria, planteaba que ante “la voracidad creciente de toda clase de especuladores” era necesario “aunar voluntades a fin de contrarrestar la acción nefasta” de los explotadores. Por tal motivo, la Liga era “el mejor estímulo para renovar hoy la agitación agraria de ayer”.²⁴ Eliseo Tarquini, por su parte, afirmaba que para obtener sus reivindicaciones tenían que unirse y trabajar con “inteligencia”. La manera más fácil de hacerlo era “engrosar las filas de la Liga Agraria”, ya que era el “órgano genuino de los agricultores de la Pampa”.²⁵

Para los líderes agrarios la organización tenía que ser permanente y no acotarse a los momentos críticos, es decir, a partir del movimiento “inteligente” había que superar la desunión de los colonos. Para eso, debían “conservar su gremio”, como les planteó Buirra a los colonos de la zona de Winifreda en una reunión, luego de la cual se creó una Comisión provisoria y las colonias designaron delegados. El vicepresidente de dicha Comisión fue Rafael Durán, agricultor que era agente de *Germinal* en Winifreda, Mauricio Mayer y Colonia Barón.²⁶

Desde fines de 1917, *Germinal* acentuó más la difusión de las actividades organizadas por la Liga. En las asambleas los oradores eran Ghiribaldi, Tarquini, Carnicelli, Nievas, Ottone y Antonio Buirra.²⁷ En diciembre de 1917 se llevó a cabo en Santa Rosa un Congreso Agrícola y

21. *Germinal*, n° 38, 1 de septiembre de 1916, Santa Rosa.

22. *Germinal*, n° 27, 14 de marzo de 1916, Santa Rosa.

23. *Germinal*, n° 51, 15 de abril de 1917, Santa Rosa.

24. *Germinal*, n° 33, 2 de junio de 1916, Santa Rosa.

25. *Germinal*, n° 69, 22 de noviembre de 1917, Santa Rosa.

26. *Germinal*, n° 51, 15 de abril de 1917, Santa Rosa.

27. *Germinal*, n° 64, 18 de octubre de 1917, y n° 66, 1 de noviembre de 1917, Santa Rosa.

el enviado especial de *La Vanguardia* relataba que al arribar a la capital pampeana lo esperaban “viejos camaradas, antiguos agricultores, [...] [líderes] de los primeros y grandes movimientos agrarios que conmovieron las zonas agrícolas de la república”. Era “gente humilde, ruda, espontánea, sincera, inteligente” y entre ellos estaban seguramente los agricultores mencionados.²⁸ Por cierto, Antonio Buira fue uno de los secretarios del Congreso.²⁹ Nicolás Repetto también asistió y, junto con Denegri, refutó los planteos de algunos integrantes de la burocracia estatal que desestimaban la importancia que tenía el latifundio como problemática nacional. El médico socialista rebatió ese planteo en una conferencia realizada en el Teatro Español de Santa Rosa ante un público de colonos, donde afirmó que las problemáticas reales del agro radicaban en la breve duración de los contratos de arrendamiento, en la falta de indemnización por las mejoras introducidas, en las extorsiones a los agricultores y en la existencia de latifundios.³⁰

Los colonos que participaron en dicho Congreso pudieron, además de escuchar a Repetto, acceder al folleto *La cuestión agraria*, publicado por Justo (1917), ya que el autor había enviado ejemplares para distribuir entre los congresales. El referente más importante del PS era además autor de proyectos legislativos de orden agrario, motivo por el cual en *La Vanguardia* señalaban que “el congreso agrícola de La Pampa ha comprendido la necesidad y la urgencia de que esos proyectos sean ley”,³¹ a la vez que Buira afirmaba en una nota posterior que el Congreso se había orientado “por el lado de las ideas más avanzadas que el Partido Socialista ha traído al debate público”.³² Es muy probable que Buira consultara *La cuestión agraria* antes de escribir dicha nota, ya que allí retomó los tópicos abordados por Justo, entre ellos, el impuesto progresivo sobre la renta del suelo (Justo, 1917: 34-53). Como puede advertirse, esos agricultores conocían las propuestas del PS para el agro y tenían acceso a los dirigentes partidarios encumbrados. Sin embargo, los líderes agraristas no titubearon a la hora de plantearles críticas a los referentes socialistas, como se observará en el caso de Antonio Buira.

El secretario general de la Liga a comienzos de 1918 planteaba que “un fuego de santa rebeldía va encendiéndose en el corazón de nuestros campesinos”, ya que “en el surco y desde el arado interrogaban a la naturaleza sobre su derecho a la posesión definitiva del suelo que

28. *La Vanguardia*, n° 3756, 14 de diciembre de 1917, Buenos Aires.

29. *La Vanguardia*, n° 3753, 11 de diciembre de 1917, Buenos Aires.

30. *Germinal*, n° 72, 13 de diciembre de 1917, Santa Rosa.

31. *La Vanguardia*, n° 3754, 12 de diciembre de 1917, Buenos Aires.

32. *Germinal*, n° 75, 3 de enero de 1918, Santa Rosa.

cultivaban”. Por ello, la “gran obra generosa y redentora” de la Liga Agraria consistía en “libertar a los parias del campo del yugo ignominioso de la esclavitud a que los han sometido los señores feudales”. Según Buira, la entidad sería “la heroína de los grandes acontecimientos que han de moldear el espíritu nuevo sobre la propiedad de la tierra”.³³ Por su parte, Carnicelli señalaba: “Porque nuestros seculares enemigos marchan unidos, y nosotros desunidos, desunión que es producida por ellos mismos para explotarnos a su antojo. [...] Tengo confianza que el pueblo despertará de su largo sueño, y al hacerlo unidos todos venceremos a nuestros enemigos, traduciendo en realidad la inmortal frase de ¡Libertad, Igualdad y Fraternidad...!”.³⁴ Pero no solo los agricultores insistían al respecto. Otro integrante del Centro, que firmaba con el seudónimo Ulises, planteaba la “necesidad de la organización gremial de los colonos”.³⁵

El 15 de septiembre de 1918 la Liga programó una reunión en Santa Rosa con el objetivo de buscar una solución a los problemas de los agricultores ante el aumento de los arrendamientos, las bolsas y los implementos agrícolas, en un contexto signado a su vez por el bajo precio del cereal. A ella asistieron 120 agricultores, fue presidida por Ottone y entre los oradores se destacaron Buira, Tarquini y Blanco.³⁶ En los meses siguientes se realizaron reuniones en diferentes localidades y colonias del Territorio y, cuando en marzo de 1919 la Federación Agraria Argentina (FAA) convocó a la huelga, la Liga Agraria decretó lo propio bajo la consigna “¡No arar, no sembrar!”. Para ese entonces, Denegri y Buira estaban secundados por Glerean, Ghiribaldi, Torres, Blanco, Carnicelli, Tarquini, Ottone, Nievas y José Azzi. El pliego de condiciones que confeccionó la Liga Agraria para enviar al Congreso nacional era más radical que el de la FAA y retomaba iniciativas del PS para resolver los problemas agrarios.³⁷ Buira entonces escribía en *La Vanguardia* que continuaban “con encomiable actividad los trabajos [...] en pro de la agitación iniciada” y que la lucha sería “áspera”.³⁸

Los acontecimientos motivaron la visita en abril del ministro de Agricultura Alfredo Demarchi, que prometió estudiar la problemática de los huelguistas para resolver la situación. Mientras tanto, la Liga convocó a los delegados de las seccionales a una convención en Santa

33. *Germinal*, n° 78, 24 de enero de 1918, Santa Rosa.

34. *Germinal*, n° 96, 6 de junio de 1918, Santa Rosa.

35. *Germinal*, n° 102, 18 de julio de 1918, Santa Rosa.

36. *Germinal*, n° 111, 19 de septiembre de 1918, Santa Rosa.

37. En cuanto a los puntos del pliego, ver Asquini (1999).

38. *La Vanguardia*, n° 4212, 18 de marzo de 1919, Buenos Aires.

Rosa para discutir cómo continuar: allí se resolvió no retornar al trabajo si no se atendían todos los puntos de carácter legislativo del pliego. La respuesta que dio el gobierno nacional fue la represión mediante la aplicación de la Ley de Defensa Social. Eso incluyó el envío de la gendarmería fronteriza, la prohibición de reuniones públicas y además la persecución y encarcelamiento de los líderes. Especial encono tuvieron con Antonio Buirá algunos agricultores y la policía, a quien se referían como el “agitador conocido”, difusor de lo que concebían como “teorías anárquicas” y referente indiscutido de la Liga que, como otros, se plegaba al “modus vivendi” de la entidad con el fin de obtener “sus recursos de vida” a partir del dinero que recaudaban entre los colonos, discurso que tenía a desacreditar el accionar de los huelguistas.³⁹

Los sucesos, replicados en las provincias de Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires, adquirieron trascendencia nacional. Repetto abordó el tema en la Cámara de Diputados para interpelar al ministro del Interior. En relación con lo ocurrido en el Territorio, el médico socialista señalaba que el comisario de Trenel recorría las chacras para intimidar a los agricultores y que en Winifreda una reunión pacífica de colonos había sido disuelta a tiros (Repetto, 1919: 4-5). En efecto, según declaró un testigo, Glerean planteaba lo siguiente cuando irrumpió la policía: “Hermanos nosotros hemos tenido una reunión de cien delegados en Santa Rosa en la cual nada hemos podido conseguir y estamos resueltos de seguir con la huelga hasta que salgamos triunfantes”.⁴⁰ En ese contexto, en *Germinal* se preguntaban: “¿Qué esperan el gobierno y el congreso nacional para resolver este grande y grave problema? ¿Acaso alguna Jacquerie de los campesinos argentinos?”.⁴¹ Al promediar junio de 1919 la huelga había concluido, aunque la represión se prolongó hasta julio. Los líderes más importantes fueron detenidos, entre ellos Denegri, Buirá y Glerean. A fines de mayo de 1919 los dos últimos fueron liberados, pero otros siguieron entre rejas hasta 1921.

Conflictos en el PS: salida de los terceristas y repliegue de la organización agraria

A un año de iniciada la huelga agraria, Antonio Buirá y Glerean se presentaron como candidatos por el socialismo en las elecciones municipales de Santa Rosa, junto con Pico y Nale. Ahora bien, ¿cómo explicar la posterior salida del principal dirigente agrario de las filas partidarias?

39. Expediente 294, Juzgado Letrado de la Gobernación de La Pampa, Infracción a la ley 7.029, implicados Luis Glerean y Antonio Buirá, Santa Rosa, 1919, foja 5.

40. Ídem, foja 54.

41. *Germinal*, 3 de abril de 1919, n° 139, Santa Rosa.

Ciertos indicios aparecían en sus intervenciones en los Congresos, pero a comienzos de la década del 20 sus críticas se profundizaron. Centremos la atención en el debate que se suscitó en *Germinal* durante los meses previos al IV Congreso Extraordinario del PS.

Entre principios de agosto y fines de diciembre de 1920 tuvo lugar allí una intensa polémica, cuyos protagonistas fueron Demetrio Buirá y Ulises (que integraba la Comisión Administrativa del Centro). El primero publicó una nota titulada “Cosas de casa”, donde reflexionaba sobre los debates suscitados en *La Vanguardia* por el envío de un delegado del PS a Rusia para estudiar “seria y objetivamente” lo que allí ocurría. Además, en el texto desacreditaba las opiniones vertidas por De Tomaso sobre el tema.⁴² En el número siguiente Ulises bajo el mismo título afirmó que el envío de una delegación a Rusia ejercería “el efecto de una ducha de agua fría sobre los acalorados cerebros de los afiliados”. Según él, la adhesión a la III Internacional no resolvería los problemas de la política criolla, la carestía de la vida ni el atraso político, económico y gremial de los trabajadores argentinos.⁴³ Buirá volvió a la carga y señaló que había que tomar una resolución: se estaba con los socialdemócratas o se estaba con los trabajadores, opción esta última más acertada porque, según su expresión, “ya desgraciadamente estamos bastantes (sic) desmerecidos en el seno de los obreros”.⁴⁴ Ulises afirmó luego que Buirá estaba “contaminado con el microbio de la fácil y aparatosa demagogia maximalista”.⁴⁵ En las notas posteriores Buirá criticó a su rival por esconderse detrás de un seudónimo y extendió sus diatribas a De Tomaso, Mario Bravo, Federico Pinedo y Héctor González Iramain, mientras que Ulises señaló que era contradictorio que un socialista de primera fila fuera un “revolucionario” que soñaba “con las bayonetas de Trosky (sic) para implantar la nueva sociedad”.⁴⁶

En esa coyuntura, el afiliado Ignacio Noreña publicó una nota en la que planteaba que era “vergonzoso” que los socialistas censuraran a la “nueva Rusia” y llamaran “ilusos y líricos” a los que integraban la “extrema” izquierda partidaria. Este afiliado, que no era agricultor, concluía diciendo que había que seguir “la ruta trazada por Marx y Engels al proletariado”,⁴⁷ a la vez que Buirá en otra nota refutaba a Ulises y

42. *Germinal*, n° 208, 5 de agosto de 1920, Santa Rosa.

43. *Germinal*, n° 209, 12 de agosto de 1920, Santa Rosa.

44. *Germinal*, n° 211, 26 de agosto de 1920, Santa Rosa.

45. *Germinal*, n° 215, 23 de septiembre de 1920, Santa Rosa.

46. *Germinal*, n° 216, 30 de septiembre de 1920, y n° 217, 7 de octubre de 1920, Santa Rosa.

47. *Germinal*, n° 217, 7 de octubre de 1920, Santa Rosa.

para argumentar citaba el *Manifiesto Comunista*. Demetrio era duro en sus observaciones: para él, el PS debía “evolucionar doctrinariamente” y había que sanear las filas partidarias del “bandillaje universitario” que se incorporó en busca de una “sociedad de socorros mutuos”.⁴⁸ Estas ideas sobre la *vuelta* a Marx también se advierten en las palabras de Antonio Buirra en la asamblea que se realizó en diciembre de 1920 en el Centro santarroseño, ocasión en la que se elegiría un delegado para el Congreso de Bahía Blanca y un mandato respecto de la adhesión o no a la III Internacional. En *Germinal* reseñaron su intervención, donde cuestionó el “cadáver” de la II Internacional, la “tendencia electoral” del PS y su “aislamiento del seno de los sindicatos”, a la vez que reclamó el retorno a “los dictados del marxismo y el engelsismo”. Para Buirra, el PS debía alinearse con Moscú, ya que los rusos llevaban “el estandarte del Socialismo”.⁴⁹

Esa opinión fue la que se impuso en la votación y Antonio fue electo delegado para el futuro Congreso. Luego de ello, Ulises criticó una vez más la postura “tercerista” del Centro afirmando que había triunfado el “verbalismo”, término despectivo con que se aludía al sector izquierdista del PS que disentía con la postura partidaria oficial sobre la Revolución rusa.⁵⁰ Además, puso en cuestión la capacidad del Centro de Santa Rosa en materia cultural, cooperativa y gremial. Por ello, concluía Ulises, intentaba “lavar los pecados de su propia incapacidad, sumergiéndose en el Jordán de la tercera [III Internacional] y votando su sumisión incondicional a los santos íconos del nuevo dogma revolucionario de Moscú”.⁵¹ En respuesta, Antonio Buirra publicó otra nota titulada “Nuestra adhesión a Moscú (A Ulises cordialmente)”. Entre otras cosas, allí planteó que era “lamentable” que menospreciara el “brioso movimiento agrario”, iniciado por integrantes del Centro en 1919, “que se extendió por todo el país y cuya repercusión fue tan grande que hizo aparecer una nueva y abundante literatura destinada a resolver nuestro pavoroso problema agrario”. Ulises estaba en su derecho, según Buirra, de disentir con ellos en “la vuelta a la vieja y honrada senda del socialismo marxista”, pero no podía aplicarle por ello “dicterios un poco insolentes y demasiado vulgares”.⁵²

Era evidente que el líder agrario concebía a la organización de los

48. *Germinal*, n° 219, 21 de octubre de 1920, Santa Rosa.

49. *Germinal*, n° 228, 23 de diciembre de 1920, Santa Rosa.

50. El término era utilizado también en el seno de otras fuerzas de izquierda, por ejemplo en el Partido Socialista Internacional (PSI). Al respecto, ver Camarero (2017: 186-187).

51. *Germinal*, n° 228, 23 de diciembre de 1920, Santa Rosa.

52. *Germinal*, n° 229, 30 de diciembre de 1920, Santa Rosa.

colonos como un logro del PS, pero también que un núcleo importante de socialistas estaba en desacuerdo con el desinterés partidario por la actividad gremial. Ello explica quizás la salida de un número considerable de socialistas en esos años: en 1918 el PS pampeano tenía 96 afiliados y en 1921 esa cifra descendió a 68 (*Anuario Socialista*, 1930: 70). La pérdida de afiliados está vinculada con la crisis interna del PS, situación que sin duda se potenció a raíz del debate desarrollado en *Germinal*. Si bien faltan estudios al respecto, con seguridad la retracción de la membresía partidaria incidió en otros Centros Socialistas y no solo en el de la capital, donde los “agrarios” tenían mucha injerencia.

Entre los que abandonaron el Centro santarrosense se destacaban los hermanos Buirá y Noreña. El principal líder agrario le escribió luego a Nicolás Repetto y en una carta le decía que se habían pasado muchos socialistas al PC porque ya no podían coexistir con “fifis” que le daban al PS un tono “amarillo”.⁵³ Según le decía Antonio al referente partidario, el PS se había convertido en una vía “de fácil encumbramiento político”, hecho que explicaba la aparición de “tanto maula” entre los socialistas. Uno de los blancos de su crítica era el abogado De Tomaso, a quien catalogaba de “pillo redomado”.⁵⁴ El encono era motivado porque desde fines de 1920 dicho integrante del Comité Ejecutivo impulsó la expulsión de los “terceristas”, la disolución de los Centros Socialistas que adherían a esas ideas y defendió la posición antitercerista en el Congreso de Bahía Blanca (Tarcus, 2007: 172). Por su parte, Demetrio Buirá le planteó a Repetto la necesidad de “hacerle rectificar los conceptos que han vertido sobre la Revolución Rusa algunos diputados como ‘Pinedito’ y De Tomasso (sic)”,⁵⁵ a quienes Demetrio incluía entre el “bandidaje universitario” que se posicionó favorablemente en las filas partidarias, tal como afirmaba en su debate con Ulises.

Fue en esa coyuntura en la que Antonio Buirá rechazó una propuesta de Justo para ser candidato a diputado por el PS en Buenos Aires. Según le confesó a Repetto, tuvo miedo cuando el PS comenzó a crecer “de golpe” y a llenarse de personas con “malas intensiones”, por eso decidió irse al PC y continuar en el campo, con la organización de los trabajadores.⁵⁶ Sin embargo, luego de la cruda represión estatal la Liga

53. Los integrantes del PC asociaban el color amarillo con ciertas organizaciones a las que catalogaban de “burocráticas” y “reformistas” (Camarero, 2007: 91 y 104).

54. Carta de Antonio Buirá a Nicolás Repetto, 5 de diciembre de 1921, Fondo Repetto, Cedinci.

55. Carta de Demetrio Buirá a Nicolás Repetto, 1 de mayo de 1922, Fondo Repetto, Cedinci.

56. Carta de Antonio Buirá a Nicolás Repetto, 5 de diciembre de 1921, Fondo Repetto, Cedinci.

no recuperó su ascendiente en el movimiento agrario, hecho en el que sin duda incidió también el conflicto interno en el seno del PS pampeano. En ese marco, la FAA, entidad cuestionada por los hermanos Buira debido a su orientación ideológica, absorbió algunas seccionales de la Liga. Ante esa situación, Demetrio Buira le reconocía a Repetto en un tono pesimista que “esa media docena de encumbrados en la dirección de la FAA [...] para desgracia de la organización agraria argentina mantienen y mantendrán esos puestos”.⁵⁷ Este último retornaría años después al PS y llegaría a ser diputado nacional por Buenos Aires, pero Antonio Buira nunca volvió a las filas socialistas, si bien continuó apoyando la organización de los colonos y los trabajadores en general.

Reflexiones finales

Entre 1913 y 1921, el PS pampeano tenía en sus filas un número importante de agricultores, situación que no es extraña si tenemos en cuenta las características de la región en términos productivos. Algunos de ellos integraban el Centro Socialista de Santa Rosa, otros eran agentes de *Germinal*, en tanto que la mayoría se incorporó a la Liga Agraria: su Comisión estaba conformada casi en su totalidad por socialistas. La propaganda liguista y los integrantes de la entidad llegaban a los puntos más apartados del agro, motivo por el cual podría suponerse que la palabra socialista circuló en las zonas rurales, al menos en la etapa analizada, más de lo que la historiografía había comprobado hasta ahora. El principal objetivo de los miembros de la Liga era la organización gremial de los agricultores, y la huelga agraria de 1919 dejó en evidencia que no escatimaron esfuerzos en ese sentido, al punto que fue necesaria la represión estatal para acabar con la medida de fuerza. Más aún, pese a las escasas concesiones obtenidas, el PS se arrogaba la movilización de los agricultores cuando pasaba revista de su desempeño en el plano gremial.

El único que se atrevió a desmerecer el rol de los agricultores en ese sentido fue Ulises, y lo hizo al calor del debate suscitado en el seno del Centro capitalino entre terceristas y antiterceristas. Pero hacía ya tiempo que existían voces críticas en el socialismo pampeano sobre la postura justista respecto de la cuestión gremial. No es casual que el secretario general de la Liga Agraria, uno de los exponentes de esa línea crítica, considerara “lamentable” el planteo de Ulises, entre otras cosas porque olvidaba el “brioso movimiento agrario” que ellos gestaron. La ruptura partidaria ocurrida luego del debate en *Germinal* y del IV Con-

57. Carta de Demetrio Buira a Nicolás Repetto, 5 de marzo de 1923, Fondo Repetto, Cedinci.

greso Extraordinario implicó la pérdida de casi el treinta por ciento de los afiliados al socialismo, según la evidencia recabada. Esa situación al mismo tiempo incidió en el declive de la organización agraria y la consecuente pérdida de posiciones por parte de la Liga. No sabemos con exactitud cuantos agricultores se alejaron del PS y de la entidad gremial de manera definitiva. No obstante, los datos son elocuentes: en la década del 20 algunas de las seccionales de la Liga que estaban dispersas iniciaron su progresivo acercamiento a la FAA, entidad que acabó absorbiéndolas.

Los conflictos intrapartidarios suscitados a raíz de la cuestión gremial, sumados a la crisis que generó en las izquierdas el proceso revolucionario en Rusia, jaquearon la aquiescencia alcanzada por los agricultores del PS en el ámbito rural. Aunque efímero, no pierde por ello relevancia el rol movilizador de un grupo de agricultores que intentó difundir la palabra socialista en el agro, apostó a la organización de los colonos y rebatió desde la praxis las ideas que defendía la elite partidaria. ¿Es posible pasar por alto el rol gravitante de estos sujetos sociales en el despliegue del socialismo en el agro? ¿No es un obstáculo para el análisis histórico desatender la composición de clase del PS y trazar un parangón entre la dirigencia plebeya del Territorio y los sectores universitarios que tenían el predominio en el ámbito legislativo? Al prestar atención a las diferencias que los propios arrendatarios establecían con sus camaradas y revisar su accionar en el plano gremial, es sencillo responder los interrogantes. El objetivo de estas páginas queda resuelto: la historiografía tiene más elementos ahora para explicar el auge y la crisis del movimiento agrario socialista durante la segunda década del siglo XX.

Bibliografía

- Adelman, Jeremy (1989), "Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la primera guerra mundial", *Anuario IEHS*, n° 4, UNCPBA, Tandil, pp. 293-333.
- Armani, Roberto (2006), *Trenel. 100 años de historia*, Trenel: Municipalidad de Trenel.
- Asquini, Norberto (1999), "La gran huelga agraria del '19", en Norberto Asquini, Walter Cazenave y Jorge Etchenique, *Conflictos sociales en La Pampa (1910-1921)*, Santa Rosa: Fondo Editorial Pampeano, pp. 85-94.
- Barandiarán, Luciano (2010), "La propaganda socialista en el campo bonaerense: la experiencia de los «comités de zona» (1930-1943)", *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, n° 7, septiembre-octubre, Buenos Aires, pp. 147-166.
- Belkin, Alejandro (2013), "La crítica del sindicalismo revolucionario argentino

- al parlamentarismo (1905-1912)", *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, año II, n° 3, septiembre, Buenos Aires, pp. 81-106.
- Camarero, Hernán (2005), "Socialismo y movimiento sindical: una articulación débil. La COA y sus relaciones con el PS durante la década de 1920", en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo, pp. 185-217.
- (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI.
 - (2015), "El Partido Socialista de la Argentina y sus espinosas relaciones con el movimiento obrero: un análisis del surgimiento y disolución del Comité de Propaganda Gremial, 1914-1917", *Izquierdas*, n° 22, enero, pp. 158-179.
 - (2017), *Tiempos rojos. El impacto de la Revolución Rusa en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Camarero, Hernán y Schneider, Alejandro (1991), *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano), 1912-1918*, Buenos Aires: CEAL.
- Campione, Daniel (2005a), *El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos*, Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- (2005b), "¿Partido revolucionario o partido de gobierno? La fundación del Partido Socialista Internacional", en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo, pp. 145-157.
- Censo General del Territorio Nacional de la Pampa* (1942), tomo I: *Población*, Gobernación de La Pampa: Ministerio del Interior, República Argentina.
- Ceruso, Diego (2015), *La izquierda en la fábrica. La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- (2017), "El Partido Socialista y la cuestión gremial. Debates internos durante la primera mitad de la década infame", *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, año V, n° 10, marzo, Buenos Aires, pp. 119-139.
- Di Liscia, María Silvia y Andrea Lluch (2014), "La población pampeana y sus transformaciones", en Andrea Lluch y Claudia Salomón Tarquini (eds.), *Historia de La Pampa. Sociedad, política, economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8.000 AP a 1952)*, Santa Rosa: EdUNLPam, pp. 101-113.
- Doeswijk, Andreas (2014), *Los anarco-bolcheviques rioplatenses (1917-1930)*, Buenos Aires: Cedinci.
- Folco, Gonzalo (2014), "¡Están dando la biaba! El conflicto obrero rural en el Territorio Nacional de La Pampa 1914-1921", *Razón y Revolución*, n° 27, Buenos Aires, pp. 115-141.
- Graciano, Osvaldo (2006), "El agro pampeano en los «clásicos» del socialismo argentino. Las propuestas hacia el campo de Juan B. Justo, 1894-1928", en Osvaldo Graciano y Talía Gutiérrez (dir.), *El agro en cuestión*.

- Discursos, políticas y corporaciones en la Argentina, 1870-2000*, Buenos Aires: Prometeo, pp. 87-115.
- Herrera, Carlos Miguel (2007), *Las huellas del futuro. Breve historia del Partido Socialista de Argentina*, Buenos Aires: Editora La Vanguardia.
- Justo, Juan B. (1917), *La cuestión agraria*, Buenos Aires: La Vanguardia.
- Martínez Mazzola, Ricardo (2011), “La neutralidad como problema y como solución. La política gremial del Partido Socialista después de la ruptura sindicalista”, *Identidades*, año 1, n° 1, diciembre, pp. 1-20.
- Martocci, Federico (2015), *La política cultural del Partido Socialista en el Territorio Nacional de la Pampa: dispositivos y prácticas de intervención de sus dirigentes e intelectuales (1913-1939)*, Santa Rosa: EdUNLPam.
- Poy, Lucas (2016), “Esparcidos en el inmenso territorio de la república’. Los primeros pasos del Partido Socialista en las provincias (1894-1902)”, *Población & Sociedad*, vol. 23, n° 2, Buenos Aires, pp. 149-177.
- Repetto, Nicolás (1919), *La huelga agraria*, Buenos Aires: Lotito & Barberis.
- Tarcus, Horacio (dir.) (2007), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva Izquierda” (1870-1976)*, Buenos Aires: Emecé.
- Tortti, María C. (1989), *Estrategia del Partido Socialista. Reformismo político y reformismo sindical*. Buenos Aires: CEAL.
- Valencia, Luciano (2008a), *La transformación interrumpida. El Partido Socialista en el Territorio Nacional de La Pampa (1913-1938)*, Santa Rosa: Fondo Editorial Pampeano.
- (2008b), “Luchas agrarias en el campo pampeano”, en AA.VV., *En la remota orilla del recuerdo. Eduardo Castex, 1908-2008*, Municipalidad de Eduardo Castex-Banco de la Nación, pp. 156-164.
- III Congreso Nacional Extraordinario del PS. Versión taquigráfica de los discursos* (1917), Partido Socialista, en *La Vanguardia*, 26 y 27 de mayo, Buenos Aires.

* * *

Título: Rise and crisis of the Pampean Socialist Party and its role in the organization of the agrarian movement (1913-1921)

Resumen: El artículo explora el rol del Partido Socialista (PS) en la organización del movimiento agrario en un espacio del interior argentino que tenía una población rural y una economía basada en la actividad primaria. El recorte temporal se inicia con la creación del PS en el Territorio Nacional de La Pampa y concluye con la desarticulación de la Liga Agraria por la represión estatal y la salida de agricultores “terceristas” del PS. Procuramos brindar algunos elementos para explicar la expansión del socialismo en una zona rural, donde los líderes de la Liga Agraria, que adherían a esa fuerza política, veían en ella un logro resonante y no acataban la postura de la dirigencia nacional de manera acrítica. En cambio, analizaban con autonomía la realidad del PS y se basaban en sus experiencias para discutir temas delicados, entre ellos el vínculo con la esfera gremial.

Palabras clave: Partido Socialista – agricultores – Liga Agraria – Territorio Nacional de La Pampa

Abstract: The article explores the role of Socialist Party (SP) in the organization of the agrarian movement within rural towns with rural population and a primary based economy. The time framework is located within the creation of the SP in National Territory of La Pampa and finishes with the dislocation of the Agrarian League because of state repression and the departure of “tertiary” farmers of the SP. We try to offer some elements to explain the expansion of socialism within a rural area, where leaders of the Agrarian League, who were in favor of this politics, consider it a great achievement and did not attack the national leadership point of view acritically. On the other hand, they analyzed with autonomy the reality of the SP and based their experiences to discuss fine issues, among them the relationship with unions.

Key words: Socialist Party – farmers – Agrarian League – National Territory of La Pampa

Recepción: 6 de abril de 2017. **Aprobación:** 17 de noviembre de 2017.

ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda

Nº 9

Dossier: “Lucha armada en la Argentina en los 60 y 70: nuevos enfoques”: • Lucha armada latinoamericana, por *E. Rey Tristán y V. Oikión Solano* • Balance de los estudios sobre las OPM, por *Gabriel Rot* • Los orígenes frentistas del OCPO, por *Federico Cormick* • En torno a la peronización de las FAR, por *Carlos I. Custer* • La huelga en Mercedes Benz de 1975, por *M. Casco Peebles y M.A. Leunda*

Artículos: • El subdesarrollo en los marxistas clásicos, por *Claudio Katz* • Resistencia obrera en el Uruguay de los años 50, por *Pablo Ferreira*

Perfiles: • Juan Carlos Marín (1930-2014), por *Agustín Santella y Ana Villar*

Nº 10

Dossier: “El sindicalismo revolucionario en Argentina en la primera mitad del siglo XX”: • Los sindicalistas en la Semana Roja de 1909, por *Alejandro Belkin* • La militancia entre los obreros marítimos, por *Laura Caruso* • Conflictos en la industria de la madera, por *Walter Koppmann* • Los gremios ferroviarios en la primera posguerra, por *Cristian Aquino* • La “prescindencia” sindicalista al frente de la CGT, por *Leandro García*

Artículos: • El PS y la cuestión gremial en los 30, por *Diego Ceruso* • El movimiento estudiantil rosarino, por *Mariano Millán*

Perfiles: • C.L.R. James (1901-1989), por *Paula Varela y Gastón Gutiérrez*

Nº 11

Dossier: “A cien años de la Revolución Rusa”: • La izquierda argentina frente a la Revolución Rusa, por *Hernán Camarero* • La prensa cominternista en América Latina, por *Ricardo Melgar Bao* • El revolucionario suizo Alfred Stirner en México, por *Victor y Lazar Jelfets* • Historiografía reciente de la Revolución Rusa, por *Stephen A. Smith* • Pashukanis y los debates jurídicos en la URSS, por *Facundo C. Rocca*.

Artículos: • Las escuelas del ICUF, por *Nerina Visacovsky* • El PCR en el SMATA, por *Matías J. Rubio* • Huelga portuaria en Bahía Blanca en 1966, por *Ana Belén Zapata*

Crítica de libros

Steven Sándor John, *El trotskismo boliviano. Revolución permanente en el Altiplano*, La Paz, Plural, 2016, 370 pp.

Plural Editores de La Paz ha publicado *El trotskismo boliviano. Revolución permanente en el Altiplano*, del profesor de historia estadounidense Steven Sándor John. El libro, basado en la tesis doctoral del autor (University of New York, 2006), aborda la historia del trotskismo en Bolivia desde sus orígenes, a mediados de la década del 30 del siglo pasado, hasta el ascenso de Evo Morales al gobierno en el año 2006. Se trata de una investigación rigurosa y exhaustiva, cuyo valor superlativo está dado por la cantidad enorme de fuentes consultadas. El autor utilizó un total de 53 entrevistas, realizadas a dirigentes y activistas trotskistas entre 1992 y 2007. La otra herramienta fundamental es el trabajo de archivo practicado en Bolivia, Francia y Estados Unidos.

Sándor John sostiene que el trotskismo fue capaz de producir en Bolivia ideas que ejercieron efectos duraderos, contribuyendo a forjar la identidad de los mineros y campesinos radicalizados del país. Su hipótesis fundamental, a partir de la cual estructura la obra, es que el trotskismo tuvo que lidiar con otras corrientes político-ideológicas, como el indianismo, el comunismo stalinista, el guevarismo, pero la dificultad fundamental con la que tropezó para llevar a la práctica su ideario estribó en su incapacidad para superar la corriente nacionalista, que encarnada en dirigencias civiles o militares una y otra vez se interpuso en su camino.

El centro de la discusión política planteada por el autor estadounidense es el Frente Unico Antiimperialista (FUA), cuya adopción por los trotskistas bolivianos explicaría, según él, sus recurrentes capitulaciones

ante el nacionalismo. En su opinión el FUA implica invariablemente acuerdos programáticos con fuerzas burguesas, resultando por tanto antagónico a la concepción de la revolución permanente de Trotsky.

Desde esta perspectiva, va enhebrando sus críticas a la intervención del Partido Obrero Revolucionario (POR, fundado en 1935). Aún su logro más importante – en 1946 la adopción de la Federación Sindical Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) de la Tesis de Pulacayo, redactada por Guillermo Lora, dirigente histórico del POR– habría estado empañada por la sombra del nacionalismo. Sándor John cuestiona la estrategia revolucionaria definida en Pulacayo, señalando que no termina de deslindar posiciones con las concepciones etapistas, aún cuando la Tesis dice claramente que la resolución de las tareas democráticas y antiimperialistas pendientes será “sólo un episodio de la revolución proletaria”. Insiste, además, en que la adopción de la Tesis por los mineros fue el resultado de una alianza entablada por el trotskismo con Juan Lechín, jefe del ala sindical del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), alianza que en vez de profundizar la independencia política de los trabajadores contribuyó a fortalecer la influencia del MNR en el proletariado minero.

Las críticas arrecian con respecto a la intervención del POR antes, durante y después de los sucesos revolucionarios de 1952. Sándor John argumenta en forma convincente que el POR no intervino en forma orgánica ni coordinada en las decisivas jornadas de abril, por estar la mayoría de sus dirigentes exiliados o encarcelados, y demuestra que antes de la insurrección levantaba como consigna central “Constitucionalización inmediata del país mediante la entrega del mando a Paz Estenssoro, para cumplir la voluntad de las masas expresada en las elecciones de mayo de 1951” (anuladas por el gobierno militar). Esta política se profundizó al formarse el gobierno del MNR encabezado por Paz Estenssoro, después del triunfo de la insurrección de abril: los poristas, en vez de explotar las tendencias a la dualidad de poderes entre la Central Obrera Boliviana (COB) que controlaba las milicias obreras, y el gobierno del MNR, llamaron a apoyar “la fracción de izquierda del nuevo gabinete”, integrada por dirigentes de la COB que fungían como “ministros obreros”, cuya salida del gobierno no fue exigida por el POR.

La orientación general del trotskismo durante este período fue aprobada por el tercer congreso de la IV Internacional (1951), que incitó a la sección local a apoyar toda acción impulsada por el MNR tendiente a derrocar al gobierno oligárquico. En 1952, la política de apoyo crítico al gobierno del MNR y de presión sobre su ala izquierda, sin alentar un curso independiente para la acción de las masas, no fue objetada por la IV Internacional, dirigida por Michel Pablo.

Una de las partes más interesantes de la obra es el análisis de la

crisis del POR de 1954-1956. Surgieron dos grandes fracciones, que dieron origen a los dos principales grupos trotskistas que actuaron en las décadas posteriores: el POR Masas, dirigido por Guillermo Lora y el POR Lucha Obrera (posteriormente Combate), dirigido por Hugo González Moscoso. Al momento de la ruptura, la mayor parte de la fracción de Lora se integró al MNR. Pero el aporte sustancial de Sándor John es la reconstrucción de un tercer grupo hasta ahora ignorado, la Fracción de Cochabamba o Fracción Leninista, la más radicalizada, opuesta a toda forma de entrismo o seguidismo al nacionalismo, que en el plano internacional reivindicaba el *Programa de transición* de la IV Internacional. Este grupo fue duramente reprimido, sus dirigentes debieron exiliarse o esconderse y terminó disolviéndose.

Un balance de conjunto de las críticas del autor a la política del trotskismo en Bolivia durante estos años muestra ciertos desequilibrios en sus apreciaciones. Por un lado omite las autocríticas de Lora sobre la línea de su partido antes y después de 1952, expuestas en libros y publicaciones partidarias. Por el otro, ciertas críticas conceptuales, como las efectuadas a la Tesis de Pulacayo, lucen superficiales y sin fundamento. Cualquiera que hayan sido las dificultades del trotskismo boliviano para enfrentar el nacionalismo, no pueden empañar su contribución programática en la historia de la clase obrera boliviana. Con respecto al Frente Unico Antiimperialista, Sándor John opina que no expresa “la oposición intransigente a los regímenes nacionalistas burgueses exigida por la doctrina de la revolución permanente”. Es un tema controversial, sobre el cual el autor expresa una posición tajante sin plantear cursos alternativos. En un país como Bolivia, donde la interpelación antiimperialista cobró a lo largo de su historia una dimensión superlativa, la omisión constituye un problema importante.

Donde se expresa con mayor intensidad este problema es en el capítulo dedicado a la Asamblea Popular de 1971. Esta experiencia del movimiento obrero y la izquierda boliviana, en la cual el POR Masas tuvo relevante actuación, intentó recuperar la autodeterminación política e ideológica clasista, para no reiterar los errores de 1952, siendo brutalmente cancelada por el golpe contrarrevolucionario de Banzer. Sándor John se muestra excesivamente escéptico, afirmando que para lo único que sirvió fue para alimentar la confianza en los militares nacionalistas, que supuestamente repartirían armas al pueblo. Más que un razonado cotejo de las fuentes disponibles, su caracterización está signada por el rechazo al frente único, y su hipótesis acerca de la incapacidad de la izquierda boliviana de superar el nacionalismo.

El último capítulo del libro pretende cubrir el período trascurrido desde el ascenso de la dictadura de Bánzer (1971) al inicio del gobierno de Evo Morales (2006). La excesiva extensión temporal le quita la

intensidad que caracteriza los capítulos anteriores. Sin embargo, tiene algunos acápites verdaderamente interesantes. Entre ellos, la discusión que propone el autor sobre el Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA), impulsado por el POR Masas en el exilio a fines de 1971, que nucleó a las organizaciones de izquierda con sectores nacionalistas (el partido de Lechín, los partidarios del general Torres). Es también notable la reconstrucción de la huelga de hambre impulsada por las mujeres mineras que marcaron el inicio del derrumbe de la dictadura de Bánzer, a principios de 1998, y aunque muy breve, resulta sugerente el análisis del último intento revolucionario de los mineros, la marcha a La Paz de marzo de 1985, enfrentando al segundo gobierno de Siles Suazo. El ritmo narrativo decae a partir de 1985, cuando se inicia el declive del trotskismo en Bolivia.

Intentando una valoración de conjunto de la obra, sus virtudes superan con creces sus defectos. Es un libro que tiene la importancia superlativa de restituir el trotskismo en la historia de Bolivia, en un momento donde se intenta reescribir la historia de sus clases subalternas dejando de lado algunas de sus tradiciones más valiosas. Como dice el autor, el suyo es un vibrante homenaje a los mineros bolivianos y a los hombres y mujeres que compartieron su historia.

Juan Luis Hernández (UBA-UNR)

* * *

Nicolás Iñigo Carrera, *La otra estrategia. La voluntad revolucionaria (1930-1935)*, Buenos Aires, PIMSA-Imago Mundi, 2016, 352 pp.

“De manera que, si bien la alternativa de incorporarse al sistema encuentra condiciones favorables en el momento por el que transita el capitalismo argentino, la que pretende superarlo también existe, se expresa en la huelga general y es seguida por la clase obrera y otras fracciones del pueblo”. De este modo cerraba Nicolás Iñigo Carrera su libro sobre *La estrategia de la clase obrera. 1936*, enunciando lo que denomina la existencia de una estrategia de la clase obrera que tiene como meta superar el sistema capitalista. Justamente a su análisis se dedica *La otra estrategia. La voluntad revolucionaria (1930-1935)*: “El triunfo de la estrategia reformista dentro de la clase obrera no debe hacernos perder de vista la existencia de esta otra estrategia, si es que queremos dar cuenta de la complejidad del proceso histórico real” (p. IX). A dicho objetivo se aboca a lo largo de una “Introducción” y doce

capítulos, en donde el último hace las veces de conclusión para ofrecer un balance de la investigación y las perspectivas de indagación a futuro.

La otra estrategia presenta seis capítulos iniciales en donde se abordan la situación del movimiento obrero hacia fines de la década del 20 (capítulo 1), los posicionamientos de los actores políticos y sindicales frente al golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 (capítulos 2 y 3), los medios de lucha de la clase dominante y el Estado, tanto legales como ilegales, frente a los trabajadores (capítulo 4), la descripción de la lucha obrera en el periodo (capítulo 5) y el análisis de las acciones del movimiento de desocupados (capítulo 6). El capítulo 7 supone un punto de inflexión en la dinámica histórica y en el libro, ya que, a partir de la huelga general ocurrida en diciembre de 1932 en repudio al asesinato del obrero Severino Evia, se revela un ascenso en la lucha de clases de aquellos años. Además, según Iñigo Carrera, este asesinato y la huelga posterior llevaron a que “todas las organizaciones políticas, con la única excepción de la CGT, incluso aquellas que como los socialistas rechazaban el uso de armas, se plantearon la necesidad de organizar la defensa armada de sus actividades” (p. 174). Es justamente a esa utilización más o menos generalizada de las armas que el autor dedica los capítulos 10 y 11 del libro. Mientras que los capítulos 8 y 9 analizan la huelga general de agosto de 1933 en repudio a la llegada de lisiados de guerra alemanes auspiciados por el reciente gobierno nazi y la huelga general en Santa Fe contra la intervención federal impulsada por el Poder Ejecutivo Nacional, respectivamente.

Mediante un gran relevamiento documental que entrecruza fuentes estatales, sindicales, la prensa partidaria, periódicos como *La Nación* o *La Prensa*, publicaciones de la derecha, entre muchas otras, el libro muestra un quinquenio en el que la conflictividad no sólo está presente sino se constituye en eje determinante de la dinámica política. Como señala el autor, ello supone la antítesis del escenario delineado por cierta historiografía clásica sobre la armonía reinante en los años 30 que, no obstante vale aclarar, investigaciones de los últimos años habían cuestionado. Si bien a lo largo del libro, aunque principalmente en el capítulo 5, se describen múltiples mecanismos de lucha obrera como mitines, acciones armadas, el voto, entre otras, el vector de la investigación lo constituye el análisis de las huelgas generales, pues “la forma más propia de la lucha de la clase obrera, la huelga general, no ha merecido ninguna atención. Y, siendo nuestro objetivo conocer las estrategias que lleva adelante la clase obrera, nuestra investigación comenzó por centrar la observación en aquellos enfrentamientos que tomaron la forma de huelga general, forma que constituye el medio de lucha propio de la clase obrera, aunque obviamente, no el único y, en muchas situaciones históricas, ni siquiera el principal” (p. XXIX). Es

por ello que Iñigo Carrera dedica los capítulos 5, 7, 8 y 9 a la detección y el análisis de varias de las huelgas generales del periodo enarbolando un pormenorizado y agudo relato en el que, además, demuestra en ellas una presencia mayor de demandas políticas que económicas.

Otro mérito de la investigación es que ofrece una dinámica de conjunto de la clase obrera, sorteando un análisis fragmentado de la experiencia proletaria. Este valor se deriva de la utilización del concepto de estrategia, que, colocando el eje en el enfrentamiento, “la lucha” se dirá en el libro, permite un examen de conjunto y con una visión más general. Aunque, al mismo tiempo, cabría preguntarse si la estrategia así entendida redundaba en una mirada homogeneizante de la clase trabajadora. Una arista ligada a ello es el balance entre las determinaciones objetivas y los elementos subjetivos en la investigación y el modo en el que el concepto de estrategia pretende funcionar como una suerte de sutura entre ambos aspectos, aquello que Perry Anderson en el debate con E.P. Thompson denominó “principio de codeterminación”. Allí se encuentra uno de los posibles ejes de discusión en torno a, entendemos, la potencialidad de capturar la riqueza de la experiencia obrera en un proceso que ofrezca una sinergia permanente con las subjetividades político-ideológicas. Sobre este y otros aspectos metodológicos y teóricos, remitimos al lector al diálogo establecido entre Iñigo Carrera y Paula Varela en el número 6 de la revista *Archivos* en el cual se presentan numerosos argumentos en uno y otro sentido.

El análisis de la existencia de las dos estrategias en cuestión, una que supone la inserción y la otra la superación del sistema institucional vigente, convive en realidad con la mención de una “tercera alternativa política” (p. 289) que propondría el aislamiento. Esta tercera variante se expresaría con nitidez en la consigna “contra todos” (p. 298) y alcanzaría su punto máximo en la oposición de la FORA a la huelga de la construcción de diciembre de 1935 y, aunque ensayan un replanteo, también a la huelga general de enero de 1936. A lo largo del libro, el autor realiza un balance sobre la composición de los sectores que integrarían esas estrategias. A grandes rasgos la Confederación General del Trabajo y el Partido Socialista representarían la posibilidad de pertenencia al juego institucional mientras que el Partido Comunista y las diversas fracciones anarquistas se enclaustrarían en la segunda opción, objeto específico de la investigación. El detallado *racconto* de las estructuras políticas y sindicales en las que cada una de estas orientaciones político-ideológicas tenían presencia, convive quizá con una menor tendencia a mensurar la influencia cuantitativa y cualitativa de esas corrientes. A modo de ejemplo, aunque se menciona la declinación ácrata en sus diversas variantes y agrupamientos, al momento de describir su desarrollo en la estrategia que pretende superar el sistema, de alguna manera se lo

exhibe con fuerzas e incidencia equivalente a un Partido Comunista que para ese entonces se mostraba en franco crecimiento, con estructuras más sólidas y con un mayor arraigo en la clase obrera, aunque sin ser masivo.

En síntesis, *La otra estrategia* constituye una obra rigurosa y documentada en la que Iñigo Carrera construye un lúcido análisis. Desenvolviendo una de las perspectivas posibles para el estudio y el abordaje de la clase trabajadora, el libro condensa una labor de años y se erige de este modo en un estudio ineludible y central al momento de indagar la experiencia proletaria en aquella primera mitad de la década del 30. Así, los múltiples valores de la investigación devienen en una profundización en el conocimiento de la época, la clase obrera y las izquierdas por parte de quien es uno de los referentes principales en el área de estudios en cuestión.

Diego Ceruso (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

* * *

Silvia Nassif, *Tucumán en llamas. El cierre de ingenios y la lucha obrera contra la dictadura (1966-1973)*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2016, 730 pp.

Como parte de una política de racionalización económica y disciplinamiento de la mano de obra, la dictadura militar iniciada en 1966 dictaminó el cierre de veintisiete ingenios azucareros en Tucumán, lo que derivó en un proceso de oposición y enfrentamiento por parte de sus trabajadores nucleados en su entidad sindical, la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA). Esta temática es minuciosamente tratada por Silvia Nassif en *Tucumán en llamas*, obra que da cuenta de su investigación doctoral realizada en la Universidad de Buenos Aires.

Historiográficamente, el trabajo presenta un doble valor. Por un lado, a través de abundantes insumos documentales (estatales, partidarios, gremiales y testimoniales), sistematiza la problemática de la política azucarera del onганиato, varias veces referida en diversas obras (como los aportes de Silvia Sigal o Roberto Pucci) pero, hasta el momento, carente de un estudio pormenorizado que tome como protagonista el movimiento obrero tucumano y su conflictividad. Por ello, el trabajo se divide en capítulos que analizan los efectos socioeconómicos del cierre de los ingenios y, mayoritariamente, aquellos que dan cuenta del de-

rotero de la clase obrera tucumana entre 1966 y 1973 y su repertorio de enfrentamientos al régimen. En simultáneo, el libro permite indagar sobre las luchas y resistencias tempranas a la autodenominada Revolución Argentina, un tópico escasamente explorado, en el que las huelgas azucareras fueron la respuesta a una ofensiva estatal y patronal contra los trabajadores que también tendría expresión en otros sectores como los ferroviarios o los portuarios, siendo parte de un ciclo de luchas que, si bien culminarán en derrotas, se transformaron en un cúmulo de peso para la experiencia de una clase obrera que encontraría, en el corto plazo, un nuevo escenario a partir del Cordobazo.

Una virtud del trabajo de Nassif es su propuesta de indagar a la clase obrera tucumana en un sentido amplio. En la práctica, el estudio de la FOTIA es realizado no solo desde el abordaje de su dirección (representada por las figuras de Mario Aparicio y, luego, de Atilio Santillán) sino también a través del análisis de los organismos de base desprendidos de ella (como las comisiones directivas, los cuerpos de delegados de los ingenios o los congresos de delegados de la FOTIA realizados en 1966), o bien de aquellas entidades organizativas subsidiarias o colaterales a la estructura sindical (como la Comisión Sindical de Ingenios Cerrados o los Comités Pro-Defensa, gestados en los pueblos azucareros). Este modo de pensar la dinámica del trabajador azucarero le permite a la autora extraer conclusiones de relieve. Por ejemplo, sostener la existencia de una cierta homogeneidad, lazos de pertenencia y solidaridad entre los obreros de fábrica y aquellos empleados en el surco dada su proximidad geográfica y la ligazón a través del ciclo productivo y, a la vez, las vinculaciones de ambos con otros actores pertenecientes al mundo del trabajo como los docentes o profesionales, entre otros.

Otro acierto de la investigación es el intento por realizar un estudio en clave regional pugnando no omitir las recíprocas vinculaciones entre los sucesos de esta provincia y la historia nacional. En relación con ello, la autora encuentra determinadas particularidades regionales que condicionaron la dinámica de la conflictividad tucumana como, por ejemplo, la presencia de una estrecha geografía que permitió una mayor articulación entre el mundo urbano y el rural trasladándose el conflicto de los ingenios a la capital y, desde ella, hacia el interior de la provincia. Pero, a su vez, de la periodización elaborada se desprende la importancia del contexto general nacional para la comprensión del derrotero provincial como, por ejemplo, el salto cuantitativo que supuso el Cordobazo para la extensión geográfica del conflicto tucumano como así también para la incorporación sistemática de actores como el estudiantado, los empleados públicos o los habitantes de los barrios humildes.

La periodización elegida inicia su recorrido un año antes del golpe militar ante la crisis de sobreproducción que experimentaba la indus-

tria azucarera tucumana con el consecuente ciclo de protestas que ella ocasionó. A partir de allí, Nassif recorre los diversos momentos de conflictividad protagonizados por el proletariado azucarero. En primer lugar, como parte de una resistencia temprana al onganiato que encontró como uno de sus puntos más álgidos el paro de enero de 1967 en el que fue asesinada Hilda Guerrero de Molina en Bella Vista, lo que provocó el estallido de la localidad. Posteriormente, se describe el impacto del Cordobazo y sus ecos tucumanos con diversas puebladas en regiones azucareras que redundaron, finalmente, en el traslado del conflicto a la capital provincial.

Por otro lado, se identifica en 1970 el momento en el que el movimiento estudiantil imprime su tónica al conflicto, inicialmente en defensa del comedor universitario, transformándose gradualmente en un sujeto aglutinador de otros sectores en lucha. Por último, el Quintazo, en 1972, es caracterizado como el momento de mayor violencia en la conflictividad provincial con la incorporación de otros sectores antes pasivos y la necesaria intervención del ejército como modo de repeler las protestas. En este contexto, la autora sostiene que, al producirse el proceso de transición a la democracia en 1973 con la consecuente apertura de un nuevo escenario político, el proletariado azucarero tucumano no había sido derrotado más allá de la merma de sus afiliados, la represión y los altos índices de desocupación.

Un aspecto importante de la investigación es que, a partir del estudio de los trabajadores azucareros tucumanos en particular, la autora esgrime un abanico de conclusiones y problemáticas que atañen a los convulsionados años 60 y 70 permitiendo una reflexión en torno a diversos tópicos del período.

En primer orden, resulta pertinente en cuanto al abordaje del sujeto social dado que la experiencia tucumana permite destacar la centralidad del movimiento obrero como animador de la conflictividad. En relación con ello, entra en polémica con dos ideas relativamente instaladas. Por un lado, la asociación de la militancia de esta provincia con el accionar de las organizaciones político-militares y, por otro, la mirada en torno a la primacía del movimiento estudiantil como referencia primordial de las protestas (por ejemplo, en el Tucumanazo). En relación con ello, Nassif identifica en diversos levantamientos tucumanos la confluencia de amplios sectores de asalariados junto a capas de la pequeña-burguesía lo que, a su vez, potenció el desarrollo de las organizaciones políticas y sindicales. Particularmente, entre el movimiento obrero y el estudiantil se desprende del trabajo una retroalimentación forjada a conciencia a partir de la participación de los estudiantes en distintas movilizaciones obreras y, en simultáneo, la búsqueda de apoyo de dirigentes sindicales en sectores como, por ejemplo, el estudiantado.

En segundo lugar, a través de la experiencia tucumana es posible visualizar las distintas tradiciones e identidades políticas de aquellos trabajadores que experimentaban una radicalización ideológica. Si bien la dirección de la FOTIA fue hegemonizada por el peronismo, se identifican otras corrientes en desarrollo como el radicalismo, el comunismo y el trotskismo. En este proceso, la autora afirma que existió una radicalización ideológica de todas las corrientes allí presentes, desde el peronismo combativo hasta el clasismo.

De esta temática se desprende a su vez, como una reflexión de interés, el significado de esta radicalización en aquellos núcleos de trabajadores que mantuvieron su identidad ligada al peronismo. Nassif afirma que, en el caso de la FOTIA, los altos índices de lucha y el arraigo por esa expresión política se combinaron de un modo explosivo. Da cuenta de ello que los trabajadores azucareros protagonizaron fuertes conflictos sindicales durante los gobiernos peronistas sucedidos al caer la Revolución Argentina de la mano de una prédica tendiente a la ruptura con la idea de la conciliación de clases. Ejemplo de ello fue la huelga protagonizada por el movimiento azucarero en 1974 e, incluso, las reivindicaciones obtenidas un año después en el contexto del “Operativo Independencia”.

En definitiva, el trabajo de Nassif se convierte en un aporte historiográfico de relieve porque sistematiza y da cuenta de la dinámica de un animador de la conflictividad obrera del período como lo fue el proletariado azucarero tucumano. Pero, a la vez, porque permite ejemplificar y profundizar en torno a la resistencia obrera manifestada en los inicios de la dictadura de 1966 lo que, en parte, supera cierta visión que identifica en el Cordobazo el punto de partida para el inicio de la oposición al gobierno castrense. En este sentido, analizar los prolegómenos del estallido cordobés se convierte en un elemento sustancial para comprender la dinámica de un movimiento obrero que expresaba una embrionaria radicalización desde antes de este hecho trascendental.

Martín Mangiantini (Conicet - UBA - ISP Joaquín V. González)

* * *

Martín Ribadero, *Tiempo de profetas: Ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*, Universidad de Quilmes, 2017, 326 pp.

El libro que aquí comentamos es el resultado de una tesis doctoral, dedicada a abordar la obra y el rol de publicista de Jorge Abelardo Ramos. Permite explorar una corriente aún poco investigada en los estudios académicos: la autodenominada “izquierda nacional”. Su eje es hacer una historia intelectual de Ramos analizando sus escritos y su labor editorial, sobre la base de que éste fue el exponente más conocido y quizás el difusor más importante de la izquierda nacional. El libro aporta a un estudio que hasta el momento se había centrado en aspectos intelectuales e historiográficos del impulsor de aquella corriente, por ejemplo, en los trabajos de Acha, Acha y Eidelman, Summo y Regali, entre otros. Salvo este último autor, en general no se habían considerado los aspectos ligados a la faceta de las organizaciones políticas que se estructuraron en torno a Ramos.

Ribadero discute una aseveración de las investigaciones académicas, la cual engloba a diversos autores de izquierda nacional o nacionalismo marxista como “un colectivo homogéneo”. En la introducción define a la corriente en la que se encuentra Ramos como izquierda nacional o “nacionalismo marxista” junto a Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui y Rodolfo Puiggrós. Definir como de izquierda o nacionalista marxista a Jauretche no lo consideramos adecuado, ya que no usa categorías de ese universo ideológico-político. Si bien reconoce que esos autores pueden tener “elementos comunes vinculados, entre otros, al hecho de haber sido intelectuales con una profunda vocación por la política y la agitación ideológica, un estudio atento evidencia un espacio heterogéneo y diverso, compuesto de diferentes trayectorias, intereses y preocupaciones”.

El autor tampoco aclara en qué consisten esas diferencias entre los autores que sí tenían formación marxista. Entre los que se reconocían en la izquierda nacional, unos planteaban que el apoyo crítico al peronismo se debía hacer a partir de la construcción de un partido de clase (en los términos de Lenin y Trotsky), que representara sus intereses ante el conjunto de la sociedad, no formando parte de la estructura orgánica ligada al peronismo, mientras otros consideraban que la transformación revolucionaria con una estrategia socialista había que hacerla desde el seno del propio peronismo. Más allá del debate sobre el uso adecuado de una categoría conceptual, el autor destaca que los ejes discursivos abordados por Ramos son la “cuestión nacional”, el bonapartismo, la unidad latinoamericana y el problema del imperialismo dentro del marco

del “revisionismo histórico”. Quizás hablar de “revisionismo histórico” como corriente única sin distinguir sus matices y diferencias sea un tema pendiente en la obra.

La organización del libro está dividida en cinco capítulos. El primero aborda la trayectoria individual y colectiva del grupo hasta fines de 1940 para entender los ejes abordados y los proyectos que emprendieron, los cuales fueron centrales para interpretar el naciente peronismo. También compara cómo se entendía, desde las distintas vertientes que conformaban el trotskismo de entonces, la categoría teórica de bonapartismo, abordada por Marx, Gramsci y Trotsky. Durante el mismo análisis no dejan de apreciarse los matices, diferencias y cambios que se dieron entre las dos publicaciones que se reconocían de la incipiente izquierda nacional: *Octubre* y *Frente Obrero*. El desarrollo de este aspecto está centrado en la polémica por la “paternidad” de la izquierda nacional entre Ramos y Enrique Rivera, donde pueden confundirse elementos personales y políticos, paternidad que es interpretada por el “peso que conservaba la forma sectaria en la regulación de la vida política e intelectual del trotskismo argentino: la discusión enérgica e interminable sobre las acciones más convenientes, la elaboración de un diagnóstico exhaustivo sobre la situación internacional y nacional y la preferencia por la polémica como forma de saldar diferencias con otros sectores de la izquierda”. Entendemos que abordar la discusión entre los diversos grupos provenientes del trotskismo remarcando la forma sectaria de dichas organizaciones es una explicación unilateral que pierde otros aspectos. La ausencia en el libro del estudio de otras obras que investigan el trotskismo en la Argentina (como las de Alicia Rojo) permitiría tener en cuenta diversos elementos: el contexto de persecución política, el aislamiento internacional del trotskismo en el marco de la imposición del stalinismo y las diversas tácticas utilizadas (como el “entrismo”), ciertas condiciones objetivas por la presencia histórica de otras organizaciones partidarias de izquierda y factores específicos de las dificultades de pequeños grupos que recién se iniciaban a la vida política.

El capítulo II tiene como eje el análisis del primer libro escrito por Ramos en 1949: *América Latina, un país*, donde aparece como centro la “cuestión nacional” citando a autores “clásicos” del marxismo (Marx, Engels, Lenin y Trotsky), en el marco de una interpretación del peronismo. Señala que Ramos utiliza diversos géneros: “el ensayo, la crítica literaria, lo doctrinario, el panfleto”, en el contexto político marcado por la posguerra y las políticas del peronismo hacia una búsqueda de nuevos mercados en América Latina. Ribadero destaca algo que será constante en la obra de Ramos: más allá de hablar de “masas”, sus obras hacen hincapié en las figuras y movimientos políticos que buscaron proyectos de unidad latinoamericana, comenzando a tener lazos vinculantes con

autores de los diversos revisionismos históricos, donde los pueblos originarios y el pasado prehispánico están ausentes.

Los debates en la izquierda nacional entre quienes hacían énfasis en la necesidad urgente de constituir un partido político y los que preferían primero desarrollar ideas y publicitarlas junto con la irrupción de la editorial Indoamérica son los temas del capítulo III. Presenta el debate en términos de dos polos irreconciliables en vez de pensarlo como dos momentos o tiempos distintos de acuerdo a las posibilidades concretas. La utilización de seudónimos en Ramos es producto de la búsqueda de hacer un camino de profesionalización como ensayista. Contextualiza sin profundizar que en el medio de polémicas en el seno de una experiencia unitaria con diversos sectores de izquierda en el Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), creado para apoyar críticamente al peronismo, se produce el cisma del grupo referenciado en la izquierda nacional a partir de las críticas que Enrique Rivera le hacía al ya mencionado libro de Ramos.

El capítulo IV aborda el discurso de la izquierda nacional a través del debate con otras publicaciones de izquierda en el marco político posterior a 1955 ante la irrupción en Argentina del frondicismo y la experiencia de la Revolución Cubana. La clave aquí es la crítica a la extrapolación mecánica, que no buscaba hacer una polémica directa con Ernesto “Che” Guevara, sino poner en tensión la “autoridad simbólica, el prestigio y la receptividad de los que este gozaba”, en el momento que Ramos privilegiaba el armado del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) en 1962.

Finalmente, el capítulo V estudia los debates impulsados por Ramos a través del libro *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, comparándolo con su primera obra, destacando continuidades y cambios a partir del enfrentamiento entre el interior y Buenos Aires. Señala que Ramos mantiene un esquema binario del relato donde “las masas” aparecen bajo el liderazgo de “caudillos” del interior o figuras políticas como Roca, Yrigoyen o Perón. Otro aspecto abordado es la trayectoria de la editorial Coyoacán y del periódico *Lucha Obrera* (órgano del PSIN), que se destacaron por la difusión de las ideas de la corriente. Por último, el libro emprende la polémica entre Ramos y el escritor Ernesto Sábato.

Fernando Pita (UBA)

* * *

Gabriel Rot, *Itinerarios revolucionarios: de la Resistencia al Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos, La Plata, De La Campana, 2016, 265 pp.*

Este libro se propone analizar la experiencia de militancia en la construcción del Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos (PROA), sumiéndose en el itinerario político previo de sus dos máximos referentes –Eduardo Luis Duhalde y Haroldo Santos Logiurato– y abarcando también la actuación de la Comisión Argentina por los Derechos Humanos (CADHU), organismo fundado por iniciativa de aquella organización.

El texto está estructurado en diez capítulos y un anexo documental que incluye la correspondencia de Ignacio Ikonicoff –responsable de la CADHU en Buenos Aires– y el que podría considerarse el documento fundacional de PROA. La obra logra recrear acabadamente la trama militante y las apuestas políticas de los protagonistas, abocándose además al estudio de dos organizaciones hasta ahora inexploradas, a través de un exhaustivo trabajo de investigación con base en un variado y abundante registro de fuentes: documentos y boletines internos, revistas y periódicos, testimonios orales, archivos policiales y judiciales, correspondencia, folletos y escritos personales.

La trayectoria política de Duhalde se inicia a principios de los 60 en el espacio de la izquierda nacionalista donde unifica su camino con Rodolfo Ortega Peña. Ambos militaron junto a José Hernández Arregui, con el que se distancian al asumir el carácter de “peronistas revolucionarios” para promover la apropiación analítica del marxismo desde una identidad peronista. Por ese entonces, los flamantes abogados empezaron a ejercer de modo creciente la defensa de diversos presos políticos y gremiales, fenómeno que les sirvió para ir estrechando lazos con diversos activistas. La segunda mitad de los 60 vio a ambos desarrollar una intensa producción historiográfica fuertemente ligada al revisionismo histórico, aunque la irrupción del Cordobazo y la emergencia de organizaciones político-militares conformaron un nuevo espacio de debate en el que Duhalde y su compañero se van a insertar actuando en la Gremial de Abogados. Con el fin de la dictadura de la Revolución Argentina, ambos emprendieron el proyecto de la revista *Militancia peronista para la liberación* con el objeto de contribuir a la profundización de la conciencia de los sectores populares más avanzados, al tiempo que se producía su distanciamiento progresivo del peronismo luego del regreso definitivo de Juan Domingo Perón.

Por su parte, Logiurato fue un exponente de una nueva camada de activistas gremiales combativos que participaron de la Resistencia peronista a partir de 1955. Dicha militancia gremial lo llevó a la cárcel en 1960 bajo la aplicación del Plan Conintes. Amnistiado luego de tres

años, junto a otros militantes platenses constituyó el Dele-Dele (DL-DL), pequeña organización que buscaba consolidar un frente de agrupaciones de izquierda peronista sin renunciar a la actuación conjunta con organizaciones de otro origen. A estos años se remonta la relación política que estableció Logiurato con Duhalde y Ortega Peña. El DL-DL rápidamente pasó a asumir la lucha armada, hecho que se manifestó en la postura defendida por Logiurato en el plenario del peronismo revolucionario en agosto de 1968 y en las primeras acciones armadas que llevó a cabo la organización. Fruto de ese ideario llegaron a vincularse con otro grupo platense que venía de un proceso inverso de tránsito desde el marxismo hacia el peronismo y de la unión de ambos resultó en 1969 la constitución de la Guerrilla del Ejército Libertador (GEL). El GEL combinó la lucha armada como método para la conquista del poder con una indefinición política que llevó a contradicciones insalvables entre su militancia. Esto, junto a una ofensiva represiva que condujo nuevamente a Logiurato a la cárcel, terminó por desarticular al GEL y produjo la diáspora de su militancia hacia diferentes horizontes.

El creciente distanciamiento respecto del gobierno encabezado por Perón, la prohibición de *Militancia*, el asesinato a manos de la Triple A de Ortega Peña y el proceso de crisis que atravesó la izquierda peronista sellaron las trayectorias de Duhalde y Logiurato, quienes decidieron embarcarse en un nuevo proyecto revolucionario donde sepultaron definitivamente cualquier intento de apostar a la transformación revolucionaria del peronismo. Fruto de ello nace PROA, que pasó a definir el carácter socialista de la revolución y que, ante la vigencia de una guerra de clase en el país, demandaba para su culminación exitosa el ejercicio de la violencia por parte de un partido revolucionario armado. Ante la descomposición de la situación política y pese a lo exiguo de las fuerzas propias, la nueva organización justificó su existencia criticando las diversas vertientes revolucionarias existentes. En sus propias palabras: al peronismo revolucionario por conservar su atadura a la ideología burguesa peronista; a las organizaciones político-militares que construían aparatos armados al margen y sustituyendo las luchas obreras; a las agrupaciones trotskistas que esgrimían consignas huecas sin definir los pasos concretos para la toma del poder; al Partido Comunista que renegaba de la violencia concentrando su lucha solo en los marcos del sistema burgués. Para cumplir con la premisa de fomentar un desarrollo político-militar de las masas acorde con su nivel de conciencia y posibilidades de organización, delineó como pasos concretos ineludibles la conformación de piquetes obreros y comités de autodefensa, que pudieran luego dar paso a la estructuración de comandos obreros con la tarea de desarrollar acciones ofensivas de baja intensidad contra patronales, burocracia y fuerzas de seguridad en los lugares de trabajo.

Ante la implacable ola represiva desatada por la dictadura militar, PROA determinó la creación de la CADHU, organismo destinado a desplegar una sistemática campaña de denuncia contra los crímenes cometidos por el Proceso de Reorganización Nacional (PRN). Para cumplir dicha tarea, mantuvo contacto con diversas organizaciones políticas, centralizando la información recibida por aquellas con el fin de elaborar informes que se distribuían en el país y en el exterior. El embate represivo que sufrió la organización en la masacre de Marcos Paz en junio de 1977, que derivó en la detención y desaparición de sus principales militantes, dejó a PROA prácticamente desarticulado, con su dirección en el exilio y unos pocos militantes “desenganchados” en el país. No obstante, la CADHU no dejó de protagonizar en el exterior una vigorosa campaña de denuncia entre instituciones de derechos humanos, periodistas, foros internacionales y dirigentes políticos. Asimismo, elaboró la caracterización original del accionar del PRN como terrorismo de Estado. El fin de la existencia de la CADHU tuvo lugar una vez que Raúl Alfonsín asumió la presidencia.

En conclusión, Rot nos ofrece en este libro el resultado de una investigación profunda y esencialmente descriptiva de los itinerarios que atravesaron Duhalde y Logiurato entendiéndolos como exponentes de parte de la historia de un sector de la militancia revolucionaria que intentó por diversas maneras buscar el camino hacia la revolución en el escenario turbulento y cambiante que signó el tránsito de los 60 a los 70. Conjunción de singularidad y expresión de opciones de un sector más amplio, las trayectorias reflejan no solo el acercamiento al peronismo revolucionario durante los años de exilio de Perón sino también la ruptura con dicho movimiento ante la crisis sufrida por la izquierda peronista luego del regreso del anciano líder, que los condujo a emprender un nuevo proyecto revolucionario de corte netamente socialista que intentó vehiculizar fugazmente el PROA y que producido el golpe de estado de 1976 dio paso a la denuncia de las violaciones de los derechos humanos por medio del accionar de la CADHU, tarea que finalmente tuvo mayor proyección entrados los años 80.

Carlos Ignacio Custer
(Inst. Ravignani - Conicet - UNAJ)

* * *

Fernando Aiziczon, *Cultura política, militantes y movilización. Neuquén durante los años 90*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2017

Todo aquel que haya visitado Neuquén en los últimos años puede ver que todo allí es más combativo y está más “a la izquierda” que sus comparativos de otras provincias, lo cual lleva a la pregunta por las razones de esta potencia contestataria. El libro de Fernando Aiziczon *Cultura política, militantes y movilización. Neuquén durante los años 90* responde a esta inquietud a partir de una investigación en sociología histórica sobre la emergencia y las lógicas de organización del campo de la protesta social en la provincia de Neuquén durante el auge del neoliberalismo en la Argentina. La hipótesis que sostiene el autor es que la vitalidad de la protesta está sustentada en una cultura política contestataria construida trabajosamente por varias generaciones de militantes.

El libro despliega conceptos de una sociología política de inspiración bourdieana para analizar las lógicas organizacionales y las trayectorias individuales que dan forma a la protesta social en la provincia y responde su pregunta de investigación mediante la combinación de análisis de archivo y entrevistas en profundidad. El análisis de documentos muestra el oficio de historiador de Aiziczon para recuperar las luchas, el cual está muy bien complementado por entrevistas centradas en los que hicieron esa historia (en muchos casos, fueron entrevistados mientras la hacían). El autor presenta las biografías de los militantes y activistas en excursus al final de los capítulos, secciones fundamentales para entender la historia reciente del campo de protestas neuquino. Se podría agregar un excursus del propio investigador, ya que el nivel de profundidad en la comprensión evidencia que ha formado parte del campo de lucha que analiza.

Si bien el foco de análisis son los años 90, el primer capítulo analiza la resistencia a la dictadura y la dinámica de la movilización social en los años 80. Si la protesta contra la represión dictatorial tuvo como referente a la iglesia local (dirigida por el obispo Jaime de Nevares) y los organismos de derechos humanos, los años 80 mostraron la emergencia de nuevos actores, como la Interbarrial en lucha por vivienda e infraestructura, el Sindicato de Trabajadoras Domésticas y los trabajadores de la construcción enrolados en la UOCRA. Además de una detallada cronología de acciones, Aiziczon recupera historias militantes que conformaron estos movimientos. En la UOCRA, analiza el rol de militantes trotskistas (del Movimiento al Socialismo y el Partido Obrero, entre otros), mientras que en la Interbarrial se destacan las historias

de Salas y Muñoz, exiliados de la dictadura chilena por su militancia en el comunismo.

El capítulo siguiente muestra cómo estas dinámicas de acción colectiva se sucedieron en el marco de la consolidación del Movimiento Popular Neuquino, que ingresa a los 90 como el único partido con capacidad de ganar elecciones y alineado con las políticas de ajuste y de privatización del gobierno nacional de Carlos Menem. En este contexto, el libro presenta un minucioso estudio de las luchas emprendidas por gremios estatales (capítulos 3 a 6). La investigación se enfoca en la cultura militante al interior de ATE (Asociación de Trabajadores del Estado) y ATEN (Asociación de Trabajadores de la Educación de Neuquén). Las entrevistas permiten comprender cómo los trabajadores y las trabajadoras militantes transformaron las marchas y asambleas gremiales en espacios de sociabilidad donde no sólo se iba a protestar, sino también a “pasar el rato” y por qué no (como se dio en varios casos relatados en el libro) a encontrar pareja, formar amistades de largo plazo y criar hijos/as en conjunto (a modo de ejemplo, ver la historia de vida de Ruth, presentada en el excursus del capítulo 6).

Durante la segunda mitad de los años noventa es conocida la respuesta de la clase trabajadora y el pueblo neuquino al aumento de la desocupación y la pobreza, con la Coordinadora de Desocupados (1995) y las puebladas de Senillosa (1994), Cutral Có y Plaza Huincul (1996, 1997). Si bien hay un componente nuevo de personas que por primera vez “salen a las calles”, la investigación rescata historias de trabajadores de la UOCRA y militantes de izquierda que hicieron una importante contribución a los movimientos de desocupados y a las puebladas del período (historias que son dejadas de lado en los análisis enfocados en el componente “espontáneo” de las mismas). El segundo aporte clave es el estudio de la relación entre estas puebladas (muchas veces policlasistas) y los actores gremiales que hegemonizaban el campo de lucha neuquino hasta ese momento. A través del análisis sistemático de las actas y memorias gremiales, el autor muestra que esta relación combinó momentos de solidaridad con otros de tensión y distanciamiento.

El libro culmina con el análisis de la transición del campo de protestas durante el colapso del neoliberalismo en los albores del siglo XXI, con el protagonismo de nuevos actores, como los trabajadores de la ex Zanon, el movimiento estudiantil, movimientos feministas y la lucha del pueblo mapuche por el derecho a la tierra. A esta altura, la investigación permite responder la pregunta sobre las causas de la profunda solidaridad que rodeó a los obreros de Zanon en los años 2000, pendiente en el libro anterior del autor (*Zanon, una experiencia de lucha obrera*, publicado en 2009 por Editorial Herramienta). La radicalidad y el éxito de los obreros de Zanon se comprenden mejor luego de la lectura del

presente libro, ya que su experiencia es incluida en un contexto de más de dos décadas de lucha de los trabajadores neuquinos y la existencia de una potente cultura política de protesta. No obstante, los trabajadores de Zanon también fueron constructores de esa cultura política, y es aquí donde nuevamente cobran relevancia las biografías políticas de los militantes y activistas.

En el caso de Zanon fue clave la historia de vida de Raúl Godoy, quien luego de un intento de estudiar medicina en La Plata y trabajos temporarios en construcción y chacras, ingresó como obrero en la fábrica de cerámicas Zanon. Ya a inicios de los 90, Godoy militaba en el Partido de los Trabajadores Socialistas, y se convirtió en un actor clave en la transformación de la crisis patronal en una de las experiencias internacionales más reconocidas de control obrero de la producción. En estos últimos capítulos, Aiziczon rescata el rol de Godoy y otros militantes en la construcción de un “clacismo revisitado”, al cual define como una “práctica sindical democratizadora sostenida por las bases obreras en relación tensa y dialéctica con el activismo” (p. 326). Esta experiencia clasista no sólo se apoyó en las redes de solidaridad preexistentes sino que las redefinió y amplió.

Para finalizar, podemos concluir que el libro responde adecuadamente a la pregunta de investigación planteada, a partir de la reconstrucción de las lógicas de organización del campo de protestas neuquino y el rol de la militancia en la formación de su potente cultura contestataria. En particular, el libro realiza una importante contribución al estudio de los procesos de formación colectiva de la clase obrera argentina, ya que analiza principalmente organizaciones de clase tales como los sindicatos, los movimientos de desocupados y el control obrero de la producción en la ex Zanon. En todos estos casos, el autor documenta los esfuerzos de militantes de izquierda y trabajadores para construir la clase obrera neuquina y muestra las dinámicas individuales y organizacionales que dan forma al accionar de esta clase en el contexto macro de la lucha de clases a nivel provincial y nacional. En este aspecto, la investigación será una referencia ineludible para futuros estudios no “porteño-céntricos” sobre las prácticas, saberes y relaciones que conforman la clase obrera en nuestro país.

Rodolfo Elbert (Conicet – IIGG - UBA)

* * *

Gonzalo Wilhelmi, *Romper el consenso: la izquierda radical en la transición española (1975-1982)*, Madrid, Siglo XXI, 2016, 430 pp.

Romper el consenso, de Gonzalo Wilhelmi, es un importante trabajo que se suma a otros publicados recientemente y realiza una contribución destacada en el sentido de poner en cuestión la tesis de una transición “pacífica” hacia un orden institucional democrático en la España inmediatamente posterior a la muerte de Francisco Franco. Wilhelmi analiza la acción de los partidos que pretendieron ofrecer una alternativa de izquierda, primero al franquismo y luego al régimen de acuerdos de la transición. Mediante fuentes orales y abundante documentación interna y pública de las organizaciones, recupera las voces y miradas del activismo de izquierda que aportó a organizar las grandes huelgas contra el franquismo, el naciente movimiento de la mujer o el movimiento estudiantil, enfrentando la represión de la dictadura en su etapa final y de los gobiernos de la transición. El libro contiene un apéndice documental con los nombres y causas de la muerte de 253 víctimas del terrorismo estatal y paraestatal durante los gobiernos anteriores a 1982. A su vez, aporta documentación y testimonios orales sobre todas las formas de violencia represiva estatal y paraestatal del período: desde las torturas en las comisarías y centros de detención o el gatillo fácil, hasta la represión estatal directa de las fuerzas de seguridad, pasando por la acción de grupos parapoliciales de características fascistas.

A partir de esta sólida base documental, el libro da cuenta del ascenso obrero y de la izquierda en la fase final del franquismo y busca también explicar la crisis terminal de esa izquierda, cuyas organizaciones más influyentes decidieron la medida extrema de disolverse a principios de la década del 80. Siguiendo el rol de estas corrientes, el libro recupera las características del ascenso de movilización popular de la última etapa de la dictadura reseñando la historia del movimiento obrero combativo, el movimiento de mujeres, el movimiento ambiental, la movilización de los presos comunes, el movimiento por la paz y contra el ingreso de España a la OTAN, y el movimiento ciudadano.

La investigación permite aportar al conocimiento de las posiciones de las distintas organizaciones políticas y de su práctica militante, así como de su inserción en las luchas del período. Las organizaciones mayoritarias de la izquierda (el Partido del Trabajo de España y la Organización Revolucionaria de los Trabajadores) provenían del maoísmo. Las centrales obreras impulsadas por el PTE y la ORT obtuvieron, en las primeras elecciones sindicales realizadas en 1978, 5.583 y 3.164 delegados respectivamente, contra 66.066 de Comisiones Obreras. La Liga Comunista Revolucionaria, el único partido trotskista, es descripto

por el autor como un partido volcado a las movilizaciones sociales pero sin un proyecto político que lo colocara en condiciones de proyectarse como alternativa.

En la primera parte del libro, Wilhelmi señala que un elemento fundamental de la caracterización realizada por estas organizaciones era la idea de que la dictadura sería incapaz de avanzar en un proceso de reforma. En general, primaba ampliamente la idea de que tendría lugar inevitablemente una ruptura democrática que llevaría a la formación de un gobierno provisional. En la perspectiva del PTE y la ORT, este gobierno llevaría adelante la amnistía para los presos, el desarme del aparato represivo, y representaría un paso adelante en la lucha por el socialismo. La consigna del gobierno provisional era una consigna de colaboración con todas las fuerzas democráticas, o sea, una consigna etapista.

De acuerdo con el análisis realizado por el autor, la iniciativa del sector reformador del régimen, secundada por el PCE y el PSOE, de avanzar en una democracia regimentada –incluida la amnistía para los criminales del franquismo, la represión contra las organizaciones populares, la pervivencia de la monarquía, la consagración constitucional de la “unidad indivisible de España” bloqueando los reclamos nacionales– tomó a la izquierda por sorpresa. Las mayores formaciones de izquierda (PTE y ORT) votaron en favor de la Constitución de 1978, luego de una campaña de denuncias en contra de la misma por los aspectos reaccionarios anteriormente reseñados. Pesó más, en su consideración, la idea de la democracia como etapa necesaria en un eventual camino al socialismo que las denuncias concretas sobre la propia constitución y sus acuerdos fundacionales.

El libro reconstruye de qué manera esta evolución llevó a la crisis a ambas organizaciones, lo que derivó en su disolución, un hecho notable tratándose de partidos que llegaron a tener la capacidad de convocar huelgas generales locales y hacer elegir miles de delegados sindicales en nombre de centrales propias. ¿Por qué no se dio una ruptura con el orden vigente? El autor rechaza la tesis de que el PCE fue el factor determinante para encuadrar al movimiento obrero y evitar la caída de la dictadura. Sostiene, en cambio, que la clase obrera no advirtió una relación entre sus mejoras inmediatas y la caída del régimen por medio de un gobierno provisional. Una tesis discutible dado que la subjetividad del movimiento obrero combativo de la etapa se forjó, justamente, luchando por la caída de la dictadura.

Otro debate destacado en la obra es la cuestión de la democracia interna al interior de la izquierda, que el autor caracteriza como prácticamente nula, excepto en la LCR. Los comités locales, por ejemplo, eran electos por la dirección y no por la base, y no existía libertad de

tendencias. Contra la posición que entiende que la falta de democracia interna fue producto de la situación de clandestinidad y represión, el autor la explica por la “cultura política” de las organizaciones. Efectivamente, el PTE y la ORT provenían del stalinismo, lo cual no puede desconocer que actuaron, incluso luego de la legalización, bajo un marco represivo que resulta un bloqueo objetivo a la democracia interna de cualquier partido.

Otro punto destacado del análisis es el del marco de acción sindical de la izquierda. Las corrientes mayoritarias de la misma actuaron por fuera de los grandes sindicatos. Se retiraron prematuramente de Comisiones Obreras (CC.OO.) y no intentaron disputar su dirección al PCE. El autor apoya esta postura en su balance de la acción de la LCR, que sí permaneció en CC.OO. Para el autor, la expulsión de la dirección de Navarra de CC.OO. demuestra que esta línea era una vía muerta, porque el PCE no iba a tolerar oposiciones de peso en el sindicato. No se puede desconocer, sin embargo, que el encuadramiento burocrático de CC.OO. se produjo como resultado no de la simple voluntad o no del PCE de tolerar oposiciones, sino de un reflujó de la movilización independiente en la medida en que se iba afirmando una tendencia de colaboración política de los sindicatos con el Estado que fue parte fundamental de la transición. La expresión más importante de esta tendencia fue la firma por parte del PCE y el PSOE de las cláusulas económicas de los pactos de la Moncloa, que implicaron una reducción salarial y el aumento de la desocupación.

Un último punto que se destaca en la obra es la relación de la izquierda con los movimientos nacionalistas del País Vasco, Catalunya, Galicia y Canarias. En general, la izquierda apoyó los reclamos autonómicos. Pero la combinación entre la crisis de la izquierda y la fuerza de un nacionalismo que conservó una agenda activa de reclamos contra la democracia emergente determinó que los movimientos nacionalistas ocuparan totalmente el espacio ganado por la izquierda en estas zonas. Esto vale especialmente para el País Vasco y el progreso de Herri Batasuna en una de las zonas donde el movimiento obrero combativo tenía mayor impulso.

En conjunto, *Romper el consenso* representa una obra de interés histórico y político que realiza un análisis riguroso sobre el desarrollo de la izquierda española en el periodo de la transición y es, al mismo tiempo, una historia de la propia transición, vista desde la izquierda.

Juan García (Universidad de Buenos Aires)

* * *

Jerónimo E. Boragina y Ernesto R. Sommaro,
Voluntarios judeo-argentinos en la Guerra Civil
Española, Buenos Aires, Ediciones CCC, 2016, 294 pp.

A pesar de algunas diferencias numéricas, se estima que cerca de 32.000 voluntarios extranjeros combatieron durante la Guerra Civil Española, acontecida entre julio de 1936 y abril de 1939. Entre ellos, casi mil judíos comprometidos con la causa antifascista, mayormente comunistas, marcharon desde Argentina para integrarse a las filas republicanas. Así también lo hicieron otros judíos radicados o nacidos en países europeos y americanos. El 13 de octubre de 1936 llegaron los primeros contingentes a la base de Albacete y fueron recibidos por André Marty y Vital Gayman. Tan notable fue la presencia de esa colectividad, que entre 1937 y 1938, radio Barcelona transmitía programas y canciones populares en idish, tal como lo señala Danielle Rozenberg en su libro *La España contemporánea y la cuestión judía*. En ese marco y “en una tarde fría y oscura del 12 de diciembre de 1937, la segunda Compañía del Batallón Palafox de la XIII Brigada Dombrowski, fundamentalmente judeo-polaca, se convirtió en la unidad Naftali Botwin” y convocó a los voluntarios idishistas a sumarse. Bajo el mando del primer comandante Karol Gutman, “la Botwin” tuvo un periódico en idish, un coro y un himno propio para fomentar lazos fraternos entre sus miembros.

Jerónimo Boragina y Ernesto Sommaro nos aclaran en su libro que sólo 200 de una cifra de 7.000 u 8.000 brigadistas judíos integraron la Botwin, y que todos ellos eran socialistas, sionistas de izquierda, anarquistas y principalmente comunistas. Por lo tanto, una de las ideas fuerza que uno podría interpretar en la obra es que la sobrerrepresentación judía estaba más bien ligada a las convicciones ideológicas internacionalistas de sus protagonistas, más que a su pertenencia étnica. Sin embargo, subyace en esa lucha heroica la certeza de que combatir al fascismo era también una forma de derrotar las raíces antisemitas que éste portaba. Entonces, si la brigada específicamente judía fue muy pequeña en relación a la masa de voluntarios judíos que combatieron dispersos en otras brigadas, ¿cómo se entiende ese sentir particular y a la vez universalista que los caracterizaba? Difícil tarea que aún persistimos en explicar. Parafrasear al genial Isaac Deutscher parece el mejor camino. Él diría tal vez que se trataba de “judíos no judíos”, aquellos que no creían en las razas, ni en la religión, ni en el nacionalismo, pero cuando la tragedia judía y el antisemitismo asolaban, cuando se imponía la hora solidaria con los perseguidos y exterminados, ahí estaban en el frente, dando batalla.

Volvamos al libro. Los autores de este trabajo han recolectado nu-

trida información. Sin duda se destaca la obtenida del propio acervo, el Archivo de Voluntarios de Argentina en la Guerra Civil Española, del cual Boragina es director. A partir de allí han podido reconstruir un listado con datos biográficos de 911 voluntarios judíos (nativos o inmigrantes) que partieron desde Argentina. La obra se divide en dos partes. La primera cuenta con seis apartados sobre la historia del judaísmo de izquierda, las organizaciones obreras, el fascismo de los años 30, caracterizaciones del Partido Comunista Argentino, la emergencia de la línea de Frentes Populares en 1935 y las múltiples organizaciones antifascistas y ayudistas integradas por hombres y especialmente mujeres, donde cobra especial relevancia la figura de Fanny Edelman (1911-2011). La segunda parte analiza brevemente las relaciones entre Argentina y España, describe la conformación de las Brigadas Internacionales y, entre ellas, la Compañía Botwin. Luego, y extrañamente al final del libro, se presenta un análisis bibliográfico crítico acerca de los autores de referencia sobre la temática. A continuación la frutilla del postre: el listado de los voluntarios judíos con nombre, apellido y una breve reseña biográfica. Luego, bajo el título "Otra lucha continúa: los judíos de izquierda y el ICUF", se menciona la importancia de la Guerra Civil Española como aglutinante de instituciones y familias que se sumaron a la Federación de Entidades Culturales Judías, Idisher Cultur Farband (ICUF), fundada en París en 1937 y en Buenos Aires en 1941.

El trabajo indaga en un tema poco explorado y el listado antes señalado resulta un hallazgo de gran valor documental. De ahí que ciertas observaciones metodológicas podrían apuntarse. A partir del título, el lector imagina que el texto remite, naturalmente, a los hechos acontecidos en el territorio español. Sin embargo, es recién promediando sus páginas dónde aparecerán menciones a lo ocurrido en el contexto de la Guerra Civil. Los autores se han esforzado en presentar previamente un extenso y zigzagueante panorama del complejo mundo de la izquierda judeo-argentina, lo que aleja al texto de sus principales propósitos. Siempre es complicado mantener una línea analítica y no tentarse con las ramificaciones que cada tema sugiere, cuando la cantidad de información es tan abundante como la recopilada aquí (entrevistas personales, varios archivos visitados, documentos de organizaciones antifascistas). En ese sentido, la selección de contenidos, lo que denominamos "el recorte" y la línea argumental a seguir es sin duda un requisito fundamental para abordar ésta y cualquier otra investigación histórica.

Una dificultad adicional es el idish. Sabemos que la mayor parte de las publicaciones de la época producidas por la colectividad está en esa lengua. De hecho, la necesidad que tuvo la Komintern de crear secciones idiomáticas para funcionar, en el caso judío la Idsektzie (Idische Sektzie), expone la centralidad del problema comunicacional para

conformar un movimiento internacionalista y, en ese punto, tenemos todavía un déficit colectivo. Claro que otros judíos argentinos, hijos de la inmigración previa a la Primera Guerra Mundial, dominaban ya el castellano y actuaban en organizaciones más amplias. Y es aquí que cabe preguntarse cómo definimos la relación de esos militantes comunistas o socialistas con “lo judío”. Si ellos mismos decidieron abandonar la religión de sus antepasados, el idioma y las tradiciones de sus padres, participar de ámbitos plurales, partidos políticos nacionales y no vincularse con espacios ligados a lo étnico (ya sea un centro cultural israelita o la Brigada Botwin, por ejemplificar), ¿por qué entonces identificarlos como voluntarios “judíos”?

Boragina y Sommaro tienen una respuesta: si bien combatieron en calidad de anarquistas, socialistas o comunistas, siguiendo sus apellidos, los autores pudieron rastrear su origen. Luego, indagaron en los trayectos personales de cada uno, y así descubrieron su historia judía. Se trata de un trabajo titánico que invita al desafío de revisar su estructura para eventuales futuras ediciones. Sería deseable un ajuste de la primera parte que incorpore una interpretación diacrónica destacando la relevancia del contexto español e internacional durante la década del 30. Finalmente, consideramos que subyace un gran esfuerzo de investigación empírica que se vería enriquecida si se articulase con alguna conceptualización teórica. Se trata de un material inédito que merece plena consideración. La obra confirma, una vez más, el inagotable valor de las experiencias surgidas en los años aciagos de lucha antifascista.

Nerina Visacovsky (Unsam - Conicet)

Instrucciones para los autores

Los autores interesados en enviar colaboraciones deben hacerlo por correo electrónico a archivosrevistadehistoria@gmail.com. Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. **Archivos** se compromete a acusar recibo de la colaboración en la semana de recepción y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

1. Extensión.

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacios (incluyendo las notas al pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacios.

2. Formato.

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc, .docx o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano
- b) Nombre del autor o los autores y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 130 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

3. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, sin comillas, con un blanco arriba y otro abajo.

4. Bibliografía

Las referencias bibliográficas deben indicarse siempre en el propio texto con un paréntesis que mencione el autor, año de aparición de la obra y

número de la página. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989: 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, Nombre (año de edición), Título del texto (número de volumen o tomo, si lo tuviera), Lugar de edición: Editorial. En caso de textos relevantes, se puede agregar, después del título y entre paréntesis, el año de edición original, pero referenciar bibliográficamente por la edición de consulta.

Ejemplos:

Libros (con autor individual)

Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Marx, Karl (1987), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Buenos Aires: Cartago.

Libros (con varios autores)

Batalha, Claudio H. M., Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, (comps.) (2004), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*, Campinas, SP: Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, Perry (1984), "La historia de los partidos comunistas", en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.

Artículo de Revista:

Aricó, José (1973), "Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci", *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, Buenos Aires, pp. 87-101.

5. Evaluación

Los artículos serán evaluados en primer lugar por el comité editorial y luego enviados a por lo menos dos árbitros externos anónimos. Las reseñas serán evaluadas por el comité editorial.

